Dulce NO Venganza



DANIELLA REY

DULCE NO VENGANZA

Primera Edición

Diseño de portada: Daniella Rey

Maquetación: Daniella Rey

Copyright © 2026 Daniella Rey

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico.

ISBN: 9798255893508

Contenido

DEDICATORIA
NOTA DE LA AUTORA
PLAYLIST
SINOPSIS
01 LIAM
02 ARYA
03 LIAM
04 ARYA
05 LIAM
06 ARYA
07 LIAM
08 ARYA
09 LIAM
10 ARYA
11 LIAM
12 ARYA
13 LIAM
14 ARYA
15 LIAM
16 ARYA
17 LIAM
18 ARYA
19 ARYA
LIAM
20 ARYA
21 LIAM
22 ARYA

23 LIAM
24 ARYA
25 LIAM
26 ARYA
27 LIAM
ARYA
28 ARYA
29 LIAM
30 LIAM
ARYA
31 ARYA
32 LIAM
33 ARYA
34 LIAM
35 ARYA
36 LIAM
37 ARYA
38 LIAM
ARYA
39 ARYA
40 LIAM
41 ARYA
42 LIAM
43 ARYA
44 LIAM
45 ARYA
46 LIAM
ARYA

47 ARYA
48 LIAM
49 ARYA
50 LIAM
ARYA
LIAM
51 ARYA
52 LIAM
ARYA
EPÍLOGO
ARYA
LIAM
AGRADECIMIENTOS
ACERCA DEL AUTOR

DEDICATORIA

Por esos hombres oscuros que caen con la mujer indicada. No siempre tiene que ser la que esperan, pero siempre es la correcta.

Y por esas mujeres que nos salimos del molde, y eso nos hace perfectas.

«Hola, cariño. Te presento al responsable de tu perdición».

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola! Soy Daniella Rey.

Bienvenida a esta historia donde los pasillos de una oficina corporativa se vuelven el escenario de una obsesión que no conoce límites. Esta novela es un Dark Office Romance que explora la línea delgada entre el deseo profesional y la posesión absoluta.

Advertencias de Contenido

IMPORTANTE: Esta es una obra de ficción dirigida a un público adulto. Contiene temas que pueden resultar sensibles. Se recomienda discreción.

La historia incluye:

• Dinámicas de poder extremas: Relación jefe-subordinada con tintes de dominación y control.

• Obsesión y posesividad: El protagonista masculino muestra comportamientos de acecho y celos patológicos.

• Contenido erótico explícito.

• Menciones de trauma.

• Lenguaje fuerte.

Lectura recomendada para mayores de 18 años.

Como autora, escribo fantasías oscuras para ser disfrutadas en el papel. No apoyo ni promuevo las conductas de acoso o abuso en el ámbito laboral ni personal en la vida real. Si decides cruzar la puerta de la oficina de Liam Blake conmigo, recuerda que aquí las reglas no existen.

PLAYLIST

TOXIC - 2WEI

RENEGADE - AARYAN SHAH

RIVER - BISHOP BRIGGS

E.T. - KATY PERRY

SHAMELESS - CAMILA CABELLO

WITHOUT ME - HALSEY

EXILE - TAYLOR SWIFT & BON IVER

LOVELY - BILLIE EILISH & KHALID

ARCADE - DUNCAN LAURENCE

LET THE WORLD BURN - CHRIS GREY

TASTE OF THE DIVINE - SHAKER, AZEE & COBRA

INFINITY - JAYMES YOUNG

YOURS - RUSSELL DICKERSON



SINOPSIS

La venganza tiene nombre: *Arya Foster.*

He esperado 10 años por esto. *Mi dulce venganza.* Acercarme a la hija del responsable de la muerte de mis padres es solo el inicio de todo. ¿Mi plan? Hacer que ella me elija. Meterme debajo de su piel. *Consumirla*. Solo entonces, podré seguir con mi vida.

Es un plan perfecto. No contaba con que tener esos ojos inocentes y esas curvas peligrosas tan cerca de mí, haría crecer mi empresa... y lo peor de todo, que haría despertar algo más grande dentro de mí que el odio.

El amor a primera vista tiene nombre: *Liam Blake.*

Me hipnotiza con su mirada intensa y esa sonrisa arrogante en el momento en el que pone sus ojos en mí. Nunca creí en el amor a primera vista... hasta él. Solo unos días después, soy parte de su empresa y él es parte de mis sueños más sucios.

Tengo que esforzarme más que el resto de las personas aquí, todo por pertenecer a un mundo donde las caderas anchas y un poco de grasa abdominal equivalen a cometer el peor de los pecados.

No sabía que el amor podía doler tanto.

01 LIAM

Toda la información que necesito está frente a mí: sus estudios, cuenta bancaria, dirección, hobbies y el trabajo actual de la única hija de Franco Foster.

El maldito responsable de todo. Todavía se me cierra la garganta cada vez que lo recuerdo en ese tribunal quedando impune.

Las hojas están esparcidas sobre mi escritorio, junto a algunas fotografías que muestran el desarrollo que ha tenido desde la secundaria hasta el mes pasado. Sostengo en mis manos la más reciente. Es ella: Arya Foster, saliendo muy temprano de su edificio, usando un conjunto deportivo un poco grande y una sudadera con el cuello recortado que deja uno de sus hombros al desnudo.

Tiene veinticinco años y no parece haber novios en la lista, lo que estoy seguro me facilitará las cosas. Lleva el cabello corto, al nivel de los hombros, oscuro y abundante.

Ideal para sujetar con fuerza desde cualquier posición…

El pensamiento me hace arquear la comisura de los labios en una amarga sombra de sonrisa. Cambio a otra foto, un primer plano donde su rostro está totalmente disponible para mi escrutinio. Ojos verdes y una piel de un tono blanco rosado, rasgos finos que la hacen parecer delicada.

Perfecto. Así podré romperla mejor.

Su figura está por mucho fuera de mi estándar. Demasiada carne para mi gusto, pero es otra herramienta que usaré a mi favor. Solo sé que, cuando termine con ella, no quedará nada.

No recuerdo la última vez que tuve una cita en serio; creo que fue en la universidad. Y nunca fue con alguien de su tipo o edad. Los últimos años de mi vida los he dedicado a levantar mi imperio y a preparar mi venganza.

No creo que eso sea un problema ahora; suelo tener a la mujer que quiera con solo mirarla por más de dos segundos en cualquier lugar que elija. Como a Bonnie, mi más reciente secretaria, que ahora mismo está arrodillada entre mis piernas, con mis bolas hasta el fondo de su garganta.

Ella fue la que empezó con esto hace un par de meses; no voy a ser yo quien la detenga.

Sin perder de vista la imagen de mi objetivo, me recargo en el asiento de mi silla y rodeo con el puño el cabello de Bonnie para fijar el ritmo que a mí me gusta. Una boca es solo una boca, al igual que cada parte en su cuerpo. Sirven exactamente para lo mismo, y yo usaré cada parte de Arya Foster como castigo para Franco.

Se metió con la persona equivocada. Si he esperado tantos años para cobrar venganza es porque ese es el tiempo que me tomó llegar a donde estoy. Ser el dueño de la mayor compañía de finanzas no sucedió tan rápido como esperaba, a pesar de tener la base y la herencia de mis padres. Desde aquel *accidente* donde el bastardo de Franco me los quitó, las cosas no han sido fáciles para mí.

Hoy estoy aquí, en la cima, con treinta y dos años y una enorme lista de solicitudes para entrar en mi empresa: BLAKE.

Es el apellido de soltera de mi madre, el cual hice propio no solo para honrar su vida, sino para borrar cualquier rastro del apellido Parker de la historia. Si iba a hacer esto, lo iba a hacer bien. Dejé lo poco que me quedaba atrás y volví a nacer, esta vez con un único propósito.

Mis bolas se aprietan, avisándome que estoy a punto de vaciarme en la garganta de mi secretaria. Ella lo sabe, porque gime más fuerte creyendo que eso me ayuda. Ella no hace una mierda. Empujo hasta que mi pene baja por su garganta y no suelto el agarre en su cabello hasta que se traga la última gota de mi semen.

Bonnie intenta recuperar el control de su respiración cuando por fin salgo de su boca. Busca mi mirada mientras se pone de pie, completamente arruinada: líneas negras escurriendo por sus ojos

llenos de lágrimas, el labial corrido por toda la cara y su cabello rubio hecho un desastre.

Así es como quiero a Arya.

—Límpiate y regresa a tu lugar —le ordeno, regresando mi ropa a su sitio. Nunca le he correspondido el favor. Siempre se trata de mí; *nunca de ellas.*

Bonnie asiente y, tras ajustar su blusa transparente y su minifalda torcida, camina hacia atrás hasta salir de mi oficina. Solo en ese momento ajusto mi silla y regreso al escritorio, directamente a la hoja que contiene la información con el empleo actual de mi víctima.

10:00 p.m. a 02:00 a.m. Kava Bar

¿Por qué una niña de papi con licenciatura en Economía estaría trabajando medio tiempo en un bar? Sí, es uno exclusivo y pertenece a la familia de su mejor amiga, aun así, es solo un puto bar.

Bueno, esta noche lo averiguaré.

Al final de la tarde, camino por el pasillo de mi piso directo al elevador. El edificio completo es BLAKE, y el ático es exclusivamente para mi oficina. En el elevador de cristal disfruto de la vista nocturna de Los Ángeles mientras bajo los veintiséis pisos hasta el estacionamiento subterráneo.

Subo a mi Porsche color carbón y busco en el navegador el dichoso bar. Enciendo mi primer cigarro ocasional de la semana y pongo el coche en marcha. Me tomará veinticinco minutos llegar. Los veinticinco minutos que definirán mi plan de vida.

Hoy, por fin, empieza mi venganza. Oh, dulce venganza.

Me estaciono en el único lugar disponible. Antes de bajar, reviso mi rostro en el espejo, me como una menta y despeino un poco mi cabello. Me quito el saco de mi traje de tres piezas azul oscuro y doblo las mangas de mi camisa blanca hasta los codos. Desabrocho el primer botón y salgo del auto listo para encontrarla. Arya *Dulce Venganza* Foster.

Al entrar, me detengo para analizar la distribución del lugar.

Es cosa mía. Siempre necesito saber cómo salir de cada lugar en caso de emergencia. Lo desarrollé después de saber cómo murieron mis padres.

La barra está justo frente a mí, en el centro de todo, una gran isla rodeada de sillas altas. La luz cálida y el arte abstracto me dicen que es uno de esos lugares modernos para gente joven y rica que paga miles de dólares por un trago sofisticado que, al final del día, contiene la misma mierda que cualquier otro.

Blanqueo los ojos con una respiración profunda.

Ya no estoy para este tipo de sitios, estoy aquí por una única razón. Me lo recuerdo mientras avanzo un par de pasos.

—¡Hola, guapo! —La primera mujer de la noche se me acerca, revoloteando las pestañas—. Pareces un poco estresado. —Pasa una uña puntiaguda por los botones de mi camisa; no la detengo—. Yo puedo ayudarte, ¿sabes?

Está buena y más borracha que lúcida. Tiene una boquita deliciosa y podría jurar que hará un buen trabajo con ella, pero hoy... tengo que ser todo lo que no soy. En otro tiempo ya la hubiera arrastrado a los baños de la esquina noreste para hacer que use esa boca para algo más que coquetear, pero no hoy.

—Ahora no, preciosa —respondo con una resignación fingida. Le guiño un ojo y la ayudo a pasar de largo para que encuentre a alguien más.

Se queja un poco y mi entrepierna me reclama la pérdida. La ignoro, hoy tengo un objetivo mayor. Y por mayor me refiero a algo significativamente grande que acabo de encontrar detrás de la barra.

Ella está ahí, secando copas de cristal y riéndose de algo con su amiga. Es rubia, alta, bastante atractiva; también tengo que ignorarla, porque Arya acaba de poner sus ojos en mí.

«Hola, cariño. Te presento al responsable de tu perdición».

02 ARYA

Siempre me pregunto qué es lo que hago en este lugar. Con mi licenciatura en Economía debería estar trabajando en una firma especializada en finanzas, pero no... Estoy en un bar para niños ricos, sirviendo tragos detrás de una barra kilométrica.

La razón tiene nombre: Su, mi amiga de toda la vida. Sus padres le compraron este lugar porque eso quería ella. A Su le encanta pasar sus noches conociendo chicos y viviendo la vida loca. Así que aquí estoy, haciendo de niñera para cuidarla mientras gano algo de dinero extra. La renta no se paga sola.

Suspiro, preguntándome si debí aceptar la oferta de mi padre para trabajar en su inmobiliaria. Sé que podría hacer un buen trabajo ahí y, en el futuro, hacerme cargo, pero estudié esta carrera precisamente para no depender de él. Quiero forjar mi propio destino en el área que siempre he soñado.

Envié mi currículum a pequeños negocios para ganar experiencia antes de apuntar a gigantes como BLAKE, y creí que todo iría bien... hasta que cada una de las entrevistas a las que asistí, se volvieron incómodas.

¿Quién, en pleno siglo XXI, sigue discriminando los cuerpos diferentes? Al parecer, demasiada gente. Sí, tengo las caderas anchas y unos cuantos centímetros de más en el abdomen, ¿pero eso qué? Lo que debería importarles es mi cerebro, el cual funciona perfectamente bien y es más que capaz de solucionar crisis económicas.

Estoy secando unas copas de cristal cuando Su se me acerca, sacándome de mis pensamientos cotidianos.

—No voltees... —susurra en un chillido de excitación. La conozco; eso significa que acaba de ver a alguien digno de ser su objetivo de la noche.

—Bien, si dices eso, es obvio que querré voltear. —Le pongo los ojos en blanco. Puede que no sea tan atrevida como ella, pero también me gusta mirar.

—Lo sé, lo sé. Solo espera, ¿sí? —chilla más fuerte con los dientes apretados; incluso veo perlas de sudor en su frente—. Hay un hombre, uno de verdad, y acaba de entrar por la puerta del bar.

Mi amiga se abanica la cara. No es la primera vez que lo hace, pero parece que el *hombre* del que habla está realmente en otro nivel.

—Sabía que invertir en un lugar como este tendría sus recompensas. —Sigue. Ahora siento mucha curiosidad, pero trato de restarle importancia. Aquí las que consiguen citas y noches de sexo casual son... bueno, todas menos yo.

Me niego a cambiar mi cuerpo para gustarle a alguien. Si yo me amo tal como soy, el hombre indicado para amar mis curvas aparecerá algún día. A menos que ese hombre esté ahora mismo en otro continente o en otro planeta; en ese caso, sí que la tengo difícil.

—No creo que sea para tanto —le respondo.

—Oh, créeme, lo es... Solo mira. —Me hace una seña con la cabeza hacia la entrada del club y, llena de curiosidad, volteo. No debí hacerlo.

«Santa mierda caliente».

Es un maldito dios griego. ¿Cuánto mide? ¿Dos metros? Y ese cabello tan delicadamente alborotado en la parte de arriba, como si hubiera moldeado cada mechón con precisión… ¡Dios! Es tan sexy que hasta yo lo sé sin haber bajado la vista de su cuello.

Lo hago ahora mismo. Se me seca la garganta. Lleva un chaleco que forma parte de un traje hecho a medida, estoy segura. La camisa se ajusta perfectamente a sus brazos marcados y llenos de músculos. De pronto siento mucho calor, y eso que siempre tengo frio en este lugar.

De lo que estoy segura es de que no necesitaré un solo trago esta noche para entrar en calor.

Tiene las mangas dobladas hasta los codos, exponiendo una fuerza que parece extenderse por cada parte de su cuerpo, hasta la punta de sus dedos. No sé en qué momento empecé a contener la respiración, pero ahora mismo siento que no entra el aire a mis pulmones.

Mis piernas se cruzan por puro instinto y ya sé qué imagen tendré en mente esta noche cuando esté a solas en mi cama con mi vibrador.

—Arya, baby, ¿Estás bien? Parece que te vas a desmayar en cualquier momento. —Su me pone una mano en la frente y es cuando me doy cuenta de que estoy sudando.

Yo solo puedo tragar saliva y asentir. Dejo de ver al hombre digno de mis sueños y me concentro en mi respiración. Cuando recupero el control de mí misma, hablo.

—Sí, tonta, estoy bien. Es solo que... —Mis ojos regresan involuntariamente a la entrada del bar, pero el hombre ha desaparecido—. Olvídalo. —Sueno completamente decepcionada.

¿Habrá sido un espejismo? ¿De verdad existen hombres así?

«Vaya suerte la que tendrá alguna chica esta noche».

—Bueno, trata de relajarte. Yo iré en busca de ese bombón tamaño jumbo. —Su me sonríe con esa expresión que solo significa una cosa: *cacería.* Se acomoda los pechos y expone un poco más su escote—. Deséame suerte, baby.

Antes de que pueda decirle que no la necesita, mi mejor amiga me deja sola en mi lado de la barra. Claro yo estoy aquí para vender tragos y ella para seducir a tipos como él.

Sacudo la cabeza para espantar la tristeza de mi pensamiento y dibujo una nueva sonrisa en mis labios. Es mi mejor amiga y la amo; y aunque no soy una mujer insegura, a veces odio lo imbécil que puede ser el mundo por no poder ver más allá de la capa exterior.

«Y los que miran más allá, solo quieren jugar»

No vamos a ir ahí. No ahora.

—Creo que me equivoqué de lugar. —Una voz perfectamente masculina, grave y vibrante, me saca de mi pensamiento y me sobresalto.

Me doy media vuelta para atender a mi siguiente cliente de la noche, pero me congelo porque no estoy lista para lo que tengo en frente. El hombre de los músculos está ahí, recargado en la barra, frente a mí: el bombón tamaño jumbo como lo llamó Su, es jodidamente real y está parado con los ojos fijos en los míos.

Juro que no suelo ser tímida, pero en este momento esa mirada llena de intensidad masculina, me hace sentir pequeña. Una mirada de este hombre y estoy lista para confesar todos y cada uno de mis pecados. Lo haría incluso de rodillas.

El hombre me mira, esperando una respuesta. *¿Qué dijo? ¿Pidió un trago?* No puedo recordar sus palabras, así como tampoco puedo dejar de mirarlo. Tengo la boca seca y tragar saliva me cuesta una eternidad. Hasta que, por fin, me armo de valor para formular una frase coherente y que no tenga nada que ver con lo que mi mente está imaginando.

Llevo seis meses tomando pedidos de niños ricos y arrogantes que se creen más que cualquiera por tener un apellido elegante; esto debería ser fácil para mí.

—¿Disculpa? ¿Dijiste algo? —Es lo más sensato que puedo decir justo ahora. Los ojos del hombre bajan a mis labios en cuanto lo hago. Me arrepiento de sostenerle la mirada porque el calor a mi alrededor de pronto se hace insoportable y se acumula peligrosamente entre mis piernas.

Entonces sonríe y el momento se vuelve mil veces peor. Su pecho se infla antes de poner los codos en la barra e inclinarse hacia mí, invadiendo mi espacio seguro para respirar.

—Dije que tal vez me equivoqué de lugar. Esto no parece un bar para un hombre como yo.

La forma grave y profunda en que pronuncia esa palabra, *hombre*, me hace temblar las rodillas. Si no fuera porque tengo las manos apoyadas en la barra, ya sería un charco de agua en el suelo.

Mi capacidad de análisis acaba de entrar en recesión porque el tipo me está mirando descaradamente al nivel del pecho. Siento un impulso de subir una mano para cubrirme, pero al mismo tiempo me pregunto si mis curvas le gustan o piensa que son *demasiado*, como para el resto del mundo.

—¿Tienes nombre, dulzura? —pregunta de pronto.

Ahí entiendo que estaba buscando mi placa de identificación y no simplemente devorando mi escote.

¿Estoy mal por sentirme decepcionada una vez más?

«Es la misma decepción de siempre. No seas patética, Arya. Como si realmente fueras a dejar que alguien te tocara... tu única relación estable es con tu vibrador XL color morado».

Ignoro eso y le sonrío al hombre, con más control de mí misma, completamente recuperada del golpe inicial y de la reacción física de mi cuerpo.

—Soy Arya. —Me inclino un poco para no tener que gritar—. ¿Te gustaría tomar algo? —pregunto y me siento orgullosa de mi nuevo control.

Él asiente.

—¿Qué me recomiendas? —Su aliento a menta me llega hasta la cara. *Mierda.* Una imagen mental de ese mismo aliento soplando en otras partes de mi piel, me corta por completo la respiración. Niego internamente e intento con todas mis fuerzas ser profesional.

—Hay mucho para elegir. ¿Cómo te sientes el día de hoy? —hablo, aunque soy consciente del temblor en mis palabras.

—¿Tienes algo con sabor a…. *te he estado buscando y al fin te encontré?*

«Oh mi maldito Dios»

Ojalá no me lo hubiera dicho con esos ojos oscuros clavados en los míos. Solo hace que mi ropa interior termine de arruinarse. Y ni hablar del escalofrío que me recorre la espalda. Justo ahora no estoy segura de si es una advertencia o un placer que no he sentido antes.

En mi mente sé exactamente lo que le serviría. Algo con ginebra y un toque de veneno dulce. Porque este hombre parece exactamente eso: *una tentación de la que nadie puede salir ileso.*

03 LIAM

Me es imposible no notar el movimiento que hace del otro lado de la barra. Podría jurar que está apretando una pierna contra la otra, intentando contener lo que sea que mi mirada le provoca ahí dentro. Creí que vestía de forma más discreta, considerando su tipo de cuerpo, pero ha sido una grata equivocación de mi parte.

Lleva una falda a cuadros, blanco y negro, tan ajustada que parece una segunda piel; por el frente le cubre la mitad de los muslos, pero por detrás... Apenas logra contener ese tamaño de trasero, generoso y firme. Una blusa negra sencilla completa el conjunto de esta noche; el escote en V expone el tamaño, forma y firmeza de sus pechos. Todo en ella es abundante.

Me pregunto si esa boca con labios regordetes también será lo suficientemente capaz para mí. *Mierda, voy a disfrutar rompiendo cada parte de ella*... cada maldita fibra de su alma y de su cuerpo.

Arya regresa a la barra y no intento ocultar que he estado devorando sus curvas mientras prepara mi bebida. Sus mejillas, que apenas habían recuperado su color natural, vuelven a teñirse de un increíble tono rosado. Sabe que me la estoy comiendo con la mirada. Se muerde ligeramente el labio inferior y, maldita sea, ese pequeño gesto va directo a mi entrepierna.

—Espero que te guste —dice con un toque de timidez cuando coloca la colorida bebida delante de mí.

Solo tengo que estirar mi mano un poco para alcanzar el vaso antes de que ella lo suelte. Mis dedos rozan los suyos y lo que sale de su boca solo podría clasificarse como un jadeo. Demasiado pronto, aleja su mano de la mía, como si mi tacto la quemara. O como si no estuviera acostumbrada al contacto con el sexo opuesto.

Apostaré por lo segundo.

Suelto una risita mirando la bebida y dejo que se aleje, pero no demasiado. Porque cuando me llevo el vaso a la boca, me aseguro de que sus ojos estén clavados en los míos.

Sí, justo así, cariño.

Tomo un trago largo y, con toda la intención, dejo que una gota escape por la comisura. La recupero lentamente con la punta de la lengua, recorriendo mi labio inferior y saboreándola.

Los labios de Arya se separan para su siguiente respiración, pero el acto se convierte en un suspiro entrecortado casi imperceptible que logro escuchar a pesar del ruido en el bar. No parece capaz de ocultar su deseo por mí, y eso es una sorpresa deliciosa.

—Dulce... fuerte... picante... y, también, deliciosa.

—¿Perdona? —pregunta casi sin aliento, con las cejas levantadas e inclinándose hacia delante.

Percibo su perfume. No es floral ni frutal; es algo diferente, dulce y fresco, como aire puro después de la lluvia.

—La bebida, dulzura. —Decido ser *bueno* y la saco de su trance—. Es deliciosa.

—Me alegro mucho —responde con una nueva sonrisa y se aleja un poco—. Si necesitas algo más, estaré por allá.

Señala su espacio en la barra y empieza a caminar. Lo que no sabe es que estoy lejos de terminar con ella.

—Espera, dulzura. —Se detiene en seco. Por su postura, creo que se maldice a sí misma por responder con tanta facilidad al nuevo apodo. Honestamente, le queda perfecto.

—¿Sí? —Intenta parecer casual, pero le falta experiencia en la mentira. Si fuera más inteligente, saldría corriendo de mi lado.

—Tal vez necesite algo de compañía. ¿Qué dices? ¿Te gustaría conversar un minuto con un *extraño aburrido*? —Intento relajar el ambiente. Tampoco quiero hacerla implosionar con nuestra primera interacción.

—No eres aburrido —suelta, y abre mucho los ojos al darse cuenta de que ha pensado en voz alta. Con el rostro y el cuello enrojecidos de vergüenza, se aclara la garganta—. Quiero decir que... mírate, pareces un hombre que sabe perfectamente cómo pasarla bien.

Es tan tierna justo ahora que me río con ganas, tanto que tengo que llevarme una mano al estómago. Arya se cubre la cara con ambas manos al notar que cada palabra que sale de su boca solo empeora su situación.

—¿Eso es un sí? —Me enderezo y le pregunto con una sonrisa ladeada, con mis ojos fijos solo en ella.

Veo la duda en su mirada, pero finalmente deja caer los hombros, como si su instinto intentara advertirle que no debería confiar, pero su deseo pudiera más.

—Estoy trabajando, lo siento. —Se encoge de hombros, resignada. No me conoce si cree que la voy a dejar ir.

Con el índice, le hago una seña para que se acerque. Da un paso vacilante, pero al final lo hace. *Siempre lo hacen*. Con ambos cuerpos inclinados en la barra, me acerco lo más que puedo a su oído.

—Dime, Arya, ¿trabajar en este bar es tu verdadero sueño? —suelto lo único que sé que en este momento la desestabilizará. Miré las decenas de entrevistas que tuvo en el rubro que busca. Ninguna pasó más allá de la primera impresión.

Al tenerla tan cerca, incluso con la luz tenue del bar, noto que sus ojos no son simplemente verdes. El iris es de un tono verde intenso, pero cerca de la pupila, destellos marrones y dorados se mezclan en una explosión de oro. Una obra de arte que disfrutaré el día que la tenga de rodillas, llorando mientras le lleno la garganta.

Su mirada se vuelve tímida, casi avergonzada, así que decido presionar el botón de la empatía.

—Si es así, no es mi intención ofenderte, dulzura. Solo busco un tema de conversación para hacer que te quedes.

Quisiera extender la mano y tomarla del mentón para obligarla a mirarme, pero me contengo. Igual consigo lo que quiero: sus ojos regresan a los míos.

—No te preocupes. —Inspira tan profundo que siento que me roba mi propio oxígeno—. Tienes razón. —Se encoge de hombros con una suave sonrisa—. Soy licenciada en Economía, solo que no ha sido tan fácil encontrar un buen trabajo para mí —dice lo último con un cansancio evidente mientras señala su cuerpo.

Ya lo sabía, pero no tenía idea de que esa fuera la razón. En fin, solo un punto más a mi favor.

—Ni lo menciones, dulzura. Sé exactamente cómo se siente —miento, acercándome más a ella con los codos a cada lado de los suyos sobre la barra—. He trabajado toda mi vida para levantar mi empresa y apenas ahora empiezo a sentir que estoy logrando algo.

La conversación fluye naturalmente, parece que disfruta realmente de lo que estudió. Su seguridad crece con cada pregunta que le hago, hasta que la rubia de hace un momento aparece de nuevo para lanzarme todos sus *atributos* a la cara.

Es el momento perfecto. Arya agacha la cabeza y, asumiendo que su amiga tiene interés en mí, decide retirarse. Es claro que se siente intimidada por ella. Disfruto de esa inseguridad; dejaré que se cocine en ella por un rato.

Le ofrezco un trago a la rubia y ella lo acepta encantada, volviéndose más atrevida. Al principio es divertido, pero pronto se vuelve tedioso. Me doy cuenta de que, aunque parece perfecta, no despierta ni un solo gramo de deseo en mí. Me digo que no tengo tiempo para esto, ni siquiera para pensar en usar alguno de sus agujeros al final de la noche.

Es tiempo de volver a lo único que ahora me importa: *Arya.*

—Oye, bonita. —Rodeo la nuca de la rubia y la atraigo hacia mí, susurrándole al oído mientras mis ojos se clavan en la decepción de Arya—. Hazme un favor y llama para mí a tu amiga, la dulce Arya.

Me separo lentamente y le guiño un ojo a la rubia, asegurándome de que Arya lo vea. Funciona. Mi chica me da la espalda por completo y finge que hace cualquier cosa en la barra. La rubia, con un puchero de derrota, se despide de mí, camina del otro lado de la barra hasta llegar con Arya y decirle algo al oído.

Arya mira sus propios pies, apretando el vaso de cristal que tiene en la mano. Se toma su tiempo para controlar lo que parece rabia y decepción antes de volver a mí. No me mira cuando lo hace; lo he hecho excepcionalmente bien.

—Supongo que necesitas la cuenta —dice con voz fría y profesional.

—Sí, si eres tan amable, dulzura. —Le extiendo mi tarjeta de crédito—. Y carga el cien por ciento de propina para ti, Arya.

Sus ojos suben a los míos de golpe. No voy a negarlo: su mirada me impacta como una ola verde y dorada golpeando la costa en plena marea alta. Me digo que ese impacto es solo la adrenalina por la caza y no otra cosa.

—No puedo aceptar eso —replica, dando un paso hacia atrás.

—Sí puedes. Ya se lo pregunté a tu amiga —miento.

Me mira con un sentimiento que no entiendo, tal vez piensa que le estoy dando caridad después de hablarme de cómo no puede encontrar un buen trabajo. Termina tomando la tarjeta y camina hacia la caja. Cuando regresa, intenta dejarla en la barra, pero atrapo su mano antes de que pueda volver a huir.

Es pequeña y suave bajo la mía, mucho más áspera y dura. Tiro de ella hacia mí, forzando el poco espacio entre nosotros, hasta que su respiración se mezcla con la mía. El caos verde y dorado en sus ojos me golpea de nuevo.

—Fue un verdadero placer conocerte, Arya.

Bajo la mirada a sus labios, creyendo que será un lugar más seguro que ver sus ojos, pero me equivoco, porque también veo cómo se queda sin aire al sentir mi mirada. Su pecho sube y baja en un intento fallido por respirar con normalidad.

Entonces me maldigo por querer saber a qué saben esos labios.

04 ARYA

Me aclaro la garganta y me las arreglo para responder de la manera más controlada e inteligente posible.

—Quisiera decir lo mismo... pero no me has dicho tu nombre —respondo. Mi audacia parece impresionarlo; o al menos eso creo ver en sus ojos, que ahora sé, son de un azul oscuro, como el océano más profundo y peligroso.

Él se inclina aún más sobre la barra, a pesar de que ya nos separa muy poco de oxígeno. No me muevo, respondo a su magnetismo, como una polilla que se deja atraer por el fuego.

—Las presentaciones oficiales las haremos el lunes por la mañana, en mi oficina. —Saca una tarjeta del bolsillo de su chaleco y, sin perder el contacto con mis ojos, la coloca en mi mano.

No me suelta de inmediato. Espera siete segundos exactos que cuento en mi mente, antes de guiñarme un ojo y por fin dejarme tomar aire en mis pulmones.

¿Quién demonios es este hombre?

¿Tenía que ser tan malditamente sexi?

—A las diez de la mañana, Arya. No tolero la impuntualidad —sentencia con tono firme. De esos que no te dan margen a discusión.

Y así, dejándome totalmente aturdida y envuelta en el rastro de su perfume masculino... desaparece. Me toma unos segundos bastante largos reaccionar. Lo sigo con la mirada hasta que atraviesa la puerta del bar.

Cuando siento que todo ha vuelto a la normalidad dentro de mí, levanto la tarjeta que quema en la palma de mi mano y mis ojos se topan con un rectángulo de papel grueso, elegante al tacto, con

letras grabadas en oro, que forman la palabra BLAKE en el centro, rodeada por un elegante relieve que me da cosquillas en los dedos.

—¡Santa mierda! —grito.

Si antes mis rodillas estaban a punto de flaquear por el hombre que acaba de salir, esto termina de vencerlas. Me dejo caer en el primer asiento que encuentro y me llevo una mano al pecho. Mi corazón late acelerado. Tanto que temo no llegar viva al lunes.

—Tengo una entrevista en BLAKE —susurro para convencerme de que esto es malditamente real—. ¡TENGO UNA ENTREVISTA EN BLAKE!

El resto de la noche pasa en una nube borrosa de la que no logro recordar nada. Ni siquiera la conversación en donde Su me habla del chico con el que se besó en los baños. Al llegar a casa, la adrenalina dentro de mi cuerpo no disminuye. Al contrario, estoy tan sobre estimulada que salto sobre mi cama hasta cansarme.

Me mudé de la casa de mi padre en cuanto terminé la universidad; él insistió en pagar el primer año de renta de mi departamento, y no tuve más remedio que aceptar. Le aseguré que sería lo último que le dejaba pagar por mí.

Ahora tengo veinticinco años y solo quiero ser capaz de conseguir todo por mí misma. No contaba con que el mundo laboral fuera un campo de minas para alguien con mis curvas… Hasta ahora.

Recuerdo la suerte que tuve esta noche. El mismísimo dueño de BLAKE, quiere verme.

Es solo una entrevista, lo sé, pero estoy segura de que aceptaré cualquier puesto con tal de demostrar que mi cerebro vale tanto como el de cualquier otra persona en este rubro.

La cuestión más importante ahora que estoy en la oscuridad de mi habitación es... ¿debería darme placer con la imagen de mi posible futuro jefe en la mente?

—A la mierda, ¡claro que sí!

Lunes por la mañana.

Apenas puedo creer que logré dormir algo estos días. Susan desapareció —vaya a saber con quién terminó enredada este fin de semana— Apenas me llamó hace una hora para decir que está viva y bien *atendida*. A veces creo que se expone demasiado; no solo es su salud lo que arriesga, sino también su vida.

¿Cómo saber si no se topará con un hombre con las peores intenciones?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Tendré que hablar seriamente con ella.

Le hablé sobre la entrevista, aunque omití el lugar y quien fue él que me la dio. En cuanto tenga una respuesta, ella será la primera en saberlo.

Ahora mismo, estoy dando vueltas frente a mi guardarropa. Los nervios me están traicionando tanto que no logro pensar con claridad. Si fuera por mí, usaría mi falda roja con botas de terciopelo hasta las rodillas, pero es demasiado informal para el imperio que es BLAKE. Además de que esa falda dice todo menos profesionalismo.

Tampoco es que pueda ir con los conjuntos deportivos con los que suelo salir a la calle.

Dios, me estoy volviendo loca.

Me decido por un pantalón de vestir color ladrillo que, inevitablemente, se ajusta a mis caderas y trasero. Lo combino con una camisa de seda blanca con mangas largas, perfectamente planchada. Siento que el botón a la altura de mi pecho está un poco al límite, pero espero que resista un par de horas. No tengo el tiempo suficiente para arreglarlo. Perdí demasiados minutos dando vueltas por mi vestidor y ahora voy a contrarreloj.

«No tolero la impuntualidad», me advirtió.

Quiero llorar cuando me bajo del taxi frente al imponente edificio de cristal de BLAKE y veo que faltan solo dos minutos para

las diez. Estoy a punto de arruinar la oportunidad de mi vida de la manera más humillante posible.

Rogándole a mi madre en el cielo que me empuje, obligo a mis pies a moverse. Llego a la recepción y, con el rostro lleno de vergüenza, entrego la tarjeta.

—Buenos días, tengo una cita a las diez. Mi nombre es Arya Foster. —No me tiembla la voz por puro milagro.

La recepcionista me mira de pies a cabeza después de mirar la tarjeta. Yo hago lo mismo. Es hermosa, parece sacada de una revista de moda. Ella me mira de esa forma que ya conozco: *juzgándome por mi tamaño antes de otra cosa.*

Parece que va a echarme del lugar sin siquiera darme una oportunidad, pero alguien allá arriba me ayuda, porque una llamada la interrumpe.

—¿Señor?... Sí... Tarde... Muy bien. —Deja el teléfono y su silencio me permite tener esperanza por un breve minuto—. Penthouse —suelta de mala gana, señalando el ascensor de cristal al final del piso.

—Muchas gracias. —Le sonrío, agradecida y camino hacia el elevador, fingiendo que sé exactamente lo que hago.

Mientras subo hasta el piso veintiséis, los nervios dentro de mí se multiplican, así que me concentro en ver cómo la ciudad de Los Ángeles se hace pequeña bajo mis pies.

—No esperes nada de esto, Arya. No estás lista para un puesto grande, pero puedes aprender y crecer desde abajo —le susurro a mi reflejo, sintiendo que por fin estoy lista.

Las puertas del ascensor se abren y me recibe un silencio místico. Hay un pequeño escritorio de recepción y, al fondo, una oficina con paredes de cristal que supongo, solo funciona para ver de adentro hacia afuera. Imagino que debe tener una vista nocturna impresionante.

—Disculpa —detengo a la mujer que sale de allí. Noto que intenta acomodarse la blusa y tiene el labial rojo ligeramente corrido

—. Tengo una entrevista, el señor Blake me espera.

Una punzada me recorre el pecho, y brevemente me pregunto si el hombre tan hermoso a la vista y del cual aún no sé más que su apellido, es del tipo que… se relaciona de esa sucia manera con sus empleadas.

No sería el primer hombre rico en hacerlo, pero sí sería completamente decepcionante.

«Calla, si tú te diste placer pensando en él, sabiendo que podía convertirse en tu jefe»

Lo hice, porque es de lo único de lo que vivo, de fantasías con hombres inalcanzables. Que se vuelva una realidad no es precisamente ético.

Dejo la conversación interna para después, la rubia frente a mí, se detiene para mirarme exactamente igual que la mujer de la recepción del primer piso. La sonrisa que dibuja en sus labios aún manchados no es de simpatía; es de esa superioridad que he enfrentado toda mi vida.

—Sí, claro... —dice con un toque de desprecio que me molesta más de lo que debería.

Hasta ahora, las dos mujeres que he visto parecen modelos sacadas de una pasarela de Victoria Secret. Espero que sus cerebros sean igual de impresionantes, porque, aunque no pueda competir en pasarelas, sé que mi intelecto puede llevarme a donde quiera.

Si me dan la oportunidad de demostrarlo.

—Supongo que esa es su oficina. ¿Me anuncias o simplemente entro? —Mi tono la sorprende. Seguramente esperaba a una gatita asustada e insegura por mi apariencia. No lo soy.

—Sígueme —dice, caminando de regreso a la oficina de la que acaba de salir—. ¿Nombre?

—Arya Foster.

Entra sin tocar. Yo la sigo un paso por detrás. Y ahí está él. Exactamente como lo recordaba, y mi cuerpo reacciona con la

misma intensidad eléctrica que la primera vez.

«Esto va a ser un problema si no puedo controlar la reacción que mi cuerpo tiene con solo verlo»

05 LIAM

Son las diez de la mañana en punto cuando me libero por primera vez en el día, y lo hago dentro de la boca de Bonnie, mi maldita... *secretaria buena para chupar*. Mientras observo el reloj de pared al fondo de mi oficina, otro rostro invade mi mente. Uno que no debería estar ahí.

No esperaba tener que ser yo quien llamara a recepción para preguntar si Arya Foster se había dignado a aparecer. Esa noche en el bar me pareció una chica inteligente; no la creí tan estúpida como para desperdiciar la oportunidad de su maldita vida.

Enojado, regreso todo a su lugar, dentro de mi ropa.

—Límpiate y vete —le gruño a Bonnie antes de tomar el teléfono de mi escritorio y llevármelo a la oreja.

Molesto es poco a lo que empieza a gestarse en mi interior. Mi plan completo depende de esto y no tengo la menor intención de fallar. El timbre suena una sola vez antes de que Camila, el rostro impecable de BLAKE, responda desde la recepción del primer piso.

—Cami, estoy esperando a una chica de nombre Arya Foster. ¿Se ha presentado? —pregunto impaciente.

—Sí, señor, está frente a mí. —Noto la apatía característica en su voz.

—¿Acaba de llegar? —pregunto, fingiendo molestia cuando en realidad estoy aliviado.

—Sí. Algo tarde, me parece. —Suspiro.

—Bien, por esta ocasión la dejaré pasar. Que suba de inmediato. —Cuelgo. A pesar de que no tolero la falta de compromiso, una corriente de adrenalina recorre mi columna y me hace enderezarme.

Está aquí. Mi venganza realmente empieza ahora.

Reviso mi ropa y cabello. También me aseguro de esconder el expediente de investigación de la *pequeña gran Foster*. El viernes conoció mi lado bueno; hoy conocerá al dueño de BLAKE. Un maldito lobo sin corazón con intenciones tan perturbadoras que la harían temblar si pudiera leerme la mente.

Hoy saldrá con un empleo de este lugar, pero al final de todo... deseará no haberme conocido nunca.

A través de las paredes de cristal, veo cómo sale del ascensor y choca de frente con Bonnie. Sonrío, disfrutando de la actitud despectiva de mi secretaria; estoy seguro de que todas mis empleadas comparten esa característica. Por algo se dice que todo se parece a su dueño ¿no?

Me aseguré de tener solo lo mejor, no solo por estética, sino por control. Y por supuesto que la pequeña Arya no encaja en este lugar; en este molde de plástico que he creado.

No escucho lo que dicen, pero Arya parece haber hecho enojar a Bonnie. La comisura de mi boca se levanta aún más. Parece que la hija de Franco tiene agallas. Ya tendrá tiempo de mostrármelas... y yo de quitárselas junto con todo lo que tenga.

Por fin entran a mi oficina y me preparo para actuar indiferente, no es muy difícil, una parte de tenerla aquí, en mi mundo, realmente me molesta. No tiene derecho a pisar este piso, no tiene derecho a respirar lo que levanté de las cenizas de mis padres.

—Señor Blake, aquí la... señorita. —Bonnie dice la última palabra con un veneno que me cuesta no aplaudir—. Dice que tiene una cita con usted.

—Arya, mi nombre es Arya. —Interrumpe ella, dando un paso al frente.

—Como sea —suelta Bonnie, blanqueando los ojos.

Me obligo a intervenir antes de que cualquiera de las dos se lance encima de la otra.

—Gracias, Bonnie. Regresa a tu puesto —digo regresando mi vista al montón de papeles que tengo frente a mí sobre el escritorio.

Son contratos que tengo que revisar, pero justo ahora las letras se mezclan entre sí porque no puedo con lo que siento de saber que por fin tengo a Arya aquí. A mi entera disposición y para hacer lo que quiera con ella.

La puerta de mi oficina se cierra y el eco de los tacones de Bonnie se aleja, es todo lo que se escucha en mi piso. Me gusta el silencio.

Dejo que Arya hable primero, el silencio también es otra clase de tortura, te obliga a sobre pensar.

—Señor Blake, le agradezco la oportunidad… —Aquí vamos.

—Llegas tarde —suelto, con tono duro. Incluso más de lo que planeé—. Si has oído de BLAKE, lo cual supongo que sí, sabes que no se construyó en un día. —Por fin levanto la mirada y me encuentro con la suya. No parece asustada, más bien acostumbrada —. Soy un hombre que ha luchado mucho por este imperio, y si algo tengo claro es que sin compromiso no se llega a ninguna parte.

El silencio que sigue dentro de este lugar, es tan denso y espeso que casi puedo tocarlo.

—Entiendo. Y tiene toda la razón, señor. —Arya responde bajando ligeramente la mirada, espero que se rinda, que suplique una oportunidad al menos, pero demasiado rápido, levanta la cabeza, con nueva fuerza que me paraliza un segundo—. Entonces déjeme preguntarle... ¿Por qué permitió que subiera si ya tiene un juicio sobre mí, basado solamente en mi impuntualidad?

«¡Guau! Alguien acaba de sacar sus garras».

—Porque me gustas. —Mierda, decir esto no estaba en el guion. Arya se congela en su lugar. Con sus ojos verdes clavados en los míos—. Me gusta tu determinación. —Me corrijo llevando una mano a mi corbata para aflojarla un poco. De pronto siento que no me llega suficiente aire a los pulmones—. Algo me dice que, debajo de lo que dejas ver, hay algo mucho más valioso.

Termino en un tono más amable y mirándola solo por encima, fingiendo volver a mis documentos.

Escucho un suspiro contenido que viene de ella.

—En ese caso, permítame terminar esta entrevista para confirmar que su perspectiva sobre mí es correcta. Si no se ha dado por vencido conmigo, por supuesto. —El ánimo en su voz me dice que realmente quiere este trabajo, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que no hice bien mi investigación. Porque no tenía idea de que fuera así de fuerte mentalmente.

¿Cuántas mujeres escondes ahí dentro, Arya Foster?

—Tome asiento, señorita Foster. —Le indico la silla frente a mí con la mano y también acerco mi silla al escritorio. Haremos esto de manera formal.

Entonces ocurre. En el momento en que su trasero toca el asiento de la silla, el botón de su camisa blanca —ese que luchaba por contener sus enormes y pesados pechos— sale disparado. Vuela por el aire y, por un azar del bendito destino, aterriza en mi mano.

—¡Oh, Dios! —exclama ella, levanta una mano para cubrirse el nuevo escote, dejando que su cara se pinte de un rojo perfecto. Rojo vergüenza.

—Creo que esto es tuyo —digo en tono burlón y cierro el puño sobre el botón y me lo llevo al bolsillo de mi saco.

—Lo siento tanto... —tartamudea, poniéndose de pie—. Será mejor que me retire, esto es un completo desastre. —No suena tan fuerte ahora mismo.

Intenta irse.

—Arya, solo te lo voy a decir una vez —gruño sintiendo que ya he perdido demasiado tiempo con ella, y ni siquiera hemos empezado la puta entrevista—. ¡Siéntate!

Mis ojos quieren ir a como su pecho sube y baja con cada respiración acelerada, pero me obligo a mantener la vista en sus ojos. Ella obedece, con las manos ligeramente temblorosas.

—Escúchame bien... Arya. Si yo hubiera dejado que cada situación ajena a mi control me distrajera de mi meta, créeme que BLAKE no sería lo que es ahora. —Eso es verdad. No dejé que nada ni nadie me distrajera de mi meta.

—Lo siento mucho, señor. Lección aprendida —dice y me sorprende esa chispa en su voz. La confianza ha regresado, ignora por completo lo que pasó con su blusa y endereza su postura, entrelaza sus manos al frente, sobre su pantalón y cuando vuelve hablar no hay un solo rastro de vulnerabilidad—. Me gustaría continuar con la entrevista, señor Blake.

Toda una caja de sorpresas es esta mujer. Me gusta, me gusta que sepa nadar contra la corriente. Me sirve para el negocio. Después de todo, tengo que contratarla para poder destruirla.

—¿Estás lista para empezar mañana mismo? —El choque de sorpresa en su rostro es absoluto, ojalá no me mirara de esa manera cada pocos segundos. Sus ojos son algo que sencillamente no puedo ignorar—. No tienes experiencia y necesitas aprender cómo funciona este mundo desde la raíz, pero creo en tu potencial. ¿Qué dices, Arya? ¿Quieres pertenecer a BLAKE?

Cuando se queda muda, decido salir de mi silla, me tomo mi tiempo para abrochar el botón de mi saco antes de rodear el escritorio y caminar hacia ella. Cuando lo hago, la tomo de la mano y la ayudo a salir de su propia silla, sigue en estado de shock. Con una expresión de felicidad tan pura que no creo haber visto en nadie antes.

—Por favor, pellízcame —susurra sin aire cuando estamos frente a frente, a escasos centímetros de distancia—. Necesito saber si esto es real o solo el mejor sueño de mi vida... ¡Ay! —Se queja cuando siente mi pellizco en la curva de su cuello.

Sus ojos se abren con indignación, pero después estalla en una carcajada tan genuina que me arranca una risa a mí también. No recuerdo la última vez que me reí así por algo tan trivial.

—¿Entonces? —pregunto, dando un paso atrás para tener el espacio suficiente para extenderle mi mano.

—Estoy dentro —confirma, sellando el trato con un apretón. Su agarre es suave, el mío es una trampa—. Gracias, señor Blake.

—Dime Liam. Mi asistente personal tiene ese privilegio.

Sus ojos brillan, húmedos por la risa o tal vez por la emoción, por un segundo me pierdo en ese destello dorado. Es la mirada de alguien que cree haber alcanzado el cielo.

Lástima que mi único objetivo sea arrastrarla conmigo al infierno.

06 ARYA

Me pregunto qué habrá tenido que pasar Liam Blake para llegar a donde está ahora. Tenía razón con todo lo que me dijo y me dio una gran lección con eso. También influyó mucho su voz que, cuando se vuelve grave y autoritaria —*casi animal*—, me obliga a obedecer sin pensar.

«Escúchame bien, si yo hubiera dejado que cada situación ajena a mi control me distrajera de mi meta, créeme que BLAKE no sería lo que es ahora».

Habló con la autoridad de la experiencia. Y no puedo creer que ese hombre tan grande física y figurativamente, haya puesto sus ojos en mí.

No puedo evitar que, al pensar en eso, el calor se instale de nuevo en mis mejillas. Pero también me aseguro a mí misma de estar consciente de que cuando dijo que yo *le gustaba*, no se refería a mí como *mujer*, sino a mi espíritu. Sí, eso es.

O al menos eso necesito creer para no volverme loca.

Sintiéndome aún en un sueño, llevo mi mano al punto en mi cuello donde Liam me pellizcó. En primer lugar, creía estar hablando para mí misma en ese momento. Sacudo la cabeza con una enorme sonrisa en mis labios.

El dolor residual me recuerda que esto es real. Soy Arya Foster y mañana empiezo a trabajar en el pent-house de la torre de finanzas más imponente de la ciudad.

—Tengo que llamar a Su.

Acordamos reunirnos en el bar de su familia unas horas después. El tiempo no puede ir lo suficientemente rápido este día.

Cuando llego ahí, me abraza con mucha fuerza, como siempre. Esta vez sonríe porque yo también la abrazo con todas las emociones mezcladas que ahora tengo en mi interior.

—Por Dios mujer, te ves radiante. Si no te conociera mejor, diría que alguien acaba de tener sexo. —Se ríe cuando pongo los ojos en blanco. Nos sentamos en una mesa cerca de la puerta para que los empleados que se preparan para esta noche, no nos molesten—. Suéltalo ya, muero por saber las noticias.

—¡Ya tengo empleo! —Se lo suelto de golpe, con una sonrisa que amenaza con partirme la cara.

—¡¿Qué?! ¿De verdad? ¡Qué felicidad! —Aprieta mis manos con entusiasmo y grita hacia la barra—: ¡Tequila para festejar!

—Solo dos tragos, Su. Mañana inicio a primera hora. —intento parecer razonable, pero la verdad es que también necesito ese trago, no para festejar, sino para tranquilizar mi interior.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? Cuéntamelo todo, ¿cómo es que me perdí de tanto en un solo fin de semana? —Se echa para atrás en su asiento y se cruza de brazos.

—Bueno... ¿Recuerdas al hombre de la otra noche? —Empiezo con timidez. Ella abre los ojos de par en par mientras le resumo todo: la conversación que tuvimos en el club, la tarjeta que dejó en mi mano y también el desastre con ese botón reventado y cayendo directamente en su mano.

Omito, por supuesto, que pasé el fin de semana llegando al orgasmo con su imagen en mi cabeza. Ahora ese hombre es mi jefe, debo trazar una línea de respeto.

Para cuando termino la historia, Su ha perdido la cuenta de sus tragos.

—Eres una chica con suerte, baby. No puedo creer que tendrás a ese bombón tamaño extra-jumbo todos los días para ti sola. —Se abanica la cara. La entiendo. Liam es realmente de lo que están hechas las fantasías para chicas como yo—. Además, por fin trabajarás en algo que amas. Estoy tan orgullosa de ti.

—Yo también. —Sonrío. Su pone una mano sobre la mía y su mirada pasa a ser más seria.

—Esto es solo el inicio, ya lo verás. Pronto no quedará ningún rastro de la vieja tú... —Se detiene en seco al sentir cómo mi mano se tensa bajo la suya, lo que ella no sabe, es que todos los días intento dejar atrás a esa chica—. Lo siento tanto, Ary. Sabes que el tequila siempre me hace hablar de más. Lo que quiero decir es que lograrás grandes cosas. Y estaré aquí para aplaudirte en cada una de ellas.

El aire parece volverse más pesado. La mención indirecta de *eso*, me pone mal. Han pasado casi siete años y me esfuerzo cada día por olvidar, por convencerme de que no soy la misma chiquilla ingenua.

Aun así, espero un poco más antes de marcharme, dejo que Su me cuente sus planes para esta semana y cuando el club empieza a llenarse no solo de empleados, sino de gente esperando divertirse. Encuentro mi momento para salir de aquí.

—Me tengo que ir, Su, pero mañana te contaré todo. Lo prometo —digo sintiendo que no puedo salir demasiado pronto. Necesito que el aire fresco de la tarde entre en mis pulmones.

Aunque sé que no será suficiente.

Llego a mi departamento y lanzo las llaves sobre la barra de la cocina. El silencio es mi única compañía. Sin molestarme en cambiarme de ropa, me quito las botas y me hundo bajo las cobijas de mi cama.

En momentos como este, la soledad se siente como un peso físico. Cierro los ojos sabiendo que, en cuanto el sueño me venza, *él* estará ahí, esperando.

El flashback me golpea en forma de sueño, más fuerte que ningún otro.

Último año de instituto. El baile de graduación. Carter, el chico más guapo de la clase y parte del equipo de americano, se había fijado en mí. Yo nunca fui insegura con mi cuerpo; siempre pensé que era grande en las partes correctas, y le creí cuando dijo que quería pasar las últimas semanas de escuela conmigo.

Fui una estúpida.

Creí en sus notas cursis, en sus caricias y en esa mirada que me encendía el vientre. No vi las señales. No supe que yo era solo un trofeo de caza. Una apuesta de cinco mil dólares si lograba acostarse con «la gorda de la escuela».

Después del baile, lo seguí a su habitación de hotel, entregándole más que solo mi virginidad, una parte de mi corazón se fue con él en ese momento, esperando que esa experiencia se quedara conmigo para siempre.

Y lo hizo. De la peor manera me sigue hasta el día de hoy.

Fue doloroso, rápido y frío. No hubo besos, no hubo caricias, no hubo palabras bonitas en mi oído. Y estaba segura de que las abría. Lo había visto en películas cientos de veces.

En cuanto terminó de usar mi cuerpo, se alejó como si no significara nada. Y su máscara por fin se cayó.

—Te lo diré porque no quiero malos entendidos —su voz era fría, vacía y cruel—. Aposté que me acostaría con la gorda del instituto y gané. Bueno, creo que los dos ganamos, ¿no?

Me guiñó un ojo. Y antes de que pudiera procesar lo que me estaba diciendo. Una notificación en su celular lo hizo sonreír. Me la mostró, era el depósito de cinco mil dólares en su cuenta bancaria.

Mi corazón se hizo añicos.

—Aquí termino contigo. No lo tomes personal, Aryboo

Salió de la cama, se vistió y sin darme otra mirada, se fue de la habitación, dejándome sola y rota, sobre las sábanas de un hotel barato.

Me despierto antes que los primeros rayos del sol, con el alma gris. Voy directo a la ducha, sintiendo cada uno de mis movimientos, robóticos. Todo lo hago en automático, con un peso extra en cada una de mis extremidades.

Me miro al espejo, lista para mi primer día en BLAKE, pero lo único que miro es a esa chica que fue engañada. Usada y

abandonada.

07 LIAM

Esperaba no tener que molestarme con Arya por llegar tarde de nuevo. Para mi sorpresa, ya está parada afuera de mi oficina cuando llego a las ocho de la mañana. Viste unos pantalones negros simples y una blusa ajustada azul cielo. Lo que llama mi atención no es lo profesional de su postura, sino la tristeza en su mirada.

No es la misma Arya del día anterior. Y mucho menos la que estaba en ese bar la otra noche. Algo le pasa a esta mujer; algo que debe ser realmente malo.

Debería sentirme satisfecho al verla así de miserable, pero hoy, por alguna razón, me irrita. No soy el tipo de hombre que se interesa en la vida ajena y mucho menos en la de mis empleados, a menos que sea para usar la información a mi favor.

La vida de Arya me interesa, pero solo porque es el blanco de mi venganza, pero hoy no tengo tiempo para cosas tan insignificantes como estas.

—¿Pasa algo, Arya? ¿O crees que puedas informarle a tu cara que estás aquí para trabajar? —Sueno como un maldito, lo sé.

Lo soy.

Como si recién se diera cuenta de mi presencia, Arya endereza aún más su postura y busca mi cara, no mis ojos, cualquier parte menos esa.

—Me disculpo, señor Blake —responde con una naturalidad que me sorprende, dibuja un intento de sonrisa en sus labios, pero le tiembla la comisura, es la sonrisa más falsa que he visto en mi vida. *Lástima que ya sé cómo se miran sus sonrisas reales*. No podrá engañarme, aunque lo intente—. ¿Qué necesita de mí? ¿Ha desayunado ya?

Empieza a hablar atropelladamente para desviar la atención de lo que sea que le pase. Bien, porque no me importa.

—Café. Dos de azúcar. Sin leche.

—Por supuesto —dice, y da un paso para dejarme entrar en mi oficina, ella camina hacia el puesto de café del otro lado del piso.

Mierda, una parte de mí quiere obligarla a regresar hasta que me dé una buena explicación de por qué está así, como si la hubiera aplastado un maldito camión de basura, pero en cambio, termino de entrar en mi oficina y me instalo detrás de mi escritorio para empezar con el trabajo real.

Cuando Arya regresa y deja una taza de café caliente en mi escritorio, junto a una galleta de Mantequilla, su sonrisa fingida sigue ahí, un poco más estable, pero es inútil. No llega a sus ojos.

Lástima.

—¿Quiere que me encargue de su agenda? —pregunta inmediatamente después.

—No, ese es el trabajo de Bonnie. Tú... —Señalo la silla frente a mí—. Siéntate ahí, necesito que, como primera prueba, revises estos contratos. —Le dejo una pila de proyectos frente a ella, y sin chistar, se pone a trabajar.

No pasa mucho tiempo para que yo me sienta asfixiado por su aroma dulce, por su sola presencia. Tengo que salir de aquí, y eso hago. Sin decir nada, la dejo leyendo esa pila de contratos y salgo en busca de algo que me regrese a mi estado natural.

—Bonnie. —Solo necesito gruñir su nombre para que salga de su escritorio y me siga al baño como la perrita obediente que es.

Veinte minutos más tarde, y después de haber vaciado mi tensión en la boca de mi secretaria, regreso a mi oficina. Arya sigue ahí, sumergida en la torre de papeles.

Su rostro de concentración me gusta mucho más que esa máscara falsa de hace un rato.

—¿Encontraste algo? —le pregunto, dejándome caer más relajado en mi silla giratoria y sabiendo bien que no encontrará nada.

—Debo reconocer que todo está muy bien redactado. —Lo sabía casi me río de ella—, pero...

—¿Pero? —Enarco una ceja y mi estómago se tensa.

—Hay deficiencias. —Se inclina hacia adelante, hacia mí, yo hago lo mismo, necesito que hable ahora—. El porcentaje de ganancias que ofrece Saint Claire es irreal. Si consideramos la oferta y demanda actual, este porcentaje promete más de lo que es posible cumplir. En solo un par de meses, perderán tanto ellos como usted.

Me quedo en silencio un minuto demasiado largo, procesando sus palabras y arrebatándole de la mano ese contrato en específico. Ella tiene razón, y no puedo creer que yo lo pasé por alto. Que yo no me di cuenta de algo tan básico a estas alturas de mi vida.

Extiendo la mano y presiono el intercomunicador.

—¿Señor? —responde Bonnie.

—Llama a Saint Claire. Cítalo en la sala de conferencias a las dos de la tarde. También llama a mi maldito abogado; lo quiero aquí a las doce. —Suelto el botón sin esperar respuesta.

No puedo seguir sentado después de que Arya encontrara esa falla, salgo de mi silla y camino hacia el ventanal del fondo. El sol hace brillar la ciudad de Los Ángeles, mi único hogar, pero no es suficiente para calmar mi miedo.

Esto es por lo que he luchado, se supone que estoy preparado, más que capacitado. Estudie cada maestría necesaria para esto. Tengo el mejor edificio y los mejores contratos.

Al parecer no ha sido suficiente.

Escucho pasos a mi espalda. Es Arya caminando lentamente hasta mí. Hasta que siento su susurro en mi espalda.

—¿Señor? ¿Le pasa algo? —Escucho su preocupación.

—Nada que no pueda resolverse —respondo sin tener el valor de voltear a verla—. Quiero un resumen de cada contrato que tienes ahí para el final del día. —Pido.

—Por supuesto. —Siempre esa voz tan complaciente. Me irrita, pero por alguna razón se siente como música suave a comparación del ruido que me provoca Bonnie.

—¿Desayunaste antes de venir? —le pregunto de pronto.

—No se preocupe, estoy bien. —Intenta darse la vuelta para volver a su lugar en mi escritorio, pero entonces me doy la vuelta y la tomo del brazo. No con demasiada fuerza, pero sí para demostrarle que no la voy a dejar ir. Sus ojos por fin encuentran los míos por primera vez en el día.

—Es una respuesta de sí o no, Arya —Aprieto los dientes. No entiendo por qué me afecta tanto esta mujer. Bueno, sí lo sé.

—No —responde, obligada y con las mejillas encendidas. No la suelto, me acerco un poco más y respiro su aroma dulce antes de volver a hablar.

—Usa mi teléfono, marca la extensión 17 y pide lo que quieras a la hora que quieras. Estaré con mi abogado el resto del día. Subiré antes de irme para revisar tu informe.

—Gracias, señor. —Algo me molesta en la forma en que me da las gracias. No logro entender que es.

—A ti —digo antes de empujarla levemente con mi cuerpo para pasar a su lado completamente enfurecido conmigo mismo, tomar mi saco de la silla y por fin salir de este lugar.

***

—¿Se puede saber cómo fuiste tan idiota? —Aron, mi abogado y mejor amigo, lee el descubrimiento de Arya en la sala de juntas.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunta, asombrado.

—Mi nueva asistente lo encontró en menos de quince minutos —suelto, enojado. Porque el error fue mío y eso me está volviendo loco. Aron evalúa las cifras.

—El error fue no revisar los valores en base al mercado actual. —Justifica el muy idiota.

—¡No me digas! Imbécil. Tienes una hora para encontrar la forma de romper este contrato —gruño entre dientes.

—Lo haré, confía en mí —asegura.

—Lo hice con esto y mira lo que pasó.

—Oye, yo no soy economista. En todo caso... —Aron se detiene y me mira con los ojos entrecerrados—. Espera, te conozco lo suficiente como para saber que no estás así solo por el contrato.

Tiene razón, ni yo mismo sé lo que me pasa. Y aunque lo supiera, sé que no se lo diría.

—Cállate y trabaja.

Para las seis de la tarde, el contrato con Saint Claire es historia. Salgo con Aron a cenar fuera, y para cuando se mete el sol, decido que no tengo razón para regresar a la oficina.

Por un segundo, siento que olvido algo... pero tengo el control de la empresa en mi móvil. No puede ser nada importante. ¿O sí?

08 ARYA

Faltando un cuarto para las ocho de la noche, finalmente termino con todos los contratos que me dejó el señor Blake. Cuando me contrató, me pidió que lo llamara Liam, pero tras la frialdad de esta mañana, no me parece prudente.

Gracias a este volumen de trabajo, logré enterrar los fantasmas de Carter y la mala noche anterior bajo una montaña de cláusulas y porcentajes.

Bonnie desapareció hace rato. No tenía intención de esperar a mi jefe —él no me lo pidió—, pero un contrato en específico me preocupa, así que decido quedarme un poco más.

No sé si tenía intención real de que revisara este contrato, pero me pareció un poco más delicado que el resto. Y más porque hay una cláusula dudosa que me hizo pensar en Liam como en algo que no me atrevo a decir.

Me tomo la libertad de usar su baño privado, rogando que no le moleste. Al entrar, el aire se siente denso, impregnado de un aroma masculino y magnético. *Es él*. Encuentro una muestra de su loción en la repisa tras el espejo; la acerco a mi nariz y el olor es casi embriagante. Cierro los ojos, permitiendo que mis sentidos se llenen de él antes de regresar a la oficina.

Finalmente, me canso de esperar y decido que es hora de irme. Mañana tendré una nueva oportunidad para tocar el tema de ese contrato. Tomo mis cosas y camino hacia la puerta, pero al tirar de la manija, me doy cuenta de que no cede ni un poco.

No recuerdo que Bonnie le hubiera puesto candado, ni siquiera se acercó a la puerta en todo el día. Pongo atención cuando intento de nuevo y me doy cuenta de que la puerta no tiene una cerradura. Imagino que BLAKE tiene un sistema de seguridad moderno que se bloquea automáticamente desde algún dispositivo o que está programado para bloquearse a cierta hora del día.

Vuelvo a intentar abrir la puerta, esta vez empujando hacia afuera. Es inútil.

—Me quedé encerrada en la oficina de mi jefe —susurro. La realidad de eso se instala en mi estómago como una piedra fría, provocándome náuseas.

No puede ser. Corro al teléfono para marcar cada extensión posible, pero nadie responde. Solo a mí se me ocurre querer *ser la empleada del mes* quedándome tiempo extra cuando nadie me lo ha pedido.

Mierda, no quiero pasar la noche aquí. Con los restos de mi última bebida aún tibia, camino hacia la pared de cristal. Las luces de Los Ángeles parecen estrellas caídas desde aquí.

Pienso en llamar a Su, pero mi teléfono murió hace horas. Estoy sola. Totalmente sola en el santuario de Liam Blake.

Recorro el espacio, observando los estantes llenos de libros de economía y los reconocimientos de *Empresario del Año*. Imaginarlo en todo su esplendor en uno de esos eventos elegantes, siendo dominante y seguro de sí mismo, me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el clima de la oficina.

—Oh por dios, tengo que detenerme —reprendo mis pensamientos—. Lo único que seré capaz de hacer con mi jefe, será soñar con su cara mientras me toco.

Pasan los minutos y el saber que no puedo salir de aquí, traiciona a mi cuerpo. De pronto siento mucho frío. Buscando en las paredes, encuentro un armario. *Bingo*. Dentro hay un traje de tres piezas negro, impecable. Supongo que Liam lo guarda para emergencias.

Descuelgo el saco y sin pensarlo, me lo pongo; sí, es atrevido de mi parte, siendo que este es solo mi primer día de trabajo, pero lo necesito.

Me queda enorme, me envuelve casi igual que un abrazo. El aroma a su loción es aún más fuerte aquí, atrapado en las fibras de la lana. Es delicioso. Podría vivir dentro de este saco.

Tras regresar al baño privado de la oficina, hacer un intento de lavarme los dientes con su pasta dental y mis dedos, y organizar un poco el librero para distraerme, el cansancio del primer día me vence.

No quiero pensar en que la puerta está cerrada. No quiero recordar que odio los espacios de los que no puedo escapar. Trato de mentirle a mi mente:

Estás aquí porque quieres, Arya. Es tu decisión.

Cerca de la medianoche, me quito los zapatos de mis pies ya hinchados y me acurruco en el sillón del fondo. Me hundo en las solapas del saco de Liam. Es pesado, como una armadura de lana que huele a poder y a peligro.

El pánico de estar encerrada empieza a retroceder, y a ser reemplazado por una calidez que se siente prohibida. Cierro los ojos y, por un segundo, me permito imaginar que no es una prenda lo que me rodea, sino sus brazos. Que el silencio de la oficina no es soledad, sino su respiración contenida sobre mi cuello.

Con ese pensamiento pecaminoso, finalmente me quedo dormida.

Sé que esto es un sueño, porque estoy bastante segura de que nuestro primer encuentro no fue así.

Camino de la mano de Liam hacia los baños del bar de Su. Con un gruñido saca a cada persona ahí dentro y cierra la puerta después de estrellar mi cuerpo en ella.

Entonces sin pedir permiso, sus labios se apoderan de los míos con una violencia necesitada, obligándome a arquear mi espalda y a tirar del cuello de su camisa para tenerlo más cerca.

No me deja dominar la situación, sostiene mis manos sobre mi cabeza con una sola de las suyas, mientras la otra ahueca mis pechos, arrancándome gemidos de puro placer.

Siento su erección, enorme y firme, presionando contra mi vientre. Liam baja sus labios a mi cuello y su lengua me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Oh, Dios, Liam, ¡date prisa! —suplico.

Soy atrevida, soy una versión de mí que no conocía. Liam me levanta con una facilidad asombrosa y mis piernas lo rodean por instinto. Siento su miembro tan duro justo entre mis muslos; es una sensación más intensa que cualquier cosa que haya leído o visto en internet.

Me lleva en sus brazos hasta la encimera del lavabo. Sus manos recorren cada parte de mi cuerpo como si le perteneciera, y yo sabiendo que esto es un sueño, me atrevo a suplicar. Necesitando todo lo que tenga este hombre para darme.

—Liam, por favor, te necesito dentro. —Jadeo dejando besos por su cuello, sintiendo su pulso acelerado por mí y solo por mí.

—¿Quieres venirte conmigo dentro de ti, dulzura? —Su voz suena distante, distorsionada, como si viniera de otro plano.

—Sí, por favor... —susurro la súplica necesitada.

—Entonces tómame. Separa tus piernas para mí. Déjame llenarte como te mereces. —Decido que no estoy llevando ropa interior. Nada le impide entrar de un solo movimiento en mi cuerpo mojado, llorando por él y borrar cada toque que alguien pudiera haber dejado antes de esta noche.

Lo que siento es tan real, tan físico, que soy consciente de que mi cuerpo se convulsiona en el sillón de la oficina de mi jefe.

Liam me llena de una manera que solo puede compararse con el mismísimo cielo.

—Sé una buena chica y vente para mí —susurra con esa voz ronca contra mi oído. No quiero abrir los ojos.

No quiero despertar. Me entrego al orgasmo más profundo de mi vida, solo para sumergirme de nuevo en la oscuridad, convencida de que su aliento caliente aún roza mi piel.

09 LIAM

Conduzco lo más rápido que puedo por las calles de Los Ángeles. A esta hora de la madrugada, la ciudad es mía; no hay tráfico que pueda detenerme.

Después de la cena con Aron, pasamos a otro tipo de diversión. Salí de un club nocturno donde le pagué a dos mujeres para que me vaciaran, ahora siento que la satisfacción fue momentánea, efímera. Porque al llegar a mi departamento en la zona más lujosa de la ciudad, y revisar las alertas de seguridad acumuladas en mi teléfono, me encontré con las grabaciones de mi oficina en BLAKE y a mi maldita asistente, atrapada dentro, como un pájaro en una jaula de cristal.

Olvidé que le ordené quedarse.

Olvidé que cerré las puertas en cuanto decidí no volver.

Malditamente me olvidé de ella.

«Niña tonta». Pienso mientras el ascensor me lleva al último piso de mi edificio. No sé qué voy a encontrar cuando desbloqueo la puerta y me adentro a la oscuridad que es mi despacho ahora. Voy a encender la luz, pero antes de que pueda hacerlo, un sonido me detiene.

No es un simple sonido, es un gemido, bajo y necesitado que flota en el aire. Voy al origen de ese gemido, me muevo en silencio, acechando y me pongo de rodillas frente al sillón de miles de dólares donde Arya decidió dormir.

Está dormida, pero se retuerce de una manera que me hace contener la respiración. En cambio, la de ella, es acelerada, inquieta al igual que sus piernas buscando fricción entre ellas.

Está teniendo un puto sueño húmedo. Casi me río. Voy a despertarla para mandarla a su casa cuando separa esos labios gordos y lo suelta:

—Liam, por favor, te necesito dentro... —Maldita sea, esta mujer, no solo está teniendo un sueño caliente, sino que lo está teniendo conmigo.

El ego de saber eso me da un golpe de adrenalina que pone mi sangre en punto de ebullición en un segundo. Me inclino sobre ella, demasiado cerca para sentir su aliento en mi cara.

Entonces le susurro al oído, usando sus propias fantasías como arma:

—¿Quieres venirte conmigo dentro de ti, dulzura? —mi voz sale cargada y ronca. Incluso yo siento la excitación de este momento subir por mi cuerpo.

Miro cómo se le eriza la piel. Huele a deseo puro, a mujer excitada. Y a la mierda si eso no le hace reacción a mi cuerpo.

—Sí, por favor, quiero... —Esa voz... suena mil veces mejor cuando suplica.

—Entonces tómame. Separa tus piernas para mí. Déjame llenarte como te mereces.

Es fascinante lo que sigue. Porque no solo separa sus piernas dentro de su sueño; también las abre para mí, aquí en la realidad. Su pantalón de vestir me estorba, pero la tela en su entrepierna está empapada.

Mi mano encuentra rápidamente su centro y sin pensarlo demasiado, hago presión ahí. La humedad de su excitación atraviesa el tejido, empapando mis dedos. Está caliente. Tanto que me llena de ideas deliciosas.

Empiezo a frotarla con un ritmo constante, disfrutando de cómo arquea la espalda contra el sofá. La tensión en su cuerpo escala hasta que está a punto de romperse.

—Sé una buena chica y vente para mí —le ordeno.

Es tan malditamente obediente que lo hace. Sus manos se aferran al sillón y su cabeza se echa hacia atrás mientras deja escapar un sonido meramente hipnótico, el canto de un orgasmo

que me pone el miembro tan duro que me duele. Siento su vientre contraerse bajo mi palma, enviando una nueva oleada de calor a mis dedos.

Cuando baja de las nubes con mi maldito nombre entre sus labios, sonríe, y por fin se sumerge en una inconsciencia profunda.

Me levanto del suelo, con una urgencia visceral de también tener mi propio orgasmo. No me toma mucho tiempo una vez que llego al baño. El aroma de su excitación sigue en mis dedos, literalmente es como si se hubiera metido debajo de mi piel. Y el ligero aroma dulce que flota en el aire, me hacen venirme con más fuerza de la que había experimentado horas antes.

Maldita mujer deliciosa es la que voy a romper.

Me paso el resto de la madrugada detrás de mi escritorio, revisando sus reportes. He sido un total imbécil. Arya ha ordenado en una sola noche lo que mis analistas no pudieron en meses.

Es brillante.

¿Cómo es posible que un asesino haya engendrado una mente como esa? Usaré su mente para mi beneficio y su cuerpo para mi placer. Esa será la verdadera justicia.

Poco antes de las seis de la mañana, los primeros rayos del sol iluminan el sillón en el que Arya tuvo un orgasmo pensando en mí y lentamente se despierta. Su cabello es un desastre cuando por fin logra orientarse y sentarse.

—Buenos días, Arya. —Saludo con algo de cansancio en mi voz. No pude dormir, tampoco la desperté y me pasé horas clasificando por orden de urgencia todos los cambios que tengo que hacer ahora que Arya encontró todas las fallas en mi cartera.

Ella ahoga un grito, asustada.

—Señor... yo... ¿Qué hora es? —Su voz sale ronca por el sueño. Sus ojos van a todas partes mientras se le llena la cara de vergüenza.

—Son las seis de la mañana Arya. Llegué hace un rato. Estabas tan profundamente dormida y con una sonrisa de satisfacción en los labios que no quise ser yo el que interrumpiera tus dulces sueños. —Jadea y se lleva una mano a la boca—. Y aquí estoy, revisando tus informes en silencio.

Finjo que apenas voy a mirarla, levanto mi cabeza lentamente, recorriendo desde sus pies descalzos hasta mi saco que cubre la mitad de su cuerpo, para terminar en sus ojos, abiertos, tan hermosamente expresivos.

—Lo siento mucho... —dice después de levantarse y empezar a caminar hacia mí. Se detiene a medio camino, cuando un sonido extraño viene de su ropa. Supongo que aún está mojada por su orgasmo. Pone una pierna frente a la otra y la tensa con fuerza—. Iré a casa a cambiarme y volveré de inmediato.

Retrocede para tomar sus zapatos y para evitar que yo escuche el desastre que hay dentro de su ropa interior.

«Mierda, ¿que usara debajo de esa ropa? ¿Será encaje, o algodón? Quizás… ¿nada?»

—No. Vete a casa y descansa. No vuelvas por el resto del día.

—Pero, señor… —Arya intenta alegar, me mira asustada y creo que piensa que se metió en problemas.

—Soy tu jefe, Arya. Obedece. Has hecho trabajo suficiente para toda la semana. —Señalo los montones de papeles que tengo entre las manos.

Ella empieza a quitarse mi saco, pero la detengo de nuevo.

—Deja eso ahí. Bonnie se encargará de llevarlo a lavar. Ahora, por favor solo vete. —Parece que la estoy echando. Ella piensa que lo hago. Sus ojos bajan hasta el suelo—. Pero antes, envíame un correo con tu dirección. Esta noche pasaré por ti; vamos a cenar.

—¿Perdón? —Se queda congelada de camino a la puerta. Su rostro se gira a buscarme, sin embargo, yo sólo puedo concentrarme en esos labios gordos que se separan con sorpresa.

—No me gusta repetirme, Arya. —gruño sintiéndome molesto de pronto—. Espero ese correo. Retírate.

Arya asiente y sigue su camino hasta salir de mi oficina. La sigo por las paredes de cristal hasta que sube al ascensor. Se ve asustada, vulnerable y confundida. No tiene idea de que su sueño conmigo pasó al plano terrenal.

Una vez que las puertas del ascensor se cierran, llamo a Aron. Tengo mucha mierda que limpiar y una venganza que cocinar a fuego lento.

10 ARYA

Llego a mi departamento antes de las ocho de la mañana. Me siento como si una aplanadora me hubiera pasado por encima, pero con una extraña chispa de electricidad bajo la piel.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a la nada.

«Un baño, desayunar —panqueques con tocino y mucha miel — y una siesta eterna».

Ese es el plan. Aunque el baño me toma más tiempo de lo habitual. Al deslizar el jabón por mis muslos, siento la piel sensible, casi palpitante.

El recuerdo de ese sueño es tan vívido que me hace cerrar los ojos por puro impulso y echarla cabeza hacia atrás. Se sintió tan real... Pero es imposible. Malditamente imposible. Liam Blake no parece ser de los hombres que te sirven, sino de los que se sirven de ti.

Ese pensamiento me provoca un escalofrío cuando ya estoy entrando a la cama para volver a dormir.

Despierto a las dos de la tarde con el corazón en la garganta.

—No envié el correo —chillo mi primer pensamiento después de la inconsciencia.

Conecto mi teléfono y espero segundos eternos hasta que enciende. Ignoro las notificaciones de mi padre y de Su; *primero es Liam.* Tecleo mi dirección y número de teléfono, presiono enviar y suelto un suspiro de alivio.

—Listo. —Me dejo caer de nuevo sobre la cama.

Apenas empiezo a revisar los mensajes de mi padre cuando el teléfono vibra en mi mano y la pantalla se llena con un número desconocido. El estómago da un salto nervioso; podría ser cualquiera, pero algo revolotea dentro de mí, son mariposas que yo prefiero llamar *náuseas.*

—¿Diga? —respondo al tercer tono.

—Estaba a punto de reportar tu nombre a la lista de personas desaparecidas. —Es él. Su voz ronca viaja por el auricular y me provoca un escalofrío que me recorre la columna y me hace cerrar los ojos de nuevo.

Mierda, soñar con él me tiene mal.

—Oh, lo siento. Olvidé cargar el móvil... ¿Necesita que regrese al trabajo, señor? —Casi me incorporo de la cama cuando su voz vuelve a paralizarme.

—Creí haberte dicho que tenías el privilegio de llamarme por mi nombre, Arya —dice en un tono más fuerte, casi como si le molestara que no lo hiciera.

Me aclaro la garganta. Siento calor en mis mejillas. Llamarlo *Liam* desde la intimidad de mi habitación se siente peligrosamente personal.

—Está bien... ¿necesitas algo, Liam? —Lo intento de nuevo.

—En realidad, no. Solo quería decirte que, pasaré por tu departamento a las ocho para cenar.

El aire se atasca en mis pulmones, las palabras inteligentes que siempre tengo para decir se amontonan en mi garganta y termino por no decir nada.

Hay un silencio demasiado pesado en la línea, solo es roto por su respiración, pero entonces, escucho algo más. Es un sonido sutil, un pequeño gemido ahogado que no proviene de él. Ese sonido solo puede venir de una mujer.

¿*Escuchas eso, corazón*? Tacha lo de la cena romántica que te estabas inventando. Esto es solo trabajo.

Me invade una oleada de vergüenza por haberme permitido pensar más allá con la mención de cenar con el empresario del año. No hay manera en el infierno de que Liam Blake esté disponible, y mucho menos para alguien como yo. Esto se trata de los informes que dejé en su escritorio y nada más.

Como puedo, me regresa la voz.

—Oh, lo siento, parece que está ocupado ahora mismo, no le quito más tiempo, señor —suelto con la voz tensa, con un nudo en la garganta que no puedo tragar al imaginar lo peor.

El recuerdo del labial corrido en la boca de Bonnie me atraviesa el cerebro y solo puedo sacudir la cabeza.

—¿Arya? —su voz suena extrañamente relajada.

—Tengo que irme... adiós. —Termino la llamada. Mierda. Le acabo de colgar al hombre más influyente de Los Ángeles. Soy una idiota, una total y completa tonta.

Arrojo mi teléfono lejos de mí, pero el nudo en mi garganta no desaparece. Ni el eco de ese sonido. Si estaba ocupado con alguien, ¿por qué demonios me llamó a mí?

***

Tengo suficientes horas para tranquilizarme y enfocar toda mi mente en mi nuevo trabajo. Hasta ahora va bien contemplando que me quedé encerrada en una oficina donde tuve que pasar la noche y ahora toca salir a cenar después del horario laboral.

«Excelente primer día».

Aún faltan quince minutos para las ocho cuando ya estoy en la banqueta de mi edificio. No tuve que pensar mucho en qué ropa usar, tengo mucha de la misma.

Llevo unos jeans cómodos, una blusa de seda rosa que deja un poco de piel al descubierto en la zona de mi espalda y zapatos de piso. Con el cabello corto, solo puedo usarlo suelto y me gusta así. Menos trabajo.

A las ocho con dos minutos, siento que algo pesado y cálido me rodea los hombros. Un abrigo negro. El aroma a la loción cara de Liam me golpea antes de que pueda girarme.

—Hola, dulzura. —La voz de Liam me sorprende. Miro por encima del hombro y ahí está, detrás de mí, con una sonrisa

coqueta que derretiría los glaciares de la Antártida.

Voy a mi nota mental: *es solo tu jefe, esto es trabajo.*

Pero cuando me toma de la mano y tira de ella para guiarme hacia su auto, mi resolución se desintegra. Se adelanta un poco para abrir la puerta del pasajero, la abre para mí y me ayuda a entrar, y no solo eso; también se inclina sobre mí para abrocharme el cinturón de seguridad.

Termina tan cerca de mí que puedo contar sus pestañas. Inhalo profundamente, llenándome de su peculiar aroma. Entonces Liam sonríe como si supiera exactamente lo que estoy haciendo. Me dedica una mirada de esas que *derriten la ropa interior* y rodea el auto para subir al asiento del conductor.

Mierda, no puedo tener un enamoramiento por mi jefe, Dios, solo lo he visto unas cuantas veces.

«Una vez suele ser suficiente» me dice una voz dentro de mí cabeza que intento ignorar. Tengo que hacer algo, por el bien de mí misma y de todo el mundo.

—¿Revisaste mis notas? —pregunto cambiando mi voz a una profesional—. Había un contrato en especial que me causó conflicto, las cláusulas de parte de BLAKE no eran precisamente claras y pienso que tal vez sería bueno…

Liam acelera de pronto. Noto que tiene el ceño fruncido y que algo ha pasado, porque sus nudillos están blancos de solo rodear el volante. Acelera un poco más y solo puedo bajar mis manos al asiento para sentir un poco más de seguridad.

—Si tengo algo que decir sobre tus reportes, lo haré en horario de oficina, Arya —su voz es un gruñido molesto—. Creí que entendías que esta noche se trataba de nosotros.

Espera, ¿qué? Me quedo sin aliento. Por más que quiero hacer que mi mente y mi cuerpo se sincronicen con el pensamiento de que esto es solo trabajo, lo que sale de la boca de este hombre, no ayuda en lo absoluto.

—Perdona... ¿Has dicho: nosotros? ¿cómo una cita o algo así?

Liam tensa la mandíbula, pero mantiene la vista al frente. Yo también quiero ver hacia otro lado, pero mi mente no puede procesar sus palabras por sí solas y necesito el contacto visual.

—Necesito conocer a mi asistente, ¿no crees? Pasaremos mucho tiempo juntos y quiero estar involucrado en la vida del mejor nuevo elemento de mi compañía —explica con tono más neutral, sin dejar de parecer que coquetea conmigo.

Su respuesta me confunde. ¿Es una cita o es una evaluación de personal con nombre elegante? Decido que es muy pronto para exigir respuestas así que guardo silencio. El paisaje urbano de Los Ángeles empieza a desaparecer mientras nos alejamos de todo.

Solo cuando cruzamos una enorme entrada privada, me doy cuenta de que no vamos a ningún restaurante de moda en el centro de la ciudad.

—Liam... Esta no es la ciudad.

—No —responde con calma mientras detiene el auto frente a una estructura imponente, apaga el motor y me mira por primera vez desde que subimos a su auto—. Es mi casa.

11 LIAM

Por supuesto que no planeé esto. Me sorprendo a mí mismo estacionando el auto frente a mi casa familiar. El hogar que compartí con mis padres toda la vida... hasta que murieron. Un santuario que ahora va a ser pisado por la hija del hombre responsable de sus muertes.

¿Qué demonios me pasa?

La rabia se acumula en mis puños. Aprieto el volante con tanta fuerza que mis nudillos se pintan blancos; siento que podría arrancarlo de su sitio si me lo propusiera.

—Liam... —Escucho esa voz dulce, cargada de una preocupación genuina que atraviesa la niebla de mis propios pensamientos—. Liam, ¿estás bien?

La voz de Arya me arrastra de regreso al presente, a lo que estoy haciendo. A mi objetivo. Suelto el volante lentamente, obligándome a relajar los hombros. No la miro, no todavía. Tomo una respiración profunda, recuperando la máscara fría antes de hablar.

—No podría estar mejor, dulzura. —Por fin la veo y no puedo evitar ir directamente a sus ojos—. Entremos.

Las preguntas se agolpan en su rostro, quiere insistir, pero sé que es inteligente. Se las guarda. Una cosa menos de qué preocuparme en una noche que empezó siendo un desastre. Salgo del auto, rodeo el capó y le abro la puerta. Ella ya se ha quitado el cinturón y acepta mi mano para ayudarla a salir. Sigue tensa. Yo lo estoy.

—¿Es tu casa? Es... es hermosa, Liam. —Noto tensión en su voz. Precaución. Quizás miedo. Hace bien en tenerlo.

—Ahora es mía. Lo es desde que mis padres murieron —suelto con una crudeza que me raspa la garganta. Arya exhala un jadeo y

se lleva la mano al pecho, un gesto de dolor que me toma desprevenido.

—Oh, Liam... Lo siento mucho. —Se acerca a mi costado, casi buscando reconfortarme, apoyando ligeramente su cabeza cerca de mi hombro. La supero por más de una cabeza, lo que la hace ver pequeña, frágil.

—Yo también lo siento mucho, Arya —susurro sin estar seguro de qué es lo que siento, si hacerla el objeto de mi venganza, o el cómo va a terminar cuando acabe con ella.

Los ojos de Arya son pura empatía que me revuelve el estómago. No soy yo mismo cuando la guío a través de la puerta de madera rústica de entrada, es pesada y el rechinar me recuerda tantas cosas para las que no tengo tiempo en este momento.

Me sigue hasta la cocina, un espacio amplio en colores cálidos. De repente, el recuerdo de un Liam pequeño corriendo alrededor de la isla mientras mi madre horneaba galletas me golpea el pecho sin permiso.

Trago el nudo en la garganta.

—¿Te gusta el vino? —pregunto.

—Solo una copa, por favor —responde, siento su mirada en mi costado, sé reconocer la lástima cuando la veo.

No soy yo el que va a romperse.

Abro la nevera y nuevos recuerdos me paralizan. Me siento perdido, porque no tengo idea de cómo pasé de planear una cena en un restaurante elegante donde ella se sintiera incómoda y juzgada, a meterla a este lugar. Ni siquiera la llevé a mi departamento en ese pent-house cerca de BLAKE, vine directo a la cueva de mis recuerdos.

Sacudo mi cabeza. Solo puedo hacer una cosa, y eso es sacar adelante esta noche sin matarla en el proceso... porque no será rápido. Mis padres murieron al instante; los responsables, en cambio, conocerán el dolor lento.

—Puedo ayudar... si quieres —ofrece ella al ver que no reacciono. Está demasiado cerca del lugar favorito de mi mamá y no controlo mis instintos cuando me giro para detenerla.

—¡No! —grito sin control en la intensidad de mi tono. No quiero que sus manos toquen nada en este lugar, maldita sea. Arya retrocede, su mano termina en su pecho como si mi voz le hubiera causado un dolor físico.

Mierda, lo estoy arruinando todo. Me obligo a suavizar mi tono.

—Quiero decir... no es necesario. —Cierro la nevera y por fin le doy la cara. Su mirada tiene esa maldita mezcla de miedo y compasión que hace sus ojos más grandes y brillosos. Los odio, la odio a ella—. Lo lamento, Arya. La verdad es que no quería traerte aquí. Hace meses que no pongo un pie en esta casa... No sé qué me impulsó a venir hoy.

Al menos eso no es mentira.

—No te preocupes. —Esa maldita empatia—. Te entiendo más de lo que crees, Liam. —Rodea la isla con timidez. Mi grito debió de asustarla en serio—. Para mí también es difícil visitar la casa de mis padres. Perdí a mi madre hace cinco años y...

Se le corta la voz. El silencio y el dolor de la pérdida nos envuelve. No sé lo que hago cuando acorto la distancia entre nosotros y Mis brazos se levantan por voluntad propia para rodearla en un abrazo que se convierte en puro calor.

El frío del lugar deshabitado se calienta con mis brazos alrededor de ella. Arya responde el abrazo después de soltar un suspiro y rodear mi cuello con sus brazos. Mis manos bajan a su cintura y la pego a mí. El calor de nuestros cuerpos se mezcla a través de la ropa y se siente como acercarse mucho al peligro.

—Esto no es lo que tenía planeado para esta noche —susurro bajando mis labios a su oído.

—Podemos pedir comida y simplemente disfrutar de la noche —sugiere ella en tono tan bajo que casi me pierdo el cambio en su

tono. El ligero temblor en sus palabras. —Me maldigo porque, por un segundo, me pierdo en lo bien que se siente tenerla en mis brazos.

***

La comida italiana llega cuarenta minutos después. Nos instalamos en la terraza, bajo el cielo estrellado. Yo, mucho más consciente de mi entorno y mis malas decisiones del día de hoy. Lo peor de traerla a mi refugio ya ha pasado y planeo aprender algo más de mi víctima esta noche.

—Dime, Arya, ¿cómo pasas tu tiempo, cuando no estás analizando mis contratos millonarios? —pregunto con una sonrisa de lado. Estoy totalmente recuperado y listo para avanzar.

Quiero conocerla, encontrar cada grieta en ella para romperla después. Ella se lleva un bocado de pasta a la boca, evitando mi mirada. No sé a dónde se va su mente cuando pregunto sobre su pasatiempo, pero la tomo desprevenida.

—No tengo una respuesta específica para eso, Liam. —Miente. El color de sus mejillas la delata. No puede ser nada bueno si no puede mencionarlo ¿o sí? Algo me dice que Arya realmente es mucho más de lo que deja ver a simple vista.

—No eres una buena mentirosa, ¿sabes? —Me inclino hacia ella, me aclaro la garganta y bajo mi tono para lo siguiente—. Pero si decirme lo que te llena de placer te causa tanta vergüenza... mi mente viajará hacia lo prohibido.

Arya se atraganta con el siguiente bocado, sus ojos verdes y dorados se abren revelando muchas cosas. *Bingo*. Esa reacción suya me da todas las respuestas que necesito. Sonrío, porque algo me dice que me voy a divertir mucho con ella.

Cuando la regreso a su departamento, me aseguro de hacer pequeños toques cada pocos minutos. Roces casuales, miradas coquetas y un beso largo en su mejilla cuando la dejo en la puerta de su edificio. Eso debe explicar por qué cuando llego a mi

departamento, y me sumerjo en un sueño profundo, es ella quien aparece dentro.

Es la primera vez que sueño en mucho tiempo, y es precisamente con Arya con quien lo hago. Mi subconsciente sabe lo que planeo, pero me da demasiado pronto una prueba de lo que será cuando por fin la tenga en mi cama.

La experiencia es tan vívida que tengo un orgasmo dormido. Un orgasmo real, como el que ella tuvo cuando encerrada en mi oficina, soñó conmigo, pero en este caso, su yo real no tenía sus manos sobre mi cuerpo, no la tenía para susurrarme al oído jadeos calientes, y aún así, ese sueño con ella debajo de mí, y sus gritos fueron suficientes.

El plan es enamorarla, usarla y destruirla a tal grado que prefiera la muerte. Lo que pueda hacerme sentir el tenerla cerca, no está invitado a esta fiesta de venganza. Me levanto antes de lo necesario y me aseguro de llegar a mi oficina antes que ella.

Hoy instalaré un escritorio para Arya fuera de mi oficina. Necesito poner una distancia necesaria entre mi plan y lo que le está empezando a hacer a mi cuerpo. A las reacciones que está despertando demasiado pronto dentro de mí.

Le envié un mensaje a Bonnie temprano, ya me está esperando. Necesito borrar el recuerdo de un sueño que me voló por completo la cabeza.

Con eso recuperare el enfoque en mi dulce venganza.

12 ARYA

Tengo que dejar de imaginar a mi jefe cuando me doy este tipo de atenciones. No puedo volver a gritar su nombre cuando llego al clímax, a solas en mi habitación.

De todas formas, no es como si hubiera podido estar con un hombre real desde esa primera vez. Lo intenté, hubo un chico lindo en la universidad, y otro un poco después, pero el pasado es una sombra persistente. La traición de Carter, el sentirme utilizada... Me llené de vergüenza y me bloqueé. Mi mente está convencida de que todos son iguales, que todos se acercan a mí con intenciones ocultas.

Me regaño frente al espejo del baño mientras pienso en la noche anterior. La cena en la casa familiar de Liam terminó de forma extraña. Se perdía en sus pensamientos, olvidando por momentos que yo estaba ahí. Puedo entender por lo que ha pasado al perder a sus padres.

Pero no puedo evitar que la decepción se instale en mi estómago. Estoy mal, lo sé, una voz interna me advierte que tenga cuidado. No debo mirar a mi jefe como lo hago ni pensar en él como lo pienso, sin embargo, una sola mirada suya, un gruñido ronco de su pecho, y todas mis barreras se desvanecen.

Estaré en serios problemas si no encuentro la manera de separar la realidad de nuestra relación laboral, de lo que mi mente sueña.

Llego temprano a BLAKE y me encuentro con un despliegue de mantenimiento. Están instalando una pared de cristal entre el despacho de Liam y el escritorio de Bonnie. *Mi nueva área de trabajo, supongo.*

Me encojo de hombros. Esto solo le ayuda a mi lucha interna. Es lo mejor. Pertenecer a este imperio es una oportunidad que no puedo desperdiciar, aunque saber que ya no estaré dentro de la

oficina de Liam se siente como un piquete injustificado en el corazón.

Camino hacia su oficina para ponerme a la orden, toco la puerta, está cerrada, pero hay ruidos dentro. Nadie responde.

Miro por encima del hombro y me doy cuenta de que Bonnie tampoco está en su lugar. Entonces, un recuerdo del día que llegué aquí por primera vez, me salta a la mente. No quiero materializarlo, no quiero creer que ellos dos estén ahí dentro haciendo cosas que no son moralmente aceptables.

Trago saliva, me voy a dar la vuelta cuando la puerta delante de mí se abre, la imagen que me recibe es la misma de la que quería huir: Labial rojo corrido, blusa arrugada y cabello alborotado. Bonnie me recibe con una mirada de suficiencia. El estómago se me revuelve de puro asco.

—Si yo fuera tú, esperaría para entrar —me dice sin darme otra mirada mientras se pasa el pulgar por la comisura de sus labios y camina hacia el baño.

Mis manos van a mi estómago, si sigo pensando en lo que creo que significa, podría vomitar en este lugar. No tengo ningún derecho a sentirme así. Liam no es mío. Y lo que hace o deja de hacer con esa mujer que también es parte de su empresa como yo… no es mi problema.

Mierda, mi mente ya fue allí.

¿Acaso la compañía sexual es una cláusula de su contrato?

Trago el reflujo, con ganas de darme la vuelta y huir, pero la voz de Liam me detiene.

—¡Arya! —Es casi un grito.

Entro a la oficina en automático, rogando porque la bilis no regrese, y obligándome a borrar la imagen de ellos dos juntos que se formó en mi mente. El aire dentro se siente distinto. No me gusta.

—Buenos días, señor Blake. Estoy lista para revisar los contratos. —No lo estoy, pero eso es mejor que volver a la idea anterior.

—Siéntate —ordena sin levantar la cabeza de los papeles frente a él. Ni siquiera nota que hoy llevo una falda que marca mis curvas en lugar de mis pantalones habituales, cosa que hice inconscientemente mientras me vestía. *No lo volveré a hacer*—. Necesito redactar alternativas para estos contratos y matar a mi abogado por no ver estas inconsistencias.

—Por supuesto. —Me siento frente a él y el aire fresco entra por debajo de mi falda, dándome un merecido respiro.

—Antes de que lo olvide... —Levanta la vista un segundo, con una frialdad que no tiene nada que ver con la manera en la que me miraba la noche anterior. No queda rastro del Liam vulnerable y un poco seductor que me hizo sonrojar—. En un par de horas estará listo tu lugar de trabajo. Tendrás línea directa a mi celular y tu propia extensión. Por favor, instala tus cosas en cuanto terminen. Necesito mi oficina despejada.

Sus palabras son meramente profesionales, pero me duelen como una bofetada. Porque mis cosas solo son una tasa, un par de bolígrafos y…

—¿Arya? Te necesito enfocada —espeta, mis ojos regresan a los suyos. Me mira con los ojos entrecerrados y una ceja enarcada.

—¡Por supuesto, jefe! —Asiento con una sonrisa educada. La misma profesional que siempre viene cuando no puedo sonreír de verdad. No puede adivinar que me estoy rompiendo por dentro.

Liam me observa con intensidad mientras reúno mis cosas en el suelo, listas para sacarlas de aquí en cuanto mi cubículo fuera de esta oficina esté listo y me pongo a trabajar en lo que me pidió.

Noto cómo su cuerpo se tensa y de reojo veo sus nudillos apretarse contra el borde del escritorio. No sé lo que le pasa, pero tampoco voy a ser tan estúpida como para volver a preguntar.

De repente, Liam se levanta de su silla sin decir una sola palabra en mi dirección, sale de la oficina a pasos agigantados. La puerta se cierra con un golpe sordo que me hace temblar en mi silla, mi corazón empieza a latir aceleradamente, en una mezcla de miedo y curiosidad que no puedo entender.

Un par de horas después, cuando ya estoy instalada en mi pecera de cristal. Con un escritorio demasiado pequeño y una silla de talla infantil, Bonnie se acerca haciendo sonar sus tacones contra el suelo.

—Foster, el señor Blake te necesita en la sala de juntas. Date prisa, ya sabes que no le gusta esperar para conseguir lo que quiere. —Me está molestando, pero en realidad estoy agradecida de poder salir de este espacio por unos minutos.

Le sonrío y dejo que se vaya a su lugar antes de tomar mis notas. Suelto un sonido de alivio cuando me levanto de la silla y puedo estirar mis piernas.

Voy al ascensor y bajo hasta el piso de la sala de juntas. Reviso mi ropa en caso de que algo no esté en su lugar. Salgo y por fin llego a las puertas dobles de madera. Toco.

—Pasa, Arya. —La voz de Liam suena un poco más relajada, y solo por eso ya me siento un poco mejor.

Al entrar, veo a un hombre alto, moreno, con músculos por todo su cuerpo, pero lo que más me llama la atención, es esa sonrisa en sus labios que ilumina toda la habitación. Inconscientemente me hace sonreír también.

—¡Oh, por Dios! Amigo, no me dijiste que tu nueva chica era tan... —Me paralizo, mi cuerpo se prepara para recibir lo de siempre —. ¡Hermosa! ¡por dios! —exclama con un chillido en la última palabra.

Mi parálisis tiene un corto circuito. No esperaba un cumplido, y mucho menos uno tan directo y sin vergüenza.

—Soy Aron, ¡preciosa! Estoy encantado de conocerte. —el hombre rodea la gran mesa y se detiene delante de mí—. ¿Eres

soltera? ¡Dime que sí! Por favor.

Aron toma mi mano y, con un gesto que solo he visto en las series de televisión, besa mis nudillos. Es divertido, es guapo y me provoca la primera risa sincera del día.

Pero el momento dura poco. El sonido de una silla arrastrándose corta el aire. Antes de que pueda reaccionar, Liam aparta mi mano de la de Aron con un movimiento brusco. Con una mano tira de todo mi cuerpo y me pega a su costado.

Es cuando escucho el gruñido que sale de su pecho. un gruñido posesivo mientras coloca su mano pesada en la parte baja de mi espalda, justo donde comienza la curva de mi trasero.

Me estremezco. Mi mente empieza a trabajar como loca en lo que acaba de pasar, hasta que la voz áspera de Liam me recuerda algo que no me gusta.

—Deja de coquetear con *mi* personal.

Esa sola frase tiene tantas cosas escondidas, que el estremecimiento se vuelve como estar en una pesadilla.

13 LIAM

La ignoré toda la mañana. A Arya, quiero decir. Simplemente no tengo la capacidad mental para lidiar con ella y con lo que me hace sentir. Tengo un imperio que proteger y demandas que redactar para triturar esos malditos contratos.

Aron, por el contrario, está de un humor insoportablemente bueno. Cada palabra positiva que sale de su boca me tensa un músculo diferente.

—Ya te lo digo, hermano, te has ganado la lotería con esta chica —dice, sin haber leído siquiera las correcciones, pero ya fascinado por la capacidad mental de Arya.

—Sí, sí, lo que digas —respondo poniendo los ojos en blanco. Él no sabe de quién es hija, ni tiene puta idea de mi plan. Ha sido solitario cargar con esta venganza, pero no puedo arriesgarme, ni siquiera con mi mejor amigo. Tal vez un día. Una vez que todo termine, no habrá más secretos. Y yo podré descansar.

—Estoy listo para conocerla. Llámala ahora y terminemos con esta mierda. —Se frota las manos al frente y truena de un lado a otro su cuello. *Imbécil.*

Dudo por un segundo. Pienso en cómo salí de la oficina esta mañana cuando no podía soportar un minuto más de verla o de respirar su aroma. Para este momento ya debe estar instalada en el ridículo cubículo que pedí para ella, pero elijo llamar a mi secretaria.

—Dile a Arya que venga a la sala de juntas —ordeno y cuelgo antes de escuchar cualquiera de sus sonidos. Esta mañana no fue suficiente lo que le hice para dejar de pensar. Para borrar el recuerdo de Arya y sus ojos o el rubor de sus mejillas cuando le hice preguntas incómodas durante la cena.

Aron me mira con una ceja alzada y una sonrisa de suficiencia, siempre está así. A veces lo odio.

—¿Todavía te acuestas con tu secretaria? ¿No te cansas de ser un pervertido? —Se cruza de brazos y recarga su espalda en su silla.

—No sé de qué mierda hablas —bromeo, esa parte de mi vida sí la sabe. También me dejo caer sobre el respaldo de mi silla. Me duele la cabeza. Desde esta mañana que desperté de ese sueño, nada me da paz. Al contrario, me siento cada vez peor.

Y ahora, acabo de llamar a la mismísima causa de mi molestia.

—Solo te diré una cosa, Liam —continúa Aron—. Cuando llegue la mujer que te haga volar la cabeza de verdad, tendrás que deshacerte de esas costumbres. —Se ríe el muy idiota. No tiene ni idea de lo que habla—. Te lo digo hermano, llegará un tiempo en el que solo querrás una vagina para el resto de tu vida.

Es mi turno de reírme.

—No hay una sola en la tierra, Aron. No para mí. Deja de decir estupideces. Tampoco creo que lo haya para ti, no por nada somos amigos. —Levanto una ceja y sonrío de lado. Hemos pasado demasiados buenos ratos.

—Tal vez... pero no lo sabré si no lo intento, hermano. —Estira sus brazos hacia atrás de su cabeza—. Lo que sí sé es que cuando la encuentre, no habrá nada que me detenga para tenerla.

Sacudo la cabeza, pobre tonto. Voy a recordarle nuestra última aventura en el club, cuando alguien toca la puerta.

Ese alguien solo puede ser Arya.

—¡Pasa, Arya! —grito.

La puerta se abre muy despacio, cuando termina de entrar, sus ojos recorren la sala con una mezcla de confusión y precaución. Sé que mi trato de esta mañana, comparado con el de la noche anterior, la tiene descolocada, pero cuando su mirada se cruza con la de Aron, veo una chispa que me molesta, porque se parece mucho a como brillaron sus ojos cuando me miró por primera vez en el bar de su amiga.

Voy a hablar, me aclaro la garganta incluso, pero antes de que pueda articular palabra, Aron se levanta de su silla y se apresura como un depredador que ve una presa exquisita.

—¡Oh, por Dios! Liam, no me dijiste que tu nueva chica era tan... —Arya tensa los hombros y agacha la cabeza, cierra los ojos, supongo que preparándose para la crítica a la que seguramente está acostumbrada. Ojalá pensar en que mi amigo podría burlarse de ella me hiciera sentir mejor, pero no lo hace. Entonces Aron termina la frase con pura adoración—. Hermosa. ¡por dios!

Arya toma una inspiración profunda con sorpresa. Lentamente levanta la vista, encontrándose con la sonrisa deslumbrante de mi estúpido amigo.

—¡Soy Aron, preciosa! Encantado de conocerte. —Usa su tono seductor y solo pienso en lo que me dijo hace un momento—. ¿Eres soltera? ¡Por favor, dime que sí!

Pedazo de mierda. Aron extiende su mano y Arya hace lo mismo para estrecharla, pero Aron no es un tipo de apretones de manos comunes. Es un maldito idiota digno de historias románticas. Se inclina y le besa los nudillos con una galantería que no usa todos los días.

Y aquí es cuando la sangre me hierve. Arya se sonroja y se ríe con él, no es una sonrisa falsa como la que me da casi todos los días. Es una risa que solo he escuchado una vez dirigida a mí.

Es todo lo que soporto. He terminado con estos dos. Mi silla cruje contra el suelo cuando me pongo de pie, rodeo la mesa y con pasos largos camino hasta quedar en medio de ellos, forzando a Aron a soltarla.

Un gruñido sale de mi garganta, uno que no puedo contener mientras rodeo la cintura de Arya con mi brazo, y la atraigo hacia mí. Mi mano se hunde en su espalda baja, justo donde nace la curva de su trasero.

Se tensa, como una roca bajo mi toque.

—Deja de coquetear con *mi* personal. —Le gruño a mi amigo. Pero no conforme con eso, clavo mis uñas en la piel suave de Arya y la hago mirarme cuando las palabras que tengo para ella, salen de mi boca—. Arya, te llamé para trabajar, no para que coquetees con mi abogado.

Mi tono es duro, incluso más de lo que pretendía y en sus ojos verdes y dorados miro lo que le hago.

—No seas imbécil, Liam —interviene Aron con una sonrisa burlona y regresando a la mesa—. En todo caso, soy yo el que molesta a la señorita... Eres señorita, ¿verdad? —Vuelve a insistir y Arya tensa aún más su cuerpo, me obligo a soltarla y a llevarla de la mano a la mesa de juntas.

—El estado sentimental de mis empleados no es de tu incumbencia —respondo cuando todos hemos ocupado una silla. Arya en la que está a mi lado, por su puesto—. Deja de humillarte, Aron. Tenemos mucho que resolver.

Para mi desgracia él se sienta frente a ella, y no puede quitarle los ojos de encima, ni a lo que hoy lleva puesto. Que, por cierto, no es un pantalón de vestir como las últimas veces, sino una falda demasiado corta para el gusto de cualquiera.

—Muy bien, jefe, pero fuera del horario de trabajo no puedes controlarla. Ni a ella, ni a lo que yo haga ahora que la conozco. —Voy a levantarme para darle un puñetazo cuando Arya se aclara la garganta.

—Yo... —empieza con una suavidad que me desarma—. No quiero problemas en el trabajo. ¿Podemos seguir con la reunión? —Me mira y siento un triunfo momentáneo, además de que, de alguna manera, mi dolor de cabeza ha desaparecido. Solo hasta que añade una última frase quitando los ojos de los míos y pasando a los de Aron—. Y solo para terminar las presentaciones... Sí, soy soltera.

—Es maravilloso saberlo, bonita. —Le guiña un ojo, como si no tuviera ya suficiente de este idiota.

—Eso no significa que Arya esté interesada, amigo. —Es mi turno de hablar y de ponerle fin a su maldito coqueteo.

Dos horas después, tras soportar las miradas coquetas de Aron y los sonrojos de Arya, por fin terminamos de revisar cada contrato y de encontrarles solución. No podría haber soportado un minuto más dentro de esta habitación.

—Bueno... —Aron empieza, se levanta de su silla y busca algo en la bolsa interna de su elegante traje—. Señorita Arya, ha sido un verdadero placer conocerte. —Extiende la tarjeta exponiendo los músculos de su brazo en el camino—. Esto es para ti, es mi número personal. Donde siempre, siempre podrás encontrarme. Profesional y personalmente hablando.

Desliza la tarjeta por la mesa hasta tocar los dedos de Arya. Pienso que la rechazará, pero me sorprendo cuando la toma sin pensarlo.

—Muchas gracias, Aron. Siempre es bueno tener a un abogado en la lista de contactos. —Bromea ella—. Nunca se sabe cuándo necesitarás esconder un crimen. —No puedo creer que ya esté bromeando con él. Aron se ríe, por supuesto.

—Lo que necesites, bonita, cuando lo necesites. —Termina con una última mirada a ella antes de verme a mí, por fin—. Liam... nos vemos. —Es todo lo que dice antes de caminar hacia la puerta. Maldito imbécil, ya me las pagará. Ahora tengo a una asistente a quien molestar.

Me detengo cuando la tensión en el aire cambia en cuanto Aron desaparece. Arya tensa su espalda y juro que no entiendo que es lo que estoy haciendo mal con esta mujer.

—Si ya no me necesita... —Arya también se levanta, aferrando la tarjeta de Aron entre sus manos. Suelto un suspiro cansado.

—Ve por tus cosas. Te llevaré a tu departamento. —Me levanto de la silla y tomo mi saco del respaldo.

—No es necesario, señor… —dice y entonces, la cuerda se rompe.

—¡Soy Liam, maldita sea! ¡LIAM! —grito sin poder contener mi enojo.

No me doy cuenta de lo que eso le hace a ella hasta que Arya retrocede dos pasos, se rodea el cuerpo con los brazos, como si esperara un golpe. Sus ojos verdes se apagan y se llenan de un miedo que me atraviesa el pecho.

—Yo... —Le tiembla la voz—. Lo siento mucho.

No me da tiempo de reaccionar o de corregirme, sale disparada de la sala de juntas, dejándome solo con el eco de mi propia rabia y el sabor amargo de mi error.

Que me lleve la mierda.

14 ARYA

El resto de la tarde es un borrón absoluto. Mi mente me ayuda con eso. Si no tuviera la capacidad de olvidar y dejar pasar cada cosa en mi entorno que me hace sentir vulnerable, no sería la mujer fuerte y capaz que soy ahora.

Afortunadamente, cuando salgo de la sala de juntas, la jornada laboral ya ha terminado. Llego a mi área de trabajo —si es que a una pecera de cristal se le puede llamar así—, tomo mi bolso y huyo hacia el ascensor.

Necesito mi comodidad y mi casa. Arrancarme esta ropa, tomar un chocolate caliente lleno de bombones y convencerme de que todo se acabó. El día, el mal momento con la bilis en mi garganta esta mañana, las malas miradas y los gritos.

Mañana será un nuevo día y mi jefe gruñón no tendrá influencia en mi ánimo, ni en mis pensamientos y mucho menos en mi desempeño. En solo una semana he demostrado de lo que soy capaz en BLAKE; no voy a dejar que él, Bonnie o nadie lo arruine.

Entro a mi departamento y lo primero que hago es deshacerme de los zapatos. A esta hora del día ya siento que me arden las plantas de los pies.

A medio camino hacia el armario, la falda y la blusa de hoy terminan en el suelo. Para cuando encuentro mi conjunto de dormir favorito, ya estoy solo en ropa interior, pero decido que un baño de tina es lo que realmente necesito para olvidar el día.

Después de prepararla con mi perfume y aceites favoritos, me sumerjo en el agua caliente, y dejo que el agua se lleve toda la tensión de mi cuerpo. No espero mucho; el antojo de una taza de chocolate caliente sigue ahí haciendo ruidos vergonzosos en mi estómago. Termino el baño, me pongo el conjunto de seda en color amarillo; Se siente fresco contra mi piel y disfruto de la libertad de no usar sujetador.

Con el cabello aún húmedo y sin cepillar, regreso a la cocina; pongo la leche en el fuego y me pierdo en cómo el chocolate empieza a disolverse.

Camino hacia mi habitación para cepillar mi cabello antes de que termine como un casco esponjado en mi cabeza, cuando, tres golpes secos en mi puerta me detienen el corazón.

Toc, toc, toc.

Me llevo una mano al pecho por puro instinto. No espero a nadie. Regreso a la barra y reviso mi móvil; solo hay un mensaje de texto de papá diciendo que me extraña y uno de Su para invitarme a salir el fin de semana.

¿Será mi padre?

—¡Ya voy! —grito mientras recojo con prisa la ropa que dejé antes tirada en el pasillo. Me paso una mano por el cabello. *Necesitaré humedecerlo de nuevo más tarde.*

Abro la puerta resoplando sobre un mechón esponjado que cae sobre mi frente, sin confirmar por la mirilla quién está detrás, y el arrepentimiento me golpea al instante.

Es él, Liam.

Abro tanto los ojos que me empiezan a picar. Liam está parado ahí, llenando el marco de mi puerta principal con su presencia. Sí que es grande, pero hay algo más en él, no es solo su altura, o lo ancho de su pecho, es algo que tiene que ver con la manera en la que me mira. Eso es lo que lo hace tan, dominante… quizás peligroso.

—Arya. —Liam se aclara la garganta. Yo trago saliva, no puedo hacer otra cosa—. Perdona que no te avisara que venía, en realidad tenía miedo de que no quisieras recibirme.

Termina y agacha la mirada. Directo hasta el suelo entre nuestros pies. Juro que estos son los momentos que me descolocan. Hace unas horas era un monstruo gruñón que me hacía temblar de miedo y creer que en cualquier momento le haría algo a su abogado por mirarme más de dos segundos, y ahora, parece un hombre real

y vulnerable como cualquiera. De esos que no matarían ni a una mosca.

—Hola... —susurro. Bajo la mirada y recuerdo de la peor manera que la seda de mi conjunto es ajustada y traicionera, especialmente si no estoy usando nada debajo—. Lo siento —murmuro, cruzando los brazos sobre mi pecho para cubrirme—. No esperaba visitas. ¿Cómo has encontrado mi número de departamento?

Mi tono pasa de uno apenado a curioso en cuestión de un segundo.

—¿Puedo pasar? —Ignora mi pregunta. Entonces algo se escucha en la cocina y sé que es la leche con chocolate avisándome que está lista. Tengo que empezar a correr ahora.

—Pasa. Tengo que atender la estufa. Ya vuelvo —digo por encima del hombro cuando ya estoy corriendo a la cocina. Llego justo a tiempo para apagar el fuego antes de que el chocolate se desborde. Apoyo las manos en la encimera, me inclino y soltando un suspiro, trato de organizar mis pensamientos.

Liam Blake está en mi sala. Mi jefe, está en mi maldito departamento. Y no me dijo cómo lo encontró. No solo eso, sino que yo estoy casi en ropa interior, despeinada, sin sujetador.

Mi mejor versión no es.

Mierda. Ya sobre pensé demasiado la situación. Tengo que regresar y ver qué es lo que quiere. Me doy la vuelta, pero antes de que pueda dar un paso, mi cuerpo se estrella contra una pared sólida y tibia. No es una pared real; es el cuerpo de Liam.

—¡Auch! —me quejo llevando una mano a mi frente. No sé si es el golpe u otra cosa, pero su aroma, una mezcla amaderada con algo fresco, nubla mis sentidos de inmediato.

—Lo siento, fue toda mi culpa. —Sus manos rodean mis hombros para estabilizarme—. Fue el aroma a dulce lo que me hizo seguirte. Me disculpo por eso.

Sonrío involuntariamente, me obligo a levantar la cabeza hasta sostenerle la mirada. Sus manos son firmes, cálidas, y sus ojos en los míos me hipnotizan con la misma fuerza que la primera vez que nos vimos en el bar.

Mi tonta imaginación empieza a traicionarme y no creo que sea el mejor momento para esto:

¿Cómo se sentiría su toque en otras partes de mi cuerpo? Me ruborizo violentamente ante mis propios pensamientos.

—Yo... —Me aclaro la garganta—, si me disculpas, iré a cambiarme de ropa, entonces podremos hablar de lo que sea que te haya traído aquí. —Intento sonar profesional, creo que lo logro, hasta que Liam esboza una sonrisa de lo más encantadora que se instala directo en sus labios besables. También llega a otra parte de mi cuerpo que no voy a mencionar.

—No tienes que hacerlo, Arya. Así como estás… —Baja su mirada por el pequeño espacio que hay entre nuestros cuerpos. Maldita mierda, no estoy lista para una interacción de este tipo fuera de mis sueños o de mi imaginación—. Te ves increíble. Además, soy yo el que estoy interrumpiendo tu comodidad; no es justo que cambies nada por mi culpa.

Trago saliva. Doy un paso atrás, y otro, hasta que sus manos por fin me sueltan y mi cuerpo suave se clava contra la encimera. Solo así puedo volver a ordenar mis pensamientos.

Esto me está sobrepasando. Liam está aquí en mi departamento y acaba de hacer un comentario de lo más impropio mientras pasaba lentamente sus dedos por la piel desnuda de mis hombros. Cosa que por supuesto no se permite hacer cuando alguien más está cerca o cuando estamos en la oficina. Es lógico porque…

Tengo que parar.

—De acuerdo —suelto, tratando de recuperar el aliento—. ¿Te gustaría una taza de chocolate?

—¿Es eso lo que huele tan bien? Hubiera jurado que el aroma dulce venía de tu piel.

«¡Santa madre de Dios!»

—Es mi gel de ducha —explico, sintiéndome una tonta.

Sacudo la cabeza y me doy la vuelta para servir dos tazas de chocolate con bombones ignorando lo bien que se mira recargado en la pared de mi cocina con las mangas dobladas hasta los codos, con sus brazos cruzados al nivel del pecho y con esa sonrisa de lado como si fuera el rey del mundo.

A veces creo que lo es. Le entrego una tasa. Liam la toma, se la acerca a los labios de inmediato, pero antes de beber, cierra los ojos e inhala el aroma.

—Sigue gustándome más tu aroma a dulce —susurra con los ojos cerrados, y por fin le da un sorbo. Aparto la mirada, y hago lo mismo con mi taza, necesito el líquido caliente llegando a mi estómago.

—¿Y bien? —No dejo pasar mucho tiempo—. ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunto con tono profesional, sabiendo que no me va bien cuando empiezo a verlo como algo más que mi jefe; y el dueño de la financiera más grande de la ciudad.

—Arya... Lo siento. —Liam da dos pasos en mi dirección, esos son suficientes para volver a quedar a un suspiro de distancia. Estira su brazo y deja la taza vacía en la encimera detrás de mí. Cuando su mano regresa, roza ligeramente la seda de la parte inferior de mi conjunto. Al nivel de mi cadera—. Hoy fue un día difícil y estresante en partes iguales. No tenía ningún derecho a faltarte al respeto ni a gritarte de la manera en que lo hice.

Sus palabras suenan sinceras, lo siento en mi corazón, al igual que esa mirada tormentosa que me dice que está peleando con algo que tal vez no tiene nada que ver con el trabajo.

—No me dejes, Arya. Por favor. —Hay una súplica real en sus ojos. Él no sabe que no tengo pensado renunciar, que solo

necesitaba una noche de paz para volver a empezar. Eso es lo que siempre funciona para mí.

—No voy a dejar BLAKE —le aseguro con una sonrisa amable —. Entiendo lo estresante que puede ser dirigir una empresa solo. Lo he visto toda mi vida con mi padre.

Liam se tensa de pronto, traga saliva y desvía la mirada. Noto una arruga en su frente y no sé si lo he hecho sentir débil o vulnerable con mis palabras.

—Gracias, Arya. Estoy feliz de haberte encontrado —dice con un tono diferente. Queriendo dar por terminada esta visita también hablo.

—Y yo de trabajar para ti. —Mi tono es serio, casi de despedida. Ya debería saber que este hombre tiene el control total de lo que hace.

—No me gustas solo por tu cerebro y tu capacidad. —Empieza de nuevo.

—Ah, ¿no? —La pregunta se me escapa de la boca antes de que pueda pensarlo mejor. Me maldigo porque suena mucho a una provocación.

—No. Hay mucho más en ti que me gusta… —Sonríe casi pegando su cuerpo al mío. Esto es toda mi culpa. Por tener esta boca tan suelta.

Voy a soltar otra imprudencia cuando la imagen de Bonnie saliendo de su oficina con el labial corrido aparece en mi mente como una bofetada. Como un recordatorio de que no conozco ni un poco a este hombre.

La imprudencia se convierte en un reclamo.

—No sé qué pasa entre Bonnie y tú —suelto de pronto, mi voz suena más firme de lo que pretendía—, pero yo no soy una mujer de ese tipo. No espero crecer dentro de BLAKE haciendo favores sexuales ni tratos fuera de lo laboral. Tal vez otras personas necesitan de eso por qué sus capacidades no son suficientes, pero yo sé lo que valgo y no voy a ir ahí si eso es lo que quieres.

Los ojos de Liam brillan con algo parecido a la diversión, pero no me retracto. Nunca lo haré. Una sola mala experiencia es suficiente para el resto de mi vida.

—Es bueno saberlo, Dulzura, porque no quiero eso de ti —dice con una sonrisa que me hace dudar de todo.

—¡Es bueno que lo dejemos claro! —Me aclaro la garganta. Necesito hacer que se vaya antes de que mi mente empiece a hacerse preguntas—. Ahora, si me disculpas, es tarde y necesito mis ocho horas para descansar. Mañana será un día largo en la oficina.

Liam asiente, da un paso hacia atrás, por fin siento que el aire entra a mis pulmones y me permito una bocanada grande.

—Me iré en un minuto, Arya, pero tengo una pregunta más… —Sonríe de lado y sea lo que sea que va a preguntar, no puede ser bueno para mí salud—. ¿No tienes curiosidad por saber qué es lo que quiero contigo?

Maldita sea, lo sabía. Enderezo mi espalda. Con mis manos de regreso a mi pecho para protegerme, le respondo lo mejor que puedo.

—¡No! Porque supongo que esa es la razón por la que inicié y sigo siendo tu asistente: mis aptitudes. —Liam niega con la cabeza.

No me gusta hacia dónde va esto. Huelo el deseo en el aire, mi deseo. Espero que él no lo note.

No puedo ponerme así cuando no confirmó ni negó lo que insinué que hace con Bonnie.

—Déjame invitarte a cenar mañana, después del trabajo —dice, cerrando la distancia de nuevo. La última vez que cenamos juntos… no terminó de la mejor manera,

—Pero es viernes… —Intento.

—Lo sé. A menos que tengas otros planes. —Su voz baja una octava, volviéndose ronca, casi un gruñido. Su ceño fruncido y sus ojos oscurecidos, me dan una buena señal de las banderas rojas que vienen con conocer a este hombre.

—¿No tendrás problemas con... Bonnie? —Soy una inmadura, lo sé, pero no puedo evitarlo. Siento que esta es la única forma de convencerme a mí misma de que no es un buen hombre.

No me gustan sus prácticas, no me gustan sus reacciones y… también quiero decir que no me gusta él, pero estaría mintiendo.

Porque me gusta, y me gusta mucho.

—Bonnie no es nadie —sentencia con frialdad—. Dime que la despida y mañana estará empacando sus cosas. —No puedo creer que la pueda desechar, así como así. Solo por…

—¿Yo? ¿Por qué te pediría algo así? —pregunto sintiendo que de pronto me falta el aire. Yo… yo no…

—Por esto... —dice, y sin que pueda reaccionar a tiempo, sus labios bajan y se estrellan con los míos.

«Oh mi maldito Dios».

15 LIAM

Mi plan no era besar a Arya, al menos no esta noche. ¡Mierda! Incluso yo estoy sorprendido por la velocidad de mis propios impulsos. Lo único que sé es que ver su cuerpo curvo, ceñido en ese conjunto corto de seda, dejando muy poco a la imaginación, me hizo algo. Sus pechos son generosos, redondos y firmes bajo la tela brillante que, estirada como está, me deja ver el contorno de sus pezones.

Es un milagro que no los ahueque con mis palmas ahora mismo. Mis manos no serían suficientes para abarcar ese tamaño, y la idea de saber si son tan suaves como me lo imagino, me quema las palmas de las manos.

Sus pezones están duros, sobresaliendo de la tela, marcándose con una insolencia que me roba el aliento. Solo ha sido necesario mencionar su aroma dulce para que reaccionaran, rogando por el toque de mis dedos, de mi boca y de mis dientes. No recuerdo haber sentido un deseo tan primitivo en toda mi vida.

El chocolate caliente ha sido un regalo para mi paladar, pero no es nada comparado con probarlo directamente de sus labios.

Al principio del beso, la sorpresa brilla en sus ojos, hasta que un gemido se escapa de su garganta, vibrando contra mi boca. Me trago ese sonido, saboreándolo, y es suficiente para que Arya ceda.

Sujeto su nuca con una mano, ejerciendo la presión justa para que separe sus labios y me dé acceso total a su boca. Mi lengua entra de forma desesperada, hambrienta y codiciosa, encontrándose con la suya, que sabe malditamente dulce.

El apodo *Dulzura* nunca ha tenido tanto sentido como ahora.

Pero el momento dura muy poco, porque de un segundo a otro, Arya se tensa entre mis brazos. Quita con un movimiento brusco la mano que empezaba a descender por su cuerpo hacia su trasero y se separa de mis labios como si mi contacto la quemara; o

peor, como si sintiera repulsión por mí. Y eso es sencillamente imposible.

—¡No! ¡No! ¡Dios, no! —exclama, retrocediendo hasta chocar con la encimera de la cocina—. Te lo dije. Yo no soy así. Yo no puedo… —Balbucea al mismo tiempo que se lleva los dedos de sus manos a los labios. Siente lo que le hice.

Su rostro se pinta de un rojo intenso, pero no es por la timidez de antes, ni por las palabras inteligentes que sabe decir. Es rabia pura, y maldita sea, me encanta cómo se ve cuando se enoja.

—Arya, si me dejas explicarte... —Intento dar un paso hacia ella, pero levanta ambas palmas para detenerme.

—Esto no ha pasado, ¿de acuerdo? No pasó. Por favor, vete ahora mismo y limitémonos a un trato estrictamente laboral —exige con la voz ronca, aunque un ligero temblor se le escapa. Hay algo en su mirada, un rastro de pánico antiguo, que me dice que, si la presiono un milímetro más, la perderé para siempre.

Y mi plan de venganza no puede permitirse ese lujo.

—Tienes razón —concedo, fingiendo una calma que no siento —. Lo siento mucho, fue un impulso y me disculpo. Esto no es lo que te mereces. —Levanto mis manos con la señal universal de *«me rindo»* y doy un paso hacia atrás—. Me iré ahora mismo de tu departamento, y espero que esto no te haga tener una idea equivocada de mí.

La recorro con la mirada una última vez, desde sus ojos empañados hasta sus pies descalzos sobre el suelo de madera clara. Me obligo a caminar hacia atrás, dejándola sola en su santuario. Justo antes de salir por el pasillo, miro por encima del hombro. Está apretando los párpados con fuerza y sus manos tiemblan sobre su pecho acelerado.

Niego con la cabeza, confundido por una reacción que parece ir más allá de un simple arrepentimiento. Salgo del departamento, pero no del edificio; no sin antes enviarle un mensaje de texto a su celular que le deje claro que esto no ha terminado.

No he terminado con ella. De hecho, apenas estoy empezando.

Yo: Puedes intentar olvidar ese beso, pero yo no lo hare. Nunca lo hare.

La mañana siguiente, llamo a Aron para un desayuno tardío. El café no es suficiente para despejar la neblina de mi mente; eso significa que llegaré tarde a la oficina por primera vez desde que la fundé.

—¿Lograste algo? —me pregunta Aron, mirándome con una chispa de malicia en sus ojos por encima de su taza de café.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, enarcando una ceja.

—Con tu asistente —responde, clavando su mirada en la mía —. No soy ciego, amigo. Estás interesado en ella hasta las bolas.

Me río, solo tengo dos opciones ahora. decirle la verdadera razón de tenerla cerca, o decirle que sí estoy interesado en ella. Pero si lo hago, nunca terminaré de escucharlo.

—Estás loco. Por si no lo notaste, ella no es mi tipo. —Me digo a mí mismo que miento descaradamente, la verdad es que ya no sé nada. Le doy un sorbo a mi segundo café, me quemo la maldita lengua; el dolor físico es lo que necesito para dejar de pensar en lo que empieza a afectarme.

Arya no es lo que me gusta tocar, estoy seguro. Lo que solo hace que cada vez entienda menos la reacción de mi cuerpo al suyo.

—¡Excelente! —Aron golpea la mesa con ambas manos, sobresaltando a los clientes de las mesas vecinas—. Me has dado la mejor noticia del año. La pido para mí.

Y una mierda que la pide.

—No puedes pedirla —le gruño, y mi voz suena peligrosa.

Él no lo nota, por supuesto que no, porque de entender la realidad de las cosas, optaría por quedarse callado, cosa que no sabe hacer.

—¿Y por qué no? —cuestiona con una sonrisa desafiante—. Has dicho que no te interesa. A menos que reconozcas que la quieres para ti, no voy a parar hasta que acepte salir conmigo.

Maldito Aron Brown. Sabe exactamente qué botones presionar para conseguir lo que quiere. Y lo que quiere es a mí aceptando en voz alta que Arya está prohibida para él.

—Bien —suelto finalmente y después de poner los ojos en blanco. Vine aquí para no pensar en ella y voy a terminar reclamándola delante de este imbécil.

—¿Bien qué? Necesito una declaración completa. Mira que pensaba invitarla a salir esta misma tarde. Y estoy seguro de que, después de probar ese trasero de ensueño y de comerme cada centímetro de su piel lechosa... —Se muerde el labio y se ajusta algo bajo la mesa.

Pedazo de mierda.

El fuego dentro de mi pecho estalla. Antes de ser consciente de mis actos, tengo mi mano cerrada en un puño, aferrando el cuello de su camisa.

—Nunca sabrás a lo que sabe su cuerpo, hijo de puta —siseo, acercando mi rostro al suyo—. Arya no es para ti.

—Pero para ti sí, ¿verdad? —Me presiona, sin un solo rastro de miedo en sus ojos. Me está obligando a decirlo en voz alta.

—Arya es mía, Maldita sea —gruño con los dientes apretados antes de soltarlo bruscamente. Es todo lo que obtendrá. No sabrá que es mía para romperla. Mía para tomarla. Mía para jugar con ella.

—¡Ja! Lo sabía. Lo vi en tu cara ayer, cuando la apartaste de mi lado cuando solo me estaba presentando con ella. —Se burla, acomodando su camisa como si no supiera que puedo partirle la cara en un segundo. Sabe que puedo, pero no le importa*. No me tiene miedo*—. El gran Liam Blake ha caído.

—Ya lo sabes. Ahora cállate —respondo, levantándome de la mesa sin ganas de seguir perdiendo el tiempo. —Y pagas la maldita

cuenta, bastardo.

—¡Voy a disfrutar el ver en primera fila cómo esa chica inteligente y sexi te agarra de las pelotas! —me grita mientras salgo del restaurante.

Agarrado de las pelotas. Ja. Ya verás quién agarra a quién.

Durante los minutos de camino a BLAKE, experimento un tipo de ansiedad nueva. Mis dedos tamborilean en el volante y mi estómago está revuelto. Mi subconsciente no deja de recordarme que hoy por la mañana he vuelto a despertar con el mismo problema en la entrepierna.

He soñado con ella. He revivido el beso que le robé una y otra vez, y la sensación, lejos de agotarme, ha aumentado hasta el punto de hacerme perder el control de mi mente solo con el recuerdo. Lo peor es que la idea de recurrir a mi secretaria, o a cualquier puta del club de Román para apagar lo que ella ha encendido, me causa un rechazo visceral.

La idea pasa a un hecho, cuando rechazo a Bonnie antes de que intente ponerse de rodillas después de entrar a mi oficina con la agenda del día, mi entrepierna no reacciona, no la desea. Es más, me da una sensación nueva de asco que no estaba ahí días atrás.

Espero todo lo que puedo dentro de mi oficina, me concentro en unos contratos, en llamadas, antes de llamarla a ella. Necesito resolver esto de una vez por todas, para poder regresar al enfoque, a mi propósito.

Arya toca a mi puerta poco después. Un suspiro pesado sale de mi garganta antes de que pueda hablar.

—Adelante —ordeno.

Entra, me doy cuenta de que le es la primera vez que le pongo atención en el día. Va vestida con esos pantalones rectos que ocultan sus curvas, de nuevo. ¿Dónde está la falda de ayer? ¿Dónde está el fuego en su forma de caminar?

—Señor, ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta regresando a esa frialdad profesional que insiste en usar conmigo. Me doy cuenta

de que empieza a irritarme.

—Ahora vuelves a hablarme de usted —suelto, apretando la pluma entre mis dedos hasta que mis nudillos se blanquean.

—Honestamente... creo que es lo correcto —dice ella, aclarándose una garganta que tiembla ligeramente.

—Bueno, si eso es lo que quieres —digo, fingiendo resignación —. Toma asiento. No me has dicho qué te parece tu nueva área de trabajo. —Ignora mi invitación y permanece de pie, con la mirada clavada en el suelo, mantiene la espalda erguida.

—No me puedo quejar, señor —responde.

—¡Arya! —Suelto un suspiro exasperado. Esta mujer es verdaderamente frustrante.

—¿Sí? —Su voz suena temerosa, una faceta suya que tiende a sacar cerca de mí y que me hace sentir como un puto animal. No le estoy haciendo nada ¡por dios!

«No aun»

—¿De verdad ha sido tan malo ese beso para ti? ¿Tan extraño te parece que me interese en ti? —Me levanto de la silla, rodeando el escritorio, Arya no mueve un solo músculo y creo que eso me irrita mucho más—. Honestamente, no te creía del tipo imposible. No me diste esa impresión el día que te conocí en el bar, pero veo que sabes fingir demasiado bien. —Mis palabras salen duras y frías. Le afectan y eso es justo lo que pretendo lograr.

Arya se contiene, no dice nada y tampoco levanta su mirada, pero sé que mis palabras le hacen algo, lo veo en cómo su respiración cambia, en como su cuerpo intenta protegerse del dolor físico que mis palabras le han causado.

—No te necesito por el resto de la tarde, puedes irte —sentencio, regresando a mi sitio detrás de mi escritorio—. Y olvida que alguna vez te invité a salir. Ya entendí el tipo de mujer que eres.

Me quema decir las palabras. Quiero molestarla, pero honestamente no creí que fuera tan difícil llegar a ella. Es la primera vez que una mujer me rechaza y el orgullo mezclado con la necesidad de venganza, me está gritando que la destruya ahora mismo.

Arya levanta la mirada y por un momento sus ojos se clavan en los míos. Es puro oro, cargado de una emoción que no logro descifrar. Abre la boca, duda, y la cierra de nuevo. Parece querer defenderse, gritarme algo, pero al final se rinde, se da la vuelta y sale de mi oficina sin decir una sola palabra.

Me quedo solo, rodeado del lujo que he acumulado y el silencio, pero este silencio no es el que suelo disfrutar; este silencio me tiene completamente frustrado.

16 ARYA

Abro mi boca para decir cualquier cosa, al menos dos veces, pero no logro que salga un solo sonido de mi garganta. Las palabras se quedan atascadas en mi pecho, asfixiadas por la humillación.

¿Que si me es difícil creer que Liam Blake se interese en mí? ¡Dios! Por supuesto que me es difícil, pero no es su culpa, es toda mía y de mis traumas.

¿Que si su beso fue malo para mí? ¡No! Fue el mejor beso de toda mi patética existencia. Tan bueno que no pude dormir un solo minuto en toda la noche por estarlo recordando, por estar recorriendo mis labios con mi lengua hasta que su sabor se desvaneció.

Yo también me creía diferente; me creía capaz de recibir elogios, de aceptar invitaciones a cenar de hombres guapos, pero ahora veo que no puedo. finjo que no, pero lo que Carter me hizo, me sigue afectando aun después de tanto tiempo.

Ya entendió que no soy mujer para él. Que estoy defectuosa... Ese pensamiento me consuela y me frustra al mismo tiempo. Entre más rápido lo entendamos los dos, mejor será para todos. Él quiere que olvide que alguna vez me invitó a salir, y eso es justo lo que pienso hacer.

Sin poder decir nada, salgo de su oficina. Dice que no me necesita, dice que puedo ir a casa así que me preparo para hacerlo.

Tal vez a la que sí necesita es a Bonnie. Sacudo la cabeza para desechar esa imagen; no necesito visualizar a mi jefe con su secretaria en una posición comprometida para sentirme peor de lo que ya me siento.

«Tal vez nada te haga olvidarte de él» Susurra mi conciencia.

¡Tú, cállate! Le grito internamente. Tomo mis cosas y camino directo al ascensor; bajo los veintiséis pisos admirando el atardecer de Los Ángeles a través del cristal.

Es hermoso, siempre me ha gustado aquí, aunque hoy se siente distante. Como algo lejano a lo que tampoco tengo derecho, como tampoco tengo derecho de gustarle a un hombre como Liam Blake.

Al salir del ascensor, empiezo a creer que tengo una maldición del tipo retorcida, porque vuelvo a estrellarme contra una pared de músculos, pero esta vez no es Liam. Esta vez es Aron, su abogado. Y, gracias al cielo, esta vez no estoy en ropa de dormir.

—Hola, bonita. Yo también te extrañé —dice con una sonrisa amplia mientras sus brazos me estabilizan.

Hay algo en su rostro que transmite una confianza inmediata. Supongo que, como abogado, domina el arte del convencimiento; tiene esa chispa que te hace sentir cómoda en segundos.

—Ah, hola, lo siento —me disculpo, dando un paso hacia atrás —. No te vi.

—¿Te vas a casa temprano? —me pregunta confundido, revisa su reloj antes de volver a clavar sus ojos marrones en los míos.

—Sí. Liam dijo que no me necesita por el resto del día. —Me encojo de hombros con una sonrisa forzada. Decirlo en voz alta duele.

—¿En serio? qué casualidad tan grande, yo tampoco tengo nada que hacer y resulta que hoy es viernes. ¿Qué tal si te invito un trago? —Mueve las cejas de arriba abajo, logrando que suelte una risita real. Aron es realmente gracioso.

—No lo sé... es que ya quedé con una amiga —miento, aunque tengo toda la intención de escribirle a Su en cuanto salga de aquí.

Aron entrecierra los ojos, hace un puchero con sus labios, como si de verdad estuviera decepcionado.

—Es una pena, bonita. Imagino que querrás divertirte en serio, considerando el ambiente de manicomio que hay aquí dentro. —Se ríe, y su risa es tan contagiosa que termino riendo con él.

—No es tan malo —digo tras aclarar mi garganta.

—Si tú lo dices... —Suspira—. Al menos prométeme que un día de estos me aceptarás, aunque sea un café. Hay una cafetería irlandesa aquí cerca que es... ¡espectacular! —Hace el gesto italiano de besarse los dedos—. *Mamma mia*.

Vuelvo a reír por la incoherencia que acaba de decir. Es refrescante estar cerca de él.

—Lo prometo —suelto con un suspiro. Realmente es agradable y parece del tipo que siempre te hace reír, así que, lo digo en serio. Después de todo, tengo que olvidarme de cierta invitación para siempre.

—Ya lo has dicho. Soy abogado, te obligaré a cumplir. —Se burla guiñándome un ojo mientras entra al elevador—. Ten una buena tarde, Arya. —Se despide y no me muevo hasta que las puertas se cierran detrás de él. Solo entonces suelto todo el aire de mis pulmones, es una sensación de cansancio y de alivio al mismo tiempo.

No espero más y tomo un taxi hacia mi departamento.

***

—Sí, ajá... te lo contaré todo —le digo a Su por teléfono—. ¿Dónde te veo? Estaré ahí a las once. —Termino la llamada, decidida. Hoy será una noche para olvidar.

Ya perdí la cuenta de las veces que he dicho lo mismo desde que Su me encontró llorando esa noche. Al parecer *eso* que tengo que olvidar no ha salido después de todo.

Me concentro en esta noche, en lo fácil que puedo pasar de ser la chica tensa y nerviosa frente a mi jefe, a la chica que no le importa nada más que bailar, sudar y reír. Su es experta en eso y ahora la necesito para lograr ese tipo de desahogo.

Mi reflejo en el espejo me da el visto bueno. Me veo atrevida, y lo necesito para reconstruir mis murallas. Llevo botas negras hasta las rodillas, un pantalón corto de piel, un top negro sin mangas; ademas de un vestido de malla transparente encima de todo que me

llega hasta la mitad de los muslos. Me siento segura, decidida. Veo a la Arya que era antes de todo y la que quiero volver a ser.

Tomo mi bolso y, en el último momento, decido dejar el móvil sobre la cama. Sin teléfono, no hay riesgos de llamadas o mensajes bajo la influencia del alcohol.

El taxi me deja frente al Avalon Hollywood. La música ya vibra en el suelo debajo de mis pies. Hago fila para entrar y cuando lo logro, corro a la barra. Sé que es ahí en donde encontrare a mi amiga. Su cabello rubio brilla bajo las luces de colores como un faro; sería imposible no reconocerla.

—¡Hola, tú! —La saludo con una sonrisa. De inmediato me siento mejor. Ese poder tiene ella.

—¡Hola, tuuu! —responde, ya con un trago en la mano—. ¡Estás hermosa! —Me hace la señal de *«ok»* con la mano.

—Mírate tú. Ese color te queda impresionante... —sigo. Me pone los ojos en blanco. Ella sabe que es hermosa, pero no le gusta que se lo digan.

—Basta de halagos. ¡Es hora de bailar! Pero primero... —levanta la mano hacia el barman—. ¡Dos de lo más fuerte que tengas! —grita.

Dos rondas de tragos de colores después, la sangre es la que baila por mis venas. Tomo a Su de la mano y la guío hacia la abarrotada pista de baile.

—No me dijiste cómo estuvo tu semana, baby. Con ese jefe caliente me imagino que te lo pasas de maravilla —grita por encima de la música.

Tan ingenua mi amiga. Si tan solo supiera que en solo unos días tuve más ocasión de salir corriendo que de quedarme.

—Aún me estoy adaptando. No se parece en nada al bar, ni a mi antigua oficina. —No le digo más, no vine para hablar de eso. Así que me concentro en el movimiento de mi cuerpo.

—¡Por supuesto que no! Estás en el maldito BLAKE —Se ríe y no insiste más. Sonrío, por un buen rato dejo que sea la música y el sudor de mi cuerpo lo único que me envuelva.

No sé cuánto tiempo pasa y no me importa, pero empiezo a notar una presencia detrás de mí. Hay cientos de cuerpos en el lugar, pero esta sensación es distinta. Un escalofrío me recorre la nuca justo antes de que unas manos se posen en mi cintura. Me sobresalto.

—Hola, linda. Qué rico te mueves. Baila conmigo —dice un tipo a mi espalda. Me giro, con el corazón acelerado, es común que en estos lugares pasen cosas así, personas ligando y todo eso. Conmigo no es tan común, pero aun así suele haber sus excepciones.

Trago saliva. El hombre es alto, de hombros anchos, pero su sonrisa torcida me causa una repulsión inmediata.

—Lo siento, estoy con mi ami... —Estiro la mano para tomar la de Su, pero me doy cuenta de que ella ya está enredada con un chico a tres metros de distancia. *Mierda*. Ya se había tardado en encontrar a alguien para jugar esta noche.

—Parece que tu amiga ya empezó a divertirse —dice el tipo con una risita, rodea mi cintura de nuevo y me pega a su cuerpo. Jadeo, está duro de la entrepierna y me dan náuseas—. Podemos hacer lo mismo.

Su toque me da asco, su perfume demasiado fuerte me da escalofríos. Me doy cuenta de lo arruinada que estoy; no necesito un abuso físico para sentirme dañada, la traición de Carter fue suficiente para que mi cuerpo rechace a cualquiera que no sea...

«No pienses en él».

—Lo siento, no estoy interesada. —Lo empujo, mis manos se presionan en su pecho, pero mi fuerza no es suficiente, él tipo no se mueve ni un solo centímetro. Su sonrisa se ensancha, como si mi negativa fuera un juego para él.

—No te preocupes, linda. Te aseguro que puedo con todo eso que tienes —dice, bajando una mano hacia mi trasero. Me

estremezco. La bilis me sube a la garganta.

—No me interesas ¡tú! —le grito, empujando un poco más para mirarlo a los ojos, tiene que saber que no estoy jugando—. Y la próxima vez que quieras hablar del cuerpo de alguien, asegúrate de no parecer un idiota en el proceso.

El hombre suelta una carcajada y, en un movimiento brusco, me tira del cabello detrás de la nuca. El dolor es agudo y cierro los ojos, esperando lo peor.

—Deberías darme las gracias, gordita. ¿Qué no vez que me fijé en ti...? —Ahí está, el recordatorio de mi vida. El tirón desaparece de golpe. No hay otro insulto, solo el sonido sordo de un impacto y chillidos a mi alrededor.

Cuando abro los ojos, el tipo está en el suelo, con la nariz rota, el rostro lleno de sangre y casi inconsciente.

—¿Qué parte de que no está interesada no escuchaste, imbécil? —Esa voz. Un escalofrío completamente distinto al de antes me recorre la piel. Estoy mal. Estoy tan malditamente mal.

—No te atrevas a tocarla de nuevo pedazo de mierda, o me encargaré de que estés a dos metros bajo tierra antes de que puedas parpadear —Liam gruñe, lanza otro golpe antes de soltar al tipo y levantarse en toda su altura. Grande e imponente.

Se gira hacia mí. Sus ojos siguen fríos, llenos de adrenalina, pero para mí son puro fuego y furia. Un incendio que me ataca y me consume. Me tiemblan las piernas violentamente.

—Ho... ¡Hola, Liam! —Mi voz es un hilo e influenciada por el alcohol, no creo poder controlar lo que salga de mi boca—. Qué sorpresa encontrarte aquí. —Mi nerviosismo es el que habla ahora.

Sus ojos se estrechan, recorriéndome desde las botas hasta el cabello despeinado. Su mandíbula está tan tensa que parece que va a romperse.

Debería darme la vuelta. Debería recordar que me pidió olvidar cada contacto que hemos tenido. Debería recordar que él piensa que

soy una mujer a la que le gusta hacerse la difícil y jugar con los hombres.

—Tú... —gruñe, y el sonido me penetra en los huesos más que la música elevada—. Vendrás conmigo. Ahora.

17 LIAM

No me fue difícil encontrar a Arya. Su amiga, la rubia sexy, es adicta a las redes sociales y solo ha sido necesario revisar un par de historias en su cuenta para saber exactamente dónde están.

Es la una de la mañana en punto cuando atravieso las puertas de ese antro ruidoso en el centro de la ciudad. No recuerdo la última vez que pisé un lugar tan vulgar; mis salidas suelen limitarse al Sensación, el club de Román, donde el placer es sofisticado. Aquí, el aire apesta a sudor y desesperación.

«Ligar para tener sexo, qué desperdicio»

Pero entonces, mis ojos encuentran la piel lechosa de Arya. Hay mucha de esa piel a la vista, más de la que mi cordura puede soportar. Está meneando las caderas al ritmo de la música lenta, con una confianza que la hace parecer invencible. Hay cientos de cuerpos en este lugar, pero solo uno mantiene mi vista atrapada. Arya Foster es una visión de perdición. La comisura de mi boca se eleva sin que pueda evitarlo.

Le daré un momento más antes de hacer mi acto de presencia. Camino a la barra y pido un whisky doble. Cuando doy el primer sorbo, un instinto dentro de mi pecho me obliga a girarme hacia la pista. Es el momento exacto en el que las manos de un mocoso imbécil se detienen en el cuerpo de mi chica.

«No lo hizo».

Oh, sí, lo hizo. Le cortaré las putas manos. Niño tonto, no tienes idea de en el camino de quien te acabas de meter. Miro los ojos de Arya agrandarse por la sorpresa y el asco. Ella busca a su amiga, pero la rubia está demasiado ocupada metiendo la lengua en la garganta de otro imbécil. Mis puños se cierran. Ha dejado sola a su amiga en medio de esta bola de mierda.

Arya le sonríe al tipo, es una mueca forzada de supervivencia. Intenta alejarse, pero el idiota la atrae hacia él, obligándola a chocar

sus cuerpos. Veo el coraje encenderse en los ojos de Arya cuando él le susurra algo al oído. Ese bastardo se ha atrevido a faltarle al respeto.

He tenido suficiente. Cuando el tipo suelta una carcajada y tira del cabello de su nuca, firma su sentencia de muerte. No siento mis pies cuando me llevan a ese lugar, mi cuerpo embiste a cualquiera que se pone en mi camino. Arya tiene los ojos cerrados cuando se lo quito de encima.

Mi puño conecta con la cara del bastardo. Una, dos, tres veces. El sonido del cartílago de su nariz rompiéndose es música para mis oídos. Lo tengo en el suelo, aferrando el cuello de su camisa barata mientras la sangre le brota de la nariz y la boca.

—¿Qué parte de que no está interesada no has escuchado, imbécil? —Mi voz sale ronca, animal—. No te atrevas a tocarla de nuevo o me encargaré de que estés a dos metros bajo tierra antes de que puedas parpadear.

Con un último golpe que lo deja inconsciente, me levanto. Me sacudo las arrugas de la camisa y limpio un par de gotas de sangre ajena de mis nudillos. La sangre me hierve en las venas cuando me giro hacia ella.

Arya me mira con ojos brillantes, aterrada y fascinada a la vez. Mi fuego consume su mirada; no podría escapar de mí, aunque quisiera. Doy un paso largo y ya estoy frente a ella, respirando su mismo aire contaminado por el sudor del antro.

—Ho... ¡Hola, Liam! —Le tiembla la voz—. Qué sorpresa en... encontrarte aquí. —Mis ojos se estrechan, recorriendo cada centímetro de su cuerpo bajo esa malla transparente. Mierda, estoy duro en un segundo. Y no es por la pelea, es por ella. Siempre es por ella.

—Tú... —gruño cerca de su oído—. Vendrás conmigo. Ahora.

Escucho su jadeo, pero no le doy oportunidad de protestar. La tomo de la mano y tiro de ella. Camina detrás de mí, obediente.

«Qué buena chica». Es bueno si entiende que las cosas siempre irán mejor si me hace caso.

—Liam, espera... —Mis pasos son demasiado largos para ella.

Se detiene de golpe y yo me giro, harto de la distancia. Sin pensarlo, la sujeto de la cintura y la levanto. Sus piernas me rodean por instinto, aferrándose a mi cadera.

—¡LIAM! ¿Estás loco? ¡Bájame ahora mismo! —grita, pero sus manos ya están enterradas en mis hombros. Aferrándose a mí.

—Ahora vuelvo a ser Liam, ¿eh? —Me burlo, apretando su cuerpo contra el mío.

—Acabas de actuar como un cavernícola, no puedo mirarte con respeto ahora. ¡Bájame! —Insiste, aunque su cuerpo me dice otra cosa. Sus manos se aferran a mi cuello y su aroma dulce, ese que me vuelve loco, me llena por completo. Mis palmas arden sobre su trasero.

—Aún no —sentencio. Apresuro el paso hacia la salida.

—¡Espera! Mi amiga... —Arya se retuerce en mis brazos. *Su Error*. Un movimiento más y sentirá lo mucho que me afecta tenerla así.

—No te muevas. O podrías arrepentirte. —Le advierto con una sonrisa oscura. En ese momento lo siente. Su mirada se clava en la mía con los ojos muy abiertos. Se sonroja, hermosa. Bien podría ser yo el rey del mundo en este momento. Así me hace sentir.

—Tu amiga se va a meter con la mitad de los hombres en este lugar —le digo mientras salimos al aire de la noche—. Mándale un mensaje; te aseguro que no lo leerá hasta mañana.

Ella sabe que tengo razón. Desvía la mirada, avergonzada. Por fin salimos de ese agujero, y es mejor así, porque si mi mente vuelve a como otro tipo tocó lo que es mio… cometeré un delito grave.

—Ya puedes bajarme —susurra Arya. Su voz me dice que sigue un poco tomada. La ayudo a poner los pies en el suelo, pero no me

alejo. Está agitada. Su pecho sube y baja con una velocidad que me hipnotiza. Solo puedo imaginar cómo será cuando por fin la haga mía.

Nos miramos en silencio. No seré yo quien rompa el contacto; hoy tengo un único objetivo.

—No... no tenías por qué hacer eso —ella rompe el silencio.

—Estaba siendo un imbécil contigo. ¿Siempre son así? —Niego con la cabeza, la furia vuelve a aflorar—. ¡Mierda! Quiero regresar y... —La mano de Arya sube a mi brazo. Su piel sobre la mía es como una descarga eléctrica. No descansa hasta que mis ojos encuentran los suyos.

—¡No! No siempre son así, pero... —Baja la vista a mis labios. Traga saliva—. Gracias por... eso. —Suspira señalando el club.

—Sé que no estás interesada... —empiezo, forzando un tono vulnerable que la desarmará—, pero no podía permitir que te trataran así. Solo me aseguraré de que llegues a salvo a casa y no volveré a molestarte.

Arya analiza mis palabras. Sus ojos no dejan los míos. Asiente, buscando de nuevo mis labios por un segundo, antes de mirar su bolso y maldecir.

—No tengo mi celular. —Cierra los ojos con frustración—. ¿Podría usar el tuyo para pedir un taxi?

—Yo te llevaré —digo con un gruñido que no admite réplica.

—Pero...

—¡Mierda, Arya! —Estallo, llevándome las manos a la cara—. Ya te lo he dicho... Sé que no estás interesada en mí. Por favor, solo deja de... —Me giro, dándole la espalda para controlar mi temperamento. No quiero verla. Lo decía en serio en la oficina, cuando le dije que no creía que fuera de ese tipo de mujer.

Pasa un latido, luego otro.

—¿Liam? —Su voz dulce, me hace algo. Ese tono de preocupación real es uno que no he escuchado en… diez malditos

años.

—Dime —respondo sin darle la cara.

—¿Puedes llevarme a casa? —pide. Casi es una súplica. Hace que algo en mi estómago se encienda. Asiento y caminamos en silencio las dos manzanas hasta mi deportivo.

Sigo dándole vueltas a lo que pasó allí dentro; al reclamo que hice por ella. Mi mente me traiciona mostrándome una y otra vez el beso que compartimos en su departamento y cómo desde ese día quiero hacer más, tocarla y devorar esa boca rosada que tiene.

Noto que le tiemblan los hombros. Me maldigo por no tener nada para cubrirla.

—Lo siento, dulzura. No tengo nada con qué cubrirte —digo y la rodeo con mi brazo esperando que mi calor sea suficiente.

—No te preocupes. Es una reacción involuntaria. En realidad... no tengo frío —explica. No se aparta de mi toque.

Por fin llegamos al auto. abro la puerta del pasajero y ella se desliza dentro. Me inclino por instinto para abrocharle el cinturón, pero ella ya lo ha hecho. Bufo, cierro la puerta y rodeo el capó.

El trayecto hasta su edificio es una tortura de silencio y tensión. Mis nudillos se blanquean sobre el volante. Es la necesidad loca que siento de tocarla, de poseerla, de por fin dejar de soñar con ella, porque ya sabré lo que se siente tenerla.

Llegamos a su edificio. Estaciono y bajo para abrirle la puerta. Extiendo la mano para ayudarla, pero ella no se mueve. Sigue sentada en su lugar, mirando la nada, perdida.

—Arya, ¿estás bien? —Bajo a su altura. Ni siquiera se ha quitado el cinturón. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera librando una batalla interna.

—Liam —susurra. Apenas lo escucho, pero me basta para sonreír. Me encanta cómo suena mi nombre en sus labios.

—Estamos en tu edificio. —Le recuerdo.

Reacciona. Se quita el cinturón y por fin toma mi mano para ayudarla a salir. Su aroma a dulce me llena de nuevo y mi pecho se acelera con una necesidad primitiva.

«Ella no está lista para ti», me recuerdo. Si no lo está, quizá deba retomar el plan original... Ir por su padre, desaparecerlo con mis propias manos y olvidarme de esto.

—¡Liam! —Su tono me devuelve al presente. Bajo la mirada a la suya. Hay una decisión nueva en sus ojos. Lo siento en cada fibra de mi cuerpo antes de que hable.

—Dime...

—Sí estoy interesada —suelta casi en silencio, pero provocando que todos los sonidos a nuestro alrededor desaparezcan.

Mis dedos, se cierran sobre su mano con una fuerza nueva. La miro directo a los ojos, y el plan que he construido durante años parece desmoronarse ante la honestidad de sus ojos. No hay mentira en ella, no hay juegos. Solo una invitación al abismo. Me inclino hacia adelante, invadiendo su espacio hasta que el aroma de su piel me nubla el juicio.

—Mala elección, dulzura —le susurro contra los labios, sintiendo cómo su respiración se entrecorta—. Porque ahora que lo has dicho, no pienso dejarte ir.

—Es lo que quiero —me susurra.

Esas palabras no solo llegan a mis oídos; me penetran la piel, se filtran en mi sangre y se asientan en mis huesos. Me dejan estático.

Estaba a un segundo de cambiar el objeto de mi venganza, pensando seriamente en buscar a su maldito padre y terminar con su vida de una vez por todas. Estaba convencido de que Arya nunca estaría lista para mí, pero acaba de tomar su decisión. Y es una sorpresa malditamente agradable.

—¿Estás segura? —le pregunto, en un estado de incredulidad.

Ella asiente, pero detecto un, *pero,* oculto en la profundidad de su mirada. Lo confirmo cuando intenta desviar sus ojos de los míos. Uso mi mano para buscar su barbilla, obligándola a sostener el contacto. No respiro hasta que vuelvo a tener esos ojos verdes y explosivos fijos en mí.

—¿Qué pasa, dulzura? Puedes confiar en mí —le digo, bajando el tono de mi voz. Siento cómo su cuerpo se relaja bajo mi toque, cediendo poco a poco a lo que los dos sabemos que quiere.

—Tengo miedo —suelta finalmente.

Nunca había sentido una necesidad de proteger a alguien tan grande como en este momento. Es un instinto animal, primitivo, que trato de ignorar con todas mis fuerzas.

No puedo olvidar quién es ella. No puedo.

—¿Miedo a qué? Ya has hecho esto antes, ¿no? —le pregunto. He investigado su vida, estoy listo para su negativa. No contemplé en mi plan lo que significaría lidiar con una virgen.

—Se podría decir que sí... —responde, y mando mi investigación a la mierda. Se supone que tenía que decir no. Que yo sería su primero—. Pero no terminó bien —agrega encogiéndose de hombros.

Veo rojo. Un rojo intenso y violento tiñe mi visión del futuro. Aprieto el puño dentro del bolsillo de mi pantalón, imaginando al imbécil que la hizo llegar así de asustada conmigo. muchas de sus reacciones empiezan a tener sentido ahora.

—¿Podemos ir despacio? —me pide con brillo en los ojos, no el brillo del deseo que visto antes, sino uno de un miedo que aun la persigue. Mierda. Trago saliva—. Quiero conocerte. —Termina.

Dibujo una sonrisa que espero que parezca sincera. Aunque por dentro estoy iniciando una nueva investigación. Necesito saberlo todo. Lo bueno y lo malo. Lo turbio y lo santo. Todo.

—Paciencia e ir despacio son mi segundo nombre, dulzura. —Miento, y ambos reímos porque sabemos que no soy de los que van despacio—. Iremos tan lento como necesites, dulzura. —le aseguro.

El apodo la hace sonrojar, pero esta vez el rojo de sus mejillas es vibrante, más cercano al que ya conozco de ella.

—Gracias, Liam. Por traerme y por lo de antes... en el antro.

—Lo hare mil veces más, si es necesario, pero espero que ahora que me has aceptado no lo sea. No seré lo suficientemente paciente si alguien se mete con lo que es mío. —Le prometo.

Acorto la distancia, subo una mano a su nuca y pego mi frente a la suya, dándole cada segundo necesario para que se aparte.

No lo hace.

18 ARYA

No sé qué fuerza me impulsa a decirle que sí, pero estoy cansada de huir. No quiero resistirme a él; Liam me llena mucho más de lo que nadie lo ha hecho antes. Él y solo él es el objeto de mis deseos más carnales, de todo lo que siempre quise sentir. Tengo miedo, sí, pero también quiero vivir.

Le he dicho sí a conocerlo. Sí a Liam Blake.

Parece sorprendido cuando menciono que mi única relación terminó mal. Por un segundo, creo ver un destello de protección en sus ojos, como si quisiera salvarme del mundo, pero me digo que estoy exagerando. Es demasiado pronto para hablar de algo que vaya más allá de lo físico.

Su mano sube a mi nuca, hasta que siento que lo enorme de su sombra me cubre por completo. Sé que me está dando una salida, una opción de retroceder, de irme y demostrar lo que quiero cuando digo ir despacio, pero la valentía que aún me queda en el cuerpo por el alcohol, me obliga a quedarme.

Liam me besa.

No es como el beso de la otra noche en medio de mi cocina. Este es lento, reverente, casi de reconocimiento. Un gemido se escapa de mi garganta y Liam se aferra a mis labios con más fuerza. Le doy entrada y él la aprovecha, recorriendo mi lengua con la suya con una destreza que hace que mi sangre circule a mil por hora por cada vena de mi cuerpo. Mis manos suben a su cuello por puro instinto y por la necesidad de sentir otro tipo de soporte a la realidad. La piel de su cuello se eriza bajo mi toque.

Quiero sonreír porque soy yo la que le está dando placer a Liam Blake. La sensación dura poco, porque la imagen de Bonnie saliendo de su oficina con el labial corrido, me llega como un balde de agua fría.

El pensamiento de que ellos han llegado a más, me mata por dentro. Mata la ilusión que fervientemente estaba creciendo dentro de mí pecho. Me aparto bruscamente, empujándolo para poner distancia.

—Dulzura, ¿qué pasa? Creí que querías esto. —Él da un paso adelante y yo retrocedo—. Arya, ¿qué está pasando? ¿Te arrepientes? —Frunce el ceño y trata de cerrar el espacio. Lo detengo una vez más.

—Espera... —suplico. —Liam levanta las manos en señal de rendición. Cierra los ojos y maldice por lo bajo.

—Está bien. Despacio —repite, dando un paso atrás—. ¿Podemos vernos mañana?

—Preferiría que no. Tengo cosas que hacer. Te veré en la oficina el lunes por la mañana. Buenas noches. —Me doy la vuelta tan rápido como puedo y desaparezco por la puerta de mi edificio antes de que Liam pueda hacer o decir algo que me convenza de lo contrario.

Sé que soy infantil, que él quiere a una mujer completa, no a alguien que no tiene ese tipo de confianza en ella misma. Quizá el fin de semana lo haga cambiar de opinión y el lunes todo vuelva a ser estrictamente profesional.

«Miéntete todo lo que quieras». Se burla mi conciencia.

Al entrar en mi habitación, mi teléfono vibra y me saca de la miseria mental. No estoy segura de haber tomado las mejores decisiones esta noche.

O esta semana.

O esta vida.

LIAM: Descansa, mi dulce Arya. Estaré pensando en ti. De día y de noche.

Trago saliva. Ese es el maldito problema. Yo también pienso mucho en él, No se lo diré.

También hay un mensaje de Su:

SU: ¿Ese era tu jefe guapo? Wow, diviértete por las dos. ¡Me lo cuentas todo en el desayuno del domingo! ;)

Pongo los ojos en blanco. Finalmente, veo las llamadas perdidas y un mensaje de mi padre:

PAPÁ: ¿Dónde has estado, Ary? Extraño a mi hija. Te espero en casa si aún recuerdas que tienes una.

Tan dramático como siempre. Sonrío a la pantalla y me preparo para dormir. Al menos hoy no tengo que castigarme por imaginar el toque de Liam sobre mi cuerpo o el sabor de sus labios sobre los míos.

***

—Yo también te he extrañado, papá. No tienes que ser tan dramático —le digo a mi padre mientras dejo que me envuelva en un abrazo fuerte el sábado por la mañana.

—Desde que eres una adulta independiente y has dejado de visitar a tu viejo... ¿qué más puedo hacer para llamar tu atención? —Se justifica encogiéndose de hombros antes de besar mi mejilla.

—Aquí estoy, ¿o no? —Me siento junto a él en la barra de la cocina, disfrutando del olor a café recién hecho—. Ahora cuéntame, ¿cómo va todo por la empresa?

—¿Por qué tanto interés? ¿Me vas a dar la sorpresa de que quieres unirte a mí? —Mi obstinado padre nunca pierde la oportunidad de intentar reclutarme en su inmobiliaria.

—Eso sería un poco complicado, ya que ya tengo un empleo, papá. —Sonrío del otro lado de mi taza. Esto es lo único que mantiene una sonrisa en mi boca las veinticuatro horas del día.

—Ary, cariño, lo siento, pero servirles tragos a chicos de tu edad no es el futuro que yo soñé para ti —dice con un toque de decepción. Tiene razón. Sé que ese bar era solo un refugio temporal, pero ahora las cosas han cambiado drásticamente.

—Ya no trabajo en el bar —respondo, intentando contener una sonrisa de orgullo, pero fallo.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde estás trabajando entonces? —pregunta con una ceja levantada. Muerdo mi labio inferior. Todavía me cuesta procesar que mi vida ha dado este cambio.

—Es la empresa con la que solo podía soñar, papá. —Suspiro. *El empleo me encanta, me siento útil y, además, está mi jefe. Liam.*

—Dilo ya, Ary. Para ir a buscar la sidra espumosa —insiste mi padre con los ojos muy abiertos.

—Hace una semana empecé a formar parte de BLAKE —anuncio, agitando los brazos en el aire. No esperaba una fiesta, pero tampoco estaba preparada para la reacción tan apática de mi padre. Su rostro se drena de color y se vuelve más serio de lo que lo he visto en toda mi vida.

—Así que BLAKE, ¿eh? —pregunta con voz fría.

—Sí, papá. Estoy muy contenta. He resuelto un par de contratos que afectaban a la empresa y, por primera vez en mucho tiempo, siento que mi carrera despega.

—Si eres feliz, yo soy feliz, hija —dice tras un largo silencio—. Pero dime una cosa... ¿cómo supiste de esa vacante? ¿Conociste al dueño antes de entrar? —Hay algo en su tono que me pone alerta. Un recelo que no parece tener que ver conmigo, sino con el hombre. No tenía idea de que supiera de Liam, pero creo que entre negocios las personas se conocen.

Aun así, siento que hay una pieza en todo este rompecabezas que mi padre mantiene oculta.

—Envié mi solicitud hace semanas. Me llamaron de Recursos Humanos, pasé los filtros y me quedé con el puesto. —Miento. La

farsa me fluye con una facilidad que me asusta—. Y sí, conocí al dueño en mi primer día. ¿Pasa algo, papá?

—No, hija. Nada. Te felicito —dice, aunque su sonrisa no llega a sus ojos. Se aclara la garganta—. Quiero que nunca olvides que siempre tendrás un lugar a mi lado en la empresa familiar.

Dejamos el tema ahí, pero el ambiente se queda cargado de algo que no me deja descansar. Desayunamos juntos, pero mi mente sigue repasando su extraña reacción a mi nuevo empleo. No me gusta ocultarle cosas, pero hasta que no descubra qué problema tiene con BLAKE, prefiero mantener mis cartas cerca del pecho.

***

—¡Cuéntamelo todo! No he podido pegar un ojo desde que te vi salir del antro colgada de la cintura de ese hombre. —Susan es una exagerada, pero su entusiasmo me distrae—. ¿Te estás acostando con tu jefe?

—¡Susan Mary Douglas! —La llamo por su nombre completo, como siempre que cruza la línea—. No digas tonterías.

La sola idea de hacer realidad todas mis fantasías con Liam, me hace sentir como una hipócrita. No me estoy acostando con él... pero desearía estar haciéndolo ahora mismo.

Creo que me sonrojo, Susan nota algo.

—¡AJÁ! —grita en medio del restaurante—. Lo sabía. Ni siquiera tú podrías haberte resistido a ese monumento de hombre. —Se echa hacia atrás, se cruza de brazos esperando mi confesión.

—Solo nos estamos conociendo —le aclaro, aunque por dentro me muero por llamarlo mío. Si tan solo no me asustara tanto la intimidad real...

«Tal vez él sea quien te haga olvidar el pasado», susurra mi conciencia. *«El que te haga sentir plena de nuevo».*

—¿Ya te besó? —pregunta Su, mordiéndose el labio con morbo, pone los ojos en blanco, extasiada—. ¡No lo digas! Lo tienes escrito en la frente. ¡Arya Foster está saliendo con su jefe buenote.

—¿Podrías dejar de gritar? —le chillo entre dientes después de sentir las miradas de las personas al rededor.

—He perdido el apetito por completo, esto hay que festejarlo de otra forma. ¡Vamos a la tienda de lencería! —grita emocionada y sé que nada la hará cambiar de opinión. Tampoco es que quiera hacerlo.

Dos horas después, salgo de la tienda con dos bolsas llenas de encaje y seda.

«Una nunca sabe cuándo tendrá un buen encuentro, hay que estar preparada», es el lema de Su. Y, aunque me aterra, las prendas son preciosas.

¿Las usaré?

Dios, espero que sí.

19 ARYA

El lunes por la mañana no puede llegar demasiado rápido. No entiendo del todo los sentimientos que se mezclan dentro de mi cuerpo, y los pensamientos que se pelean en mi mente.

Me he puesto un conjunto de lencería rosa pálido que me hace sentir poderosa debajo de la ropa. Llevo una falda azul oscura por encima de la rodilla y una blusa amarilla anudada a la cintura. Me he dejado el cabello suelto, pero esta vez hay ondas suaves en las puntas.

El camino a BLAKE es un subidón de adrenalina, no puedo controlar el movimiento de mis manos y me obligo a conversar con el taxista del clima para ocupar mi mente en cualquier cosa que no sea yo diciéndole a Liam que sí.

Cuando por fin atravieso las puertas del edificio, no me pierdo las miradas que las chicas de recepción suelen lanzarme. Hoy las ignoro. Hoy no me importan. Subo por el elevador solo para darme cuenta de que los nervios no disminuyen, al contrario, solo aumentan con cada número cambiando en la pantalla que me acerca al piso veintiséis.

Doy el primer paso fuera del ascensor y mis ojos vuelan al escritorio de Bonnie*, Está vacío*. Y no sé si es porque no ha llegado —cosa que no suele pasar—, o porque esta con Liam.

Ignoro mi primer autosabotaje del día y camino hacia el área de cocina para preparar el café de Liam; cuento mis respiraciones hasta que noto que están más estables y me doy la vuelta para enfrentar lo que sea que este del otro lado de la puerta.

Tomo una respiración profunda y empujo la puerta que esta entre abierta. Resulta que tenía razón y Bonnie no llegó tarde. Esta aquí dentro, demasiado cerca de Liam, con el rostro desencajado y sus puños a cada lado de su pequeña cintura. Liam no la mira, mantiene la vista fija en su computadora.

—Pero Liam... —dice ella en lo que parece un reclamo. Lo llama por su nombre, y no con algún tipo de título de respeto como jefe o señor. Eso me quema por dentro. Tanto que suelto un jadeo de sorpresa involuntario.

Entonces los ojos de Liam abandonan la pantalla frente a él y se clavan en los míos. Su mirada, intensa y dominante me atraviesa capa por capa, me desnuda, me deja sin aliento.

—Retírate, Bonnie —ordena él. Ella no se mueve—. Ahora.

Bonnie está en shock por algún tipo de conversación que acaban de tener, hace un sonido molesto con el tacón de sus zapatos, pero finalmente hace lo correcto y camina hacia la salida. Pasa a mi lado, no pierde la oportunidad de lanzarme una mirada cargada de odio puro. Trago saliva con fuerza, tratando de mantener la compostura. Que ella no me quiera no me molesta. Lo que me molesta es que creo saber la razón de eso.

—Buenos días —digo en voz baja una vez que la puerta se ha cerrado detrás de mí. La mano que sostiene la taza de café me tiembla ligeramente.

—Dulzura —dice Liam con ese tono que se ha vuelto tan íntimo para mí—. Estaba contando los minutos para verte.

Se levanta de su silla, rodea su escritorio, me quita la taza de las manos y la deja en la primer superficie plana que encuentra. Sus ojos me recorren de pies a cabeza con una suficiencia que me hace derretir. Me pregunto qué fue lo que hice para gustarle de la manera en la que parece que lo hago. No parece que yo sea su tipo.

—¿Pasaste un buen fin de semana? —pregunta con un tono divertido y esa media sonrisa que me hace contener la respiración.

—Sí —respondo en un hilo de voz.

De repente, me atrae hacia él. Sus manos rodean mi parte más estrecha y me pega a la dureza de su frente. Mis manos van a su pecho. El contraste de su traje oscuro contra mi blusa amarilla se mezcla en mi campo de visión provocándome un mareo. Bueno, me

digo a mí misma que es eso y no solo el hecho de tenerlo tan cerca de mí.

—Dime, Arya... ¿pensaste en mí? —pregunta, siento la provocación. No puedo articular palabra. Mi cuello se calienta por el rubor, y mi cuerpo ya le está dando la respuesta que mis labios callan. Suelta mi cintura para tomar mi barbilla entre sus dedos—. Porque yo, dulzura, no hice otra cosa que pensar en ti.

Entonces sus labios chocan con los míos sin previo aviso. Me besa con una intensidad que me hace desear que el tiempo se detenga. Imaginarlo por las noches ha empezado a ser insuficiente; mi cuerpo pide a gritos algo más, algo real.

—Liam, por favor, espera... —suplico, con la lucha interna entre dejarlo seguir o detenerlo. Mis manos toman la decisión correcta al presionar en su pecho y alejarlo ligeramente. Si me sigue nublando los sentidos como lo hace con solo poner sus labios sobre los míos, no podré poner orden en mis pensamientos—. Esto va demasiado rápido, ademas, estamos en el trabajo. No es correcto.

Liam me mira con una mezcla de hambre y respeto, aflojando ligeramente el agarre en mis caderas.

—Entonces déjame pasar tiempo contigo fuera de estas paredes —pide, con un nuevo animo subiendo su mano a mi rostro para acariciar mis mejillas—. ¿Cenamos esta noche?

—Sí... una cena estará bien. —Asiento con una sonrisa, una que dura muy poco porque mi mirada se desvía involuntariamente hacia la puerta. Se me revuelve el estómago.

—Ella nunca significó nada para mí, Arya —dice, leyéndome el pensamiento—. Se lo acabo de decir esta mañana. No quiero que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Tu eres lo único que quiero. —Jadeo. Tengo que dar un paso hacia atrás para buscar mi propio oxígeno.

—¿Qué le dijiste? —La pregunta completa se me queda atorada en la garganta, junto con todas las demás que me vienen

ahora sobre su pasado y de su historial de relaciones. No debería pensar en eso, acabo de llegar a su vida hace apenas nada.

—Puedo despedirla si es lo que quieres. —Ofrece con una frialdad que me asusta. No puedo creer que piense en deshacerse de alguien que forma parte de su empresa así de fácil. Me llevo una mano al pecho.

Tantas cosas están mal en esto que estoy haciendo. Ojalá tuviera el valor para detenerme. Ojalá no estuviera tan deslumbrada por este hombre y por lo que me hace sentir para poder volver por donde llegué y fingir que nunca lo conocí.

—No, por favor, no lo hagas. No soportaré ser la responsable de que alguien pierda su empleo. Ella no tiene la culpa de… —me quedo callada sin saber cómo terminar la oración.

Liam sonríe de lado, no se está burlando de mí, es como si de verdad me entendiera. Cierra de nuevo la distancia entre nosotros, no puedo moverme cuando sus ojos me tienen atrapada.

—Entonces créeme cuando te digo que, desde hoy, no existe otra mujer para mí. —Sus ojos azules brillan con una intensidad que me hace sentir valiente, protegida y, por primera vez en mucho tiempo, deseada. Dios me ayude... porque le creo cada palabra.

LIAM

He pasado todo el día buscando pretextos ridículos para llamar a Arya a mi oficina. No he encontrado ni uno solo que sea válido, pero eso no me detiene.

—¿Me has llamado? —pregunta, por tercera vez desde que me trajo el café esta mañana. Una sonrisa burlona juega en sus labios perfectos. Sabe que lo hago a proposito.

La primera vez fue un supuesto contrato que *necesitaba redactar*, uno que ni siquiera existe pero que inventé sobre la

marcha solo para verla. Tenerla cerca se está convirtiendo en una necesidad biológica, como el oxígeno.

La segunda vez, la mandé a buscar información en mis libros de economía. No necesitaba los datos, pero la imagen de ella estirándose frente a mi librero, con la falda subiéndose apenas unos centímetros, fue el combustible de mis fantasías durante la hora siguiente.

—Lo siento, creo que tengo un problema con el ordenador —le suelto, fingiendo una inocencia que no poseo. Abanico mis pestañas con cinismo—. Pensé que tal vez tú podrías ayudarme.

Ruedo mi silla hacia atrás, invitándola a pasar al espacio privado de mi escritorio. Ella me mira con los ojos entrecerrados, cargados de una acusación silenciosa. Sin embargo, hace lo que espero: camina hasta quedar frente a mí, me da la espalda y se inclina ligeramente para presionar el botón de encendido.

No va a funcionar. Me aseguré personalmente de eso.

Desde mi posición, no veo otra cosa que la curva de su abultado trasero y la suavidad de sus mejillas. Me queman las palmas de las manos por tocarla, la boca por morderla y la entrepierna por reclamarla como mía de una vez por todas. Solo tendría que estirar la mano y...

—¡¡Liam!! —chilla mi nombre, sacándome de mi trance.

—Dime, dulzura...

—¿Qué es esto? —pregunta, inclinándose aún más. La tensión en mis pantalones está empezando a molestarme de verdad.

—¿Qué es qué? —Mi voz sale ronca, por el deseo contenido.

Decido que no me hará daño probar un poco. Estiro la mano y acaricio la piel desnuda de su pierna, justo donde termina el dobladillo de su falda. Es la piel más suave que he tocado jamás. Un escalofrío le recorre la piel bajo mis dedos y esa reacción es como una droga para mí; quiero más. Quiero devorar cada centímetro de esa porcelana.

Un manotazo de su parte me obliga a retroceder. Me encuentro con su mirada intensa: está sonrojada por mi toque, pero tiene el ceño fruncido por lo que le hice al ordenador.

—Esto. —Me reclama, mostrando el cable de corriente que yo mismo desconecté.

—No sé cómo ha podido pasar. —Me justifico, levantando las manos en señal de rendición.

—¡Liam! No puedes... —Empieza a regañarme, pero la interrumpo.

—Lo siento... solo quería verte. —Me levanto de la silla con lentitud depredadora. La aprisiono contra el borde de mi escritorio, rodeándola con mis brazos. Mis manos rozan sus curvas antes de apoyarse en la madera—. No puedes culparme por eso, ¿o sí?

Mi boca está tan cerca de la suya que puedo oler su aliento a menta. Solo necesito inclinarme un par de centímetros para saborearla de nuevo. Las manos de Arya suben a mi pecho, aun sujetando el cable.

—Liam... es la tercera vez que me haces venir sin razón alguna. —Se queja con la respiración entrecortada. Completamente afectada por mí y por lo que le hago. Me gusta que sea tan transparente. Si algo le gusta, lo demuestra. Aunque al mismo tiempo también quiere salir corriendo todo el tiempo.

—Vuelve a decir mi nombre, dulce Arya. Me encanta cómo sale de tus labios cuando estas excitada. —Deja escapar un jadeo delicado que confirma mis palabras. Su pecho sube y baja tan rápido que puedo escucharlo.

—¡Liam! —Advierte, pero su tono carece de verdadera fuerza —. No me dejas trabajar.

—Lo siento, pero fuiste tú la que me hizo extrañarte todo el fin de semana. —Le doy un beso rápido en la punta de la nariz—. Ahora, si eres tú la que inicia un beso de verdad, prometo que podré aguantar las tres horas que faltan para llevarte a cenar.

Creo que miento, porque a estas alturas no creo que un beso sea suficiente para llenarme de ella. Arya niega con la cabeza, intentando ocultar una sonrisa que la delata.

—Sabes... nunca te imaginé siendo así cuando te conocí en el bar. —Se inclina y roza mis labios. Es un beso casto, uno que estaba listo para intensificar, pero sus palabras caen sobre mí como un balde de agua helada. La mención de nuestro primer encuentro, me recuerda la única razón por la que está aquí. Mi cuerpo se tensa de un segundo a otro y soy yo el que me alejo de ella.

¿Qué me estás haciendo, dulce Arya Foster? No debería sentirme así.

Las últimas tres horas de trabajo pasaron en un borrón de ansiedad. En cuanto Arya salió de mi oficina, me obligué a recordar la misión. *Mi dulce venganza*. Me pidió ir despacio, pero si sigo así, me perderé en ella. Tal vez deba apresurar los eventos antes de que mi propia trampa me atrape a mí.

—Liam, ¿pasa algo? Desde que salimos de la oficina te noto un poco serio —Su voz me devuelve al presente. Estamos en el auto, moviéndonos por el tráfico nocturno.

Recuerdo la última vez que cenamos juntos. El peso de haberla llevado a la casa de mis padres todavía me oprime el pecho; no he vuelto a pisar ese lugar desde aquella noche. Hoy tiene que ser diferente. No puede haber fantasmas.

—Estoy perfectamente bien, dulzura. ¿Te gusta la comida japonesa? —le pregunto cuando pasamos frente a un restaurante nuevo de lujo.

—Mmm... —La siento dudar—. ¿Qué opinas de una pizza? —Me mira con una sonrisa de esas que hacen que sea imposible negarle nada. Niego con la cabeza internamente.

—Pizza será. —Cedo, odiándome un poco porque sé que en este momento le daría el mundo si me lo pidiera. Y eso no es lo que está en mis planes.

Llegamos a Settebello, mi lugar favorito de pizza. El ambiente es acogedor, hogareño, lejos de la pretensión de mis círculos habituales.

—¿Has estado aquí antes? —le pregunto mientras la ayudo a bajar del auto.

—No, pero se ve encantador. Espero que no te burles de mis gustos, Su siempre lo hace. —Se ríe, pero me doy cuenta de que esa tontería es algo que realmente le preocupa.

—No creo que sean más raros que los míos —le aseguro, guiándola al interior con una mano posesiva en su espalda baja.

—Nada es más raro que la pizza de piña con jalapeño —admite con una risita nerviosa. Casi jadeo.

—A menos que sea pizza de piña con jalapeño... y tocino.

Ella me mira con los ojos muy abiertos y estalla en una carcajada limpia y dulce. Se ríe tanto que termina escondiendo el rostro en mi pecho para recuperar el aire. Yo me río con ella, sintiendo una calidez peligrosa en el pecho.

—Es raro encontrar a alguien con gustos tan refinados, dulzura. Ya decía que por algo me gustas tanto. —Le beso la frente de forma impulsiva y, de inmediato, la culpa me golpea. Me siento demasiado bien a su lado. Y no puedo permitírmelo.

«Disfruta del camino», susurra mi conciencia oscura. *«Al final solo habrá un resultado y de eso no habrá retorno, así que aprovecha el tiempo que la tengas»*

La idea suena como algo poco convincente, pero por esta ocasión decido que la tomaré.

—Gracias por la cena, me he divertido mucho. —Arya se pone de puntillas frente a su edificio y me da un beso corto e inocente. Si tan solo supiera que no hay nada inocente en lo que quiero hacer con ella—. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, mañana —respondo, intentando sonar casual cuando mi sangre arde por más. Solo un poco más de piel, un poco más de su

sabor, un poco más de ella.

—A menos... —Sus pupilas se dilatan y sus mejillas se encienden. Reconozco esa mirada; es la necesidad de liberación, la misma hambre que me consume a mí—. A menos que quieras pasar unos minutos a mi departamento.

Me condeno en ese mismo instante. Sé que un hombre con valores diferentes a los míos, se daría la vuelta, pero yo dejé de ser ese tipo de hombre hace mucho tiempo. Al diablo con todo.

—Vamos, dulzura. Subiré contigo y te haré sentir tan bien...

20 ARYA

Creí que solo había tomado una cerveza con nuestra pizza, así que no puedo culpar al alcohol por la osadía de invitar a Liam a subir a mi departamento. La verdad es más simple y peligrosa: cada segundo a su lado es combustible para un fuego que solo él sabe encender.

—Vamos, dulzura, te haré sentir bien —dice él.

Sé exactamente a qué se refiere. Lejos de detenerme, jadeo por la anticipación. Subimos los tres tramos de escaleras y, al llegar a mi puerta, las piernas me tiemblan tanto que, si no fuera por la mano de Liam presionando mi espalda baja, me habría desplomado allí mismo.

Entramos y lo guío hasta la sala de estar, un espacio que de pronto parece demasiado pequeño para su presencia.

—¿Quieres algo de tomar? —le pregunto, tratando de recuperar la compostura. Él lo medita después de pasar una mirada por mi espacio, se frota la barbilla con esa elegancia innata que lo hace parecer el hombre más sexy del sistema solar.

—¿Qué tal un poco de ese chocolate caliente como el de la otra noche? —Me pide mientras observa mis labios. Sonrío como una idiota. Asiento, sintiendo una calidez en el pecho que me niego a llamar *«amor»,* porque es demasiado pronto para eso, pero segura de que idiotamente, se le parece mucho.

—En seguida vuelvo. Ponte cómodo, por favor. —Señalo el sofá —. Mi casa es tu casa, pon lo que quieras en la televisión.

Me doy la vuelta hacia la cocina, pero su mano atrapa mi muñeca y me atrae de regreso. Choco contra su cuerpo duro y, por instinto, lo rodeo con mis brazos. Liam me estrecha contra él y, por primera vez, en mucho tiempo, los brazos de un hombre no se sienten como una jaula, sino como un refugio.

—Primero quiero un beso, dulce Arya. —Pide. Ya es tan natural para mí besarlo que lo hago como si fuera lo más fácil del mundo. Ademas de que es lo que más me gusta de él… Hasta ahora.

Pego mis labios a los suyos y el beso lanza una descarga eléctrica que me incendia la piel. La lengua de Liam me prueba, me reclama, y me pierdo en la sensación, en su sabor, en su experiencia, y en lo malditamente bien que me hace sentir.

—Ve a ponerte cómoda —susurra contra mis labios—. Has usado esas zapatillas por horas, debes estar cansada. —Tiene razón; me están matando. Asiento con la cabeza.

—No tardo —le aseguro con una sonrisa en los labios. No sé bien como hacer esto. Es la primera vez que meto un chico a mi departamento y la primera vez que estoy tan nerviosa por hacer las cosas bien.

Camino hacia el pasillo y, al llegar a mi habitación, me recargo contra la pared un momento para tranquilizar a mi corazón. Para despejar a mi mente, de las tontas ideas que ha reproducido desde que le dije que sí a Liam.

Tenerlo aquí es demasiado, pero a la vez, es lo único que necesito. He usado su imagen mentalmente cada noche para darme placer, y ahora lo tengo aquí, al hombre de carne y hueso. Y solo con él, mi trauma parece haber desaparecido.

Me quito las zapatillas con alivio y el resto de la ropa desaparece casi igual de rápido. Me quedo solo con mi conjunto rosa de lencería y me detengo frente al espejo.

Por primera vez, me siento digna de dar y recibir placer. También me siento lista para intentarlo. Voy a ponerme algo más de ropa cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe.

—Dulzura, estaba buscando el ba... —Liam…

Entra sin avisar y me paralizo de pies a cabeza. Sus ojos se desorbitan mientras recorren mi cuerpo. Siempre he amado mi cuerpo, pero ahora me inunda una vergüenza desconocida.

Liam es el primer hombre que me ve así; ni siquiera Carter me vio desnuda aquella vez... la luz estaba apagada, y yo preferí que así fuera.

Sacudo el recuerdo que no tiene lugar ahora mismo. Liam deja la puerta; en mi siguiente respiro, ya está frente a mí, apartando las manos con las que intento cubrirme.

—¡Liam! —Mi boca está seca. Mis rodillas tiemblan como gelatina. No estoy segura de poder tomar otra respiración.

—Shhh. —Me calla, poniendo su dedo índice sobre mis labios —. No puedes esconderte, dulce Arya. No de mí. —Vuelve a escanearme de arriba abajo, y por el reflejo del espejo detrás de mí, cada parte de mí está disponible para su vista. Siento el calor de su mirada como si fueran manos reales sobre mi piel.

—Eres hermosa —susurra. Su mano inicia un recorrido lento por mi piel. Es mejor que cualquier fantasía. Mi piel reacciona, mi espalda se arquea involuntariamente. Ser tocada por Liam Blake es la maldita gloria.

—No cierres los ojos —me ordena. Los abro de golpe para verlo, tan cerca que todo lo que respiro es él. Me atrae de la cintura para un beso. Uno que no tiene nada de dulce; es puro deseo, calor y fuego. Mis manos buscan desesperadamente su cuello, pero su ropa me estorba. Siendo valiente, desabrocho el primer botón de su camisa hasta que una risita tiembla en sus labios.

—Creí que querías ir despacio. —Se burla de mí. Y me doy cuenta de lo tonta que estoy siendo ahora. Intento alejarme por la vergüenza, llevar mis brazos a mi pecho, pero Liam me sujeta antes de que pueda hacerlo.

—No lo malentiendas, dulzura. Es verdad que no dormiré contigo esta noche... porque sé que mañana te arrepentirías de haberte dejado llevar por el momento… Pero —Regresa sus labios a los míos. Con nueva fuerza y nuevo deseo. No me suelta hasta que soy una masa blanda debajo de él—. Me encargaré de que tengas un orgasmo antes de irme.

Esa promesa me destruye. Sus manos me levantan, rodeo su cintura con las piernas. Nos lleva a la cama y se tumba sobre mí. Atrapando mis manos sobre mi cabeza, empieza a besar mi mandíbula, a morder mi cuello, a lamer mi clavícula... Mi cuerpo vibra de placer. Son las primeras manos en tocarme de esa manera. Los primeros labios en probar mi piel de esa manera.

Baja una mano y ahueca mis pechos por encima del encaje rosa. Cuando su boca rodea mi pezón a través de la tela, el jadeo que escapa de mí es casi una súplica por más. Esto es mejor que mis fantasías con él. Mejor que nada que haya imaginado o soñado. Su toque es eléctrico, es fuerte como él mismo.

—¡Liam, ah... yo... Ahhh! —quiero gritar, quiero rogarle a este hombre que haga más. Porque de pronto también ignore su buen juicio y me tome por completo. Quiero que su rastro sea el único que mi cuerpo recuerde.

—¿Te gusta? —pregunta sin dejar de torturar mis pezones; su cuerpo pesado entre mis piernas completa la sensación y demuestra lo real que es este momento. Su aroma se mezcla con el de mi deseo.

—¡Sí! ¡Más, por favor! —No reconozco mi propia voz. Mañana me preocuparé por esto, hoy solo quiero saber lo que se siente arder con él.

—¿Siempre usas lencería sexy debajo de tu ropa de oficina? —pregunta, pasando su mano libre por las piezas de encaje.

—¡No! —confieso—. Empecé hoy... por ti. Lo hice para ti. —Las palabras salen disparadas y entrecortadas de mis labios. No tenía que saberlo, pero aun así lo canté en voz alta para él. Eso es lo que me hace este hombre.

—Qué buena chica —murmura. Se presiona aún más entre mis piernas y siento la dureza de su masculinidad contra mi muslo, duro, grande—. Solo por eso, te voy a dar una recompensa. —dice con voz cargada.

No soy la única afectada aquí, y eso es lo que más me gusta. Porque me doy cuenta de que soy alguien que es capaz de poner de cabeza al hombre que es él.

Su mano suelta las mías, y su boca deja mis pechos. Ahora está bajando el encaje de mi parte más íntima con una lentitud tortuosa.

—¡Liam! ¿qué haces? Yo... nunca. No. —Se me atascan las palabras en la garganta—. Han pasado horas desde que tomé un baño. —Él se ríe, una risa oscura y segura. Mi piel se eriza por eso.

—Estoy seguro de que me encantará tu sabor. Acabo de hacerte una promesa, dulzura. No me iré hasta que grites mi nombre cuando te lleve al orgasmo.

Liam Blake es mi perdición.

Su lengua me recorre, lamiendo cada parte de mi centro necesitado, húmedo.

—Tan mojada —dice antes de hundir su lengua de nuevo.

La sensación es una sacudida violenta. Mis piernas tienen espasmos y mis dedos se enredan en su cabello. Tiemblo, vibro, lloro. Liam muerde mi clítoris con la presión justa y estallo.

Miles de estrellas blancas estallan detrás de mis párpados mientras él me consume. Ahogo el grito del orgasmo, me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que el sabor metálico de la sangre inunda mi boca.

Liam se toma su tiempo para beberse cada gota de mi orgasmo antes de por fin levantarse de mi cuerpo, no quiero verlo, pero esa mirada de suficiencia en sus ojos me tiene completamente perdida por él. También pasa su lengua por mi labio sangrante y gruñe de una manera distinta cuando lo hace.

—No vuelvas a contenerte —me ordena, saboreando la mezcla de mi humedad y mi sangre—. Quiero que grites mi nombre y solo mi nombre cada vez que te dé un orgasmo, bebé. —Me besa de nuevo y el deseo vuelve a encenderse dentro de mí. Quiero más. Me doy cuenta de que lo quiero todo.

—¿Có... cómo puedo corresponderte? —pregunto cuando logro recuperar el aliento. Su mirada está llena de lujuria, pecado y promesas que me harían temblar en cualquier otra circunstancia. Pero ahora, solo quiero que me condene.

—Pensé que nunca lo preguntarías —responde con una sonrisa depredadora que me eriza la piel del cuerpo, pero que lejos de llenarme de miedo, me da seguridad para seguir adelante.

Hasta el final.

21 LIAM

Ya dejé claro que un hombre bueno no es lo que soy. La comisura de mi boca se levanta en una sonrisa de lado, una que promete de todo menos piedad.

—Pensé que nunca lo preguntarías, dulzura —gruño bajo. Sintiendo que la sangre corre más rápido por mis venas. Probarla fue todo lo que esperaba y más. No pude parar una vez que mi legua la tocó por primera vez.

Arya se apoya sobre sus codos en la cama tamaño matrimonial, yo me levanto para desabrochar el cinturón de mis pantalones. No esta desnuda por completo, pero su mirada me dice que es lo más expuesta que ha estado antes. Me gusta. Maldita sea, me gusta lo inocente que puede ser.

Sus ojos están en lo que hago. Se le escapa un nuevo jadeo necesitado cuando mira que voy enserio.

—Dime, dulce Arya... ¿has hecho esto antes? —Mi pregunta también sale necesitada.

Niega con la cabeza lentamente, no deja de mirar mi cara cuando sale de la cama y empieza a caminar hacia mí. Gravitando como un mosquito se acerca a la llama que será su muerte. El rubor se extiende por su cuello y su rostro. Si pudiera tomar una fotografía ahora mismo de su mirada, para masturbarme con ella más tarde, lo haría.

Le extiendo la mano, ella la toma, temblando, quiero tenerla de rodillas, pero con sentarla en el borde de la cama será suficiente por ahora. Su lengua sale para humedecer sus labios. Quiere esto tanto como yo.

—¡Liam!... ¿Qué tengo que hacer? —Maldita sea con esta mujer. Recorro el borde de su labio inferior con mi pulgar, separando sus labios. La imagen es otra que no podre sacarme de la cabeza.

El pequeño corte en su labio ya empieza a cambiar de color, una rabia posesiva me recorre por la columna; me molesta que se haya lastimado, que se haya privado a sí misma de gritar mi nombre.

—¿Quieres hacerlo? ¿Quieres hacerme sentir bien? — pregunto con una paciencia que no tengo. Mi pene exige libertad a gritos.

Arya traga saliva, asintiendo con la cabeza mientras sus ojos bajan al bulto que sobresale en mis pantalones. Termino de bajar la cremallera; no se pierde nada del proceso.

—Última advertencia, dulzura. ¿Estás segura? —pregunto porque yo no estoy seguro de que pueda detenerme a estas alturas del camino, y tampoco quiero tener que averiguarlo.

La respuesta llega cuando ella misma extiende su mano y en un momento de valentía, baja mi ropa lo suficiente para que mi pene salte libre. Sus ojos se agrandan. Yo sonrío.

—Ahora tendrás que chupar —le advierto. Sus ojos parpadean y regresan a los míos, con una mezcla de miedo y lujuria. Maldita mierda, la necesito ahora—. Tómalo en tus manos, Arya. Acaríciame.

No recuerdo la última vez que tuve que dar instrucciones, pero hacerlo con ella me provoca más que cualquier otra cosa. Sus manos envuelven mi grosor; su tacto es demasiado suave, casi tímido, pero basta para erizarme el vello de la nuca.

—Más fuerte, dulzura. Me gusta rudo —pido.

Sus ojos verdes, explosivos y ahora tan míos, se clavan en los míos. Aprieta el agarre y empieza a subir y bajar con sus manos por todo lo largo de mi miembro. Me estremezco, sé que no falta mucho para que pierda el control. Cierro los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, y me sujeto del dosel de su cama. Hasta que las caricias se detienen de golpe.

—No cierres los ojos —me exige—. Quiero que mires quien es la que te está dando placer.

—Mierda, mujer. —Un gruñido profundo sale de mi pecho. Enredo mi puño en el cabello grueso de su nuca y la guío hasta la

punta.

Arya es impresionante. Inclina la cabeza y su boca se cierra alrededor de mi glande... Maldita sea. Es la boca más cálida que he sentido jamás.

Me recorre un escalofrió por la columna vertebral, es diferente a lo que suelo sentir. Mis músculos se tensan. Y solo con sus labios alrededor de mi punta, y sus manos presionando la base muy cerca de mis bolas. Me golpea el orgasmo más rápido de mi vida.

—Mierda, ¡Ahhh! Traga, Arya, traga mi semen. —Gruño con la mandíbula apretada. Mis ojos se cierran por un segundo, pero recuerdo su exigencia y los abro de nuevo. Me estremezco con cada sacudida, hasta que siento que se me pueden doblar las rodillas.

Arya me ve con suficiencia y hace lo que le digo; se traga mi semen mientras sostiene mi mirada. Me prometo que esto es solo el principio. Hay tantas cosas para hacer con su cuerpo.

Pero no hoy. Ahora lo que tengo que hacer es salir de aquí antes de que sus ojos suplicantes me dominen aún más.

Paso mi mano por sus labios. Arya dibuja una sonrisa con un rastro de mi semen cayendo por la comisura de su boca. La tomo con mi pulgar y me la llevo a los labios. El sabor de su orgasmo aun en mi boca, se mezcla con el mio. La combinación es una maldita explosión de éxtasis.

—Te vere en la mañana, dulzura. —Es todo lo que puedo articular antes de regresar mi ropa a su lugar y con un último toque en su mejilla, me doy la vuelta para salir corriendo de su espacio.

No sé lo que me pasa, y tampoco espero a que diga nada, solo sé que, de seguir un minuto más en su espacio, podría volverme loco.

No recuerdo nada después de eso.

***

La mañana siguiente, despierto con un sabor amargo en mi boca. Es una sensación de culpa que no me deja. Culpa de desear

algo. No. A alguien que no tengo permitido desear más allá.

El día solo empeora cuando llego a mi piso y todas las luces siguen apagadas. Se supone que Bonnie ya debería estar aquí.

Cuando entro a mi oficina, me doy cuenta de que sí está aquí. Pero de la única manera en la que no esperaba. Bonnie está sobre mi escritorio, expuesta de par en par, intentando reclamar algo que no es suyo y que nunca lo fue.

Su cuerpo delgado no son las curvas de Arya, su lencería no es la de color rosa que me hizo venirme como un puto adolescente.

Doy un paso hacia ella, enojado por su maldita actitud de mierda, no le debo nada y estoy dispuesto a demostrárselo, pero entonces, alguien más sale del elevador. Ese alguien solo puede ser Arya.

—Maldito infierno. —Tengo que salir de aquí. Corro a cerrar la puerta de la oficina antes de que Arya pueda entrar.

—¡Liam, no me dejes, te necesito! —Mi puta secretaria tiene el descaro de suplicar. Su voz chillona me enfurece. La tomo del codo, la bajo de mi escritorio. Se estremece por la fuerza de mi agarre. No me importa una mierda.

—Nunca vuelvas a hacer algo como esto. Solo fuiste una boca para usar, entiéndelo. —La arrastro hasta el otro extremo de la oficina. Lejos de la puerta—. Fui claro contigo. Si no quieres que te arruine en el mundo empresarial, tomaras tus cosas y te largarás antes del medio día. Hemos terminado. —Mi mandíbula está tensa. Tanto que podría partirse.

Bonnie empieza a llorar, no me provoca absolutamente nada. La arrojo contra el sofá del fondo y me doy la vuelta antes de que todo empeore. Salgo de la oficina, la sangre hierbe por mis venas, estoy tan enojado que podría matar a alguien con mis manos.

Encuentro a Arya en la barra de café, ajena a todo y con una sonrisa delicada en sus labios. Sin pensarlo, me pego a su espalda; la rodeo con mis manos aun tensas, su trasero encaja perfecto con

mi frente. Respiro en su cuello, el abrazo hace que la tensión de mi cuerpo se relaje. Casi me siento bien.

—Liam —Arya chilla, la he sorprendido. El recuerdo de sus gemidos, hacen que mi cuerpo reaccione. Cada parte de mi cuerpo la quiere.

—Deja eso, dulzura, hoy tomaremos nuestro café, fuera de aquí —le digo, sin soltar mi agarre en su cuerpo y arrastrándola al elevador.

Una vez que las puertas se cierran, la atraigo para hacer lo único en lo que he pensado desde que me desperté esta mañana. La giro para quedar frente a frente con ella, mis manos no aflojan su agarre, y la beso. Un beso que sabe a posesión.

Pero no dura mucho, porque es ella la que lo termina. Me aparta, poniendo las manos en mi pecho.

—¡Liam! Por favor. Aquí no —susurra con miedo en sus ojos. Una rabia irracional e injustificada me nubla el entendimiento.

—¿Por qué mierdas no? ¿Tienes miedo de que alguien más te vea conmigo? —Las palabras salen cargadas de un veneno que no puedo controlar.

Celos. Malditos celos que no entiendo y que no tienen ninguna razón.

Arya me mira con miedo en los ojos, separa sus labios sorprendida, pero de inmediato se recupera. Endereza su espalda y levanta la cabeza orgullosa y lista para defenderse.

—En primer lugar, no soy tu pareja aun; nos estamos conociendo —dice con una valentía que me fascina—. En segundo lugar, estoy en mi lugar de trabajo, hay lugares y políticas que me gusta respetar, aunque por lo visto tu no estas acostumbrado a eso.

Arya me da la espalda. Camina hasta el otro extremo del elevador y se cruza de brazos. Siento una opresión extraña en el pecho. Una que no me gusta. Lo peor de todo es que no entiendo que es lo que está pasando conmigo.

—Lo siento —susurro después de bajar unos cuantos pisos. Me acerco a ella, ya no la rodeo, pero me acerco lo suficiente a su oído para hacerle algo—. Tienes razón. ¿Podemos empezar de nuevo?

Miro la piel de gallina detrás de su cuello, suelta un suspiro cansado, pero termina mirando por encima de su hombro y me da una sonrisa mientras asiente. Le doy la vuelta para que solo me mire a mí y terminamos de bajar en silencio.

Al salir en recepción, Camila es la primera que me mira, su mirada cambia en cuanto lo hace, casi sonrío, recordando que ella también se me ofreció hace tiempo. Estoy seguro de que le dije que no en ese entonces, pero la oferta sigue en su mirada y en la manera en la que se nos está acercando.

—Señor B, lo que necesite... —dice abanicando las pestañas.

Creo escuchar un *típico* por parte de Arya. Casi nunca me paso por acá, siempre subo directo del estacionamiento subterráneo.

—Gracias, Cam. Siempre tan complaciente. —Mi tono sale divertido y la hago reír. La que no se ríe y termina por alejarse de mi antes de que pueda detenerla, es Arya.

Maldición. Ignoro a Camila quien ya empezaba a levantar su mano para intentar tocarme y voy detrás de mí chica Justo a tiempo para ver como pisa mal el último escalón para salir de mi edificio y tropieza.

—Mierda. —Corro, pero no llego a tiempo para impedir que se lastime.

Alguien más sí lo hace.

Ese alguien es mi puto mejor amigo rodeándola de la cintura y pegándola a su pecho. Arya se da cuenta de que es Aron y suspira con alivio. No lo suelta. Se aferra a sus brazos y le sonríe. Malditamente le sonríe.

Cada músculo de mi cuerpo se contrae, mis puños se cierran cortando la circulación de mi sangre. Mis nudillos se ponen blancos y…

Veo rojo.

22 ARYA

No me considero una mujer celosa, nunca tuve razones. O eso creí hasta hoy. Pero díganle eso a mi cuerpo, que reacciona sin pensar cuando Camila se le acerca a Liam como una maldita perra en celo.

Esta mañana está siendo una mierda en comparación con lo que pasó la noche anterior. No quiero quedarme a escuchar como Camila está dispuesta a hacer todo por Liam, así que los paso de largo. Acabo de llegar y ya necesito un poco de aire fresco.

Mi conciencia intenta decirme algo, pero el latido de mi sangre en los oídos, no me deja escuchar. Así está mejor. No suele tener las mejores ideas.

Miro con alegría la luz de la mañana al final del vestíbulo, puedo escuchar el ruido del tráfico y el susurro de la naturaleza. Casi me siento mejor con solo eso. Pero entonces, no miro el último escalón y tropiezo en el último momento.

«Aquí vamos, el broche de oro para una mañana de mierda», Espero el impacto.

No llega.

Pasan uno, dos, tres latidos y sigo suspendida en el aire. Me arriesgo a abrir los ojos, me encuentro con un par de iris castaños con motas doradas. Cabello negro, rizado, y una sonrisa que podría detener el tráfico.

Aron.

Le devuelvo la sonrisa, infinitamente agradecida por haberme salvado de un par de moretones y de una humillación pública mayor. Es entonces cuando me doy cuenta de que mis manos están aferradas a sus enormes bíceps y que él me sostiene con firmeza por la cintura.

—Ho... Hola, Aron —tartamudeo un poco, trago saliva y de pronto me siento nerviosa—. Gracias por evitarme una caída desastrosa.

—No fue nada, bonita. Es un placer, te lo aseguro. —Su sonrisa se ensancha, lo que me hace sentir aún más nerviosa—. Parece que nuestros encuentros están destinados a ser así. Tu chocando conmigo.

Voy a decir algo cuando el grito de Liam corta el aire.

—¡Arya! ¿Qué mierdas estás haciendo? —Aron por fin me suelta y quedo de pie entre ellos dos.

Nunca había escuchado a Liam hablar de esa manera. Parece que cada día descubro algo nuevo de él que no me gusta. Bueno no es que solo no me guste, sino que todo dentro de mí me grita que no está bien.

—Hola a ti también, amigo. —Aron habla detrás de mí. No parece que le afecte el modo en el que Liam suele perder el control.

—Creí haberte dicho que vinieras a las doce —le responde a su amigo.

—Y me alegra mucho haber llegado antes —responde Aron, con una risita entre los labios.

«Soy yo, o ¿Aron está tratando de provocar a Liam?»

De ser así no quiero estar en medio de estos dos.

Liam se calla lo que estaba por decir, y mira por encima de su hombro. Después me toma del brazo con fuerza y me pega a su costado.

—En mi escritorio hay algo de lo que necesito que te encargues. —Liam le pide a Aron con un tono frio y seco que no identifico, pero su amigo sí, porque no pierde el tiempo y nos rodea a los dos para entrar al edificio.

Por su parte Liam no suelta el agarre en mi mano y me arrastra hacia la calle. Sus pasos son largos, violentos. No puedo seguirle el ritmo.

—¡Liam! Espera, no puedo... —No termino la frase. Liam frena en seco y me arrincona contra la pared del edificio vecino. El concreto frío choca contra mi espalda mientras su cuerpo, una muralla de músculos tensos, me aplasta. Su mano se enreda en mi nuca, tirando de mi cabello con una urgencia que me quita el aliento.

Entonces me besa. No es un beso, es una invasión. Es rudo, dominante, cargado de una desesperación que no comprendo. Muerde mis labios, chupa mi lengua como si fuera el aire que necesita para no asfixiarse. Por un instante, el ruido del tráfico desaparece. Solo escucho nuestros corazones galopando y siento su erección clavada en mi vientre, recordándome la noche anterior. Los recuerdos me golpean con fuerza, derribando cada una de mis defensas... hasta que él habla.

—Dime, Arya. —Su voz es un jadeo cargado de acusación—. ¿Qué mierda es eso de tus encuentros con Aron? ¿Acostumbras caer en los brazos de mi amigo cada vez que lo ves? —Presiona su cuerpo contra el mío, casi lastimándome, su rostro está falto de color y su frente sudorosa—. ¿O es que también te gusta él? ¿Es eso? ¿Acaso también vas a decirle que vaya despacio contigo solo para después invitarlo a tu departamento para fingir que no sabes hacer una mamada? ¿Así es como eres realmente, Arya?

El aire se escapa de mis pulmones. No puedo formular palabra, mi corazón se rompe dolorosamente en miles de pedazos. No soy una puta. Entonces, ¿por qué Liam, el hombre que anoche me hizo sentir como una mujer por primera vez en mi vida, ahora me está tratando como a una?

La reacción llega desde lo más profundo de mi orgullo. Lo empujo con todas mis fuerzas, logrando separarlo unos centímetros. Entonces mi palma llega a su mejilla antes de que pueda pensarlo mejor.

—¡Eres un idiota! —grito. Mis ojos arden con lágrimas que no quiero derramar y mi palma con el calor del golpe que le acabo de

dar—. No soy una puta. Y mucho menos soy tu puta. No somos nada, Liam. No tienes ningún derecho sobre mí.

Siento el pecho en carne viva, pero no me detengo.

—Debí saber que serías de este tipo. Tienes a medio edificio rogando por tu atención. Vete con ellas, con Bonnie, con Camila... haz lo que sabes hacer tan bien. ¡Pero a mí déjame en paz! —Mi voz se quiebra en la última palabra. No puedo seguir aquí. No en su espacio y tampoco en el mismo edificio.

Termino de poner distancia y corro de regreso al edificio de BLAKE, ignorando las lágrimas que finalmente nublan mi visión. Solo necesito tomar mi bolso, después, podre desaparecer.

Subo por el elevador ignorando todo. Mis manos tiemblan. Mi cuerpo también lo hace. Cuando las puertas por fin se abren en el último piso, intento tomar una respiración profunda, pero el nudo en mi garganta es demasiado grande para que pueda hacerlo, me conformo con pequeñas respiraciones hasta que pueda salir.

Aron está ahí. Es lo primero que veo cuando pongo un pie fuera del ascensor. No sé qué tan mal me veo, pero en cuanto pone sus ojos en mí, sé que es peor de lo que creía.

—Bonita... ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Aron se acerca con solo tres pasos, su rostro es pura preocupación.

No puedo más. El ultimo muro se derrumba dentro de mí y empiezo a llorar. Él me rodea con sus brazos, atrayendo mi cabeza hacia su pecho. El choque de la tela suave y su aroma masculino no me ayudan.

—Shhh, tranquila. Todo está bien —susurra, acariciando mi cabello. No funciona porque solo termino llorando más fuerte.

Me han tratado mal antes. Me han insultado por mi peso y la forma de mi cuerpo; Carter me utilizó de formas que aún me duelen, pero lo que Liam me dijo... que Liam use lo que hicimos anoche para insultarme, es por mucho lo peor que he sentido. Liam no es un chico tonto del instituto, Liam es un hombre con una empresa exitosa, no se supone que haga cosas como esas.

El *bing* del elevador resuena en el pasillo. La tensión se vuelve eléctrica, pesada, casi asfixiante. *Solo puede ser él.* Aron me sujeta con más fuerza, protegiéndome con su cuerpo de algo que él debe de conocer mejor que yo.

Contengo la respiración, todo se queda en silencio, y son los pasos de Liam: fuertes, pesados, cargados de una oscuridad, lo que envuelven todo. No se detiene, nos pasa de largo sin decir una palabra. Lo cual agradezco. El sonido de su puerta cerrándose con violencia es lo último que escucho.

Aron suspira y lo siento negar con la cabeza.

—Vete a casa, bonita. Yo me encargaré de todo —dice con tanta calma que logro tranquilizarme—. Mañana todo se verá diferente. —Quiero creerle.

—Gracias, Aron —hipeo cada palabra—. De verdad... gracias. —levanto mi mirada solo para verlo asentir con una sonrisa compasiva.

Tomo mi bolso de la estación de café con manos temblorosas. Al entrar al ascensor para salir de aquí, no puedo evitar mirar hacia la oficina de Liam, no hay nada que pueda ver. Solo cristales fríos y una puerta cerrada.

Demasiado bueno para ser verdad, me digo mientras las puertas se cierran.

Se acabó, Liam Blake estará recibiendo mi renuncia por correo electrónico esta misma tarde.

23 LIAM

—¡Eres un idiota! —me grita, y el empujón que me da, aunque débil, me sacude más que su cachetada—. No soy una puta... No soy tu puta.

Dejo de escuchar después de eso*. ¿En qué momento llegué a esto? ¿Soy consciente de las palabras que escupí hace un segundo?*

No. Lo único que sé es que la imagen de ella en los brazos de Aron, mi mejor amigo, me quemó los cables de la cabeza. La ira me cegó y la cagué de forma monumental.

—Debí saber que serías de ese tipo —dice ella, tragándose un nudo de llanto que me duele físicamente—. Tienes a medio edificio rogando por tu atención. Vete con ellas, con Bonnie, con Camila... haz lo que sabes hacer tan bien. ¡Pero a mí déjame en paz!

Su voz tiembla y, por primera vez, mi instinto de posesión lucha contra una culpa asfixiante. Tengo que dejarla ir. Necesito entender qué demonios acabo de hacer. La llamé puta. A ella. A la mujer a la que me acerque con intenciones de venganza, pero que también es la primera en mucho tiempo que me ha hecho sentir algo parecido a la paz.

Me llevo la mano a la nuca, incapaz de ordenar el caos en mi cabeza. La veo irse. La veo regresar a BLAKE. Por un momento siento alivio de que no esté yendo en otra dirección, pero al mismo tiempo siento un miedo nuevo dentro de mí. Mi mejilla arde, pero también lo hace mi pecho.

Manteniendo una distancia prudente, camino de regreso a mi edificio, al imperio que tanto me ha costado levantar. En pocas semanas he perdido todo el enfoque y todo es por culpa de Arya Foster. Bien, es mi culpa, por no contar con que ella sería el tipo de mujer que me hiciera sentir de la manera en la que lo hace.

Subo por el elevador clamándole a alguien en quien no creo, que Bonnie se haya largado y Arya se haya tranquilizado. Cuando las puertas se abren, el silencio es lo que rebota en mis oídos.

Hasta que la veo.

Mi chica tiene la cara enterrada en el pecho de Aron. Sus sollozos son silenciosos, pero su cuerpo tiembla bajo las manos del hombre que se supone es mi hermano. La furia de antes vuelve, ciega y letal. Le doy esa mirada que él sabe, significa lo último de mi paciencia. Se atreve a sostenerme el desafío con su propia mirada. Niega con la cabeza en lo que entiendo como la última advertencia.

Decido que no vale la pena en este momento y hago lo único que evitará un asesinato hoy, paso de largo la escena romántica entre mi asistente y mi mejor amigo, y me encierro en mi oficina después de casi romper la puerta al cerrarla.

No quiero saber lo que ella le dijo. No quiero imaginar lo que él le pudo responder. No quiero imaginar que Aron de verdad se interese en ella y pueda ser el hombre que la aleje de mí. El que no odie a su padre por ser asesino, el que no haya planeado romperla como venganza. El que le dé un matrimonio tradicional y una vida de paz. *Todo lo que yo no puedo darle.*

El sonido del ascensor me saca de mis pensamientos. Estoy seguro de que Arya se ha ido ahora. En un arrebato de rabia, barro con todo lo que hay en mi escritorio. Papeles, carpetas y cristales vuelan por el aire, dejando mi oficina igual que mi cabeza. Un completo desastre.

—¿Qué mierda fue todo eso? —La voz de Aron corta el aire—. ¿Esto es por tu secretaria? Cuando subí, la encontré enojada, me amenazó... Liam, ¿quieres explicarme qué demonios te pasa?

—¿Qué hay entre Arya y tú? —Nada de lo que dijo antes me importa. Mis puños están cerrados.

—¿Qué?

—¡No me hagas repetirlo! —grito, golpeando el escritorio—. ¡Te dije que ella es mía! —Aron se lleva las manos a la cara,

incrédulo.

—¡Dime que no lo hiciste! Dime que no está rota porque le montaste una escena de celos... Dios, Liam, te conozco desde siempre y nunca te había visto actuar como un animal así. —Mi amigo se acerca, se quita el saco y empieza a juntar el desastre que hay delante de él.

—La llamé puta —suelto con la mandíbula apretada. Repetirlo en voz alta se siente mucho peor.

—¡Mierda! ¡Liam! —Aron niega con la cabeza, asqueado. Se sienta en la silla frente a mí, pero no antes de acercar la botella de bourbon y dos vasos de cristal—. Has perdido a tus dos empleadas más cercanas antes de las diez de la mañana. —Sacude la cabeza, me mira mientras se lleva el primer vaso lleno—. No me lo dijo, pero prepárate para recibir su renuncia y tal vez una demanda esta misma tarde.

Mi pecho se contrae. Mi estómago se retuerce. No la culpo. Soy muchas cosas, pero lo que fui hoy... eso no tiene nombre. Aron no me deja solo. Se va hasta que se asegura de que estoy lo suficientemente bien para salir el día. No me dice nada más y no vuelve a mencionar a Arya. Cosa que agradezco. Porque no sé si estoy listo para afrontar las consecuencias de lo que hice.

***

Aron no mintió. La notificación de la renuncia de Arya brilla en mi pantalla horas después.

«Renuncia denegada», respondo con los dedos torpes por el alcohol.

Cuando siento que ya no puedo esperar más, salgo de mi oficina sabiendo exactamente a donde tengo que ir. El camino al departamento de Arya no lo recuerdo, lo que sí recuerdo es estar tocando sin sentido sin que nadie abra la puerta. Golpeo mi frente contra la madera tratando de adivinar donde mierdas está.

No creo que existan muchas opciones, pero las recorreré todas de ser necesario. La primera parada es el bar de su amiga. Está abierto al público todos los malditos días de la semana.

En cuanto pongo un pie dentro del lugar, percibo un rastro de ese aroma dulce. Sonrío cuando la encuentro en medio de la gente, con el vestido rojo más corto y pecaminoso que he visto en alguien con sus atributos. Sonríe y echa su cabeza hacia atrás, bailando con esa amiga rubia y mala influencia que tiene.

Sin embargo, noto que su sonrisa, por más brillante que parezca, no llega a sus ojos. Porque sus ojos están apagados. Tristes. Dolidos.

«Tú le hiciste eso», me recuerda mi conciencia.

Yo me he quitado la corbata, tengo el cabello revuelto y el traje de tres piezas solo tiene una pieza ademas de mi camisa arrugada. No es un bonito contraste comparado con lo bien que se mira ella ahora mismo, pero no me importa. Me abro paso entre la multitud de niños ricos, ignorando cualquier toque que no sea ella.

Hasta que siente mi presencia. Lo sé por la forma en la que se tensa y deja de bailar de repente.

Me detengo a pocos centímetros detrás de ella, Arya no se molesta en reconocer mi presencia, pero la he afectado. Tanto como ella me afecta a mí.

—Puedes correr, pero no esconderte —le susurro al oído, pegando mi cuerpo al suyo. Mis manos encuentran sus caderas y mi entrepierna despierta con una violencia dolorosa. Arya se gira, dándome una mirada fría por encima de su hombro.

—Señor Blake. Quite sus manos de mi cuerpo o recibirá una demanda por acoso en la mañana. —Mi gatita tiene garras. Me encanta. La suelto para darle la ilusión de control.

—Tenemos que hablar —pido con el tono más pacífico que tengo.

—Yo creo que no. Váyase con dignidad, si es que la conoce y aún le queda algo. —Sigue con ese tono. Ya no queda nada de la

Arya que lloraba en los brazos de mi amigo. Ahora no solo parece fuerte. Creo que en realidad se ha forzado a llenarse de esa fuerza que la ha mantenido de pie después de toda la mierda que le ha tocado soportar.

—No hemos terminado, Arya.

—Mi renuncia dice que sí. Gracias por enseñarme que el apellido no lo es todo. Ni todo el dinero y poder del mundo tampoco. Cuando no hay corazón y cuando menos un poco de sentimientos humanos, no se tiene nada. —Truena y me hace tragar saliva—. Que tenga éxito, señor. Que todo lo que es, le sea suficiente para el resto de su vida. —Intenta alejarse, pero la tomo por la muñeca.

Entonces la rubia se interpone.

—Déjala en paz, acosador de mierda, o llamaré a la policía.

—No te metas. Esto es entre Arya y yo. —le gruño con una voz que haría retroceder a cualquiera. A ella no. Maldita mierda con estas mujeres. Me dirijo a Arya—. Y tú, dulzura, vendrás conmigo. Me escucharás y retirarás esa renuncia.

—¿O si no qué? —Su petulante arrogancia me tiene empalmado. *¿Cómo es eso posible?*

—Te juro que no quieres saberlo.

El desafío brilla en sus ojos verdes. Un idiota choca contra ella, empujándola contra mi pecho, y aprovecho el movimiento para rodearla con mis brazos. No la voy a soltar esta vez. Mira la verdad en mis ojos, entiende que de ella depende salir de aquí por su propio pie o en mis malditos brazos. Su respiración se acelera, busca algo en mis ojos. Se lo daré. Todo.

—Cinco minutos afuera. Vamos. —Accede inteligentemente.

No pierdo mi tiempo, la guio hacia la salida hasta que el aire fresco de Los Ángeles nos golpea a los dos y enfría un poco la tensión. Arya se frota los brazos, tiritando por el vestido que lleva.

—Sube al auto. Daremos una vuelta.

—No.

—Arya... quieres esto tanto como yo. Déjame compensar mi ataque de celos de esta mañana. Déjame demostrarte que no soy ese hombre. Por favor.

No dice nada. Empieza a maquinar cosas en su mente, lo sé. Me tomo un segundo para volver a apreciar lo que tengo delante de mí. Lo que ella está dispuesta a darme por alguna retorcida razón después de que solo he sido un completo imbécil con ella.

—Liam, no puedes…

—Déjame darte lo que tu cuerpo me pide. Sabes que también lo quieres. Sabes que solo yo despierto esa parte dentro de ti.

Sus ojos me encuentran. El entendimiento de lo que le estoy proponiendo brilla en su mirada. Lo quiere. Tanto como yo lo quiero.

En este momento, mientras la veo bajo las luces neones del bar, tomo la decisión que cambiará mi vida. Para siempre.

A la mierda con mi plan. Arya Foster queda fuera de mi venganza. La quiero para mí. No solo su cuerpo; quiero su alma, su voluntad y su corazón.

Lo voy a tomar todo.

24 ARYA

Pueden pensar que estoy completamente loca, pero sentí la presencia de Liam mucho antes de que se me acercara por la espalda. Odio que en tan poco tiempo mi cuerpo reaccione a su simple presencia de esta manera. Odio lo que me dijo esta mañana, pero lo que más odio es que mi corazón se acelere al saber que vino por mí.

Maldito corazón.

—Arya... quieres esto tanto como yo. Déjame compensar mi ataque de celos de esta mañana. Déjame demostrarte que no soy ese hombre. Por favor —dice él.

¿Eso es lo que fue? ¿Un ataque de celos? No puede ser tan simple como eso. No puede tener esa reacción cuando solo nos conocemos de un par de semanas.

Sí. Yo he permitido todo lo que hemos hecho, pero eso no quiere decir que le deba algo. En estos tiempos hasta yo sé que un acostón solo es un acostón.

—Liam, no puedes…—Intento de nuevo.

—Déjame darte lo que tu cuerpo me pide. Sabes que también lo quieres. Sabes que solo yo despierto esa parte dentro de ti.

Un jadeo audible atraviesa el aire y, por mucho que desee que no sea mío, me temo que mi deseo por él, es más fuerte que yo. Lo ha sido desde la primera vez que puse mis ojos en él, desde que su imagen es la única que me hace llegar al orgasmo cuando estoy sola en mi cama.

Puedo actuar en consecuencia, y no tendría que significar nada. Los dos tenemos tención por el otro acumulada.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

En este momento lo que más odio es que no quiero decir que no a esa invitación. La parte buena de mi mente me dice que corra y que nunca mire hacia atrás; la parte malvada me susurra que disfrute de esta última noche.

He renunciado, no puede hacer nada contra eso. Será una noche de sexo, lo sacaré de mi sistema y jamás lo volveré a ver.

«Honestamente, no creo que sea así de fácil», me dice la razón, pero ya me encargaré de ella después.

Liam sabe que lo haré, no creo que no lo mire escrito en toda mi cara. Se apresura a abrir la puerta del pasajero de su deportivo, me extiende su mano, pero no la tomo.

—Puedo subir sola. Gracias. —Estoy siendo infantil, lo sé, pero tengo derecho a serlo a si como él siempre es un idiota. Tal vez estoy destinada a solo atraer idiotas a mi vida.

Espero con todas mis fuerzas que no.

Liam sonríe, esa sonrisa de suficiencia que le sienta tan bien y que lo hace ver un poco más sexy, *si es que eso es posible*. Mi vestido se sube lo suficiente como para mostrar más de lo que me gusta al sentarme. Hoy quería sentirme bien. Mi amiga me escuchó por horas y su solución razonable fue salir a tomar y bailar.

Aunque creo que esa es su solución para todos los problemas del mundo.

Liam rodea el auto y, en cuanto se sienta en su lugar, su aroma penetra en mis fosas nasales. Mis piernas se contraen y el fuego que provoca dentro de mí me empieza a consumir desde los pies hasta la cabeza. Mis manos frotan mis piernas, la anticipación empieza a recorrer cada parte de mi cuerpo y mi mente empieza con la fiesta antes de saber dónde terminaremos esta noche.

—Hay un lugar que quiero mostrarte. ¿Me dejas? —pregunta con esa voz ronca que ha derretido mi ropa interior desde el primer día. Casi me río de que me esté pidiendo opinión de algo a estas alturas.

—Está bien. Al menos podemos divertirnos por última vez —le advierto sobre mi pensamiento para que no se haga ideas que no son.

No parece gustarle mi declaración, porque sus manos se aprietan alrededor del volante. Ya me preocuparé de eso después. Hoy solo quiero llegar hasta el final, saber lo que se siente estar con un hombre como él y seguir adelante.

Liam pisa el acelerador y debo estar completamente loca, porque la vibración del motor me está estimulando. *¿En qué momento caí tanto por este hombre?* Ningún otro me ha provocado tanto.

—¿A dónde vamos? —pregunto intentando distraer a mi cuerpo. Hablar de cualquier cosa suele funcionar.

—A un club. Uno bueno.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes ganas de bailar? —Enarco una ceja, intentando no parecer decepcionada.

—No precisamente —me responde y gira la cabeza para verme directo a los ojos, pero el impacto llega directo a mi centro palpitante. ¡Dios me ayude! Podría tener un orgasmo con su sola mirada—. Es un club muy especial —añade regresando la vista al frente.

—¿Lo frecuentas mucho? —Intento parecer relajada, aunque la verdad es que me causa mucha curiosidad.

—Nunca había deseado estar ahí más que ahora mismo, más que contigo. —No responde lo que yo esperaba, pero aun así me da una idea de lo que viene.

Estaciona en un nivel subterráneo donde el silencio hace que mi corazón lata más rápido; el lugar debe estar insonorizado. Rodea el capó y me abre la puerta. Con mucho cuidado de no hacer notar la humedad que se acumula entre mis piernas, me ayudo de su mano para salir.

—Te prometo que esta será una noche que no olvidarás, dulzura. —Promete. Ya tuve una de esas. Deseo con todas mis

fuerzas que esta sea realmente diferente.

Me tiemblan las piernas y no sé si es de miedo o de anticipación. Tal vez solo sea por escuchar su voz tan cerca. Caminamos unos metros hasta llegar a la entrada de un lugar que se siente bastante exclusivo.

El hombre de la puerta levanta una ceja al verme y por un momento me siento cohibida, pero la mano de Liam rodea mi cintura y me atrae a su cuerpo.

—¿Se te perdió algo? —le gruñe al tipo de la cadena.

—Nada, señor Blake. Bienvenido —responde el hombre, evitando volver a mirarme. Lo conocen. Eso quiere decir que sí lo frecuenta. Trago saliva. Una con sabor a celos.

En cuanto cruzamos la entrada entiendo por qué será una noche inolvidable. Creí que estos lugares solo existían en las películas, pero no, justo delante de mí, hay un mundo real donde todas tus malditas fantasías pueden ser realidad.

El lugar huele a cuero y a un tipo de velas. El salón principal simula un bar normal, pero los sillones son cómodos y esparcidos. Una barra atendida por expertos con muy poca ropa. Hay dos jaulas al fondo del escenario con personas dentro que están... trago saliva.

«Bailando». Sí, bailando y otras cuantas cosas más. Siento el calor subir hasta llenar mi cara. También hay un tubo en el centro iluminado desde el suelo.

—¿Qué... qué hacemos aquí, Liam? —tengo la boca seca.

—¿Te gusta?

—Ya veo que no te gusta responder a mis preguntas —le digo soltándome de su agarre. Doy una vuelta de 360 grados para admirar cada detalle del lugar. No soy una mojigata. Me gusta el placer y veo porno más de lo que me gusta admitir.

Aun así, no sé si seré capaz de regresar a este lugar por mi propia cuenta, así que me lleno de este mundo nuevo.

Cuando casi regreso mi vista a las jaulas, me parece reconocer a alguien. Un hombre que me parece demasiado familiar.

Es imposible; escuché que se había ido al extranjero después de la graduación. Sería una locura encontrar al responsable de mis traumas la misma noche que decido volverme loca.

Mis manos rodean mi cintura y la valentía que sentí todo este tiempo, desaparece. La seguridad que me costó años recuperar se esfuma y solo queda la Arya asustada y utilizada.

—Oye, ¿qué pasa? ¿No te gusta? —Liam pregunta con el ceño fruncido después de mirar en la misma dirección que yo—. Desde que te conocí me imaginé trayéndote a este lugar...

No respondo. Sigue el trayecto de mi visión y gruñe. Es ligero y silencioso, pero me hace estremecer. Recordándome que estoy aquí con él y no con…

—¿Quién es? —pregunta en un tono más duro.

—No sé de qué estás hablando —digo apretando el agarre de mis manos en mi cintura.

—Dime por qué ese hombre te mira con una sonrisa, como si acabara de reencontrarse con la mejor cosa de su puta vida.

Levanto la mirada y es verdad: el tipo me está viendo con una sonrisa de puro placer. Es él. *Carter Miller*. El recuerdo de esa noche llega como una película con sensaciones reales y vívidas. Mi cuerpo empieza a temblar. Mis manos se sienten pesadas y mi frente se siente fría y mojada.

—Es él, ¿verdad? El hombre con el que no salieron bien las cosas. —Me sorprende que recuerde mis palabras.

Liam no espera mi respuesta. Llama a un hombre que no había notado hasta ahora. Dejo de escuchar cuando dice la palabra *«quiero».* Mis oídos zumban y el aire no llega a mis pulmones.

Me pierdo en esa ola de mi miseria hasta que la mano de Liam acaricia mi espalda baja. Esta vez me estremezco por una cosa distinta. El toque de Liam se siente como lo único seguro que

conozco. No debería de ser así después de todo lo que lo he visto hacer y sus maneras curiosas de reaccionar. Pero mi cuerpo es el que manda ahora. Y lo ha elegido a él.

—Ya lo arreglé. No te preocupes más por ese tipo.

¿De verdad puede Liam arreglar algo en mí?

Debo haberlo dicho en voz alta porque los ojos de Liam pasan del enojo a la ira del infierno.

—Arreglaré todo de ti, Arya. Cada defecto que crees que tienes. Cada pensamiento negativo sobre ti misma. Cada maldita cosa. —No son promesas que alguien haga a la ligera, pero sí son cosas que se suelen decir en el calor del momento. Sin embargo, sus ojos no suelen mentir.

Asiento incapaz de formular respuesta a eso.

—Ven conmigo. —Me toma de la mano—. Tenía planeado algo diferente para nuestra primera vez aquí, pero ahora necesito hacerte entender lo malditamente hermosa que eres.

Me guía por un pasillo largo con puertas y marcos distintivos. Llegamos a una de madera roja, como la sangre. Liam pasa una tarjeta y entramos a una habitación iluminada por una luz tenue, el ruido del exterior se silencia en cuanto cierra la puerta.

Me concentro en un espejo gigante en el techo. La cama de seda roja emana una vibra de lujuria primitiva. La pared izquierda está llena de instrumentos para amantes del dolor. Abro mucho los ojos. No soy ajena a lo que significa esto, pero en mi mente nunca pude imaginar que pudiera llegar a experimentar algo como esto.

—No iremos ahí hoy, dulzura. —Adivina mi pensamiento—. Hoy solo quiero hacerte sentir bien. Déjame hacerlo —suplica, y algo en su tono me hace ceder.

Asiento. Liam no pierde el tiempo; es como si le hubiera dado permiso de entrar al cielo y no solo de tomar mi cuerpo. como un cazador acechando a su presa, se acerca y levanta lentamente mi vestido corto, pasándolo por mis brazos. No lo detengo, y no siento vergüenza alguna de no estar usando sujetador.

Mis pechos rebotan por la gravedad, Liam los mira con hambre primitiva, una que no suelo tener puesta en mi cuerpo. Su mirada consume cualquier otra, cualquier otro pensamiento; su deseo por mí, me repara de adentro hacia afuera. Me olvido por completo del mundo que hay afuera de esta habitación roja.

Me levanta de la parte más grande de mi cuerpo, me hace rodearlo con las piernas y estoy segura de que puede sentir mi humedad en su estómago. Mi espalda cae en el colchón suave demasiado pronto; quería más de esa sensación de ser sostenida por él.

Pero al mismo tiempo también quiero saber hasta dónde llegaremos esta noche. *Nuestra última noche*.

Liam se desviste rápido: camisa, pantalón, todo con la misma prisa que veo en sus ojos. Está duro, realmente duro y es por mí. La cabeza de su miembro brilla con líquido preseminal. Por puro instinto me paso la lengua por los labios. Recordando lo bueno que fue probarlo.

—Estoy enojado contigo —suelta de pronto y me apoyo en los codos para verlo mejor.

—¿Tú, conmigo? —Frunzo el ceño. Yo soy la que está molesta, quiero recordarle lo que me dijo esta mañana, pero mi boca está seca cuando empieza a acariciarse el mismo.

—Sí. Primero por haberte ido de ese modo en la mañana. —Pongo los ojos en blanco. Ya no quiero llorar cuando pienso en eso, pero si quiero golpearlo de nuevo—. Segundo por ese estúpido correo de renuncia. —Abro la boca, pero su cuerpo empieza a subir a la cama de esa forma depredadora y de nuevo me silencia—. Y tercero por usar este vestido y dejar que un idiota te hiciera agachar la cabeza.

Se refiere a Carter. No tengo nada que decir al respecto.

—Un día me dirás qué fue lo que te hizo ese idiota, pero ahora solo me importa una cosa. —Se cierne sobre mí, su cuerpo pesado se detiene sobre el mio y empieza a separar mis piernas con las

suyas —. Ahora quiero hacerte pagar por hacerme enojar —gruñe, entonces baja su boca y me muerde un pezón.

Es fuerte, una mordida real, me arranca un grito de dolor. Empieza a chupar hasta que el escozor se convierte en placer y hace exactamente lo mismo con el otro.

—¡Liam! —quiero tocarlo. No me deja. Toma mis manos con una sola de las suyas y las lleva por encima de mi cabeza.

—Shh, si eres una buena chica te dejaré tener un orgasmo. —Su tono es duro. Castigante. Pero lo único que hace es provocarme más.

—¡Por favor! —La necesidad me está matando. Necesito hacer cualquier cosa. Tocarlo, tocarme a mí misma, lo que sea. Mis caderas se mueven encontrando su erección. Ese simple roce me hace gemir y echar la cabeza hacia atrás.

—¿Tan rápido suplicando? La noche es joven, dulce Arya.

—Te necesito dentro... ¡ahora! —exijo. En realidad, no sé si estoy lista, pero mi cuerpo es el que habla ahora. Liam baja la mano por mis pechos y abdomen, acariciando mis piernas y burlándose de mi centro. Me está torturando.

—Te quiero dentro de mí ahora, o me iré, seguro alguien aquí estará interesado. —No mido mis palabras hasta que ya es demasiado tarde.

Sus ojos se transforman en llamas. No sé de dónde saco esa valentía, no podría irme con otro, pero la necesidad de borrar cada rastro que aún sigue en mi cuerpo, es más grande que la razón.

—Nunca —Liam pega su nariz a la mía—. Escúchalo bien, Arya, nunca vuelvas a decir que te irás con otro hombre, no si no quieres sus muertes en tu conciencia.

Voy a decir algo más, pero mis palabras quedan en el limbo cuando por fin se alinea entre mis piernas y sin pedir permiso, sin tantear el camino, me penetra hasta la empuñadura de un solo movimiento.

Estaba lista para esto, estaba tan mojada que creí que sería fácil. No lo es. Mis paredes internas se extienden, entendiendo que no solo se miraba grande, ahora lo estoy sintiendo todo. El dolor, el placer, el sentirme llena de una manera real. Por fin.

«Santa mierda. No saldremos caminando de aquí».

25 LIAM

—Nunca —gruño con mi nariz pegada a la suya—. Escúchalo bien, Arya: nunca vuelvas a decir que te irás con otro hombre, no si no quieres sus muertes en tu conciencia.

Arya separa sus labios para decir algo, el rubor nuevo en sus mejillas me dice que no le molestan del todo mis amenazas, aun así, estoy decidido a no dejarla decir una palabra más.

En este momento espero por todo lo santo que Arya no sea virgen, porque mierda, no habrá nada en el mundo que me haga ir despacio.

Me alineo en su entrada, siento el calor y la humedad en cada parte de mi entrepierna. El aroma dulce de su excitación me ha estado mareando desde que se subió a mi auto, y ya se volvió demasiado.

Tenía algo bueno preparado para ella. Quería que viera lo que me gusta y hacer que le guste a ella también, pero ese maldito rubio... la arruinó. En el pasado y también ahora.

No tuve más remedio que saltarme el espectáculo de dolor e ir directo al clímax. La llevaré a la cima del placer; le demostraré que, después de mí, no necesitará a ningún otro hombre en su vida.

Me hundo en lo apretado de su centro de un solo movimiento. Está tan caliente que me quema. *Mierda*. Su boca se abre en una gran *«O»*, y baja la mirada entre nuestros cuerpos para ver nuestra unión.

Sonríe echando su cabeza hacia atrás. Cierra los ojos y casi puedo sentir que solloza por algún tipo de sensación liberadora. Gracias al cielo que no es virgen, no hubiera podido detenerme o hacerlo de otra manera después de cómo me ha provocado esta noche. Aunque el gesto de dolor en su cara me dice que tiene años sin ser tratada de esta forma.

Esperaba por mí.

«Si tú lo dices», bufa mi conciencia.

¡Cállate, maldita sea!

—Oh, Liam... Eres tan grande... ¡Dios! —gime con los ojos cerrados. Sus pechos rebotan con cada embestida superficial que le doy y sus manos se clavan en la mano que las sostiene sobre su cabeza. *Esa es mi chica.*

—Tú sí sabes cómo halagar a un hombre en la cama, dulzura. —Me río bajando para encontrar su boca—. ¿Estás lista? —Asiente y se muerde el labio inferior. Me estiro para tomarlo con mis dientes No quiero que se contenga. Quiero que el club entero sepa que es mía.

—No te contengas, ¿Me oyes? Quiero oírte gritar mi maldito nombre cuando te haga venir —gruño sin aliento. No recuerdo cuando fue la última vez que cogí de esta manera. De frente, viendo los ojos de mi presa.

Empiezo a creer que no lo he hecho nunca.

Se sonroja. Mi dulce Arya se sonroja y, por un segundo, la vista de ella tomándome por completo, pone un pensamiento por demás peligroso en mi mente: *creo que tengo sentimientos por ella.*

«¿Qué dijiste?», Salta mi conciencia de inmediato.

Sacudo la cabeza. No puede ser eso. Lo que está pasando es que me gusta mucho que se sonroje, que siga teniendo esa parte inocente detrás de ese fuego que sabe cómo exigir lo que quiere. Disfruto lo que le hace a mi cuerpo y lo que yo le hago al suyo. Eso es todo.

Mi necesidad no puede esperar más. La embisto con más fuerza, tanta como puedo sin romperla. Sus ojos se ponen en blanco y no puedo creer que ya esté a punto de venirse por primera vez; sus paredes me aprietan aún más y no creía que fuera posible; ya se siente como realmente una estrangulación de pene.

Haré que la noche sea larga. Porque la he esperado por mucho tiempo y solo sé que una vez dentro de ella no será suficiente.

Bajo mi mano para buscar su clítoris. Decido que quiero darle su primer orgasmo de la noche ahora mismo.

—Oh, oh, Liam. Estoy tan cerca... —Su cuerpo se retuerce debajo del mío, buscando más. Mas fricción. Mas fuerza. Más de mí.

—Lo sé, dulzura. Lo siento en cada parte de mi cuerpo. ¡Vente ahora por mí! —le ordeno con mi aliento entrando por su boca.

Arya es tan buena chica que obedece. Cierra los ojos, su cuerpo se contrae en un espasmo delicioso y sus paredes internas me succionan con una fuerza que me hace gritar.

Mierda, podría hacerme venir a mí también solo con eso. Me contengo, apenas. Mi dulce chica provocadora se viene con un pellizco en el clítoris y una embestida profunda.

—¡Ohhh Liam! ¡Ahhh! —Por fin grita mi nombre.

Grita mi maldito nombre y no se siente como a nada que haya escuchado antes. Es un grito necesitado y a la vez tan liberador que me hace algo por dentro. Esto se siente mejor que la puta gloria.

Quiero oírla gritar así por el resto de mi vida. No disminuyo la velocidad; al contrario, acelero el ritmo para alargar su orgasmo lo más que pueda.

«Recuerdo esa vez que dijiste que nunca se trataba de ellas». Me recuerda esa voz molesta. Solo puedo reír en respuesta.

Por fin suelto sus manos de mi agarre, Arya se apresura a tocar mi piel, buscando tocarme por todas partes. Siempre fui de los que odian el contacto físico innecesario. Pero Arya hace que sentir sus manos sobre mi cuerpo sea una necesidad de vida.

Solo puedo respirar con normalidad después de ser tocado por ella. Me gusta tanto la manera en la que sus manos recorren mi cuello, mi mandíbula, incluso mi rostro, que empiezo a imaginar más.

Mas de esos toques.

Mas de esas manos.

Toca mi pecho con tanta delicadeza que me hace estremecer. Es como una caricia suave destinada a adorar un cuerpo. Solo que el mio es uno que no se merece nada. Ella no lo sabe.

No me doy cuenta de en qué momento mis embestidas se hacen lentas y profundas, sin dejar de ser eróticas y calientes como la mierda, pero también se sienten como algo nuevo. Una manera distinta de poseerla.

—¡Liam! Por favor... Quiero más —me pide entre jadeos. Sonrío, porque estoy listo para darle más.

La idea de tenerla a toda ella sobre mi cuerpo, montándome, marcando el ritmo, lleva mi mente a lugares más altos. La abrazo por la cintura y me pego por completo a su cuerpo para girarnos sin salir de ella. Mi espalda termina sobre las sábanas de seda roja. Arya abre mucho los ojos, cuando se da cuenta de lo que hago. Confundida.

—¿Qué haces? Yo no quiero...

—Quiero que me montes, dulzura.

—Pero... yo... no sé hacerlo —susurra con una vergüenza que me rompe algo por dentro—. Además... —Se calla y entiendo que su peso aún es un complejo para ella. Ojalá supiera que puedo con su peso multiplicado por diez y aun así no sería un maldito problema.

—Me encanta la idea de ser el primer hombre en ser montado por ti... Exprime hasta la última gota de mi semen, Arya. Hazme tuyo —le ruego. De verdad lo hago.

La necesidad de ser el primero en tomar algo de ella, me está consumiendo. Me está volviendo loco, convirtiéndome en alguien que nunca fui.

La ayudo llevando sus manos a mi pecho, tomo sus grandes caderas y la penetro desde abajo. Arya gime, echa la cabeza hacia atrás y grita por el nuevo placer. No me detengo, le doy con fuerza hasta que ella toma confianza y sigue mis movimientos, toma el

control rápidamente y es mi turno de disfrutar con la vista desde abajo.

Sus pechos llenos rebotan sin vergüenza, mi boca se hace agua con la necesidad de morderlos, pero me conformo con alcanzarlos con mis manos.

Otro orgasmo se construye dentro de ella; lo siento en la forma en que su centro se contrae rítmicamente. En como su respiración se acelera y en cómo sus movimientos se hacen más valientes e irregulares. Está persiguiendo su propio placer. Conmigo.

—¡Oh, Liam, esto es mejor que soñar contigo! —confiesa con los ojos cerrados. Sonrío, regresando una mano a su cadera para guiarla. Para que vea que siempre se puede sentir más. Me gusta que sueñe conmigo. Quiero ser lo único que llene sus sueños.

—Eso espero, dulzura. —Le daré todo el placer que quiera. Sus orgasmos me pertenecen. Ella ya es mía.

—¡Oh, Liam... yo... voy...! —grita con los ojos en blanco—. ¡Me vengo! ¡Ahhh! —Sus uñas se clavan en mi pecho, tan profundo que me causan un dolor palpitante que me arrastra con ella.

Su orgasmo me exprime. Mi hombría exige su propia liberación y exploto llenándola por completo. Me estremezco, tenso cada músculo de mi cuerpo mientras corrientes de mi leche entran dentro de ella. Nunca se ha sentido mejor.

—¡¡¡Ahhh!!! —Gruño. Grito. Jadeo. Mis ojos se cierran por la intensidad—. Eres mía, Arya. Tú, malditamente eres mía.

Empiezo a creer que yo también soy suyo.

***

Despierto agitado y con el tiempo revuelto en mi cabeza. Hace mucho que un sueño no me perturba tanto. El recuerdo de esa noche siempre causa estragos en mi sistema. Hoy será otro día sin ir a la oficina. Han pasado diez años y sigue sin ser suficiente tiempo para sanar.

—Escúchame bien, hijo. Algo no me gusta de este contrato. La venta de un edificio a tan bajo costo solo puede significar problemas. —Mi padre me explicaba aquella mañana antes de salir.

Yo con veintidós, no me interesaba mucho en los negocios, lo único que quería era terminar la escuela.

—Recuerdas la combinación de la caja fuerte, ¿verdad? —Sentí que estaba siendo un poco exagerado, no era la primera vez que tenían problemas con alguna constructora, la verdad siempre salía a la luz y mis padres terminaban ganando.

—Sí, papá no te preocupes. —Lo descarté concentrado en mi tesis. No sabía que esa era la última vez que podría verlo a los ojos.

—Tu madre vendrá conmigo, quiere ir de compras por nuestro aniversario. Si algo sale mal... sabes lo que tienes que hacer. El negocio, la casa... todo es tuyo.

—Siempre es la misma rutina papá, ya lo sé, estoy seguro de que los veré antes de la cena. —Me despedí de ellos con un simple saludo. Tenía una práctica después de terminar con lo que estaba haciendo, así que no me detuve a verlos. Pude haber hecho todo tan diferente.

Ya es tarde. El maldito estafador sigue vivo, sigue con su negocio y solo una advertencia sobre su cabeza. La muerte de mis padres fue catalogada como un accidente, pero yo sé la maldita verdad. Estuve en las sombras mucho tiempo investigando, memorizando patrones. Ya es hora de salir a la luz.

Tomo mi teléfono y le escribo un mensaje a la única persona en la que confiaría mi vida. Bueno, espero que después del espectáculo de ayer, aún lo sea.

Yo: ¿Podemos vernos? Tengo algo importante que confesar.

Aron: No te muevas de donde estás, yo llevo la pala y la bolsa para el cadáver.

Yo: Gracias. Estoy en mi departamento.

Me dirijo al baño y miro mi reflejo. Algo llama mi atención: marcas rojas de tinta simulando rasguños que atraviesan mi pecho. Había olvidado lo que hice anoche después de dejar a una Arya casi inconsciente de placer en la puerta de su departamento.

«¿Y cómo te olvidas de haber entrado en un centro de tatuajes nocturno? —Antes de que sus marcas se borren, quiero los rasguños de su orgasmo permanentes en mi cuerpo— Esas fueron tus palabras»

Me recuerda mi conciencia.

Le sonrío a mi reflejo. Todavía puedo sentir el cuerpo de Arya apretándome y provocándome el mejor orgasmo de mi vida; la sonrisa se desvanece rápido. Trago saliva.

«Sí, muy lindo todo, pero... ¿Cómo la vas a dejar fuera del daño que le quieres hacer a su padre?»

No lo sé. Trazo las líneas rojas en mi pecho y es como si tuviera sus uñas clavadas en mí de nuevo. Entro en la ducha y me acaricio, pero nada se compara con ella. Arya me ha arruinado para cualquier otra mujer.

Treinta minutos después, Aron entra a mi departamento. Tiene la contraseña. Es el único en quien confío; excepto cuando se trata de Arya. Ayer quería matarlo.

—Bueno, con esa cara, mejor dime a quién tenemos que matar —dice en broma con una media sonrisa. Este es el momento.

—Al asesino de mis padres —respondo con los dientes apretados, mi cara llena de emociones confusas y mi pecho ardiendo por la única mujer en el mundo que no debería querer tener cerca.

Aron frunce el ceño, analiza mis palabras y decide ir a la cocina para servirse un café.

—Cuéntamelo todo. —Pide después de sentarse frente a mí en mi sala de estar. Típico de él. Reconozco que es bueno en lo que

hace.

—Su nombre es Franco Foster... y es el maldito padre de Arya.

Tres horas después, entre cafeína y whiskey, he llegado a un acuerdo conmigo mismo. Aron procesa la información en silencio profesional.

—No somos asesinos, Liam. Si encontramos pruebas, podrías encerrarlo por el resto de su vida. —Su modo abogado es el que habla.

—No hubo pruebas hace diez años, no las habrá ahora. Lo único que funcionaria sería una confesión de su parte y créeme que eso es lo último que espero de ese hombre. —Sacudo mi estrés llevando mi cuello de un lado a otro—. Eres abogado, sabes que no se puede confiar en la justicia. Ademas, no te busqué como mi abogado, te busqué como mi mejor amigo.

Aron asiente con la cabeza.

—¿Qué pasará con Arya? ¿Seguirá siendo parte de tu venganza? —El silencio es mi única respuesta—. Liam...

—La quiero para mí. —Decirlo en voz alta duele. Quema, pero también me da algo más. Algo cálido que no quiero perder.

—Eso está claro, hombre, pero ¿podrás vivir sabiendo que es la hija del responsable? El día que él pague, ¿podrás verla llorar y no decirle que fuiste tú el que cobró venganza por su propia mano?

Hace las preguntas correctas, pero la verdad es que no tengo las respuestas.

—Y lo que es más importante —añade Aron—, ¿Ella te quiere a ti? Una noche de sexo no significa nada. Además, renunció a BLAKE, ¿no? —Me recuerda.

—Ella volverá. —Le aseguro con una media sonrisa.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo haré que vuelva. —Aún no sé cómo lo haré, pero se lo dije en serio.

Arya es mía.

26 ARYA

No sé qué me decepciona más: haber tenido la mejor noche de sexo de mi vida sabiendo que no volveré a repetirla porque renuncié a mi empleo y a todo relacionado con el apellido Blake, o que el hombre que me sanó de tantas cosas sin siquiera darse cuenta, no se haya molestado en buscarme hoy.

«Recuerda que su comportamiento tóxico fue lo que nos hizo salir corriendo en primer lugar. No queremos un hombre así en nuestra vida»,

Lo sé, lo sé. Pero haber tenido esa explosión sensorial y que luego haya un silencio absoluto por su parte... duele. Un poco.

«¿Acaso esperabas que te enviara flores a la oficina donde ya no trabajas, o que te declarara su amor eterno?».

¿Sabes qué? Olvídalo. Contigo no se puede hablar.

Me levanto de la cama con movimientos torpes, sintiéndome adolorida en todas las partes correctas. Cada músculo de mis muslos protesta y el roce de las sábanas me provoca un eco del delicioso dolor entre mis piernas. Al menos ahora tengo un recurso mental de alta definición para utilizar por el resto de mi vida cuando esté sola.

«Hablas como si nunca fueras a encontrar a un hombre bueno para casarte».

Me encojo de hombros frente al espejo. Tal vez no encuentre a uno tan bueno para el pecado como mi ex jefe, pero alguno decente debe haber por ahí.

Esperando por una Arya segura de sí misma y completamente lista para ir más allá. Decido ignorar a mi conciencia por el resto del día; ya ha hablado demasiado por hoy.

Una serie de sonidos telefónicos interrumpen mis pensamientos. Busco mi móvil y me doy cuenta de que no lo he

tocado en más de doce horas, desde que salí del bar de Su. Esto de ser desempleada me está convirtiendo en una mujer peligrosamente distraída.

Encuentro el celular bajo una almohada. Veo al menos diez mensajes, la mayoría de Su, que han pasado de la curiosidad al pánico en cuestión de horas:

Su: Te vas a ir con él, lo sé.

Su: ¿Segura de que no se pondrá como loco otra vez?

Su: ¿Estás bien? ¿Estás cogiendo con tu ex jefe en este momento?

Su: Por favor, ahora solo me conformo con saber que estás viva.

Su: Rastreé tu celular, ¿qué haces en un club exclusivo? ¿No me digas que es de esos? Quiero detalles.

Su: Buenos días, bella durmiente. ¿Sigues adolorida? Si no respondes, iré a buscarte. Más vale que estés sola cuando lo haga.

Pongo los ojos en blanco. No tengo intención de contarle que Liam me llevó al paraíso y luego me dejó en la puerta de mi departamento como si no fuera nada. *No soy nada.*

Yo: Estoy bien. En casa. Almorcemos, pero tú pagas. Ahora que soy desempleada, el ahorro es mi nueva religión.

Sigo revisando. Hay un mensaje de mi padre diciendo que quiere verme pronto, nada fuera de lo común. Estoy a punto de bloquear la pantalla cuando entra una nueva notificación de un

número desconocido. Mi corazón da un salto extraño antes de abrirlo.

Desconocido: Hola, Aryboo. Anoche no me dejaron saludarte. Encontré tu número en internet. ¿Cómo estás? No me respondas… Se nota que estás muuuuy bien. ¿Tienes ganas de recordar viejos tiempos? Escríbeme. Besos.

¡Mierda!

El móvil se me resbala de las manos y cae sobre la alfombra con un sonido sordo. Siento un vacío frio en el estómago. Mis manos tiemblan de coraje y mi frente se llena de sudor frio. No estoy bien.

No puede ser. ¿Cómo me encontró? Liam cumplió su promesa de hacerme olvidar el mundo por completo con su cuerpo dentro del mío, pero ahora que él no está, la realidad me golpea con la cara de Carter Miller.

Maldita sea. Mi pasado acaba de saltarse todas las nuevas cerraduras que había instalado.

Bloqueo el número de inmediato, pero el temblor en mis manos delata mi pánico. Me siento vulnerable, pequeña, arruinada. No puedo decírselo a mi padre; me moriría de vergüenza si supiera lo que Carter me hizo hace tantos años. Su me dirá que lo enfrente, o se ofrecerá a hacerlo ella misma, yo solo quiero desaparecer.

«Tengo una idea», interviene mi conciencia, con algo útil.

Yo también la tengo. Corro a la mesita de noche y revuelvo el cajón hasta que la encuentro: La tarjeta de Aron Brown. Él es abogado. Él es la única conexión con el mundo de Liam que no me hace querer salir corriendo y, además, es el único que conozco que puede ayudarme con una orden de alejamiento.

En un arranque de valentía, lo llamo, contengo la respiración por los segundos que tarda en responder. No son más de cinco.

—¿Hola? —Suena confundido, es lógico, nunca le di mi número de teléfono. Tampoco es como que haya tenido oportunidad.

—¿Aron? Soy Arya.

—¿Arya? Hola. ¿Estás bien? Te escucho nerviosa —Empieza a hacer preguntas y su tono protector ya está haciendo mucho para ayudarme. Mi respiración es más estable y mis pensamientos más claros. Me hace querer llorar de alivio.

—Estoy... bien, pero necesito ayuda con algo legal —digo y me empiezo a preguntar si es demasiado. —Dijiste que llamara si necesitaba algo. —Le recuerdo. De verdad necesito que me ayude con esto.

—Dilo, bonita. Lo que sea que necesites, lo tendrás.

—Hay un hombre, un chico de mi pasado que… bueno, apareció de repente. No quiero tener nada que ver con él. No quiero volver a verlo nunca. —Las palabras salen atropelladas.

—Entiendo. Escucha, cenemos esta noche. Me contarás todo y lo resolveremos legalmente. ¿Te parece bien?

Eso es lo único que quiero.

—¿De verdad? Bueno, gracias. Te prometo que buscaré un nuevo empleo y te pagaré cada centavo.

—Nunca vuelvas a mencionar el dinero conmigo, Arya. Lo haré con gusto. —Esta vez su tono tiene un tinte más serio. Decido que no insistiré en eso por ahora.

Termino la llamada sintiendo que puedo respirar de nuevo. Aron es un buen hombre. Al menos alguien en el círculo de Liam Blake tiene cordura.

***

—¿Entonces...? —pregunta Su, mirándome fijamente mientras devoro mi segundo sándwich. La ansiedad siempre me abre el apetito.

—No pasó nada —respondo con la boca medio llena. No sé qué parte de todo sería lo peor de contar. Y claro que confío en ella, pero si empiezo ahora. Recordaré cada cosa, las buenas, las mejores y también las malas. Y no quiero hacerlo. No hasta resolverlo.

—Pareces agotada, Arya. Creí que ya no querías nada con tu jefe. —Mi amiga de toda la vida se cruza de brazos y me lanza una mirada entrecerrada y retadora.

—Ex jefe —corrijo—. Y es verdad. No volveré a verlo. Solo... tenía que sacármelo del sistema.

—¡Lo que quieres decir es que tuviste sexo de despedida con él! —grita Su. Siento las miradas de las personas dentro de la cafetería clavarse en mi espalda.

—¡Cállate, Susan! —muelo entre dientes.

—Por favor dime que valió la pena —me suplica con las manos juntas al frente, ignorando el espectáculo que ella misma les está regalando a todos aquí.

No iba a hablar de esto… pero a la mierda. Aquí vamos.

—Sí, valió toda la pena. Ahora puedo seguir con mi vida —lo digo con firmeza, tratando de convencerme a mí misma de que de verdad podre darle vuelta a la página.

Su me mira con más curiosidad. Hasta ella sabe que no puede ser así de simple olvidar a alguien como Liam, banderas rojas incluidas. Antes de que me pida detalles que no quiero compartir en este lugar, le digo el final de todo.

—En fin. Eso no es lo único que pasó —suelto, apartando mi plato hacia otro lado. Las náuseas regresan al recordar el mensaje de esta mañana. Me sacudo involuntariamente con el escalofrío—. Carter estaba en ese club de anoche.

—¿Que Carter? —Su frunce el ceño, y luego sus ojos se abren de par en par—. ¿Ese Carter? —Está enojada y aterrorizada al mismo tiempo.

Le cuento cómo me paralicé y cómo Liam, con esa aura oscura que lo caracteriza, se encargó de sacarlo del lugar antes de que pudiera acercarse a mí. También le cuento sobre el mensaje de hoy.

—Ese maldito idiota. —Su golpea la mesa con el puño—. ¿Qué vamos a hacer? Solo tienes que pedirlo y lo sabes.

—Llamé a Aron, el amigo de Liam. Es abogado y me ayudará a poner una orden de restricción.

—Espera... ¿El amigo por el que Liam casi quema la oficina por celos? —Su se cruza de brazos—. Arya, ¿no crees que tu exjefe psicópata querrá pegarle un tiro a su propio amigo si se entera de que le pediste ayuda al ratón y no a al dueño del circo?

—Estás exagerando. Le dejé claro a Liam que lo de anoche era sexo de una sola vez. No tiene ningún derecho sobre mí. Además, no me ha llamado ni me ha escrito en todo el día. Eso quiere decir que estuvo de acuerdo. —Intento no sonar decepcionada por obtener lo que yo misma pedí.

—Ahora dilo sin parecer decepcionada. —Su se burla de mí. No lo logro. Ambas estallamos en carcajadas. Por un momento, el peso de pasado con Carter y la sombra del presente con Liam desaparecen. Y se siente bien. Me permito disfrutarlo sabiendo que no suele durar mucho.

Llego tarde al restaurante. De nuevo, no sé qué me está pasando últimamente, pero mi puntualidad ha muerto junto con mi contrato laboral. Entro apresurada al lujoso local del centro y la anfitriona me barre con la mirada.

—Disculpe, busco al señor Aron Brown. Tengo una cita con él. —Espero que siga aquí. Espero que no crea que lo he descartado así de fácil.

La actitud de la mujer cambia al instante. El nombre de Aron parece abrir puertas bañadas en oro.

—El señor Brown la espera. Sígame, por favor.

Me sacudo el vestido amarillo —mi color de la suerte— y trato de recuperar el aliento. Aron está en una mesa apartada, íntima y

elegante. Se levanta en cuanto me ve y me dedica una sonrisa de esas que te hacen flaquear.

—Te ves increíblemente hermosa, Arya —me dice, dándome un beso en la mejilla antes de ayudarme con la silla—. Gracias por venir. —Mi suspiro de agradecimiento habla primero que mi boca.

—Gracias a ti, Aron. Y perdón por la tardanza.

—No hay problema, bonita. Soy tuyo por el resto de la noche. —Bromea, haciéndome sentir extrañamente cómoda. Algo en su forma coqueta, siempre me dice que es solo es parte de su personaje. Y de alguna manera, me siento bien con eso. Eso me dice mucho de su buen trabajo como abogado.

Pedimos la cena y Aron toma mi mano sobre la mesa. Su tacto es suave, nada parecido a la garra posesiva de Liam. *Tengo que dejar de comparar todo lo que me pasa con el contraste de Liam.*

—¿Estás bien? ¿Ese tipo volvió a molestarte? —pregunta preocupado y me empiezo a cuestionar tantas cosas. *¿y si actué demasiado pronto?*

—Tal vez no es para tanto. Tal vez yo debería de… —Me encojo de hombros, buscando una salida a mi propia ansiedad.

—Arya, basta. No dejes que el miedo te domine. Si ese tipo te lastimó y lo quieres lejos, eso es lo que tendrás. Yo me encargaré de que así sea. —Me corta antes de que pueda intentar auto sabotearme a mí misma—. Ahora, necesito los detalles para el trámite. Nadie más sabrá de esto, eres mi cliente y te voy a proteger.

Escucharlo es suficiente para tomar el valor que necesitaba. Le cuento lo necesario, omitiendo los detalles más escabrosos de mi pasado, pero Aron escucha con una seriedad profesional que me tranquiliza. Al terminar la cena, me siento mucho más ligera. Casi como quitarme una tonelada de encima.

—Me alegra tanto haberte conocido, Aron. Mi tiempo en BLAKE fue un desastre, pero al menos saqué una amistad de ahí. —Espero

no estarme apresurando. Pero de verdad deseo que podamos seguir en contacto.

—El placer fue todo mío. —Se levanta y me ofrece la mano—. Vamos, te acompaño a tomar un taxi. —Acepto su mano y me atrae hacia un abrazo de despedida. Es un gesto tierno, protector, pero en cuanto mi rostro roza su pecho, una sensación eléctrica me recorre la nuca. Es esa presión en el aire, ese peso invisible que solo una persona en el mundo me hace sentir.

«Yo no apostaría por tu suerte hoy, dulzura»,

Mierda.

—¿Disfrutaron su cena? —La voz cala como un látigo de cuero tras nosotros. Esa voz ronca, cargada de una furia fría que hace que los vellos de mis brazos se ericen.

Me separo de Aron y me giro lentamente. Solo para comprobar que efectivamente ahí está él, envuelto en un traje negro, con los ojos inyectados en una rabia que promete cenizas.

Qué triste suerte la mía. Liam Blake ha llegado.

27 LIAM

Decir que me sorprendí cuando Arya llamó a mi mejor amigo justo enfrente de mí para pedirle ayuda se queda muy, pero muy corto. Primero que nada, ¿qué tipo de auxilio legal puede necesitar ella del idiota de mi abogado?

«Bueno, tal vez necesita a un abogado porque su ex jefe es un psicópata», interviene mi conciencia.

Eso no es lo que importa aquí. Importa que la rabia que me llenó el pecho al verla recurrir a otro hombre solo es comparable con ser quemado por las llamas del mismo infierno.

Una vez que terminó la llamada, una parte de mí se alegró de que fuera valiente y buscara ayuda para deshacerse de ese rubio idiota del club. Tendré que averiguar su nombre; anoche no me molesté, mi urgencia por Arya era mayor, pero hoy me doy cuenta de que, si Arya necesita un muro legal para alejarlo, no sé nada de ella.

Sin embargo, la otra parte de mí se moría de celos. Me quemaba hasta los huesos que no me buscara a mí. Ya lo había corrido del club por ella la noche anterior, bien podría haber acudido a mi protección de nuevo.

«Claro, como esta mañana fuiste tan atento buscándola, llamándola o enviándole un mensaje, ¿verdad?».

El sarcasmo no te va bien, conciencia. Ella vendrá a mí, lo sé. Tengo un plan; solo déjalo en mis manos.

Aron sabe que Arya es mía. No necesita mi permiso para ayudarla legalmente, pero está loco si piensa que no estaré cerca para cuidarla. El solo hecho de verla me dará un poco de la paz que tanto necesito.

Por la tarde, termino yendo a BLAKE por asuntos triviales. Mis pesadillas y recuerdos, por primera vez en diez años, pasaron a

segundo plano cuando el nombre de Arya se pronunció en mi mente esta mañana. Pero sin secretaria y sin asistente, la oficina es un caos de papeles sin importancia que se vuelven urgentes.

Para cuando bajo al estacionamiento, ya han pasado treinta minutos de la hora en que Aron citó a Arya. El restaurante es nuestro favorito, uno donde él es el socio principal. Me toma diez minutos llegar. No sé qué hare una vez que esté ahí, pero me encargaré de dejarle claro a esa mujer que, tarde o temprano, seré yo el único al que acudirá.

Para bien o para mal.

Entro al restaurante sin esperar a la anfitriona y me instalo en una mesa justo a la espalda de Arya. Aron no es tonto; sabía que yo aparecería en cuanto me mencionó la cita. No iba a dejar pasar la oportunidad de volver a verla.

«La viste hace menos de veinticuatro horas».

Parecieron años.

Mi pecho se relaja y levanto la mano para pedir un trago, pero la bajo de inmediato cuando veo que Aron se pone de pie y le extiende la mano a Arya. Ella la toma y se levanta también. Parece que llegué más tarde de lo que creía.

El fuego se enciende en mi sangre cuando Aron la atrae hacia su pecho para un abrazo. Ella no se resiste. Sé que mi amigo me está poniendo a prueba, provocándome. Solo espero que algún día él se obsesione con una mujer tanto como yo lo estoy con Arya, para poder devolverle el favor.

Me levanto y camino hacia ellos. No tenía claro qué iba a decir, pero ahora lo sé perfectamente.

—¿Disfrutaron de su cena? —pregunto con voz fría y baja. Casi indiferente. El cuerpo de Arya se tensa al instante. Como si de repente el contacto de Aron le quemara la piel, se aparta de un salto, buscándome con la mirada. La sorpresa en sus ojos es más bien, una mezcla de resignación y pánico. Sus mejillas se enrojecen y tengo que arreglármelas para no sonreír por eso.

—Liam... ¿qué haces aquí? —Su voz sale descuidada, agitada.

Solo quiero regresarle la mirada, solo quiero hacerle ver lo mucho que me afecta y lo loco que estoy por volver a tenerla. Por perderme en sus ojos mientras la hago mía una y otra vez, y reclamar cada uno de sus gritos cuando llega al maldito orgasmo.

Hoy debo ser fuerte. Debo demostrarle que lo que tanto me pidió —que me alejara— no es lo que realmente necesita. Si quiere que la olvide, eso es lo que le haré creer.

—Señorita Foster —La llamo por primera vez con su apellido; lo hago con una frialdad profesional y sin mirarla una sola vez a la cara.

Arya jadea, con toda la sorpresa de que la llamara así. Aun así, ese sonido hace que las marcas debajo de mi camisa ardan con el recuerdo de lo que hice por ella. Sus rasguños en mi piel me queman de una manera permanente.

Aferro mi vista al rostro de mi amigo. No soy tan fuerte así que termino con lo que vine a hacer. El rostro de Aron es un poema; me está gritando *«maldito loco»* con la mirada.

—Cuando termines con ella, —Esa parte tiene doble intención y creo que se da cuenta. Arya baja su mirada y entiende que yo también he terminado con ella—, te espero del otro lado. —Señalo mi mesa—. Necesito tu ayuda con la nueva plantilla para los puestos de mi piso. BLAKE tiene que seguir adelante, a pesar de todo.

Dejo que esa última frase suene como una acusación directa. La mandíbula de Arya se desencaja. No sé si odio verla así o si me produce un placer retorcido.

«Te gusta hacerla sufrir, no lo niegues».

Sí, me gusta de una manera retorcida. Como cada parte de ella. Reprimo una sonrisa mientras sigo ignorándola.

—Yo... ya me iba —susurra Arya, con una timidez extraña en ella—. Gracias por todo, Aron. Estaremos en contacto.

—Claro que sí, bonita. Ya tienes mi número personal —responde Aron, divirtiéndose a mi costa. Puedo ver cómo contrae la comisura de los labios para no soltar una carcajada frente a mi evidente ataque de celos contenido.

Tengo los puños apretados dentro de los bolsillos. Doy un paso atrás para dejarle espacio para pasar. Su aroma dulce me golpea, me enloquece; quiero enterrar mi cara en su cuello ahora mismo, pero resisto.

Hago una inclinación de cabeza educada y distante. Arya pasa frente a mí y siento que se detiene un segundo, como si esperara que dijera algo más, pero sacude la cabeza y endereza la postura.

—Buenas noches —dice con una fuerza que no puede sostener. La he afectado. Mi plan ha funcionado. No quiero esperar por el momento en el que reconozca que me desea tanto como yo a ella.

—¿Qué mierdas te pasa? —Aron me golpea el pecho con el dorso de la mano en cuanto Arya desaparece—. Creí que te ofrecerías a llevarla a su casa o algo por el estilo; no que la ibas a ignorar. ¿Viste su cara? No le quedarán ganas de volver a verte nunca.

—Es todo lo opuesto, amigo mío. Con esa reacción me acaba de demostrar que no quiere que me aleje, a pesar de las veces en las que insistió que seriamos cosa de una sola vez.

—Y lo de la nueva plantilla ¿Al menos es real? —Se cruza de brazos delante de mí. Sin entender mi plan en lo más mínimo.

—No. Pediré que transfieran a alguien de otro piso para cosas simples. Tenemos junta ejecutiva en dos semanas y, para entonces, Arya habrá vuelto al trabajo.

Y a mi vida. Pero eso me lo guardo para mí.

ARYA

No, no lo dijo... Pero mierda, si lo hizo. Me llamó *Señorita Foster.*

«Sí, sí lo hizo», confirma mi conciencia pareciendo tan enojada como yo.

Me trató como si no me hubiera poseído en cuerpo y alma hace menos de veinticuatro horas. Todavía puedo sentir la presión de sus manos en mi piel, el calor de su cuerpo... Y ahora ¿soy una completa extraña?

«Deberías alegrarte, ganaste, Arya. Le dijiste que solo querías sexo. Eso es lo que hizo. Todo está como querías ¿verdad?»

Casi puedo regresar al restaurante y gritarle lo imbécil que es. De hecho, mis pies dan media vuelta por puro instinto, pero mi móvil vibra y me devuelve la cordura.

Gracias al cielo. Me alejo del restaurante y reviso la pantalla. Es mi padre. Su segunda llamada. Había olvidado su mensaje *urgente* de esta mañana.

—Hola, papá, no es un buen momento —respondo mientras busco un taxi. Entre más rápido me aleje de este lugar, más rápido podré ignorar el dolor en mi pecho.

—Hija, te dije que era urgente. ¿En qué has estado metida todo el día? —Su tono preocupado me pone alerta. ¿Y si enfermó?

—Sabes que tengo trabajo, papá. ¿Dónde más iba a estar? —Miento mientras subo al taxi. No le diré que pasé de tener el empleo de mi vida a acostarme con mi jefe tóxico ya dejar el empleo en cuestión de semanas.

—Necesito hablar contigo. Ahora mismo. ¿Vienes a casa o voy a tu departamento? No hay otra opción. —Nunca lo había escuchado hablar con esa urgencia.

—Está bien, voy para allá.

Me toma veinticinco minutos llegar a la casa de mi padre. Siempre me he sentido desconectada de este lugar, buscando un hogar que no termino de encontrar ni en mi propio departamento.

Suspiro y el movimiento me recuerda el dolor dulce que aún llevo conmigo del encuentro con Liam.

La ropa roza cada parte que él tocó y duele de una manera diferente. Sin embargo, ese dolor empieza a desvanecerse, llevándose consigo cualquier ilusión de algo real.

Abro la casa de mi padre con mi llave de repuesto. Lo encuentro en la barra de la cocina, con un vaso de licor y la mirada perdida. Él no suele beber. Y no suele parecer que no se ha dado un baño en días.

—Papá, estoy aquí. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Esta vez mi preocupación es real. Algo me dice que las cosas no están bien.

—No lo estaré hasta que me asegures que dejarás de trabajar para ese hombre en BLAKE. —Su mandíbula está tan apretada que las venas de su cuello resaltan.

—¿Qué? No entiendo nada papá, ¿Qué tiene que ver mi empleo con tu estado actual? —Me cruzo de brazos y me detengo del otro lado de la barra frente a él.

—Lo tiene todo que ver, Arya. —Se lleva una mano a la cara—, porque su dueño, Liam Blake, es... es...

—¿Qué pasa con Liam, papá? —pregunto con el ceño fruncido, mi corazón empieza a latir con fuerza, avisándome que algo está a punto de romperme.

—Él quiere matarme —suelta de repente y con palabras torpes. Lo que dice no termina de encajar en mi cerebro—. Te lo explicaré todo, pero por favor huye de él. y sobre todas las cosas... perdóname. Lo que hice no tiene perdón, pero necesito que tú me perdones.

¿Perdonarlo? Mi pecho empieza a arder. Siento que voy a vomitar la cena. Nada, absolutamente nada, pudo haberme preparado para lo que sigue.

—Te está utilizando, Arya. Se está vengando de mí a través de ti... por la muerte de sus padres.

«No puede ser verdad... ¿o sí?».

De pronto, el aire de todo el lugar desaparece. El rostro de Liam, sus promesas silenciosas y su tacto se vuelven cenizas. Todo se vuelve negro y el suelo desaparece bajo mis pies.

28 ARYA

Despierto del trance con el aroma penetrante a licor golpeando mis fosas nasales. Mis ojos fijos en el techo de la casa que fue mi hogar por toda mi infancia, se sienten como haber entrado a otra dimensión. Una de terror.

—Arya, despierta... ¡No me asustes, hija! —La voz de mi padre suena lejana, distorsionada. Como el eco de un sueño, ojalá todo sea un maldito sueño.

Parpadeo lentamente, mientras dejo que todo regrese. La figura de mi padre se materializa delante de mí. Desenfocada, borrosa. Sostiene la misma botella que lo ha estado acompañando toda la noche.

—¿Papá? Qué... —Intento hablar, pero las palabras me saben a cenizas.

—No te esfuerces, hija, por favor. —Su mano en mi espalda me estabiliza, hasta que termino sentada en el sofá de la sala—. No pude sostenerte. Cerraste los ojos y simplemente te desmoronaste.

«Pero que tal esa botella que no ha soltado»

Sacudo la cabeza, tratando de ordenar todo el caos en mi cabeza. Liam, sus padres muertos, mi padre sabiendo eso… Venganza; las piezas encajan, todas y cada una de ellas de una manera monstruosa.

—Si de verdad te importo un poco, papá, —No sé de dónde saco la fuerza para hablar, solo sé que necesito darle sentido a todo esto antes de que me vuelva loca—, vas a contarme todo, quiero saberlo todo... —Mis palabras salen duras, pero llenas de necesidad. Mis puños se cierran con una fuerza que me hace doler los nudillos. Mi corazón late de forma errática, como un animal atrapado. Creo que eso es lo que soy, porque no encuentro como escapar de aquí.

—No quiero mentirte. —Me asegura con voz quebrada—. No creo que pueda seguir haciéndolo. Pero necesito que tú me

prometas que nunca más volverás a acercarte a ese hombre.

¿Prometerlo? ¿Cómo se promete dejar de respirar?

Asiento con la cabeza, consciente de que quizá estoy entregando una mentira. Porque un mundo donde no exista Liam no es un mundo en el que yo exista, para bien o para mal, destino o venganza, ese hombre me ha marcado para siempre.

Mi padre suelta un suspiro pesado y se arrodilla frente a mí, perdiendo toda su estatura de hombre exitoso.

—Hace diez años, cuando iniciaba con la inmobiliaria... tú eras casi una adolescente.

—Lo recuerdo —lo interrumpo. Él asiente lentamente.

—Yo era inexperto. Me quería comer el mundo, era la primera vez que me aceptaban en un proyecto tan grande. —Hace una pausa, su mirada se pierde en algún punto doloroso del pasado—. Acepté un edificio como pago de otro contrato. Me dejé llevar por el margen de ganancias y no hice las inspecciones necesarias. No quería perder esa oportunidad. Entonces apareció ese hombre, Parker...

¿Parker? Pero Liam es un Blake.

Mi padre lee la duda en mis ojos.

—Tiempo después supe que el apellido de soltera de la señora era Blake —aclara. Siento que la última pizca de esperanza que me queda muere en ese instante.

—Está bien, papá. Les vendiste un edificio defectuoso... pero ¿Qué pasó después? —Mi voz tiembla. Hay demasiados huecos, demasiada sombra en su relato.

—Lo que tienes que saber es que te amo por sobre todas las cosas. Que tú y tu madre fueron mi única prioridad. —Sus palabras no ayudan. Al contrario, nace un dolor en el centro de mi pecho que no se compara con nada que haya sentido antes.

—¡Papá, por favor! —suplico tomando sus manos entre las mías, intentando desesperadamente encontrar algo de luz—. ¿Qué

fue lo que pasó?

—El señor Parker solicitó una inspección de última hora —dice con un rastro de coraje, como si el padre de Liam hubiera cometido un pecado por querer hacer lo correcto antes de comprar un edificio —. Yo no podía permitir que lo hiciera, Arya. Me iban a demandar por fraude, me iban a quitar todo... fue un accidente.

La bomba explota en mis oídos, en mi pecho, en todo mi cuerpo. El zumbido es tan fuerte que dejo de escuchar el resto. La sangre me bombea en las sienes con una violencia que amenaza con devolverme a la oscuridad. Me levanto de un salto, poniendo distancia entre nosotros. Necesito aire. Necesito que esto no sea real.

—¿Cómo murieron los padres de Liam, papá? —le pregunto, cada palabra raspa como un cristal roto en mi garganta. Pero Necesito oírlo de sus labios.

—Caminaban por el lugar... hablando, proyectando sus planes en el edificio en construcción. —Agacha la cabeza, incapaz de sostenerme la mirada—. Tienes que entenderlo... eran ellos o nosotros. Sus vidas o nuestro futuro.

Sus palabras son como lija, desgarrando mi piel y quemándolo todo a su paso. Mi frente se siente fría. La imagen mental de esas personas inocentes… Mi padre haciendo que ellos… que ellos...

—¿Sabías que tenían un hijo? —pregunto, dejando caer mis brazos a cada lado de mi cuerpo, ya sin fuerzas.

—Era mayor. Se quedaría con el dinero. No lo pensé... solo vi la oportunidad y...

—¿Cómo los mataste? —El grito sale con rabia, desde lo más profundo de mi pecho. No puedo creerlo. No puede estar pasándome esto a mí.

—¿Cómo qué? —Se queda helado en su lugar. No entiendo de que otra manera quiere que lo pregunte si eso es exactamente lo que hizo.

—¿Cómo los mataste, papá? —Mi padre ahoga un grito de agonía. Él lo hizo. Mi héroe es un asesino.

—Yo... no puedo, hija. Por favor... —Se acerca a mí con el rostro desfigurado por la angustia. Sus ojos están inyectados en sangre. Solo puedo retroceder.

—Dímelo —suplico entre lágrimas. Todo mi cuerpo tiembla.

—Cayeron del octavo piso... del área de la que habían solicitado la inspección —Lo dice y cae de rodillas, sollozando—. Lo he pagado... lo he pagado cada día, Arya. Tu madre...

No puedo sentir lástima por este hombre. No puedo entender sus motivos. Nada podrá justificar el daño que nos ha hecho.

—¡No metas a mi madre en esta mierda! —grito. Mi voz suena extraña, fría—. ¿Cómo te atreves a decir que su muerte fue tu castigo? —Mis pies no pueden sostenerme por mucho tiempo más.

—Nunca he vuelto a dormir en paz, Arya. Sus rostros me atormentan. Lo hice por ti. —Doy otro paso hacia atrás, asqueada. No puedo estar respirando el mismo aire que un asesino.

—Lo hiciste por ti, papá. Por nadie más. —Como puedo, y sin recordar mucho del trayecto, camino hacia la cocina para recoger mi bolso—. No hemos terminado, pero necesito distancia. Necesito no verte.

—Hija, lo prometiste, no quiero que te haga daño... —Se refiere a Liam.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al pensar en él. En sus manos, en su boca, en todo lo que compartimos mientras él planeaba destruir al hombre que acababa de confesarme un doble asesinato. No solo los mató a ellos, también me ha matado a mí.

Me detengo con la mano en la manija.

—¿Cómo sabes que Liam busca venganza? —pregunto con lo último de fuerza que me queda.

—Hoy... una mujer vino a mi oficina. Dijo que era la secretaria de... de Liam. Que tenía información sobre ti y ese tipo.

—¿Bonnie? —La imagen de ella, de sus celos, de Liam prometiendo que la despediría... Todo cobra un sentido retorcido. Liam sabía exactamente quién era yo desde el primer día. Mi salvador, mi más grande deseo... siempre fue mi verdugo.

—Adiós, papá —susurro y cierro la puerta detrás de mí, dejando su confesión dentro de esa casa, dejando mi realidad en donde sea que no pueda alcanzarme.

No me detengo hasta llegar a mi departamento. No paro hasta caer de rodillas en el baño y vomitar todo el contenido de mi estómago, hasta que solo queda bilis y amargura. La ducha que tomo después no puede quitarme la sensación de suciedad. No puede hacer nada por borrar que mi padre es un asesino.

Mi padre dejó a un Liam joven solo en el mundo. Y todas las reacciones de cuando me llevó a la casa de sus padres toman todo el maldito sentido del mundo. No quería que tocara nada en ese lugar.

Me río en voz alta, una carcajada histérica que sacude todo mi cuerpo, hasta que esa risa se convierte en llanto. Uno que no soy capaz de controlar.

Yo no tengo la culpa de los errores de mi padre, pero ahora estoy igual de sola que él. pienso que el dolor y las lágrimas serán suficientes para vencerme.

Sé que no lo son cuando pasan los días y no he muerto. diez días sin salir de la cama. Sin lavarme el cabello, sin comer más que alguna galleta rancia. Mi teléfono está muerto, igual que mi alma. No quiero saber nada del mundo exterior. Mi corazón está físicamente muerto.

Hace dos días, Susan intentó entrar, pero he bloqueado la puerta por dentro. No puedo ver a nadie.

¿Por qué una vida vale más que la otra?

Mi padre no tenía el derecho de decidir, y ahora yo no tengo fuerzas para seguir. El agua se terminó. La comida también. Quizá hoy sea el día de alcanzar a mi madre.

De pronto, un estruendo rompe el silencio de mi tumba. Intento abrir los ojos, pero mis párpados pesan toneladas. después, viene el sonido de la puerta de mi habitación siendo derribada.

—¡Arya! ¡Por Dios, qué pasó! —La voz de Su es un chillido de terror. Reconozco esa preocupación, pero lo que me llama la atención es el aroma que la acompaña.

—Mierda, mierda, mierda... —Esa otra voz. Ronca, autoritaria, cargada de pánico—. ¡Maldita sea, Arya!

Siento unos brazos fuertes levantándome. Intento luchar, pero mi cuerpo es una cáscara vacía y no me doy cuenta de nada.

—¡Ha perdido demasiado peso! ¿Qué demonios pasó aquí? —ruge Liam. Siento el aire fresco del pasillo en mis mejillas.

—Vas a estar bien, dulce Arya. Te llevaré al hospital. Me dirás quién demonios te hizo esto y entonces podre destruirlo. —Siento cada una de sus palabras, siento cada gramo de su furia. No tengo fuerza ni para reaccionar—. ¡Maldita sea, es mi culpa! No debí tratarte así en el restaurante...

Liam piensa que mi estado es por su desplante. No tiene idea de que la verdad nos ha matado a los dos.

Me hizo enamorarme de él cuando estábamos destinados a ser enemigos.

29 LIAM

Es extraño, casi antinatural, que Arya no respondiera a mis llamadas ni a mis correos. Me juré que sería ella quien volvería a mí; intenté ser paciente, darle aire, darle espacio. Pero la verdad es que fui un imbécil. Solo bastaron un par de días sin saber de ella para que el aire empezara a faltarme.

Hace más de una semana que la vi por última vez, y cada día ha sido peor que el anterior; me cuesta respirar y el humor se me ha podrido.

Entiendo que debo preocuparme de verdad, cuando Aron me pregunta por ella. Si a él tampoco le responde los mensajes, algo va mal. Mi lado celoso siente un chispazo de alivio, recordándome que sigo siendo un estúpido.

Si tan solo hubiera prestado atención a las señales...

El punto de quiebre llega esta mañana en forma de una rubia molesta. Susan, la amiga libertina de Arya, irrumpe en mi oficina sin previo aviso. No tengo idea de cómo logro pasar a los guardias, pero no tengo tiempo de averiguarlo, porque la preocupación en su rostro me golpea directo en el estómago, confirmando mis peores instintos.

—Tiene el teléfono apagado y no puedo entrar al departamento ni con mi llave de repuesto. —Dice en cuanto me encuentra detrás de mi escritorio.

—Mierda, sabía que algo estaba mal. Esto es mi maldita culpa. —Rodeo mi escritorio. Estoy listo para salir.

—No tengo a nadie más a quien pedirle ayuda y, si se lo digo a su padre, tal vez la meta en problemas. No sé qué hacer, estoy desesperada —grita en un chillido histérico.

No necesito más. Dejo todo en la oficina como está y sin mirar atrás tomo del brazo a Susan para ir a buscarla. Diez días de silencio absoluto no pueden significar nada bueno.

«¿Y si ese rubio la secuestró?»

El pensamiento me despierta instintos que no he tenido antes, claro que he pensado en venganza, en dominio, en castigo, incluso en desaparecer personas. Pero lo que siento ahora… es asesino. Si Carter tiene algo que ver, será lo último que haga en esta vida.

Llegamos al edificio de departamentos y golpeo la puerta con todas mis fuerzas. Silencio. No hay nada del otro lado.

—Te lo dije. Algo no está bien. —La desesperación de Susan me saca de quicio.

—Hazte a un lado, voy a tumbarla. —No espero. Tomo impulso y uso todo mi peso para arrancar la maldita puerta de sus bisagras. La silla que bloqueaba el paso desde el interior se hace pedazos. Entro de un salto.

«Esa silla es una señal de que está aquí dentro. Eso es bueno, ¿verdad?»

El olor a comida vieja y el caos de la cocina no me distraen de mi único objetivo: encontrarla. Susan corre hacia el dormitorio, pero yo soy más rápido. La puerta no estaba trabada, pero la adrenalina me impide ser delicado. Algo me recorre el cuerpo, algo que se parece mucho a lo que sentí el día que los perdí a ellos.

Sacudo la cabeza, no voy a permitir que eso pase.

Otra puerta rota.

Un gemido ahogado suena detrás de mí. Susan corre hacia la cama donde el cuerpo de Arya yace tendido en posición fetal, en un estado que me revuelve el estómago. La habitación es un desastre; objetos rotos por todas partes, pero no parece haber ninguna amenaza física presente. *Solo ella.* Me estremezco.

—¡Arya, por Dios! ¿qué pasó? —chilla su amiga, girando el cuerpo de Arya para ponerla boca arriba. Al verla de frente es mucho peor de lo que imaginé.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Por fin reacciono. Aparto a Susan de un empujón y tomo su lugar. Arya tiene el cabello enredado y

sucio, la ropa manchada y... —¡Maldita sea, Arya, qué mierdas pasó! —grito demasiado frustrado, sintiendo el temblor en mis manos. No debí tratarla así. ¡Maldita sea!

No veo heridas externas, pero el cuadro es desolador.

—No reacciona, pero tiene pulso —jadea Susan a mi espalda.

—La llevaré al hospital ahora mismo. —Gruño y la levanto en brazos. Su peso me alarma de inmediato; se siente demasiado ligera.

—¡Ha perdido demasiado peso! ¿Qué demonios pasó aquí? —Bajo las escaleras a toda prisa, sin importarme si Susan me sigue o si la puerta queda abierta. —Vas a estar bien, dulce Arya. Te llevaré al hospital. Me dirás quién demonios te hizo esto y entonces podré destruirlo.

Llego al auto en tiempo récord. La acomodo en el asiento del pasajero, reclino el respaldo y le abrocho el cinturón con manos torpes.

—¡Maldita sea, es mi culpa! No debí tratarte así en el restaurante...

Escucho a Susan gritar algo sobre seguirme, pero no me importa. Lo único que llena mi mente es Arya. Enciendo el motor a distancia antes de subirme y salgo disparado.

Necesito el hospital más cercano. Me lo repito mentalmente, intentando convencerme de que llegaremos a tiempo. Arya deja salir un gemido casi imperceptible, pero ese débil sonido es como una inyección de esperanza. Acelero, ignorando semáforos, sintiendo la fuerza de mis manos en el volante. La imagen mental de Arya en esa cama, me perseguirá cada día de mi vida.

No me detengo hasta frenar en seco en la entrada del primer hospital que encuentro. Salgo disparado para sacarla en mis brazos, mientras los camilleros se acercan. Sacudo la cabeza cuando no tiene fuerza ni para sostener la suya, me desespero y todo pasa tan rápido.

Pero por un segundo, creo que escucho su voz, un susurro tan frágil que se pierde en el aire. La dejo en la camilla y empiezo a soltar información.

—Su nombre es Arya Foster, desaparecida desde hace diez días. La encontré inconsciente en su habitación, con una pérdida de peso severa y signos de deshidratación —ladro a cualquiera que lleve una bata.

—La tenemos, nos haremos cargo —responde un enfermero mientras se la llevan por un largo pasillo. Intento seguirlos, pero me detienen antes de cruzar la primera puerta—. Lo mantendremos informado sobre la salud de su...

—¡Es mi mujer! —le grito. El hombre asiente y desaparece con ella. Con mi dulce Arya. Mi corazón empieza a latir de forma errática. Esto es toda mi culpa. Mi maldita culpa.

«Tranquilo, está viva. Todo se puede arreglar mientras respire».

—¿Dónde está? —La voz de Susan me devuelve a la realidad antes de que mis rodillas me fallen y termine en el suelo.

—Se la llevaron.

—¿Crees que estará bien? ¿habremos llegado a tiempo?

—Tiene que estarlo. O juro que desataré un infierno. —Camino de vuelta al auto con pasos largos y llamo a la única persona capaz de mover cielo y tierra conmigo.

—Liam, ¿qué hay? —Aron contesta al segundo tono.

—Encontré a Arya inconsciente. Necesito un investigador privado. Quiero que revisen todas las cámaras de la ciudad; quiero saber dónde estuvo y con quién habló desde que salió de tu restaurante la semana pasada.

—Espera, ¿qué? ¿Inconsciente? ¿Está bien? ¿En qué hospital estás? —pregunta y escucho el movimiento del otro lado. Le doy la ubicación y él promete llegar de inmediato. No esperaba menos.

—Quiero el contacto del investigador antes de que llegues —exijo antes de colgar. Me llevo las manos a la nuca, bloqueado. No entiendo nada. Mi dulce Arya...

Un mensaje llega a mi teléfono, es el número del investigador.

Llamo sin tomar otra respiración.

—El dinero no es problema...

Justo cuando voy a entrar de nuevo al hospital, el sonido de un auto familiar me detiene. Aron baja de su auto y corre hacia mí con la preocupación grabada en el rostro.

—¿Está bien? —pregunta. Me encojo de hombros, incapaz de articular palabra. Le hago una seña con la cabeza para que me siga. No pienso volver a dejarla sola ni un segundo.

Entramos en silencio. Aron sabe que no estoy para charlas. Al llegar a la sala de espera, Susan se pone de pie de un salto. Tiene los ojos empañados y las manos temblorosas, aferradas a su blusa. Mira a Aron por un segundo, antes de desviar la mirada.

—Hola —dice mi amigo, extendiendo la mano con calma—. Soy el mejor amigo de Liam.

—Hola... soy la mejor amiga de Arya —responde ella, estrechando su mano. —Yo pongo los ojos en blanco; no tengo paciencia para presentaciones.

—Puedo acompañarte por un café. —Se ofrece Aron sin soltarla—. Estás muy nerviosa y el aire fresco te vendrá bien. Liam nos avisará en cuanto el doctor traiga buenas noticias.

Susan me mira buscando permiso, sus mejillas están ruborizadas. Casi me dan náuseas. Hago un gesto despectivo con la mano para que se larguen de aquí.

Me siento en la silla más cercana a la puerta por la que desapareció Arya y apoyo los codos en las rodillas. Hundo la cabeza entre las manos, intentando silenciar a mis propios fantasmas.

El tiempo se vuelve elástico, eterno, hasta que unos pasos seguros me obligan a levantar la vista.

—¿Familiares de la señorita Arya Foster? —Me pongo de pie en cuanto la nombran.

—¿Qué tiene mi... novia, doctor? —pregunto con un nudo en la garganta. El nudo baja y se aprieta en mi estómago. El médico me estudia con curiosidad, como si dudara del título que acabo de decir.

Incluso yo me siento nervioso de llamarla así. Hace unas semanas era el objetivo de mi venganza, y ahora…

—La señorita Foster presenta un cuadro clínico de depresión, deshidratación y desnutrición. Parece que llevaba días sin probar nada.

—¿Qué lo causó? —exijo.

—Esperábamos que usted lo supiera. ¿Cuándo fue la última vez que la vio? —Siento un pinchazo de culpabilidad.

—Hace casi dos semanas. Tuve trabajo fuera y... —miento—. Al regresar hoy, la encontré así.

—¿No notó nada extraño en su comportamiento? —Los ojos del doctor me están acusando directamente.

Niego con la cabeza. No voy a confesar que la forcé a pasar tiempo conmigo, que la seduje para después ignorarla y verla marchar con el corazón roto.

Soy un bastardo. *¿Soy como Carter? O ¿es que soy peor?*

El pensamiento me da ganas de pegarme un tiro.

—Entiendo. Tendremos que esperar a que despierte para evaluar el detonante, pero la derivaremos a psiquiatría. *—¿Tan grave es?* Maldita mierda.

—¿Puedo verla? Lo necesito —suplico con la voz quebrada. El médico parece ver que mi desesperación es real.

—La están aseando y está siendo alimentada vía intravenosa. —Asiento—. pero...

—Pero ¿qué? —Mi corazón se acelera.

—Hay algo más —dice, llevando sus manos a la espalda—. Es un cambio sutil, pero la hormona HCG está elevada. Confirmaremos en unos días, pero es muy probable que esté embarazada.

«¡Embarazada!»

Retrocedo un paso. Después otro.

«¡Embarazada!»

Pierdo el equilibrio mientras la palabra sigue resonando en mi cráneo como una explosión fulminante.

«¡Embarazada!»

La sangre de ese hombre y la mía ahora corren en una sola dirección. Dándole vida a algo que no tiene retorno.

30 LIAM

«¿Qué eres? ¿Un adolescente? ¿Cómo olvidaste que la regla número uno es siempre, siempre, pero SIEMPRE usar condón? Esto es un desastre. ¿Qué vamos a hacer?»

—Ya cállate, ¡maldita sea! —Tengo que callar a mi mente.

Arya está embarazada. Trago con dificultad, sintiendo cómo el mundo se desmorona y se construye de nuevo frente a mis ojos.

Bueno, es una posibilidad médica, pero la idea está ahí: Arya tendrá a mi hijo. *Mierda*. No soy capaz de describir lo que estoy sintiendo en este jodido momento. Es un torbellino de pánico, asombro y una extraña posesividad que me quema las entrañas.

Llevo veinte minutos parado en medio del pasillo, con cada músculo de mi cuerpo entumecido, petrificado. El doctor se fue diciendo que volverá cuando podamos pasar a verla.

—Hermano, ¿Qué pasó? —La mano de Aron me toca la espalda y me sobresalto, regresando a la realidad de golpe. —Oye, ¿qué pasa, estás bien? Parece que has visto a un fantasma.

Por fin levanto la mirada del suelo y lo miro a los ojos. Niego con la cabeza, intentando procesar el puto caos en mi mente. Los malditos acontecimientos desde que decidí acercarme a esta mujer.

—No... yo... —Mis propias palabras me suenan lejanas, mis sentidos están nublados. Ni siquiera siento que sea mi propia voz la que habla; suena rota, ajena.

—¿Qué quieres decir con ese no? —Susan, camina hasta quedar en medio de Aron y yo, escudriñándome con esos ojos que parecen juzgarme siempre. —No me digas que... Ay, Dios mío, ¡no puede ser! No. No. No. —Empieza a gritar como loca, llevándose las manos a la cara, empieza a doblarse cuando Aron se acerca a ella. Yo apenas puedo escuchar una palabra clara entre sus chillidos.

—Shhh, tranquila. Cálmate. —Las manos de Aron la rodean con mucha confianza cuando ella empieza a hacer un espectáculo en medio del hospital. Mi amigo me mira y me exige con la mirada una respuesta coherente. —Habla de una maldita vez, ¿qué dijo el doctor?

—Arya está bien. Despertará pronto. —Encuentro mi voz.

—¡Maldito imbécil, mira lo que hiciste, creímos que le había pasado algo más grave! —Aron me reclama al mismo tiempo que termina de calmar a la loca de Susan.

—¡Ay, gracias a Dios! —Ella suspira aliviada, llevándose una mano al pecho—. Quiero verla. —Exige la muy…

—Sí, yo también —respondo seco—. Nos avisarán cuando podamos entrar.

—¿Saben lo que le pasó? —preguntan los dos al mismo tiempo. —Dios, ¿qué hice para merecer esto?

«¿Te lo digo?», se burla mi conciencia. *Ah, sí, ya me acordé.*

—Fue un cuadro de depresión, no comió ni bebió líquidos por días. —Les explico muy a mi pesar, sintiendo cómo la culpa me aprieta la garganta. El frio regresa a mi cuerpo.

—¿Depresión? ¿Pero por qué? —empieza Susan, pero hace una pausa dramática y entrecierra los ojos en mi dirección, como si pudiera ver mis pecados—. ¿No tendrás algo que ver en eso, o sí?

Es todo lo que soporto. Si las miradas mataran, ella ya estaría enterrada a tres metros del suelo. Estoy harto de sus suposiciones, aunque por dentro me estoy muriendo de miedo de que sea verdad.

—¿Por qué no nos calmamos todos? No podemos saber la causa hasta que Arya despierte, además no puede vernos peleando entre nosotros. No será bueno para ella —interviene mi mejor amigo.

Lo agradezco infinitamente porque la loca parece aprobar cada palabra que sale de su boca. Y yo, justo en este momento, podría...

¡Maldita mierda de día!

—Tienes razón —dice ella, mirándome con el mismo odio que la miro yo a ella—. Arya me lo dirá, soy su mejor amiga. Entonces podré tomar cartas en el asunto. —Lo dice segura de que yo soy el único culpable.

Ya me cansé de esta mierda. Doy un paso para alejarme de ellos, pero las puertas dobles se abren de nuevo. El mismo doctor se acerca a nosotros con la misma expresión fría de antes.

—Los amigos, supongo —dice en cuanto se detiene delante de nosotros. Espero con todo lo que tengo que no se le ocurra mencionar que antes dije que soy su novio, o esta perra hará un escándalo por eso—. Ya pueden pasar a verla. Los dejaré entrar a todos a la vez, pero solo por unos minutos.

Susan asiente con rapidez, pero de nuevo soy más rápido que ella; mis piernas se mueven solas y ya estoy cruzando el pasillo para poder verla. Lo necesito como necesito el aire para respirar.

Un cristal enorme en la pared me ayuda a encontrar su habitación. Se mira tan vulnerable, tan frágil y pequeña en esa cama inmensa. Mi instinto solo quiere abrazarla y no soltarla jamás, protegerla del mundo y, sobre todo, de mí mismo.

Mi corazón late desesperadamente cuando atravieso la puerta. Todo mi cuerpo tiembla. No dura mucho, porque nuestros amigos ya están detrás de mí. Quiero tocar la piel suave de sus manos, necesito sentir su pulso bajo mis dedos y saber que su corazón sigue latiendo. Camino hasta su costado, pero Susan se me adelanta y corre para llegar a ella primero, desplazándome.

—¡Amiga! Baby, por favor, despierta —le suplica con voz quebrada. Yo miro cómo el pecho de Arya sube y baja lentamente, rítmico. Ese es motivo suficiente para que el mío también encuentre el ritmo para respirar.

—Oye, amigo, ¿estás bien? —Aron me susurra por la espalda. Niego con la cabeza. —¿Pasa algo? ¿Dijeron algo más?

Me quedo callado. No estoy listo para decirlo. Además, el doctor dijo que era pronto para estar seguros. Harán más pruebas,

más análisis. Aron se queda detrás de mí y lo escucho suspirar con pesadez.

—No quiero molestarte con trivialidades, pero... ¿Recuerdas lo que hablamos hace una semana? —Hablamos de muchas cosas, y ahora no tengo ni tiempo ni ganas para pensar en negocios o venganzas. Así que solo asiento con la cabeza, esperando que se detenga ahí.

—Hoy darán el primer golpe —me dice en voz baja. Entonces caigo en cuenta: hoy entrarán a robar la oficina del bastardo de Franco Foster.

¿Cambiaré de opinión? Jodidamente nunca.

¿Le quiero exprimir la vida? Mierda, sí.

¿Lo disfrutaré? Esa... esa es otra historia.

El médico dio permiso solo unos minutos, pero a la mierda si dejo que me saquen de su lado antes de que despierte. Necesito respuestas, necesito saber si yo soy el culpable de que haya dejado de comer.

«¿Qué harás, si lo eres?». No tengo la menor idea.

Gracias a Aron y a su labia, logro tener un momento a solas con mi dulce Arya. Se llevó a Susan con el pretexto de ir a comprar flores para cuando ella despertara, para darle ánimos.

No me quejo de las flores, yo haré lo mismo más tarde, llenaré este cuarto si es necesario. Tomo la mano de Arya y la llevo a mis labios; está fría por los medicamentos y el letargo. Sigo besando y acariciando su piel cuando, de pronto, se pone inquieta.

Frunzo el ceño y me preparo para llamar a la enfermera, pero un susurro que escapa de sus labios me detiene antes de que pueda.

—¡Perdón! —La palabra sale torpe, casi inaudible.

«Perdón ¿Eso fue lo que dijo?».

Gira su cabeza de un lado a otro en la almohada, atrapada en una pesadilla. Me acerco tanto hasta que beso su frente.

—Tranquila, dulzura, estás bien —susurro en su oído—. Estoy contigo. Nunca te dejaré.

—Perdón, yo no lo sabía. —vuelve a decir, y cada segundo entiendo menos. Mi pecho se contrae y me lleno de un miedo nuevo.

—¿A quién le pides perdón, mi dulce Arya? —pregunto acariciando su cabello aún enredado por los días de abandono.

—Perdóname, Liam, por favor no me hagas daño... —Entonces lo entiendo todo.

Yo lo hice.

Sus palabras caen sobre mí como un balde de agua helada. No. Son como un puñal que se clava en mi pecho y gira perforando mi alma y mi espíritu. Fui yo. Yo le hice esto. Ella me tiene miedo.

La suelto, creyendo que mi toque le causará una herida física. Doy un paso hacia atrás, y luego otro, alejándome de la cama.

«La vas a dejar». Nunca fue realmente mía.

«¿No te olvidas de algo?». Esperaré. Cuando esté lista, ella me dirá lo que quiere hacer con el resultado de nuestra noche juntos.

«¿Estás seguro?». No. Pero no sé qué otra cosa puedo hacer. Tiene razón, la busqué porque quería hacerle daño. Le hice daño. Y ahora ya es tarde para decir lo siento.

«La quieres». Y por esa misma razón, me voy a alejar de ella.

No puedo ser su refugio si soy su pesadilla. Camino otra vez hasta ella; necesito respirar su aroma una vez más antes de romperme. Me inclino, inhalo su esencia y miro sus labios.

No puedo resistirme. La beso, tal vez por última vez, y la idea me mata lentamente. La beso y espero que ese roce sea suficiente para despedirme.

«Sabes que no lo será». Sí, lo sé. Nunca será suficiente de ella.

ARYA

Todo es confuso. El bip monótono de una máquina me ha estado molestando por lo que parecen ser horas. Tengo mucho frío y estoy segura de que la iluminación de mi habitación ha cambiado; ya no es la penumbra de mi encierro. Lo más extraño de todo es que el aroma de Liam ha estado entrando y saliendo de mis pulmones, fundiéndose con mis sueños de una manera dolorosamente real.

Después de analizarlo aun con la mente nublada, entiendo que ya no estoy en mi habitación y mucho menos en mi departamento. Estoy en un hospital. Alguien debió haberme encontrado.

Reprendo a mi corazón por seguir pensando en Liam; él no tendría razones para estar cerca de mí ahora. Pero parece que mi corazón no entiende de razones, ni de odio, ni de pasados oscuros. Nunca lo hizo, así que solo espero que aprenda ahora. Empiezo a abrir los ojos con lentitud; todo es de un blanco cegador.

El bip que me molesta viene de la máquina a mi espalda, midiendo mi pulso errático. Un aroma fuerte y masculino persiste en el aire y me permito, por un segundo, tener una ilusión estúpida.

Entonces giro la cabeza y la mano que sostiene la mía no es la de él. Es la de mi mejor amiga. Sonrío con tristeza. Susan podrá no saber qué hacer con su propia vida, pero es una buena amiga, la mejor. Y de nuevo, los hechos que me trajeron aquí me golpean como ese día, destruyendo la poca paz que sentía. Mi mente y mi corazón se estremecen ante el recuerdo de la verdad.

—Arya, baby, ¿estás bien? —Susan jadea al verme despertar—. Oh, gracias al cielo. Estaba tan preocupada. —Su mano se dispara a mi frente—. Estás helada. Llamaré al doctor...

Intenta soltarme para ir al pasillo, pero mi mano sujeta la suya con la fuerza que no sabía que me quedaba.

—Espera —pido y me sorprendo de que me quede voz—. ¿Qué... qué fue lo que pasó? ¿Cómo llegué aquí? —Mi voz sale como un susurro ronco, áspero. Después de no usarla por días, incluso el hablar me provoca dolor en la garganta.

—Arya, estaba tan asustada. No tuve otra opción. No quería buscar a tu papá. —La sola mención de mi papá me hiere en lo más profundo de mi alma. Lo que hizo no tiene perdón y no tengo idea de cómo saldremos vivos de este abismo.

—Fui a BLAKE —continúa ella, pero yo dejo de escuchar el resto en el momento en que menciona ese nombre—. Liam rompió la puerta de tu departamento, te encontramos inconsciente. —Suspira. Veo la pelea en sus ojos. La preocupación contra la molestia de haber recurrido a Liam—. Él te trajo hasta aquí. No quiso separarse de tu lado hasta que despertaras. Lo dejé aquí contigo por un momento y, cuando regresé, había desaparecido.

—Su aroma era real —susurro para mí misma.

—Perdona, ¿qué dijiste?

—Nada, olvídalo.

No es necesario que Susan salga a buscar al doctor; él mismo entra antes de otra cosa. Viene acompañado de enfermeras y de otra mujer de bata larga y anteojos que me estudia con detenimiento. De pronto, una punzada de claustrofobia empieza a pintar un sudor frío en mi frente.

—Señorita Foster, nos alegra mucho que haya despertado. Soy el doctor que la recibió, el doctor Hayes. —Se presenta mientras la enfermera manipula la intravenosa que me mantiene viva—. Esta es la doctora Taylor, es la directora del departamento de Psiquiatría. Dadas las condiciones de depresión y desnutrición en las que llegó, me veo obligado a llamarla para una evaluación.

Trago saliva con dificultad. *Depresión*.

—No lo entiendo, doctor, yo no padezco de depresión. —Trato de incorporarme en la cama, pero la fuerza en mis brazos me falla y vuelvo a caer contra las almohadas.

—No te esfuerces, Ary, por favor —me suplica Susan, apretando mi mano.

—¿Vivió algo traumático en los últimos días? —me pregunta la doctora Taylor.

«Veamos. Tuvimos el sexo más alucinante de la historia y después fuimos olvidadas. Aunque él fue el que nos trajo al hospital —un punto a su favor—, ahora que lo pienso mejor, no esperó a que despertara y me dejó de nuevo. ¿Quién lo culparía? Me odia por ser la hija del hombre que asesinó a sus padres».

—No, doctora. —Miento con la mirada fija en el techo.

Susan abre la boca y sé que lo que dirá me pondrá en evidencia:

—Pero viste a Carter, tu primer novio y el primer chico que te rompió el corazón... —*Gracias por aclarar ese punto, Susan, era lo único que me faltaba poner en la lista de traumas*—. Tal vez eso fue lo que te hizo recaer.

Cierro los ojos y suspiro. Esto está lejos, muy lejos de terminar.

31 ARYA

Me dolía tanto la cabeza, que fue el pretexto perfecto para que me dejaran hasta el día siguiente. No tuve que actuar mucho, la verdad es que me siento vacía. Mi cuerpo tiembla y siento un frío que me cala los huesos. Me hago un ovillo en la cama de hospital, asimilando que no han dado señales de querer dejarme salir pronto.

Susan no se ha separado de mi lado en todo el día. Me hicieron nuevos análisis e hizo lo imposible para que la dejaran entrar conmigo. Dice que no me dejará sola, nunca más. *Para siempre* es mucho tiempo, pero en este momento no tengo ánimos para discutirle nada.

—Habla conmigo, Ary. —Me pide Su por cuarta vez en el día.

—No tengo nada que decir. Estoy bien. —Mi amiga me mira con ojos tiernos, casi dolorosos. Si tan solo supiera...

—Sigues diciendo lo mismo. Arya, tienes que hablar. El doctor... —Su voltea para todos lados, vigilando que nadie escuche, antes de seguir—. No me gusta cómo te mira. Temo que pueda pensar que eres un peligro para la sociedad o para ti misma. ¿Y si se le ocurre mandarte a una institución mental?

Frunzo el ceño, confundida y un poco asustada, porque veo que mi pensamiento de antes, no es solo mío. Su también lo piensa.

—Sé que suena exagerado, pero lo del cuadro de depresión... —Niega con la cabeza—. No es bueno, amiga. Este es un hospital privado y creo que se van a tomar muy en serio tu caso.

—¿Hospital privado? Pero yo tengo seguro, ¿cómo es que...?

Liam.

«¿Acaso hay otro?», se burla mi conciencia. Me temo que no. No hay nadie más. Para bien o para mal, Liam me tiene atrapada. Mental y emocionalmente.

—Se lo pagaré. Algún día —susurro. Hay tanto que le debemos...—. Pero ahora tienes que ayudarme a salir de aquí.

—Eso intento baby, pero no me dan ningún tipo de información. Puedo llamar a Liam; él firmó como responsable. —lleva su mano hacia atrás para buscar su teléfono.

—¡Espera! —Quiero gritar que no, que no lo necesito, pero la realidad me golpea: él me trajo aquí, y creo que, por ahora, solo él tiene el poder para sacarme de este lugar.

—¿Me prestas tu teléfono? Tengo que hacer una llamada. —Extiendo la mano, pero de pronto recuerdo que no me sé su número y me llevo la mano a la cara con frustración—. Olvídalo, no tengo su número.

Susan traga saliva, inquieta.

—Yo... tengo el número de Aron. ¿Tal vez podría llamarle? —Suena nerviosa; ella nunca lo está, por nada ni por nadie. ¿Por qué siento que me estoy perdiendo de algo? Será tema para otra ocasión. Ahora lo que necesito es que me saquen de este lugar. No estoy loca y no dejaré que piensen lo contrario.

Susan se levanta para hacer la llamada. La observo dar vueltas, moviendo su peso de un pie a otro. Cuando le responde, su voz se vuelve extraña: nerviosa y sexy a la vez. Niego con la cabeza, sorprendida. Tarda solo unos segundos, pero cuando regresa hacia mí, tiene la cara enrojecida de vergüenza.

—Después me contarás todo lo que está pasando, ¿de acuerdo? —digo solo para que sepa que lo he notado.

—Lo prometo. —Asiente y suspira—. Aron dice que Liam no está disponible por el resto del día, pero que mañana por la mañana pasará a verte. Y que, si el doctor lo considera conveniente, él mismo exigirá tu alta.

Lo primero que procesa mi cerebro es que Liam no está disponible. Ayer estaba aquí, *hoy no está disponible*. ¿Qué puede ser tan importante? Quiero convencerme de que no me importa, pero sería mentira. Y ya no puedo con tantas mentiras en mi vida.

—Oh. —Es lo único que logro decir. Desvío la vista de mi amiga al plato de comida que trajeron hace un rato. Si antes de la llamada no tenía apetito, ahora lo he perdido por completo.

—Eso no. Ni se te ocurra. —Me amenaza Susan acercándose y tomando el plato en sus manos para ella misma alimentarme—. Si no te acabas el contenido de este plato, te las verás conmigo, y te aseguro que las medidas del doctor no serán tan fuertes como las mías.

Sé que tiene razón. Si quiero salir de aquí, tengo que demostrar que estoy sana y que lo que pasó esta última semana no se repetirá.

«Pero, ¿es verdad? ¿No se repetirá?», me pregunta mi sombra. Eso espero.

Termino el puré y el pollo a la plancha. Me siento tan llena después de matarme de hambre que mi estómago amenaza con regresar todo. Me llevo la mano a la boca, tomando respiraciones profundas para calmar las náuseas.

—Oye, ¿qué pasa? —Susan pasa su mano por mi espalda, ayudando un poco con la sensación.

—Ya estoy bien. Creo que fue por no haber comido en días. —Arrugo el rostro, odiando haberlo confesado en voz alta. Susan se tensa a mi lado.

—Si no quieres decirme lo que pasó, todavía... —Hace hincapié en esa palabra—. Está bien. Lo harás cuando estés lista. Pero tienes que tener una versión de los hechos, una que pueda ser del dominio público y que te ayude a salir de este lugar.

Tiene razón, pero no encuentro una excusa creíble y justificable para lo que hice.

¿Quiero morir? Absolutamente no.

¿Me siento culpable por lo que hizo mi padre? Absolutamente sí.

¿Estoy enamorada del hombre que tiene todos los motivos para destruirme? Desgraciadamente, también es un rotundo sí.

«No es como si pudieras controlar de quién enamorarte», Lo sé, y esa es la peor parte.

***

Mi segunda mañana en este lugar de miedo, convenzo a Susan para que vaya a bañarse a su casa y me consiga un poco de ropa. Espero que mi departamento siga siendo mío; recuerdo vagamente que tumbaron la puerta y el casero no estará nada contento con eso. De hecho, creo que esa es razón suficiente para sacarme de ahí.

Tantas cosas están mal en mi maldita vida. Me pregunto si mi error fue nacer.

He estado jugando con mi fruta de desayuno un buen rato, no quiero arriesgarme a que me regañen, así que devoro la papaya ignorando el aroma desagradable. Solía gustarme; no entiendo por qué hoy me causa tanta repulsión.

No me doy cuenta de que la puerta se abre hasta que ese peculiar aroma, fuerte, amaderado y varonil, que reconocen cada uno de mis sentidos, llena mis pulmones con la siguiente respiración. Levanto la cabeza y ahí está. Poco más de una semana sin verlo, excepto en mis pesadillas, en las que viene por mí para terminar lo que empezó.

Luce aún más grande y fuerte que antes. *¿Es eso posible?* Lo que no es posible es la reacción de mi estúpido cuerpo que quiere desesperadamente correr a sus brazos, que me cubra con ellos y no me suelte jamás.

Trago el bocado de fruta con demasiada fuerza y se me atora en la garganta. Me olvidé de masticar en el momento en que mis ojos lo vieron así, tan perfecto entre lo formal y lo casual. Su cabello rebelde, un poco más largo... *Dios, voy a morir.*

Empiezo a toser y Liam se acerca con solo tres pasos largos. Me da golpes suaves en la espalda y sopla en mi cara. *Lo único que me faltaba*.

—Respira, dulzura, respira —me ordena.

No puedo morir delante de él. Embriagarme de su aliento sería una buena forma de irme al otro mundo, pero no sé si estoy lista para hacerlo. Me doy un golpe en el pecho y el bocado finalmente baja por mi garganta.

—Eso es, buena chica. —Me estremezco, y no es por el casi ahogamiento, sino por esas dos palabras que suenan pecaminosamente calientes en su voz.

—Gracias —digo recuperando el aliento. Paso la mano por mi pecho, Liam mantiene su mano en mi espalda. Su calor se filtra a través de la bata y poco a poco me consume—. Por todo. Susan me contó lo que pasó.

—Debí saber que algo andaba mal cuando no respondías mis mensajes —dice tranquilo, sin el rastro de odio que esperaba.

—¿Me buscaste? —Mis ojos van a los suyos, tan azules que temo ahogarme de nuevo.

«Ay, niña, estás perdida».

—Sí, hubo una cuestión en la oficina y quería pedirte ayuda.

—Ah, sí, claro... —Maldito corazón, que siempre espera más. No se puede esperar más, talvez… solo dolor—. Espero que lo resuelvas.

—Y yo espero que podamos resolverlo juntos. En equipo. —sigue con ese tono entre suave y autoritario. Eso me confunde. ¿Por qué me querría cerca? Yo soy la hija del asesino de sus padres. Maldita sea, yo no podría soportarlo de estar en su lugar.

«Tal vez se enamoró de ti, o tal vez no ha terminado con su venganza, eso sería triste»

—Lo segundo es lo más seguro —suelto, respondiéndole a mi conciencia en voz alta. Cierro los ojos al darme cuenta del error.

Cuando los abro, Liam tiene el ceño fruncido y una sonrisa torcida en sus labios que me hace olvidar la razón por la que se acercó a mí. Es tan hermoso que olvido todo cuando está cerca.

—Lo siento, no era para ti.

—¿También hablas con tu conciencia a menudo? —pregunta. Abro la boca sorprendida, su mano llega a mi mentón para regresarla a su lugar. El toque es suave. Perfecto.

Me encojo de hombros y miro hacia la puerta. Tal vez solo busca confirmar que estoy realmente loca para internarme en un centro psiquiátrico. No se lo permitiré.

—Yo lo hago, ¿sabes? —confiesa—. Es muy molesta y a veces quisiera ahogarla en un río, pero otras veces sabe exactamente lo que necesito escuchar.

Pienso exactamente lo mismo de la mía; no se lo digo.

Sus manos desaparecen demasiado pronto de donde seguía tocándome. Siento que se me agota el tiempo. Hay tanto que quiero preguntar, pero primero necesito salir de aquí.

—No estoy loca, Liam. Lo que me pasó fue una estupidez, reconozco mi error. Iré a terapia, pero te pido que me ayudes a salir.

Sus ojos me examinan, buscando la verdad en mi rostro.

—Yo no creo que estés loca, Arya. Escuché tu petición y ya solicité tu alta. Solo tenemos un pequeño problema.

—¿Qué problema?

—Tu departamento esta clausurado. Fui a revisar esta mañana y el casero tomó medidas después de que yo destrozara la puerta para buscarte.

Entierro mi cara entre mis palmas. Sabía que esto pasaría.

—Pero... ¡No puede ser! Mis cosas, mis muebles...

—No me disculparé por lo que hice Arya. —Esta vez su voz es más firme—. De no haberlo hecho, mierda, no quiero pensar en lo qué habría pasado.

Tiene razón. Estoy siendo infantil con algo que yo misma provoqué.

—Olvídalo, son solo cosas materiales. Le pediré a Susan que me deje quedarme con ella. Solo tengo que encontrar empleo y un nuevo lugar.

Liam sonríe, pero veo tensión en su rostro. Parece querer decir algo, pero la puerta de la habitación por fin se abre. No es Susan como esperaba. Es el mismo médico que piensa que estoy mal de la cabeza.

—Señorita, entiendo que ha solicitado su alta. —Se detiene al borde de mi cama. Liam no se aparta de mi lado, al contrario, siento que se acerca un poco más—. Su prometido ha firmado un documento donde se compromete legalmente a llevarla a terapia semanal por el próximo mes.

Dejo de escuchar después de la palabra *prometido.* Liam se pone rígido, entrelazando sus manos a su espalda. Algo me dice que la única forma de salir de aquí es aceptando su versión.

—Disculpe, ¿qué ha dicho? —pregunto regresando de mi mente.

—El señor Blake dice ser su prometido. ¿Es eso cierto? ¿O es un buen momento para llamar a la policía? —Mierda. Trago saliva. No desvío la mirada del doctor que está tratando de sacar una verdad dolorosa para hacer todo más difícil.

Siento como el cuerpo de Liam se tensa a mi lado, no lo miro, simplemente actúo. *Lo que sea menos la policía*.

—Disculpe, doctor, me refiero a la parte de la terapia, no me quedó claro. —Finjo inocencia. No parece funcionar.

Está claro que el doctor no nos cree. Ni a mí, ni a Liam. Entonces hago lo único que puedo: tomo la mano de Liam, tiro de él hasta que se inclina y su cara termina delante de la mía, no lo pienso, lo beso.

Pego mis labios a los suyos sin saber que esperar. Hasta que siento su mano en mi nuca para profundizar. Liam me besa como si yo fuera la dueña de su próximo aliento y eso es algo imposible de fingir. Lo que me hace pensar que de verdad me he vuelto loca.

—Gracias por todo, mi amor —susurro al separarnos—. Te prometo estar bien para ti y para mí.

—También sería bueno que lo hiciera por el hijo que crece en su vientre —remata el médico dejándome sin aliento—. Aún es pronto, pero no hay duda. La hormona está presente. Usted está embarazada.

¡Embarazada!

¿Embarazada? ¡Oh mi maldito Dios!

¡Embarazada!

32 LIAM

No era así como quería que Arya se enterara del embarazo, de hecho, estaba esperando que la posibilidad se quedara en eso, en solo una posibilidad. Esta confirmación también es un choque para mí.

No son las mejores circunstancias y, ciertamente, nunca antes lo había hecho sin protección. Arya está haciendo algo conmigo y ni siquiera me estoy dando cuenta. Tampoco es como que pueda detenerlo. Además, en su condición mental o sentimental actual, no sé si saber lo del embarazo pueda ser contraproducente. Espero que no empeore su cuadro depresivo.

El silencio y la tensión se extienden en la habitación del hospital. Arya no puede procesarlo, su mirada esta clavada en la nada, no estoy seguro de que pueda hablar ahora mismo.

—Muchas gracias, doctor, me encargaré personalmente de que mi prometida esté a salvo y segura. Acudiremos a la terapia. —Confirmo—. Ahora, si nos disculpa, me gustaría llevar a mi mujer a casa.

¡Mi mujer! ¡Mía! ¡Qué bien se siente!

Al doctor no le queda más remedio que asentir, me entrega el alta y nos deja solos. Esta podrá ser una institución comprometida, pero todos sabemos que el dinero es lo que mueve al mundo. Así que me aseguré de que Aron dejara una muy buena donación en mi nombre. Eso fue suficiente para dejar de hacer preguntas.

Arya sigue perdida en sus pensamientos. Lentamente regreso mi mano a su espalda para traerla de vuelta.

—¿Quieres cambiarte? traje algo de ropa que compré de camino, solo en lo que averiguo si podemos recuperar tus cosas.

No sé qué pasa por la mente de Arya, pero asiente y eso ya se siente como una victoria. Le extiendo la bolsa de ropa y la toma.

Baja de la cama, ha recuperado gran parte de su fuerza, sería demasiado si intento seguirla al cuarto de baño, así que la dejo ir por su propio pie.

No dejo de ver el reloj hasta que sale de ahí. Pasan quince minutos desde que el agua de la ducha se enciende. No creí que tuviera fuerza para tomar un baño, pero me equivoqué. Y son los mismos quince minutos en los que lucho conmigo mismo para no entrar ahí y asegurarme de que esté bien.

Cuando sale, su mirada sigue extraviada en algún lugar lejano de aquí. Dijo que hablará con su amiga para pedirle hospedaje, no la dejare hacerlo. Menos ahora que… las consecuencias son para los dos.

—Vamos, te llevare a casa, dulzura. —Mi apodo para ella parece sacarla del trance. Su cabeza gira en mi dirección y sus ojos llenos de un brillo diferente me paralizan en mi lugar.

—Perdón —dice en apenas un susurro. Su mirada dura poco en la mía. De pronto me evita e intenta llegar a la salida.

«¿Se está disculpando? ¿Por qué?». No lo sé.

Me adelanto antes de que pueda salir por su cuenta. Abro la puerta para ella y tomo su mano. Me deja hacerlo, pero no se me escapa lo tenso que se pone su cuerpo en cuanto lo hago. Es como si me tuviera miedo.

Quiero hablar, pero en este momento solo pienso en que se recupere; Y vaya que los temas son realmente muchos.

La razón de su depresión, la maldita orden que puso para ese tal Carter, la pérdida de su departamento. La cuestión de quién es su padre y, ahora, también un hijo nuestro.

Es mucho, incluso para mí.

Atravesamos el hospital con las manos entrelazadas. Ninguno dice nada durante el lento trayecto. Una vez fuera, parece que el aire fresco la hace entrar en razón porque me suelta la mano como si le quemara. Se aleja y reconozco que su fuerza ha regresado. O al menos finge que lo ha hecho.

—Gracias por ayudarme a salir, ya has hecho mucho por mí. Espero algún día poder pagarte. —Palabras frías es lo que escucho de sus labios. No me gusta—. Esperaré a Susan, debes estar ocupado. No te quito más tu tiempo —suelta con ese tono que me dice que ha terminado.

Su actitud me hace querer inclinarla y azotarla. En el club no le mostré nada de lo que tenía planeado, porque lo único que quería era demostrarle lo mucho que la deseaba.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruño. No quiero que suene así; de hecho, era un diálogo interno, pero, en serio, ¿qué demonios está tratando de hacer? Sacudo la cabeza.

No dice nada, se encoje de hombros como si no importara nada de lo que nos está pasando.

—Arya, háblame —le pido, me acerco hasta que no le queda más remedio que enfrentarme y mirarme a la cara. Lo hace como si no supiera ni por dónde empezar.

«Dale tiempo».

—Vamos, te llevaré a casa. —Intento de nuevo. Esta vez le extiendo la mano.

—Creí entender que perdí mi departamento —susurra con voz cansada.

—Es verdad —digo con el tono más calmado que tengo—. Te llevaré a mi departamento. —Sus ojos se abren tanto que me muestra ese tono dorado en el centro de sus iris—. ¿Qué? —pregunto cuando de nuevo se queda sin palabras.

—No puedo ir contigo. Ya me he disculpado, lo arreglaré. No tienes que preocuparte de que te exija nada. —Ese maldito tono no me gusta. Mierda. Lo odio en ella.

¿Lo arreglará?

«No se está refiriendo a….». Un frio me recorre el cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Lo que Arya quiere arreglar es malditamente mío también.

La opresión llega directo a mi estómago. La bilis se acumula en mi garganta. No puede estar pensando en eso, ¿o sí? Claro, es su cuerpo, pero el error fue de los dos. Deberíamos, al menos, tomar la decisión juntos.

—No te entiendo, Arya, pero entre más pronto me expliques, más pronto podremos salir de este lugar. —Miento queriendo asegurarme de mi pensamiento. Se me está agotando la paciencia.

—Hablo del embarazo —susurra con labios temblorosos—. Lo arreglaré. —Trago saliva y bilis. Mis pies se sienten pesados. Tengo que mantener el control, aun no estamos lo suficiente lejos del hospital de mierda en el que caímos.

—¿No lo quieres? —pregunto en un hilo, cerrando la distancia nuevamente y obligándola a verme a los ojos. Mi mano sube a su barbilla, no la soltaré hasta encontrar la respuesta en sus ojos. No solo la respuesta, quiero la verdad.

—Tú... ¿Tú sí? —Me estremezco. No sé la respuesta a eso. Significa un cambio grande. Ademas, está toda la cuestión de su padre y lo que estoy haciendo para verlo caer.

No dejaré de hacerlo; en algún momento Arya se dará cuenta. *¿Qué hará cuando sepa la verdad? ¿Qué haré yo?*

Me pierdo en toda esta mierda y los ojos de Arya brillan con lágrimas contenidas. Que Dios me ayude, porque lo que voy a decir va a cambiar nuestras vidas para siempre.

—Sí, Arya. Es nuestro. Lo quiero. Y te quiero a ti de vuelta. —Su jadeo me toma por sorpresa. Una lágrima rueda por su mejilla. Quiero tanto de ella que acerco mi cara a la suya y recojo la lágrima con un beso tierno—. Lo quiero si es contigo.

La mirada que me da es pura confusión. No sé qué está pasando por su cabeza, pero si me da la oportunidad, lo resolveré todo. Niega con la cabeza.

—No lo entiendo —dice, y su corazón se acelera; lo siento en el movimiento de su pecho—. Tú me dejaste y me olvidaste. —susurra con dolor palpable. Entiendo que lo que hice fue suficiente

para desencadenar su comportamiento. Dios, no encuentro por dónde empezar a corregir tanto.

—Lo sé y lo siento. —Sigo acariciando su mejilla—. Déjame compensarlo —le pido.

Arya niega con la cabeza. Tiene una batalla interna, quisiera conocer sus cargas para llevarlas por ella.

«Eso es tierno de tu parte y se parece mucho al amor».

—No puedo —dice con el ceño fruncido. No dijo que no quiere, dice que no puede. Podría entender lo primero, ¿pero lo segundo?

—Pero vamos a tener un hijo —le recuerdo—. Además, tengo que encargarme de llevarte a las sesiones. —Intento pensar en más excusas que la hagan aceptarme. No se me ocurren más.

Cuando no hace nada por responder y desvía su mirada la tomo del mentón para obligarla a verme de nuevo.

—De ninguna manera, Arya —le advierto—. Si no me aceptas como hombre, puedo aceptarlo. De momento —le aclaro—. Pero soy tan responsable de esto como tú. Y me haré cargo. Tengo un departamento y tú no. Tengo un trabajo y dinero y tú... —Me detengo antes de seguir con el hilo de eso—. Bueno, el trabajo en BLAKE es tuyo si decides volver. Honestamente, espero que lo hagas; unas semanas sin ti y todo es un completo caos.

Sonrío amargamente. No es una mentira del todo. Yo soy puro caos sin ella.

—Te necesito, Arya. Al menos piénsalo. —Parece considerarlo y en sus ojos veo que sigue empeñada en negarse—. Déjame cuidarte. Unos meses, cuando menos. Estás pasando por muchos cambios. Me necesitas —agrego en una súplica—. Y quiero hacerlo. Por ti y por nuestro hijo.

No sé qué tanto pasa por su cabeza ahora mismo, pero después de tragar el nudo en su garganta, por fin se rinde y asiente.

—Solo por unos meses. —Condiciona.

—El tiempo que necesites. —*O el que necesite yo para convencerte de quedarte.* Eso no tiene que saberlo. Extiendo mi mano y ahora sí la toma.

Sus ojos cansados se cierran en cuanto entra al auto y se pone el cinturón. Se ve tan dulce cuando duerme que no quiero despertarla.

Cuando por fin llegamos a mi departamento, rodeo el auto y abro la puerta del pasajero para tomarla en mis brazos. Su cabeza se entierra en mi cuello y la escucho susurrar algo inteligible. Subo por el ascensor y me las arreglo para entrar sin soltarla ni una sola vez.

Cierro la puerta con una patada silenciosa y subo al segundo piso. Me detengo a pensar si debería llevarla a mi habitación.

«Tal vez eso la asuste». Sí, tienes razón. Al final voy a la habitación de huéspedes. En cuanto cruzo la puerta, se despierta; los hermosos ojos de Arya me buscan; y entonces sonríe con una mescla de amargura.

—¡Oh! Esto de verdad está pasando —dice resignada, como si esperara que todo fuera una mala broma.

—Lo siento, dulzura, esto es muy real —le aseguro con una sonrisa burlona—. Estamos en esto juntos, para bien o para mal.

—Sí, eso es lo que pensaba —susurra antes de cerrar los ojos de nuevo. La acuesto en el centro de la cama y la cubro con la colcha mullida.

—Duerme, bebé. —Le doy un beso en la frente. Admiro su rostro y mi corazón se agita al verla así, tan vulnerable y perdida. Tengo que salir antes de hacer una locura, apago la luz y la dejo descansar.

Cuando regreso a la sala, un mensaje hace vibrar mi celular. Es el que estaba esperando.

Aron: Ya se enteró del robo, el seguro no lo cubrió. Perdió miles, si no es que

millones.

Le sonrío a la pantalla. El contraste de sentimientos me hace estremecer un poco. Por un lado, está el miedo de Arya y por otro, la adrenalina de por fin hacer algo de justicia.

—Y solo es el primer golpe. Te quitaré todo. Incluyendo a tu hija. Sin quererlo, también tu descendencia será mía —juro en voz alta—. Y será tu hija la que voluntariamente se quede conmigo.

33 ARYA

Despierto, envuelta en oscuridad. Me tomo unos largos minutos para analizar mi entorno. La cama es, sencillamente, la más cómoda en la que he dormido en toda mi vida. Extiendo mis brazos y disfruto del tacto frío de las sábanas de seda. La luz de la luna se filtra por una rendija en la cortina y me permito recordar todo lo que ha pasado en los últimos días.

Si escribieran un libro en mi honor, sin duda sería una trágica comedia. Con mucho énfasis en lo trágico.

Me incorporo muy a mi pesar; mi vejiga está a punto de explotar. Miro a mi alrededor en busca de un baño. Ya con la vista adaptada a la penumbra, identifico dos puertas, además de la que da al pasillo. Una de esas tiene que ser lo que busco. Pongo los pies en la suave alfombra y emito un pequeño gemido cuando mis dedos sienten esa textura deliciosa.

Agradezco que la primera puerta sea el baño. Uno grande, a decir verdad: azulejos en color crema con accesorios dorados. Moderno y elegante. Corro al retrete y vacío mi vejiga; no puedo creer que haya dormido tanto tiempo. Al terminar, me detengo frente al lavabo. Mientras me lavo las manos, miro mi reflejo en el espejo. Creo que es la primera vez que me veo a mí misma en una semana o más.

Soy, sencillamente, un desastre. Mi cara está demacrada, con sombras oscuras bajo los ojos. Tengo los labios pálidos y resecos, mi cabello... ¡Dios!

«¿Cómo dejaste que Liam me viera así? ¿Cómo dejaste que cualquier persona me viera así?»

Me lavo la cara con agua fría y encuentro un cepillo de dientes nuevo en el primer cajón. Lo utilizo y pellizco mis mejillas para intentar recuperar algo de color.

En este preciso instante, mis tripas emiten un sonido brutal. Están a punto de devorarse unas a otras. Salgo del baño y camino hacia la puerta. Me detengo con la mano en la manija. He tratado de no pensar demasiado en las cosas; si no les doy importancia a los acontecimientos, tal vez salga bien librada de aquí en un par de semanas.

Salgo de la habitación y noto que estoy en un segundo piso. La cocina debería estar en la planta baja, así que, mirando con cuidado hacia todos lados, bajo las escaleras. Abajo todo está iluminado, pero lo que realmente me guía es el aroma a comida. No sé qué es, pero huele delicioso.

Mis ojos se encuentran con los de Liam y, ¡maldición!, desearía que mi corazón no reaccionara de esta forma cada vez que lo veo. Él me sonríe. Y, mierda, mi corazón se salta un latido.

—Hola, bella durmiente. —Liam me mira con una sonrisa cálida, no es la provocadora ni la siniestra, quisiera que fuera una de esas y no esta que me da más de eso que no puedo permitirme tener—. Estaba a punto de ir a despertarte, necesitas comer algo.

De repente siento la boca seca. Intento tragar y me duele.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando nota que me he quedado paralizada mirándolo. Sacudo la cabeza para centrarme.

—Sí, estoy bien, solo un poco confundida. Aún trato de comprender qué es lo que hago aquí. —Miro alrededor; el departamento es muy bonito, lleno de muebles lujosos, pero le falta carácter, nada de lo que hay aquí me dice algo de Liam.

—¿Te gusta? —pregunta él al notar que me he perdido de nuevo.

—Es muy bonito. —Me encojo de hombros—. Algo huele bien. ¿Qué es? —Mi estómago confirma el pensamiento con un rugido. Liam camina hacia la estufa, abre el horno y saca un recipiente humeante que se mira exactamente igual a como huele. Delicioso. Dejar de comer fue un castigo para el que no estaba lista.

—Hice lasaña. Es una de las pocas cosas que puedo cocinar sin terminar quemando la casa. —Eso me arranca una pequeña risita, hasta que un pensamiento paranoico me asalta.

«¿Y si nos envenena? ¿Y si esa es su forma de deshacerse de nosotras?».

No puedo decir nada sin delatarme y esto se está volviendo cada vez más extraño. Liam no ha mostrado interés en hacerme daño físico, al menos. Y verlo sacar el recipiente y maniobrar como un experto no me da oportunidad para pensar en nada más.

—Por favor, siéntate. Serviré dos platos —dice con el tono más amigable que le he escuchado, y mira que ya he escuchado muchos tonos distintos saliendo de su boca.

Me acerco a la barra y me siento en silencio, dejando que sirva las porciones. Me acerca un vaso de agua fresca y se sienta frente a mí.

—Adelante —dice. Se me hace agua la boca; la lasaña se ve increíble; corto un pedazo con el tenedor sin llevármelo a la boca.

No quiero mirarlo a los ojos por temor a que me descubra. Entonces, Liam se lleva un gran bocado a la suya. Verlo comer es como aire puro entrando a mis pulmones.

Me llevo el primer bocado a la boca y me pierdo. No reacciono hasta que he terminado todo el plato. Incluso paso un dedo para recoger el resto de la salsa y comérmelo. No conozco la vergüenza en este momento.

—Puedo darte una porción extra. —Me sobresalto. De verdad me había olvidado de Liam. Niego con la cabeza rápidamente.

—No, no es necesario. Estoy satisfecha.

Nos miramos a los ojos por lo que parecen horas. Veo las preguntas acumulándose en su mirada, pero no salen de su boca, igual que sucede conmigo. Finalmente, suelto un suspiro y me levanto.

—Bueno, creo que regresaré a la habitación.

—Espera. —Su mano toca la mía y siento un escalofrío recorriéndome desde esa parte que toca hasta la columna vertebral —. Tengo algo para ti, sígueme.

Rodea la barra y camina hacia la sala de estar. No protesto y lo sigo. Se detiene frente a la mesa de centro, donde hay varias bolsas. Las toma y me las extiende.

—Estas son algunas de tus pertenencias que pudo recuperar tu amiga. Tu teléfono está ahí. —Asiento, aliviada—. También me tomé la libertad de comprar vitaminas prenatales y todo lo que me ofrecieron en la farmacia.

Ah, sí... Ese detalle.

«Parece que no vas a poder olvidarte de eso». Trago saliva; he intentado no pensar en esa parte de mi vida, todavía no se siente real. Tomo las bolsas.

—Gracias.

«¿Solo eso le dirás?». ¿Qué más puedo hacer? Estoy atrapada con él y le daré un hijo al hombre que odia a mi familia. Con una razón justa, pero aun así... No veo cómo terminará todo esto.

Liam asiente con las manos en los bolsillos. Ojalá no se viera tan condenadamente atractivo. Empiezo a caminar hacia las escaleras, pero su voz me detiene de nuevo.

—Cuando estés lista para hablar de lo que pasó, estaré aquí. Solo quiero ayudarte. —Me duele que sus palabras suenen tan sinceras. No tengo esperanzas en esto, pero no puedo evitar sentirlas.

No sé si algún día estaré lista, pienso para mis adentros. Al subir, veo una luz encendida por debajo de una puerta al otro lado del pasillo. Debe de ser su habitación. Y no puedo evitar que algo se caliente dentro de mi cuerpo.

—Esa es mi habitación —La voz de Liam, justo detrás de mí, hace que se me erice la piel. Me sobresalto y dejo caer las bolsas—. Deja que te ayude. —Se agacha al mismo tiempo que yo y chocamos nuestras cabezas con fuerza.

—¡Ah! —grito por el impacto. Me levanto frotándome la frente y nos miramos, ambos con la mano en el lugar del golpe. De pronto, nos reímos. Creo que nos afectó el golpe.

—Vamos —me dice, extendiéndome la mano. No tengo fuerzas para resistirme; Liam me provoca algo que no puedo descifrar, Me gusta más de lo que lo odio.

En realidad, no lo odio en lo más mínimo. Ese es el problema principal.

Tomo su mano y caminamos hasta mi habitación. No me suelta cuando deja las bolsas en la alfombra, ni cuando avanzamos hasta que mis piernas tocan el borde de la cama. Mi respiración se acelera y humedezco mis labios con la lengua. La mirada de Liam es tan intensa que me obliga a retener el aliento.

Levanta una mano y acaricia el lugar del golpe.

—¿Te duele? —susurra. Bebo de su aliento. Sacudo la cabeza.

—Quiero besarte, Arya —dice. Siento que mi ropa interior se humedece al instante. Yo quiero que me bese—. ¿Puedo besarte, dulce Arya? —me pide permiso y eso, de alguna manera, me enciende más—. Por favor —suplica.

Si alguien me hubiera dicho que el hombre más deseado de la ciudad se interesaría en mí, lo habría tomado por loco. No sé qué nos depara el destino, pero sé que, si no lo beso ahora, podría morir de una combustión espontánea.

Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con mis manos y le doy la respuesta cuando mis labios se pegan a los suyos. Dejo todo lo que soy en este beso. Mi aliento entrecortado, mis deseos, mis sueños y lo mucho que me hace necesitarlo.

Liam rodea mi nuca y me atrae cerca de él. su beso es hambriento, desesperado. Gruñe cuando nuestras lenguas se encuentran. Yo jadeo por más hasta que muerde mi labio inferior y pierdo toda capacidad de cordura. Siento su sabor recorrerme, embriagarme, hasta que todo lo que conozco empieza y termina con Liam Blake.

Sus manos bajan por mi cintura hasta mi trasero y lo aprieta con fuerza, arrancándome otro gemido. No puedo parar ahora. Mi cuerpo se llena de un deseo que nunca antes había sentido. No quiero pensar en el mañana, solo quiero este presente.

—Liam, te necesito —jadeo contra su boca. Él me levanta por los muslos y rodeo su cintura con mis piernas. El calor es un incendio que me consume—. Siento que me quemo.

—Entonces ardamos juntos, dulzura.

Nos arrancamos la ropa y caemos presos de la lujuria. Liam se cierne sobre mí y, por primera vez, me siento protegida en medio de esta locura. Separo mis piernas para él.

—Estás empapada... puedo oler tu excitación. —gruñe contra mi boca, es puro deseo lo que sale de él. deseo por mí—. Quiero probarte —dice más como un hecho que como una pregunta. No espera mi aprobación, empieza a bajar por mi cuerpo, disfruto cada roce mientras lo hace.

Entonces llega a la fuente de mi calor y hace lo que quiere conmigo. Me besa los pliegues, me lame, chupa, y también muerde. Se alimenta de mí y me hace olvidar mi maldito nombre, mi pasado y el desenlace tan doloroso que nos espera.

Dejo que Liam me posea con su lengua, llego al clímax dos veces antes de que se canse de mí y regrese a mis labios con el rastro de mi propio placer brillando en su boca.

—¿Me quieres dentro de ti? —pregunta, necesitado. Asiento frenéticamente. Si solo tengo este momento, lo voy a tomar con las dos manos.

Busco con mi mirada ese momento, en el que me penetra y me llena igual que la primera vez. Es una envestida larga y profunda que me hace doblar la espalda y echar la cabeza hacia atrás. Las estrellas aparecen detrás de mis párpados.

Grito, gimo su nombre. Liam Blake me toma hasta dejarme sin sentido. Sus embestidas cada vez más duras, cada vez más

profundas, consumen cada parte viva o muerta de mí alma. Para con el siguiente movimiento, reconstruirme por completo.

—Mírame bebé —jadea. Mis ojos lo encuentran, con labios separados, sudor recorriendo su frente, pura adoración en sus ojos y el tercer orgasmo me golpea como nunca en mi vida.

Maldice antes de tomar mi boca con la suya y liberarse dentro de mí. Con ese beso mi alma y la suya se fusionan y no sé cómo mierdas voy a poder salir de eso.

No deja de besarme cuando termina, su cuerpo se relaja sobre el mio, sus manos a cada lado de mi cabeza, pasa de los besos intensos y a los suabes a los que llevan sentimientos hasta que nuestras respiraciones se estabilizan.

Cuando por fin sale de mi cuerpo, pienso que se irá, exactamente igual que la última vez. No lo hace. Sale de la cama y me sorprende cuando regresa del cuarto de baño con una toalla humedecida con agua caliente. Separa mis piernas con delicadeza para limpiar mi piel sensible con un cuidado que me vuelve a desarmar.

¿Cómo el hombre que me odia, puede tratarme así de bien?

—¿Qué pasa, dulzura? —pregunta al ver mi expresión de pánico silencioso—. ¿Fue demasiado?

Su preocupación derriba mi última barrera.

Sacudo la cabeza, me levanto de la cama y me siento en el borde, tomando la cobija y cubriéndome con ella.

—No podemos seguir haciendo esto, Liam. Yo no estoy bien y tú... —Me detengo con el nudo de la verdad en la garganta—. Hay demasiadas cosas entre nosotros. No soy buena para ti, ni tú para mí. No te conozco. —Concluyo con los hombros hundidos.

Liam me toma de la barbilla, obligándome a sostenerle la mirada. Su intensidad es abrumadora. Un hombre tan fuerte que ha pasado por tanto y que ahora está atado a la mujer menos indicada.

—Lo resolveremos. Todo. Cada maldita cosa. Juntos. —Parece una promesa. Quiero creerle. Mi maldito corazón lo hace.

—No tenemos tiempo, Liam —susurro, derrotada mentalmente. Él sonríe y sus palabras terminan de volarme los sesos:

—Solo tenemos el resto de nuestras vidas, dulce Arya.

34 LIAM

Que Arya esté tanto tiempo en silencio no me gusta para nada. Han pasado tres días con sus noches y ni una sola vez ha mencionado el embarazo, ni cualquier otra cosa, para el caso.

Después de su primera noche en mi departamento, esa donde nos dejamos llevar por la necesidad y fuimos consumidos por el deseo... eligió pensar que nada pasó entre nosotros. Se está volviendo demasiado para mí.

Hoy tenemos la primera cita con la terapeuta, así que estoy llegando temprano de la oficina para llevarla. Voy a su habitación, la encuentro en el mismo lugar, en la misma posición, y mi corazón se contrae de la misma manera que el día anterior.

—¿Estás lista? —pregunto conteniendo la frustración que me provoca verla tan mal. Arya se incorpora en la cama. Toma un baño todos los días y come todo lo que le pongo enfrente; incluso empezó a preparar cosas para ella misma. Pero su boca sigue sellada.

—¿Hablaste con Susan? Puede pasar a verte cuando gustes. No eres una prisionera, vives aquí. Ahora también es tu departamento. —Intento de nuevo. Se limita a encogerse de hombros.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, acercándome al borde de la cama, necesito una reacción, la que sea. Niega con la cabeza. No sé cuánto tiempo más pueda soportar este maldito silencio.

—Muy bien, te espero afuera. Nos vamos en cinco minutos.

Mis pies no suenan sobre la alfombra, pero siento que castigo al suelo con cada paso que doy hasta salir de su habitación. Me acerco a la cocina y me sirvo una copa de vino. Necesito cualquier cosa que me relaje. No quiero asustarla, pero tampoco sé cuánto tiempo voy a soportar no saber lo que le pasa, o su silencio.

Escucho sus pasos lentos bajando las escaleras. Me apresuro con la copa y la arrojo al lava vajillas. corro en dirección de la puerta, tomo las llaves de mi deportivo y hago todo lo que creo que ella necesita de mí. Soy un completo caballero en el trayecto por el ascensor y el estacionamiento.

Arya mantiene las manos entrelazadas al frente, la mirada fija en algún punto frente a ella. Su cara de resignación me está matando. Me pregunto si hice bien en traerla aquí. No la forcé, ella aceptó, y podría salir si quisiera. Es justo eso lo que no entiendo: *¿qué fue lo que le pasó esa noche al salir del restaurante que la hizo perderse a sí misma?*

El maldito investigador no me dice mucho. No hay mucho.

Llegamos a mi auto, sube de buena gana. Su aroma natural a dulce me llena los pulmones y mi entrepierna reacciona.

«Ahora no, muchacho».

Intento abrocharle el cinturón de seguridad, pero ella se adelanta con un gruñido.

—No soy una discapacitada, ¡maldita sea! —grita.

«Ahí está tu reacción».

—Tranquila, está bien. Lo siento. —Me disculpo y enciendo el motor a distancia. Rodeo el capó y me siento en mi lugar, no sin antes soltar un suspiro al aire esperando que sea suficiente para seguir intentándolo con ella. —¿Quieres aire?

Tal vez hoy tenga suerte. Extraño incluso el sonido de su voz; no me importa si la usa para llamarme idiota o maldito bastardo. Solo quiero escucharla. Ella se encoge de hombros y cruza los brazos. Parece que no tendré tanta suerte.

«Intenta con algo en lo que se sienta cómoda». ¿Cómo no lo pensé antes? Dejo que pase un momento de silencio antes de hacer mi jugada.

—Quisiera hacerte una consulta, es acerca de uno de tus reportes —empiezo con tono lento, con un toque de falsa

preocupación, pero me detengo en seco—. ¿Sabes qué? Olvídalo. No quiero abrumarte con mis problemas.

Mantengo la vista en el tráfico de Los Ángeles. Siento cómo lentamente, mueve su cabeza hasta que siento su mirada fija en mi costado. Su garganta emite un sonido y finjo no escucharlo. Frunzo el ceño mientras acelero para rebasar a un par de autos.

—Haz tu pregunta. —Tres simples palabras. Dios, siento que me embriago con el puro sonido de su voz.

—¿Estás segura? Tal vez sea una tontería. —Sigo, sin desviar la mirada del camino, no digo nada más, pero siento calor por lo intenso de su mirada, está esperando que hable.

—¡Liam! —Su tono es de advertencia y mi puto cuerpo reacciona. ¡Dios! ¿En qué momento me enamoré tanto de esta mujer?

«¿Lo dijiste?»

La realidad me golpea tan fuerte que pierdo el control del auto por un micro segundo. El auto se sacude.

—Liam, ¿qué haces? —chilla—. ¿Acaso quieres matarnos?

Ha dicho más palabras en cinco minutos que en las últimas setenta y dos horas. Y solo fue necesario que pronunciara mi nombre para reconocer que estoy perdido por ella.

—Lo siento, algo se atravesó y... —Niego con la cabeza—. Lo siento tanto, bebé. —Me disculpo y llevo una mano a su muslo. Su piel se amolda a mi toque. Siento que he ganado cuando no intenta apartarse.

—No te preocupes —responde con esa voz dulce y tierna que me acelera el pulso—. Sobre la oficina, ¿qué es lo que te molesta?

Aprovecho que hemos llegado al edificio de la terapeuta para jugar mi carta final.

—Hemos llegado. —Giro la cabeza para verla a los ojos, me tomo un minuto entero para admirar sus facciones, esos labios regordetes que me besan con rabia y deseo. Esos ojos que me

volvieron loco desde la primera vez. Esas mejillas rosadas que poco a poco recuperan su tamaño. Cuando separa sus labios y se le escapa un suspiro, termino—. ¿Qué te parece si mañana me acompañas a la oficina y te lo muestro?

Veo un brillo nuevo en sus ojos. Estoy a punto de conseguir algo importante.

—Está bien, Liam. Iré contigo mañana. —Me sonríe por primera vez en días y siento que he vuelto a nacer—. Ahora llévame con esa terapeuta para que podamos volver a…. a tu departamento.

—Lo que ordenes, bebé. —Sonrío y salgo para ayudarla a bajar. Deja su mano un segundo de más sobre la mía y decido que no hay nada que no haría por ella.

—Ahora estoy lista.

***

Arya tarda una hora dentro de esas cuatro paredes. Aprovecho el tiempo para hablar con mi mejor amigo.

Yo: Logré que me hablara.

Aron: Eso es bueno, ¿no? ¿Qué te dijo?

Yo: Básicamente que soy un idiota, ja. Pero se me ocurrió algo y la convencí de ir a la oficina por la mañana.

Aron: Ahí estaré. Susan está preocupada porque su teléfono sigue apagado.

Eso es extraño. Creía que ya se había comunicado con ella.

Yo: No tenía idea de que no está usando su móvil. Lo averiguaré esta noche. Pero hay algo que necesito de ti.

Aron: Lo que sea.

Yo: Necesito que generes un problema en alguna inversión o contrato. Necesito tener ocupada a Arya, enfocada en algo más. O sus pensamientos la llevarán de nuevo al puto hoyo.

Aron: Pensaré en algo.

Yo: Hay algo más. No te lo había dicho porque es pronto, pero me estoy preocupando y necesito decírselo a alguien.

Aron: Soy tu chico.

Yo: Arya está embarazada. Es demasiado pronto, pero el doctor aseguró que era así.

Aron: Santa, maldita mierda. ¿Cómo me dices esto por mensaje? No sé qué decir… ¿felicidades?

Yo: El día que salimos del hospital, Arya creyó que me debía una disculpa por eso. Intentó decir algo sobre «solucionar el problema».

Aron: No puede ser. ¿Lo harán? Mira que yo no te juzgo, hermano.

Yo: ¡¡Dios, no!! Le dije que me haría responsable. Pero el problema es que ella actúa como si ese bebé no existiera. No sé si sea por su estado o si lo que le pasó de verdad la ha traumatizado. Pero si soy honesto… tengo miedo.

Aron: La verdad es que todo se está poniendo difícil. En unos días es el

siguiente golpe a su padre. ¿Qué pasará cuando se entere?

Yo: Me lo pregunto todos los días.

Guardo el teléfono y encuentro a Arya parada a dos metros de mí, con una ceja levantada.

—No quería interrumpir tu... —Señala mi mano.

—¿Has terminado? —pregunto, poniéndome de pie. Su mirada me sigue mientras me acerco. Hay un destello de luz en sus ojos.

—Sí. Y necesito pedirte un favor.

—Lo que necesites, dulzura.

—¿Podemos ir a una farmacia? —pregunta con un toque de vergüenza. Decido no hacer preguntas.

—Al fin del mundo te llevaría si me lo pidieras —digo medio en broma. Ella me sorprende con una media sonrisa y toma mi mano.

Ella. Toma. Mi. Maldita. Mano. Es como si necesitara mi toque para mantenerse firme. No quiero que termine, que ella me necesite es… No se describe con nada.

«Recuerda que yo te lo advertí. Tendrás que tomar una decisión importante más pronto de lo que te imaginas».

Llegamos a la farmacia pocos minutos después.

—¿Necesitas que entre contigo?

—No, necesito hacerlo sola. —Trago saliva. No creo que sea algo malo para su salud... tengo que confiar.

—¿Necesitas dinero?

—Estoy bien —responde saliendo del auto por su cuenta.

La sigo con la mirada todo el camino. Está nerviosa. No es la misma Arya de hace semanas, pero sé que sigue ahí dentro. Regresa más rápido de lo que pensaba; eso sí, con la respiración algo agitada.

—¿Todo bien? —pregunto una vez regresa a mi lado. Asiente.

«Oh, no. Volvemos al silencio».

—¿Hay algo en especial que te gustaría para cenar? —Eso capta su atención—. ¿Qué tal pizza con piña? —Sus ojos encuentran los míos y el brillo me dice que acerté otra vez.

—Eso sería... estupendo —dice—. Pero si no te molesta, la quiero para comer en el departamento. No tengo ánimos de estar en público.

—Entonces así será.

Recogemos las pizzas. Ella pide piña y jalapeño; yo, piña, jalapeño y tocino. Hacer esto con ella se siente como ir por el camino correcto. Cenamos en la barra; ella con agua y yo con refresco. Acabo de decidir que dejaré el alcohol en consideración a ella.

—¿Le ha pasado algo a tu móvil? —pregunto—. Aron me dijo que Susan no ha podido localizarte. Está preocupada.

Arya suelta un suspiro pesado.

—¿Me prestas tu cargador?

—Claro, no sabía que necesitabas uno. Te daré el de repuesto.

Me lo agradece con una sonrisa forzada. Siento que en ese teléfono hay algo que no quiere ver. No la forzaré.

—Lavaré los platos y me iré a acostar —me informa. Debería decirle que yo lo hago, pero soy un idiota que quiere tenerla cerca unos segundos más.

Arya va al fregadero mientras yo guardo las sobras. Terminamos al mismo tiempo y quedamos frente a frente. La tomo por la cadera y la acerco a mi pecho.

—Somos un buen equipo, ¿no crees? —susurro cerca de su cara con una sonrisa coqueta.

«Cálmate, no lo arruines».

Arya se pierde en el azul de mis ojos, mientras yo me hundo en el verde explosivo de los suyos. Como en cámara lenta, ella cierra

los ojos y se pone de puntillas. Me besa. Es solo un toque, un roce rápido, pero para mí es el mejor beso de mi maldita vida.

—Buenas noches, Liam. —Se despide.

Me quedo congelado mientras escucho sus pasos en la escalera y el cierre de su puerta. Solo entonces me permito bajar del cielo. Lamo mis labios, buscando su sabor.

Dios, estoy verdaderamente arruinado.

35 ARYA

Compré una prueba de embarazo. Sí, sé que suena estúpido... el médico y Liam me dicen que estoy esperando un hijo, pero yo no lo he confirmado y mucho menos lo he sentido. No es que no crea en sus palabras, es solo que necesito verlo con mis propios ojos para que se vuelva real.

Justo hoy tengo un par de días de retraso en mi periodo y la terapeuta me dijo que mi sentimiento era comprensible. Ella me motivó a hacerme la prueba; dijo que tal vez así pueda empezar a poner las cosas en orden dentro de mi cabeza.

Si tan solo supiera que hay cosas que jamás se podrán ordenar. Simplemente no hay manera. De un lado está Liam y todo lo bueno que me hace sentir, y la tonta idea de poder formar una familia con él... pero del otro lado está mi padre y el peso insoportable de sus errores.

No puedo tener a ambos. Miro mi celular, que con toda la intención había dejado apagado. No sé si mi padre me ha estado buscando y, sinceramente, espero que no. No estoy lista para tomar una decisión.

Camino hacia el baño de la que es, temporalmente, mi habitación. Me siento en el sanitario y leo las instrucciones con una calma forzada. En otras circunstancias, mis sentimientos serían distintos. Me imaginaba una pareja estable, estar enamorados, tener un pequeño *susto* y... No lo sé. Algo más normal.

Sigo las indicaciones y le pongo la tapa. Dice que debo esperar cinco minutos. En ese tiempo me preparo para dormir, busco algo que usar de pijama y preparo mi ropa para mañana.

Al menos tengo una distracción nueva. Trabajar en BLAKE fue un sueño hecho realidad; allí me sentí útil, valorada... hasta que todo se derrumbó. Ya no trabajo ahí oficialmente, pero me gustaría

ver qué está pasando con la empresa. Si puedo ayudar en algo, lo haré.

Después de todo, una mujer embarazada difícilmente encontrará un empleo nuevo. Y volver al bar de Su no es una opción.

Dejo pasar más de cinco minutos y, de la nada, unos nervios traicioneros me hacen temblar las manos. ¿Y si la prueba dice que no? ¿Y si todo ha sido un error y no estoy embarazada?

«Eso sería bueno, ¿Verdad?», cuestiona mi conciencia. Eso significaría que puedo seguir mi camino, que puedo dar un paso atrás y desaparecer.

«Y serías feliz con eso. Eso es lo que quieres, ¿verdad?».

Lo que quiero no lo puedo tener.

Camino al lavabo, tomo la prueba en mis manos, sin mirar el resultado y me enfrento al espejo. Mi reflejo me muestra la realidad de lo que soy ahora. Una chica atrapada en las consecuencias de actos criminales que no tienen perdón. Una mujer nerviosa de enfrentarse con lo que quiere y lo que debería hacer.

Busco la respuesta definitiva en mis manos, la realidad me golpea el pecho como un mazo. En otras circunstancias, brincaría de alegría, buscaría una manera de darle la sorpresa al hombre que tendría mi corazón y seria feliz de lograr algo que ni siquiera llegué a soñar.

Esa no es mi realidad.

«Positivo. Estás oficialmente embarazada».

¿Ahora qué voy a hacer?

«Tienes que decirle la verdad a Liam, decirle que sabes de sus intenciones de venganza. Solo así podrás seguir adelante con cualquier decisión».

—Tienes razón, tengo que hablar con él —digo en voz alta, tratando de darme valor.

—¿De qué tienes que hablarme? —Me sobre salto. Una mano llega a mi pecho cuando esa voz grave me susurra por la espalda. El susto hace que la prueba se me resbale de los dedos.

—¡Mierda, Liam! ¡Me asustaste! —Me giro y le grito con el corazón en la garganta. Él frunce el ceño, se agacha a mis pies y recoge la evidencia. La mira por largos segundos en silencio, en los que mi corazón se acelera con un tipo diferente de miedo.

Estoy siendo estúpida, lo sé. Pero nunca quise esto. Nunca quise conocerlo por esas razones. Nunca quise que me gustara, nunca quise enamorarme de él.

—Supongo que es positivo, ¿verdad? —pregunta sin levantar la vista.

—Sí, es positivo —susurro, dejando salir un suspiro pesado.

—¿Tenías dudas? —Su tono es suave, pero de cierta forma me hace sentir incómoda. Me cruzo de brazos y separo mis pies en el suelo, tomando una posición de defensa.

—No me has dicho a qué has venido. —No respondo su pregunta—. Creí que en esta habitación tenía privacidad.

Liam deja la prueba en la encimera del lavabo y me mira sin mirarme realmente. Sus ojos no llegan a los míos y me pregunto que puede estar pasando por su mente ahora mismo.

—Sí, tienes razón. Solo vine a traerte el cargador para tu celular —suelta sin ganas, retrocede para darme algo de espacio. Juro que no lo entiendo.

—Déjalo en la cama, por favor. —Le pido, tomándome un momento para pensar con claridad antes de salir.

Cuando lo hago, Liam está sentado en el borde del colchón, apoyado sobre sus palmas hacia atrás. No voy a mentir: la vista es malditamente sexy. Su mirada promete todo y mucho más, pero he tomado una decisión. Hasta que no aclare cada maldita cosa que hay entre nosotros, no volveré a su cama. Eso quiere decir que tal vez nunca lo haga.

—¿Qué es eso que no deja tu cabeza, dulzura? —pregunta regresando a ese modo preocupación.

—Solo pienso en mañana, en la oficina. —Miento—. La última vez que estuve ahí no la pasé muy bien. —Eso es verdad, aunque no sea lo que realmente ocupa mi mente.

Liam se incorpora en la cama y abre la boca para decir algo, pero lo detengo antes de que se disculpe otra vez. No es su disculpa lo que quiero. Ni lo que necesito.

—No digas nada, por favor. Vamos a dar vuelta a la página y partir de ahí —pido con una súplica cansada. Liam se levanta y se planta frente a mí.

—Tienes razón, dulzura. Empecemos de nuevo. —Levanta ambas manos y me peina el cabello con delicadeza, coloca dos mechones detrás de mis orejas. Se inclina y me besa la frente. Es un beso tan cálido y real que no entiendo cómo se puede fingir.

—Descansa, te veré por la mañana —dice antes de besar mis párpados y mi nariz. Entonces retrocede un paso a la vez hasta salir de la habitación.

Mis labios cosquillean de necesidad. También esperaban recibir un beso así. Pero sacudo la cabeza y me concentro en otra cosa. Conecto mi teléfono al cargador y me meto en la cama, esperando que la batería se alimente lo suficiente para saber de qué me he perdido.

Cuando logro encenderlo treinta minutos después, casi deseo apagarlo de nuevo. En dos semanas se han acumulado más de cien mensajes. La lista es larga. Paso de largo los mensajes viejos de Su y busco los recientes.

Su: No me gusta que tu teléfono siga apagado. Se supone que yo iría por ti al hospital.

Su: ¿Ahora me entero de que te vas a mudar? Sí, tu departamento es una

mierda, de hecho, ya no es tuyo, pero pudiste habérmelo dicho.

Su: Al menos sé que estás bien. No sé si Liam no te dio el celular o eres tú la que no quiere hablar conmigo. Espero que sea lo segundo, aunque me duele.

Este último es de hoy:

Su: ¿Cuándo pensabas decirme que estás embarazada? Mierda, ahora todo tiene sentido. Entiendo que estás pasando por mucho, pero quiero que sepas que estoy feliz por ti. Como hijas únicas, yo seré la tía. ¡Espero que sea niña!

Primero me molesto porque Liam se lo contó, pero luego la idea de Su me hace sonreír. Tener una niña... eso sería bonito. Niego con la cabeza. Es pronto y quién sabe, tal vez Liam me pida abortar cuando hablemos de verdad.

«Yo apuesto a que no será así».

Cierro los ojos y, por primera vez, bajo la mano para tocar mi vientre. Nunca ha sido plano, pero hasta hace una hora lo sentía vacío. Ahora que he visto la verdad... No lo sé. Siento que, por primera vez, no estoy sola.

Sigo revisando. Hay mensajes de Aron y de Liam antes del hospital. Aron me confirma que la orden de restricción contra Carter ya fue emitida. Me alegra, aunque ese idiota ya parece un recuerdo lejano.

El resto son disculpas de Aron por haberle contado a Su lo del embarazo. *Así que fue él.* Niego con la cabeza; no quiero saber qué se traen esos dos.

Hay mensajes de mi ex casero que decido ignorar. No volveré allí de todas formas.

Y finalmente, lo que tanto evitaba: *los mensajes de mi papá.* No quiero leerlos. Necesito arreglar mi propia vida antes de volver a escucharlo. Con un suspiro, me acomodo de lado y me quedo profundamente dormida.

Despierto sobresaltada, bañada en sudor y con el corazón a punto de salir de mi pecho. Miro a mi alrededor y recuerdo todo lo que ha pasado en los últimos días.

Estoy a salvo. Al menos por ahora.

Solo fue una pesadilla. El sol empieza a filtrarse por la ventana. Tomo el móvil; anoche olvidé responderle a Su.

Yo: Lo siento mucho. Por todo. Estoy bien. Solo dame un poco de tiempo y te lo contaré todo.

También paso al contacto de mi padre. Leo rápido sus peticiones de perdón. No me doy tiempo de sentir remordimiento, ni mucho menos el mismo sentimiento que me hizo querer morir.

Yo: Necesito tiempo. Me estoy quedando con una amiga. Entregué el departamento. Por favor, no me busques. Yo lo haré cuando esté lista.

Bloqueo el teléfono y me meto a la ducha. Ojalá el agua caliente pudiera llevarse mis pensamientos. Me tomo mi tiempo para alistarme: pantalones marrones, blusa blanca y zapatos a juego. Dejo mi cabello corto suelto y aplico un poco de corrector, rímel y gloss. Salgo de la habitación solo con el móvil en la mano. El aroma a café me termina de despertar.

En la cocina, Liam prepara pan tostado con queso crema y mermelada.

—Buenos días. —Saludo. Él me dedica una sonrisa radiante que me desarma. Parece que tuvo lindos sueños mientras los míos fueron una mierda.

—Buenos días, dulzura. ¿Dormiste bien? —Asiento, esperando que mi rostro no me delate—. Estoy haciendo el desayuno. Compré café descafeinado por si quieres una taza. —Me mira fijamente con esos pozos azules—, pero solo puedes tomar una al día.

Un nudo se forma en mi garganta. ¿Por qué se preocuparía por saber lo que puedo o no puedo hacer en mi nuevo estado, si no sintiera algo real por mí? Quiero entender, pero cada cosa que hace o dice, o cada mirada con deseo y algo más, lo hacen difícil.

«¿Por qué no se lo preguntas?».

—¿Por qué haces todo esto, Liam? —susurro, apenas.

—Leí en internet que las embarazadas solo pueden tomar una taza al día y tiene que ser descafeinado, así que salí muy temprano para comprarlo —explica, y mi corazón se aprieta. Trago un nudo en la garganta—. Hay mucho que tengo que aprender. Tenme paciencia si me equivoco. —*No puedo.* No puede ser real ¿o sí?

—Liam, por favor, basta —lo interrumpo, cierro los ojos, no puedo procesar cada cosa que hace sabiendo lo que hay detrás.

Siento que se acerca, su aroma perfecto se hace más fuerte. Llega hasta mí del otro lado de la barra y me toma las mejillas, obligándome a mirarlo.

—¿Qué pasa, dulce Arya? —pregunta con una ternura que me quema por dentro—. Puedes decírmelo. Confía en mí.

Siento la humedad detrás de mis ojos.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —Su sonrisa llega antes que sus palabras. Entiendo que lo que dirá me va a destrozar y a reconstruir al mismo tiempo.

—Desde que te vi por primera vez en ese bar, mi vida no volvió a ser la misma. Me aferré a algo que empezó a perder el sentido; lo único que tiene sentido para mí ahora, somos tú y yo.

Quiero negar con la cabeza, su agarre en mis mejillas no me deja. Mis rodillas empiezan a fallar cuando sus labios se acercan

peligrosamente a los míos. Algo tibio se forma en mi pecho y empieza a expandirse des de ahí hasta cada parte de mi cuerpo.

Sus manos sostienen mi cabeza como si fuera algo frágil. No siento el suelo bajo mis pies. Tengo tanto miedo de que la verdad nos alcance.

—Hago esto porque te quiero. Tal vez no lo aceptes todavía, pero tú eres mía. Y yo siempre voy a cuidar lo que es mío.

36 LIAM

No mentí cuando le dije que la quiero, porque lo hago. La quiero para mí y la quiero conservar cada puto día de mi vida.

«¿No crees que estás yendo muy lejos con esto? Sí, la mujer tendrá un hijo tuyo, pero tú estás intentando destruir al abuelo de ese bebé. ¿Qué le dirá eso de ti a Arya? Por más palabras de afecto que digas, tus acciones son las que hablan de verdad».

Pongo los ojos en blanco.

¿Desde cuándo te volviste tan insoportable?

Le recrimino a mi conciencia. Arya no dice nada en el camino a la empresa. No ha soltado una palabra desde mi declaración en la cocina. No sé si es porque fue demasiado para ella o porque duda de mí. Dije lo que sentía. No puede molestarse porque le diga la verdad.

«No toda la verdad».

¡Maldita sea, ya cállate! Reprendo a mi voz interna cuando estamos a pocas calles de llegar a BLAKE.

—¿Estás bien? —le pregunto al notar cómo se retuerce los dedos nerviosamente.

—Sí —responde cortante—. Por favor, deja de preguntarme eso cada cinco minutos. Estoy bien.

—Bien, lo siento.

No sé qué hice para ponerla de malas; tal vez sean sus hormonas trabajando de más esta mañana. No importa, porque estoy decidido a que nada arruine este día, ni mi plan de hacerla volver. La ayudo a salir del auto y un pensamiento me hace querer darme un golpe en la cara. Soy un idiota.

«Aquí no desmentimos a nadie».

Mi deportivo es demasiado bajo. Arya tiene que hacer un esfuerzo visible para salir de él. Necesito otro auto. Uno más...

«Familiar».

Sí, eso. Familiar. Sonrío como estúpido, evadiendo al gran elefante que llena la habitación. Entramos al edificio y noto cómo Arya desvía la mirada hacia la recepción. Donde antes estaba Camila, ahora hay un guardia de seguridad que hace doble turno con un monitor sobre el mostrador.

—Buenos días, señor Blake —me saluda levantando su gorra —. Señorita. —Le sonríe a Arya y ella le devuelve el gesto. No me doy cuenta del gruñido que sale de mi pecho hasta que siento el codo de Arya golpeando mis costillas. Cuando la miro, pone los ojos en blanco.

—Buenos días, Ricky —mascullo y sigo hacia el ascensor. Me maldigo por no haber estacionado en el subterráneo, me hubiera ahorrado la primera molestia del día. No entiendo como Arya sigue volviéndome tan irracional, pero tengo que hacer algo, ya que mi comportamiento de antes, fue el que la alejó.

Una vez dentro del ascensor, Arya se cruza de brazos y aprieta los labios. No sé qué se está callando, pero no pienso darle motivos para discutir. Finjo que no ha pasado nada. Las puertas se abren en mi piso y Camila me recibe con una sonrisa exageradamente brillante y mi café en la mano.

—Buenos días, señor B, tengo listo su café. —Sí, ahora es Camila la que suple a Bonnie en lo que encuentro un mejor reemplazo. Empiezo a creer que no lo pensé bien. Considerando que esperaba que tarde o temprano. Arya volviera aquí.

Abro la boca para agradecerle, pero un sonido, uno parecido a un gruñido molesto me distrae. Es Arya, con los puños apretados, murmurando algo parecido a *zorra*. No me detengo a disfrutar de sus celos; quiero hacerlo, pero me contengo por el bien de todos. De hecho, dudo que sea consciente de lo que acaba de hacer con eso.

—No tomaré café. Sal a buscar un plato con fruta, el más grande que tengan. Con yogur griego, miel de abeja y frutos secos. Tráela a la oficina junto con dos batidos de plátano con nuez. Con hielo y extra de nuez, por favor.

Camila me mira paralizada en su lugar, con ojos muy abiertos y me atrevería a decir que en estado de Shock. Casi tan sorprendida como la dulzura a mi lado.

—Toma nota si no tienes cerebro para memorizarlo —le gruño la orden, dejándola con la boca abierta.

Tomo la mano de Arya y caminamos hasta mi oficina. Se siente tan bien tenerla de vuelta. Conmigo. Como si todo pudiera salir bien solo porque ella está aquí.

Me mira como si fuera un extraño cuando me apresuro a quitar una de las sillas rígidas frente a mi escritorio y la reemplazo con uno de los sofás de la librería.

—Te necesito cerca de mí, y quiero que estés cómoda. —Es mi explicación. Valga para ella o no, es la verdad.

«Un verdadero contraste con el cómo la trataste al principio, ¿no crees?» Es lo que hay ahora.

Lo que sea que pase por su mente no es la reacción que esperaba. Cada cosa que hago por ella, parece hacerla sentirse culpable en lugar de simplemente aceptar lo que tengo para darle. Lo que quiero darle.

—¿Por qué pediste toda esa comida? —pregunta, una vez que toma asiento en el sillón.

—Lo pedí para ti. ¿No has visto cómo te queda de grande esa ropa? —No me doy cuenta de mi error hasta que las palabras salen de mi boca.

—¿Disculpa? ¿Qué has dicho? —Planta los puños en sus caderas, se levanta de nuevo del sofá y se inclina hacia mí.

«Todos sabemos que cuando una mujer te pide que repitas lo que acabas de decir, en realidad te está dando la oportunidad de

cambiar tu respuesta, ¿verdad?».

Abro la boca para buscar otra forma de decirle que quiero que recupere su peso, pero Arya sacude una mano frente a mi cara.

—Nadie, aparte de mí, puede decidir u opinar sobre si subo o bajo de peso. Tú no puedes juzgarme de esa manera, Liam. ¿Quién te crees que eres? ¿Acaso estás loco?

Su tono se vuelve más agudo y sus mejillas se encienden de un rojo encantador. Me acerco intentando calmarla, no sé exactamente cuál es mi error cuando lo único que quiero es cuidarla. A ella y a lo que lleva en su vientre.

Sí, antes no era así, pero ahora lo es. Antes no la quería. Ahora lo hago. Antes era solo un medio para un fin y ahora el único fin que quiero es ese donde ella me quiere.

—Bebé...

—Soy Arya, maldita sea, llámame por mi nombre y deja de comportarte de esa manera. Todos sabemos que este no eres tú. —Señala mi cuerpo con sus manos.

—¿Y quién soy entonces? —Doy un paso hacia ella.

—Eres el arrogante y presumido jefe. El que truena los dedos y obtiene todo lo que quiere. —Su pecho sube y baja con rapidez. Doy otro paso, quedando a milímetros de su rostro—. ¿Sabes qué? Esto es inútil, no va a funcionar. Me voy.

Intenta dar media vuelta, pero mi mano llegando a la suya la detiene, regresa impulsada y termina contra mi pecho. Sus pupilas están dilatadas. Su agitación me pone duro. Sonrío de lado. hay cosas que nunca podré cambiar cuando se trate de ella. Una es esta.

—¿Quieres que sea ese hombre que siempre consigue lo que quiere? —susurro sobre sus labios, robándole cada gramo de aliento. Hay deseo y rabia en su mirada. No me importa su enojo, o su odio, mientras me desee, puedo trabajar con todo.

Me trago su gemido cuando estrello mis labios contra los suyos. No es un beso tierno. No soy el hombre que le besó la frente

la noche anterior deseando que pronto estuviera lista para enfrentar lo maldito que fue el destino con nosotros, ni el que le susurró palabras dulces esta mañana.

Soy un hombre hambriento y desesperado. Con mi legua separo sus labios y la tomo como rehén. Su lengua pelea con la mía por el domino. Soy capaz de hacer todo por ella. Pero ceder en este momento no es algo que vaya a conseguir tan fácilmente.

La pego a mi cuerpo y bajando mis manos para tomar su trasero, la guio hasta mi erección. Quiero hacer tantas cosas con ella, quiero tomarla sobre este escritorio hasta que deje de pensar, llenarla de mí hasta que no quede espacio para las dudas.

Siento la batalla en su interior; algo le impide ceder por completo y me estoy cansando de esperar. Estoy a punto de empezar a desvestirla cuando un carraspeo rompe el hechizo. Arya jadea y me empuja con tanta fuerza que me golpeo contra el borde del escritorio.

—¡Mierda! —Me quejo. La risita detrás de mí me dice quién es el idiota que me ha interrumpido. Es el cabrón de mi mejor amigo.

Arya lo mira llena de vergüenza y corre hacia mi baño privado, cerrando la puerta con un golpe seco.

—¡Maldito inoportuno! ¿No te enseñaron a tocar? —le grito a Aron, quien luce una sonrisa burlona.

—Créeme, lo hice. —Intenta tapar su sonrisa. Suspiro, tratando de que la adrenalina baje. Este día tiende a empeorar.

—¿Encontraste algo bueno? Lo voy a necesitar. Arya está muy rara hoy. Siento que, si no estoy alerta, la perderé de nuevo.

«¿Cuándo ha sido tuya?» Susurra mi mente. La ignoro.

La puerta del baño se abre minutos después. Sale una Arya seria, fingiendo que nada ha pasado. Le hago una seña a Aron y él entra en papel.

—Mira, hay un problema. —Comienza con tono grave—. Esto no es un error de contrato común. Es un fallo que podría costarte

toda la empresa.

Trago saliva. Si no supiera que es falso, me alarmaría la idea de perder todo por lo que he trabajado. BLAKE es el legado de mis padres; es todo lo que tengo. Arya se acerca a mi lado y pone una mano en mi brazo, intenta consolarme. Después, se gira hacia Aron.

—Perdona que no te saludara antes. No pude evitar escuchar... quisiera saber más —pide ella.

Nos sentamos. Arya en el sofá nuevo, Aron en el borde del escritorio y yo en mi silla. Una hora después, ella ha terminado su batido y, sin darse cuenta, ha devorado toda la fruta. Sonrío por no haberme perdido ningún momento de eso.

—Esto es serio —continúa Aron—. Hay que revisar la constitución de la empresa desde sus orígenes.

—Eso tomaría meses —intervengo, empezando a creer que ya no se trata solo de un truco para atraer a Arya.—. Sin contar que no tengo a nadie de confianza para esto.

—Yo puedo ayudarte —suelta por fin, Arya. Se nota que le pesa, pero lo repite—: Yo puedo ayudarte, si confías profesionalmente en mí, por supuesto. No quiero que pierdas lo que has construido. Firmaré lo que sea necesario.

—No hace falta, Arya. Confío en ti. —Le aseguro, estirando mi mano por el escritorio y tomando su mano. Me deja hacerlo.

Ella traga saliva, me doy cuenta de que hay un *pero* atorado en su garganta. Sus ojos también me lo gritan.

—Lo haré, pero antes tengo que hablar contigo. Ya no puedo cargar con esto. Necesito decirte lo que sé, lo que pienso y cómo me está afectando.

Aron se levanta de inmediato.

—Los dejaré solos. Llámame cuando estén listos. —Me guiña un ojo, le da un beso en la mejilla a Arya, lo que me saca un gruñido nuevo y se va.

—Arya, ¿qué pasa? Me estás asustando. —Es la verdad, nunca había visto esa mirada en ella. Bueno, la tenía esa vez en el hospital cuando me pedía perdón por algo que no logré entender. Y creo que eso me asusta más. Porque lo que sea que tenga para decir, tiene que ver con lo que la llevó a ese estado.

Arya se levanta del sillón y empieza a dar vueltas por la oficina. Se lleva las manos a la cabeza. Suspira. Me mira un segundo y vuelve a girarse. No puedo más. Me levanto, rodeo mi escritorio y la alcanzo cerca del ventanal. Tomo sus hombros y la obligo a quedarse quieta.

—Arya, por favor. Dime qué es eso que te tiene así, por favor.

Mis palabras duras rompen la presa. Sus ojos se clavan en los míos, cargados de una mezcla de terror, coraje y vergüenza. La esperanza de mi futuro se desmorona con su siguiente frase.

—Sé por qué me contrataste. Sé de tus instrucciones a Bonnie para que me tratara mal. Sé que todo empezó como una venganza para ti. —Mis manos resbalan de sus brazos y mi pecho se vacía de pronto—. Mi padre me dijo lo que te hizo hace diez años. Esa noche, cuando salí del restaurante... el día que decidiste ignorarme como parte de tu castigo... ese día supe la verdad detrás de tu repentino interés en mí. Y no sé cómo continuar después de esto.

37 ARYA

No puedo más con la presión en mi pecho, ni con los pensamientos que se agolpan en mi mente. Si no lo digo ahora, siento que voy a estallar.

— Sé por qué me contrataste. Sé de tus instrucciones a Bonnie para que me tratara mal. Sé que todo empezó como una venganza para ti. —Mi voz me traiciona y el nudo que se me forma en la garganta dificulta que pueda tragar. No sé de dónde saqué la fuerza para empezar, pero ahora tengo que terminar—. Mi padre me dijo lo que te hizo hace diez años. Esa noche, cuando salí del restaurante... el día que decidiste ignorarme como parte de tu castigo... ese día supe la verdad detrás de tu repentino interés en mí. Y no sé cómo continuar después de esto.

Ya está. Lo dije. El peso que me ha aplastado desde que Sali de la casa de mi papá, por fin me ha dejado, o eso quiero creer. Que por fin podremos hablar de frente y llegar al único acuerdo posible.

«¿Y eso sería?».

Que todo lo que sigue haciendo por mí, todas esas promesas y las palabras diciendo *te quiero* de esta mañana, son parte de su actuación y que ahora que lo sé, podemos dejar de jugar a la casita y dar la vuelta para nunca más volver a vernos.

Mis ojos se mantienen cerrados; no me atrevo a ver su reacción. Mi corazón late con tanta fuerza que siento la sangre agolparse en mis oídos. Mis manos tiemblan.

No hay respuesta. Nada. Por mi mente pasan todos esos momentos, desde aquella primera mirada en el bar. Mi cuerpo se dejó llevar por su presencia, sus brazos fuertes, sus ojos dominantes. Lo eligió como la única imagen mental para darse placer, y quién lo iba a decir: no solo en mi imaginación fue bueno.

En la vida real, me arruinó de todas las maneras posibles.

Llego a esta mañana, a cuando me dijo que me quiere, y a lo mucho que mi corazón quiere creerle, pero ¿cómo convencer a mi mente de que un hombre tan herido como él puede querer algo real con la hija de su peor enemigo?

Liam lo supo todo este tiempo y me utilizó. Eso debería hacerme odiarlo, debería darme las razones suficientes para alejarme, pero no puedo. Quiero ayudarlo. Quiero que su empresa prospere. Quiero que logre todo lo que se ha propuesto. Y me maldigo por eso.

Abro los ojos, de pronto el silencio se hace insoportable. Liam ha retrocedido hasta su escritorio, sus manos están apoyadas en la madera del borde; no me mira, parece concentrado en la fuerza que necesita para sostenerse, sus nudillos están blancos. Tiene el ceño fruncido y no creo haber visto un rostro con tanto dolor en mi vida.

Mi pecho se aprieta. Solo me atrevo a dar un paso cerca de él.

—Lo siento —susurro sabiendo que no cambiará nada.

Sus ojos suben a los míos, se convierten en dos espejos que me dejan ver lo más profundo de su soledad y de sus miedos.

—¿Así que lo sabes? —murmura con la voz apagada—. ¿Él lo confesó? Tu padre, quiero decir. —Asiento. No tiene caso seguir jugando al escondite. Suelta una risita amarga—. ¿Sabes? Siempre supe que era el culpable. Lo vi en su mirada aquel día en el juzgado. Pero que lo reconozca con su propia voz... me causa un dolor diferente. Es físicamente insoportable.

—Sé que no servirá de nada, pero quiero decirte que lo siento, no tenía idea hasta hace un par de semanas —suelto con un dolor en mi pecho que me quema—. Nadie merece pasar por ese tipo de pérdida.

Liam asiente, pero su mente está en otro lugar.

¿Todavía busca venganza? No lo sé.

¿Podré perdonar a mi padre? Tampoco lo sé.

—Si de algo sirve, me arrepiento de haber pensado que podía utilizarte para lastimarlo. Yo... Nunca quise esto, —Nos señala—, pero te metiste aquí. —Ahora señala su cabeza—. Y aquí. —Señala su corazón—. Nunca me arrepentiré de haberte encontrado, de haber conocido a la mujer más inteligente, recia e independiente que eres.

Ojalá dejara de decirme esas cosas; solo logran calentar mi corazón cuando necesito frío para pensar.

—Ahora que sé la verdad de tus planes, ¿qué harás conmigo? ¿Me dejarás marchar? ¿Me dejarás buscar la paz lejos de esta parte del mundo? —Ni siquiera puedo parpadear cuando se abalanza sobre mí. Toma mis mejillas antes de que pueda retroceder y me mira con puro terror.

—¡Nunca! dulce Arya. —Promete, aunque para mi parece más como a una amenaza—. Tú dejaste de ser el objeto de mi plan mucho antes de que yo me diera cuenta. —Pasa las yemas de sus dedos por mis mejillas, baja a mis labios, estira el inferior con el pulgar. Su tacto despierta una corriente eléctrica que no puedo controlar—. ¿Es que no lo ves? No puedo vivir sin ti.

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. Me duele, mi corazón se desangra por él, pero la lógica me grita que esto simplemente no puede funcionar.

—No puedo, Liam. No sabiendo lo que mi padre hizo. ¿Qué pasará mañana cuando el dolor regrese? ¿Cuándo quieras sentirte libre y estés atado a la misma sangre que tanto te hizo daño?

—Sí puedes, porque lo miro en tus ojos, también me quieres, aunque no estes lista para reconocerlo. Somos los únicos dueños de nuestro destino. Te juro que nunca he sentido esto por nadie. Lo resolveremos en el camino.

Quiero preguntarle si será capaz de perdonar a mi padre, esa respuesta debería darme la verdad, pero no me atrevo. No ahora. Sus palabras calan en mi pecho. Se graban en mi mente como una

condena perpetua. Aun así, me las arreglo para responder de la manera más sensata posible.

No puede ser así de fácil ¿o sí?

—Necesito tiempo, Liam. Por favor. Necesito ordenar mis sentimientos. Todo ha pasado tan rápido que… no he tenido tiempo de procesar nada. Y ahora también está esto...

Bajo la mano a mi vientre. Liam cubre mi mano con la suya. Se siente tan correcto que aumenta mi miedo a perderlo. Podría estar mintiendo con todo, pero no hay manera de que mi cuerpo o mi corazón se den cuenta de eso.

—Vivamos un día a la vez, Arya. Solamente tú y yo. Por favor —suplica. Asiento porque no hay más que pueda hacer en este momento, le hago caso a mi corazón.

Solo espero que la caída no sea mortal.

—Pídeme todo lo que necesites, Arya. —Dibuja una sonrisa diferente. Una sincera y me atrevería a decir que llena de esperanza.

—Quiero trabajar. Quiero regresar a BLAKE. Quiero ser útil, estar ocupada, vivir la vida que siempre quise.

—Ya lo tienes, bebé.

—Así no, Liam. —Doy un paso atrás—. Aquí no quiero ser la madre de tu hijo, ni la hija del hombre que arruinó tu vida. Solo quiero ser Arya: la economista, la trabajadora. Quiero ser yo misma.

Él me mira con sorpresa y luego sonríe de verdad.

—No dejas de sorprenderme ni un solo día. Si eso es lo que quieres, eso tendrás. Bienvenida a BLAKE. De nuevo. —Extiende su mano para que la estreche. Me gusta que me crea fuerte. Estrecho su mano y el gesto se siente como un nuevo comienzo.

***

Parece que han pasado semanas, pero solo han sido unos cuantos días. Camila no es tan mala una vez que la conoces, aunque su coqueteo constante para con Liam me revuelva el estómago.

Me instalaron un área de trabajo más grande y privada; Liam asegura que haría lo mismo por cualquier empleada embarazada. Pongo los ojos en blanco, porque los dos sabemos que es mentira. Pero no discuto.

Acordamos no tocar temas de oficina fuera del horario laboral, ni temas personales en la empresa.

Un día a la vez.

Me quedo en su departamento por ahora, aunque me preocupa qué pasará cuando el tema de mi padre vuelva a surgir. Nunca lo justificaré, pero es mi padre, y no imagino una vida en donde tenga que elegir entre mi sangre y mi corazón. Dejo ese pensamiento para después. Un poco cobarde de mi parte, pero es lo que hay.

Hoy me esmeré con mi atuendo porque saldremos a cenar con Su y Aron. Por primera vez desde este nuevo acuerdo de convivencia.

—Estás lista —Liam me mira con hambre en sus ojos desde la puerta de su oficina.

Ya pasan de las ocho. Me pongo de pie y se acerca para tomarme de la mano y atraerme hasta su pecho, entierra la nariz en mi cuello y me dejo llevar por la sensación que sigue despertando con solo una mirada. Eso es algo que no ha cambiado.

No parece que sea algo que vaya a perder interés dentro de mí, al contrario, cada día siento más por él. El miedo de que salgan las palabras de mi boca, así como salieron las suyas, me mantienen despierta la mayor parte del tiempo.

—Tu aroma me vuelve loco, Arya. Es dulce y adictivo.

—Liam, nos están esperando... —le digo, aunque mi cuerpo se amolda al suyo.

—Por mí, pueden seguir esperando.

—Tú no tienes prisa, pero aquí hay alguien que empieza a sentir mucha hambre. —Me burlo, señalando mi vientre.

Desde que acepté que el hijo de Liam está dentro de mí, todo ha sido mejor. Me atrevo a decir que incluso despertó una ilusión que no conocía dentro de mí.

—Mmm, tendré que esperar a llegar a casa para probar tu dulzura —me susurra al oído. Sacudo la cabeza, ignorando que ahora solo estaré pensando en ese momento de por fin llegar a casa.

Salimos del edificio y nos acercamos al restaurante que los hombres eligieron para esta cita doble. Es comida tailandesa. El ambiente es relajado y comemos sin mucha conversación hasta que decido interrogar a mis amigos.

—¿Qué está pasando entre ustedes? —Me río sin apartar la vista de sus reacciones.

Su y Aron se miran y responden al mismo tiempo.

—Nada.

Sospechoso.

Entrecierro los ojos, Liam tiene su mano en mi muslo, dándome una seguridad que me hace creer que esto entre nosotros puede funcionar. Estoy por dar el último bocado a mi plato y dispuesta a pasar la noche interrogando a mi mejor amiga, cuando mi teléfono vibra frenéticamente.

Saco el móvil del bolso. Veo una imagen tras otra. La nota de un incendio. Es un lugar que conozco perfectamente. He estado ahí incontables veces. Me estremezco cuando el primer texto de mi papá aparece en la pantalla.

Papá: Mira lo que hizo ese hombre. No se detendrá nunca. Si muero, ya sabes a quién culpar.

Mi respiración se atasca en mis pulmones, de pronto el miedo por la vida de mi padre se transforma en una ira volcánica hacia el hombre que tengo al lado. Mis dientes se tensan dentro de mi boca.

—¿Qué pasa, dulzura? —pregunta Liam, preocupado.

Lo fulmino con la mirada. Siento una impotencia que me quema la garganta. La comprensión llega a su cara antes de que yo hable, y eso me duele más que cualquier otra cosa. No controlo mis palabras ni la rabia con la que salen de mi boca.

—¿Fuiste tú? —le grito, mostrándole la pantalla—. ¿Estás intentando matar a mi padre?

38 LIAM

La parte más difícil de todo esto es separar lo que siento por Arya de lo que siento por su padre. Cuando me confesó que sabía por qué la contraté, me dolió el pecho de una manera que no creí posible; entendí la razón de su crisis y me dolió aún más, creí que sería nuestro final.

Confiaba en que ese momento no llegara tan pronto, o que, para cuando ocurriera, ella estuviera tan enamorada de mí que no quisiera dejarme nunca. No estaba preparado para su confesión.

«Más bien, te empeñaste en ignorar al elefante en la habitación».

Con cada palabra que salía de sus labios, la sentí alejarse más. Ver su dolor me provocó una punzada que nunca quiero volver a sentir. Imaginar que la perdería me volvió loco. En ese instante decidí que no la dejaría ir. Nunca. Arya estaría a mi lado para siempre, me daría a todos mis hijos y seríamos solo ella y yo contra el mundo.

«Otra vez estás ignorando la realidad».

No pude desconectar a Arya de mis planes contra su padre, y eso nos trajo a este desastre.

—¿Tú lo hiciste? —Una imagen de un edificio en llamas brilla en la pantalla frente a mí.

No tiene caso mentir. El siguiente golpe era justo ese. La semana pasada vaciamos sus instalaciones y el seguro no respondió. Ahora iba por todo. Él me quitó a mis padres; yo le quitaría hasta el último centavo. El dinero fue lo que inició su ambición, y el dinero también sería su tumba.

—¿Cómo pudiste, Liam? Es mi papá —grita Arya regresándome al presente.

Veo la angustia en sus ojos y no sé cómo reaccionar. Tenía algo perfecto planeado para nosotros esta noche, pero acaba de irse a la mierda. Por el rabillo del ojo veo a Aron; ambos sabemos lo qué está pasando en este preciso momento.

—Arya, amiga, tranquilízate. —La voz de Susan me sorprende. Intenta tomar su mano, pero mi Arya no es ella misma justo ahora.

«¿En qué mundo creíste que podías destruir a su padre y que ella te recibiría con una sonrisa?».

Arya acepta el consuelo de su amiga. Parece que solo Susan tiene el poder de llegar a ella, en este momento.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Arya —digo, intentando alcanzarla, pero ella me aparta de un manotazo. Me mira con odio, pero lo ignoro; sé que está en shock.

—¡Es mi papá, Liam! —me grita con los dientes apretados. No lo pienso. Las palabras estallan antes de que pueda frenarlas.

—¡Y es un asesino! —gruño—. ¡Él mató a mis padres!

Me arrepiento en cuanto lo suelto. No porque sea mentira, sino porque Arya me importa. Susan se lleva una mano a la boca y Aron arruga el gesto. La he cagado.

«Te lo dije».

Cierro los ojos y me cubro la cara. No sé por dónde empezar a ordenar este caos.

—Justo por eso te dije que esto no llegaría a ningún lado. —La silla de Arya cae al suelo mientras ella retrocede—. ¡Lo sabía! ¡Maldita sea, lo sabía! —Niega con la cabeza—. Me voy.

Me levanto de golpe. Está loca si cree que la dejaré irse sola. Aron me pone una mano en el antebrazo. Entiendo su mensaje silencioso: *«Déjala ir».*

Jamás.

—Te irás conmigo —le dice Susan, siendo la única voz de la razón en este momento. Arya deja de quemarme con la mirada,

toma la mano de su amiga y ambas salen del restaurante sin que tenga tiempo de hacer o decir nada más.

«Mierda, volvemos al principio». No le quito la vista de encima hasta que desaparece por la puerta. Solo entonces la bruma se disipa. Aun así, no me gusta la forma en la que se está alejando de mí.

—¿Qué pasó? —pregunta Aron.

—El bastardo de su padre le envió un mensaje con la nota del incendio. Me culpó directamente.

—¿Él sabe de ustedes dos?

—No lo sé. Creí que Arya no estaba en buenos términos con él, pero ahora, no sé qué pensar. Si ella elige un bando, yo saldré perdiendo. Aun no me quiere lo suficiente para elegirme. Elegirnos. —Cada palabra me sabe amarga.

—Es su padre, Liam. Entiéndela.

—Y es un asesino. Le confesó lo que hizo y ni siquiera ha intentado entregarse. ¿Qué clase de hombre hace eso? —Sacudo la cabeza. No he querido mezclar a Arya con ese hombre desde que decidimos intentarlo, pero lo de esta noche…

—Esto está muy jodido, amigo.

—No me digas —suelto con sarcasmo.

—¿Qué vas a hacer?

—A la mierda si lo sé.

ARYA

Siento la voz de Susan distante, como si estuviera sumergida bajo el agua. No puedo dejar de ver la imagen de la empresa de mi papá en llamas. Liam lo hizo.

—Amiga, dime que estás bien. No creo que lo que está pasando le haga bien al bebé. —Condujo hasta su departamento y ni

siquiera me di cuenta. Mi mente sigue abrumada; la sangre bombea en mis oídos. No reacciono hasta que atravesamos la puerta de entrada. Sacudo la cabeza.

—No estoy bien. No sé a quién trataba de engañar.

—Lo que Liam dijo de tu padre... no es verdad, ¿o sí? —Estoy sentada en la sala de su departamento. Me entrega una taza de chocolate caliente con la pregunta más difícil de mi vida.

¿A quién le gusta admitir que su padre es un monstruo? ¿Que dejó huérfano a alguien por pura ambición?

«Hablando de eso... ¿no fuiste un poco dura con Liam?».

Esto estaba destinado al fracaso. Pero Liam no es de los que se rinden.

—Es verdad —respondo, sin mirar a Su a los ojos—. Lo que dijo Liam es verdad, pero no puedo hablar de eso ahora. —Siento cómo el cuerpo de mi amiga se pone rígido a mi lado. Sus manos tiemblan sobre la taza.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Arya. Somos hermanas. —Sé que sí, y sé que me apoyará pase lo que pase, yo haría lo mismo por ella. Pero la idea de quedarme aquí no me llena del todo. Sabiendo que hay otro departamento que empezaba a sentirse como un hogar.

—Gracias. Lo necesito.

La abrazo por lo que parecen horas hasta que estoy lo suficientemente agotada para cerrar los ojos y dejar de pensar.

Lavo mi taza y trato de dejar que el chocolate haga su efecto. Agradezco que Susan no presione más, por ahora.

—Estoy lista para dormir. —Me despido y camino arrastrando mis pies hasta la habitación de invitados.

Mi cuerpo se queja; quiere estar en otro lugar, con otra persona, y me duele reconocerlo. Me despojo de la ropa hasta quedar en ropa interior. Susan me trae una camiseta enorme. Mis

pechos han empezado a molestarme tanto que no soporto el sujetador.

—Gracias por no rechazarme, Su. Por estar aquí.

—Siempre estaré aquí, pase lo que pase con Liam.

Susan tiene planes de estudiar moda fuera del país, no puedo permitir que se quede solo por mí. Saldré de esto. Solo necesito tiempo.

«¿Tiempo o afrontar la verdad? Tienes nueve meses para decidir el futuro con Liam, pero tu padre es el incendio de hoy».

Mañana buscaré a mi papá. Tengo que enfrentarlo de una vez por todas. No puedo dejar que intente manipularme con el miedo de lo que Liam pueda hacerle.

Me dejo caer en la cama en cuanto Susan me deja sola. Cierro los ojos, pero mi mente viaja a Liam. Al beso de esta tarde. A las promesas destinadas a esta noche. Me maldigo porque sé exactamente qué me pide mi cuerpo.

El deseo es un pulso intenso y hambriento. Culpo a las hormonas del embarazo mientras mis manos suben a mis pechos. Gimo al rozar mis pezones, imaginando que es la boca de Liam la que me recorre.

—Mmm... —Me muerdo los labios. Casi puedo oler su aroma almizclado en el aire. Bajo la mano al interior de mi ropa; la humedad es un río. Mis dedos se deslizan con facilidad, buscándolo a él en mi propia piel.

El orgasmo estalla rápido, violento. Pellizco mi clítoris y me vengo con fuerza, gritando su nombre en la soledad del cuarto.

«No hay otro». Mierda. No lo hay. Para bien o para mal. Liam se ha llevado una parte de mí que nunca podré recuperar.

Ya no es solo físico. Tal vez nunca lo fue. Reconozco que lo de esta noche me dolió, pero más que por miedo, fue porque mi corazón ya no puede seguir negando lo que siento.

Lo quiero.

Cuando el pulso se calma, mi teléfono vibra. El corazón me da un salto al ver su nombre. Liam me está llamando. Siento un alivio que me asusta, pero no contesto. Necesito las palabras correctas, y esas vendrán después de hablar con mi padre.

Le escribo a mi papá:

Yo: Tenemos que hablar.

Solo tres palabras. Estoy por dejar el móvil a mi lado cuando llega otro mensaje. No es mi padre. Es una foto.

El torso de Liam, su entrepierna erecta y su semen esparcido sobre su piel. Se me seca la boca. Mi respiración se corta. ¿Cómo…?

Liam: No es como lo planeé, pero lo hice pensando en ti. Te dije que no te dejaré ir. Eres mía. Todo lo demás es discutible, pero estamos juntos en el mismo barco.

Debería estar furiosa. Debería odiarlo por ser tan posesivo, tan directo. Pero estoy loca, porque leer sus palabras solo hace que mis dedos vuelvan a bajar, buscando desesperadamente otro orgasmo con su imagen grabada en mis pupilas.

39 ARYA

Mis manos están sudorosas, tiemblan cuando me acerco al vecindario que fue mi hogar por veinte años.

Si tan solo mi madre todavía estuviera aquí...

Niego con la cabeza. No. Es mejor que no esté aquí, esto la habría matado. Un escalofrío me recorre el cuerpo haciéndome estremecer. Me tomo un segundo para tranquilizarme, necesitaré toda la calma de mundo para enfrentar a mi padre.

Llego a la entrada, y solo puedo pensar que esta es la puerta que crucé miles de veces creyendo que era mía. Que era mi hogar, que era la parte más segura para mí dentro del planeta. La realidad es que no tenía ni idea de con quien estaba compartiendo mis días.

Trago el sentimiento de náuseas y por fin toco a la puerta. Podría usar mi llave, pero desde esa noche hace tres semanas, ya no siento que pertenezca a este lugar. Nunca más podre llamarlo hogar y no será aquí a donde corra cuando sienta que necesito escapar.

Ignoro a donde se va mi mente con ese pensamiento, porque tampoco estoy lista para volver con Liam.

Escucho una voz cansada del otro lado.

—¿Quién es? —pregunta mi padre, noto el miedo en su timbre de voz. No creo haberlo visto siquiera cerca de tenerle miedo a algo en toda mi vida.

—Soy yo, Arya —digo. No me abre de inmediato, primero escucho el sonido de muchos cerrojos de seguridad abrirse antes de que la puerta se abra por completo. Ahora entiendo que mi copia de la llave tampoco hubiera sido suficiente para entrar.

—Hija, eres tú, qué gusto me da verte. —Mi papá me arrastra hacia él y me abraza. Mi cuerpo se tensa, no puedo evitarlo. Solo avanzo un par de pasos dentro, los suficientes para que él regrese a poner los cerrojos detrás de mí.

—¿Qué es todo esto, Papá? El miedo en tus ojos, las cerraduras en la puerta, ¿qué está pasando? —le pregunto, aunque ya me doy una idea de su respuesta. Y de nuevo ese algo se retuerce dentro de mi pecho.

Es la lucha dentro de mí. La parte que quiere ser razonable, contra la que no puede dejar de sentir afecto por Liam.

—¿No fue suficiente la nota que te envié ayer por la noche para que me creas? Ese hombre quiere matarme —grita.

No estoy segura de que ese sea el plan final de Liam, aunque, no sé cuál es su plan en lo absoluto; ni lo que yo sería capaz de hacer si estuviera en su lugar.

—Papá. —Sueno cansada. Lo estoy. Tomo un momento para controlar mi respiración. Voy a decir algo, pero él me interrumpe.

—No estoy loco, Arya. Y no estoy exagerando. Esperó tantos años. No sé con qué propósito, pero ahora está atacándome, primero el robo en la oficina, no pude comprobar nada. Las cámaras fueron desconectadas. El seguro no me respondió. Perdí todo el equipo de cómputo, todas las impresoras, todo mi equipo de oficina y ahora, de buenas a primeras dicen que hubo un corto eléctrico y el edificio, que me costó tantos años levantar, ha quedado reducido a cenizas.

La sensación de náuseas regresa con más fuerza. Pero esta vez es por la mirada oscura en el hombre que recién descubro, no conozco.

«Tengo miedo»

Yo también.

—¿Y adivina qué? El seguro tampoco se hará responsable. —se lleva las manos a la cabeza y jala mechones de su cabello con desesperación.

—Tranquilízate, Papá. —le pido con una mano extendida en su dirección que no llega tocarlo. No puedo—. No te ves bien, ¿dormiste algo? —Empiezo a desviar la conversación hacia otro lado que no me siga mostrando ese rostro transformado.

—No puedo dormir, tengo que estar alerta, ya no me queda nada. —Su tono baja, sus ojos van a las paredes a nuestro alrededor —. Solo me queda esta casa, y solo te tengo a ti.

Trago con dificultad, nunca había visto a mi papá tan afectado. Incluso con la muerte de Mamá, su comportamiento fue otro muy distinto. Claro, había tristeza y dolor, pero esto… es completo terror.

No sé de dónde saco el valor, pero cuando me doy cuenta la pregunta ya ha salido de mis labios.

—Papá, ¿has pensado en... ¿has pensado en ir a la policía y entregarte?

Como en cámara lenta, los ojos de mi padre se encuentran con los míos y ya no reflejan el pánico de antes, Ahora están llenos de decepción y se me oprime el pecho. Sus palabras no coinciden con su mirada.

—¿Qué has dicho? —pregunta con los ojos en una rendija y una voz estrangulada.

«Corre.»

—Lo siento, Papá. Sé que es lo último que quieres oír de mí, pero tal vez deberías pensar en hacer lo correcto. —No es bonito imaginar a tu papá en la cárcel, y tampoco tendríamos que llegar a eso, pero no encuentro otra solución igual de equilibrada para todos los involucrados—. Cometiste un crimen, es justo que pagues por él.

—¿Quieres que me entregue, que confiese para que me muera en prisión... eso es lo que quieres, hija? —Su voz está bañada en dolor y en amargura.

Da un paso hacia mí que me hace retroceder y levantar las manos frente a mi pecho.

—Por supuesto que no, Papá. ¿Tú crees que yo quiero ver a mi única familia tras las rejas? O peor aún, ¿tú crees que yo quería que mi papá fuera un asesino...? —grito, estoy desesperada por encontrar una maldita manera de cambiar las cosas. Me duele en el alma decirlo, pero si no lo afronto hoy, quizás mañana sea tarde.

Mi papá niega con la cabeza. Deja de mirarme y se concentra en otro punto detrás de mí.

—Ya he pagado por lo que hice, perdí a tu madre, perdí la paz, ahora perdí la razón de todo lo que hice. —Sus ojos me encuentran de nuevo y no puedo leer lo que hay en su mirada—. Y tal parece que también te perdí a ti, ¿acaso ese hombre te ha lavado el cerebro? ¿Te ha puesto en mi contra? ¿Sigues trabajando para él?

Si tan solo supiera todo lo que está pasando, que hasta hace poco vivía en su departamento, había regresado a su empresa, y también que estoy cargando a su bebé en mi vientre.

—Piénsalo, Papá. No puedes vivir con miedo de saber cuál es el próximo golpe. Tienes que afrontar las consecuencias de tus actos, siempre vas a ser mi papá, pase lo que pase, y te voy a respetar pase lo que pase, pero… —Sacudo la cabeza, también miro este lugar, se siente como a una despedida—. No todo en la vida es tener dinero, Papá. Vale más la integridad, la seguridad, el amor. Nos quitaste mucho a Mamá y a mí cuando tomaste esa decisión y no podemos cambiar el pasado, pero sí podemos afrontar el futuro.

Esas palabras también son para mí. No puedo cambiar el pasado, no puedo hacer que los padres de Liam regresen y que mi padre tome las decisiones correctas. Tampoco puedo evitar que Liam me haya mentido, pero hay algo en el presente, y eso es que él me quiere y que yo lo quiero a él.

Independientemente del cómo, la verdad es que a su lado me siento segura de verdad, nunca lo he sacado de mi cabeza desde el día en que lo conocí, se metió tan profundo que penetró mi alma, y dudo que alguna vez sea capaz de salir.

Cierro los ojos y suspiro profundamente. Esto va a ser difícil porque mi padre siempre será mi padre, y mi hijo siempre tendrá a Liam por padre. Ahora lo entiendo.

—No tengo nada que pensar. No le voy a dar el gusto a ese hombre, él no tuvo que tomar decisiones difíciles para tener lo que

tiene. Nació en una cuna de oro. —Las amargas palabras de mi papá, me hacen salir de mi pensamiento.

De todas las opciones de respuesta que imaginé esa no era una de ellas. Se me rompe el corazón de que piense que su vida vale más que la de los demás.

—No, Papá, no es por él, es por ti, por mí, por nuestro futuro, por nuestra familia. —Mi mano, inconscientemente, llega a mi vientre, pero soy incapaz de decírselo en este momento. Sus ojos están inyectados en sangre por el desvelo y por el miedo, no está pensando coherentemente, así que decirle que estoy embarazada del hombre que ha intentado matarlo, no es lo correcto de decir en este momento.

O nunca.

—No quiero pasar los últimos años de mi vida en la cárcel, ya es suficiente la soledad que tengo aquí, sin ti, sin tu madre y ahora sin un solo peso en mis cuentas bancarias. —Siento que de pronto estoy hablando con una pared.

—Ya te dije que no me perderás, Papá, siempre seré tu hija. Tal vez puedas pedirle perdón a Liam.

—¿A Liam? ¿Lo llamas por su nombre? —Cierro los ojos y aprieto los párpados. Este ya no es un momento correcto para hablar.

—Papá, vine aquí para ver que estás bien, y lo estás, pero no estás en condiciones para aceptar la realidad. Así que me voy a ir, ya escuchaste lo que pienso y sabes lo qué puedes hacer. Piénsalo y cuando estés listo, háblame. —No espero a que responda, tampoco me acerco a despedirme solo camino hacia atrás y salgo por la misma puerta por la que entré.

El aire es diferente en cuanto cruzo por esa puerta, no sabía que contenía el aire en mis pulmones hasta que estando fuera los sentí liberarse. Empiezo a caminar por la banqueta, a solo unas cuadras está una estación de taxis. Necesito con urgencia regresar al

departamento de Su, recostarme en su cama y tal vez perderme por un par de días.

Con cada paso que doy, me siento más ligera de la presión. Sé que estamos lejos de llegar al final de esto, pero espero que la conversación que tuve con papá, le importe lo suficiente para hacer la diferencia.

Estoy a unas cuantas calles de llegar a la parada cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo trasero. Son pocas las posibilidades, tal vez es Liam, tal vez es mi amiga. O incluso puede que sea Aron o mi padre. Pienso cuando saco el teléfono y miro la pantalla.

Pero me congelo en mi lugar porque no es ninguno de los que antes mencioné.

Número desconocido: Te ves muy bien con ese Top rojo, me hace recordar a nuestra primera noche, Aryboo. Cuando sangraste por mí.

El aire se atasca en mis pulmones. Mis pies no pueden responderme... *Carter está aquí.* Levanto mi cabeza y la giro a ambos lados, no lo miro. Pero los vellos de mi nuca me avisan que está cerca y me paralizo por completo.

Dios no, por favor, no en este momento.

Como puedo, me obligo a caminar, solo necesito avanzar un poco más y estaré a salvo. Es una ironía que un hombre me tenga así de paralizada, cuando lo único que hizo fue romper mi corazón por primera vez. Se ha roto dos veces más después de eso. Y aun así es Carter el que me afecta de esta manera.

Mis manos tiemblan en el teléfono.

«Tienes que llamar a alguien. Pedir ayuda»

Mi mente y mi corazón saben a quién acudir. En otro momento me castigaré por eso, pero en este momento necesito a Liam, presiono llamar en su contacto y me llevo la mano a la oreja.

Escucho el primer timbre y después nada porque alguien tira de mi cabello por detrás, y mi teléfono cae al piso. *Mierda.*

—A dónde vas con tanta prisa, Aryboo. —Esa voz, esa maldita voz. Me encuentro con su cara en el peor de los momentos.

Ahora pienso que no sé cómo pude fijarme en alguien como él. Está claro que no es más que un imbécil, un don nadie que no llegó a nada en su vida.

—Carter, ¿qué es lo que quieres? —pregunto con una fuerza que nace del centro de mi pecho, su cara me repugna, su toque en mi piel me llena de asco, no me hizo daño físicamente, sin embargo, el daño emocional fue suficiente para traumatizarme por años.

Hoy todo parece tan lejano e insignificante que me doy cuenta de que puedo darle la cara y por fin dejarlo atrás.

—¿Qué no es obvio? Quiero hablar. Esa tonta orden de restricción que me pusiste... ¿Qué pasó? Creí que nos habíamos divertido en la noche de la graduación. —Sonríe, petulante. Ahora que lo tengo frente a mí, ya no le tengo miedo. he pasado por cosas peores a lo que él me hizo y también salí adelante.

Niego con la cabeza, también sonrío, pero es una sonrisa de libertad.

—El único que se divirtió esa noche, fuiste tú, imbécil, jugaste conmigo, me engañaste, apostaste que te acostarías conmigo y ganaste. Ahora dime ¿qué mierdas quieres? —Siento el pulso en mis oídos. La sangre me bombea tan rápido que se me está subiendo a la cabeza. Es la adrenalina.

—Ah sí, lo recuerdo bien. Estabas tan apretada que me hiciste venir demasiado rápido. —Carter se pasa la lengua por el labio superior y sé que sus siguientes palabras me van a dar asco porque sus ojos me están diciendo cosas peores—. Qué tal si lo repetimos. Te prometo que esta vez te gustará más.

En efecto, sus palabras me dan tanto asco que me provocan una arcada.

—¿Qué te pasa, perra? No me digas que te doy asco. ¿Qué no te has visto en un espejo? —me grita, pero lo único que siento es vergüenza por él—. Deberías darme las gracias de que aun tenga ganas de cogerte.

—¿Sabes de qué te doy las gracias? —pregunto con una valentía que no conocía en mí—. Agradezco que tuvieras el pene tan pequeño. Agradezco que no me hicieras sentir nada esa noche. Porque así el próximo hombre que me tomó, fue lo que yo guardé como mi primera y la mejor noche de sexo de mi vida.

La cara de Carter se pone roja, sus ojos se entrecierran y sus labios son una línea fina. Levanta la comisura de sus labios y todo ocurre como en cámara lenta.

—Maldita perra, te voy a enseñar... —Levanta la mano para golpearme. Por instinto cierro los ojos y me llevo una mano a mi cara para cubrirla y con la otra protejo mi vientre. Estoy sola y he provocado al lobo. No me arrepiento, solo espero que termine rápido para por fin salir de esto ahora que sé que puedo continuar.

Espero el golpe…

Pero nunca llega.

40 LIAM

Despierto con una sensación rara en el estómago, fue la primera noche que Arya no durmió en mi departamento desde que la traje del hospital. Sí, sé que son pocos días, pero me acostumbré tanto a ella que su ausencia provoca un caos dentro de mí. Necesidad de control en primer lugar. Pero también anhelo.

Después de enviarle la foto de mi torso desnudo con los restos de mi semen, espere un tiempo por una respuesta que no llegó. Tal vez fue demasiado para ella, espero que no, porque no mentí, no he terminado con ella y mi dulce Arya todavía no conoce todas mis facetas y lo que tengo para ofrecerle.

Lo último que había visto en sus ojos en medio de esa cena, fue desprecio y tal vez cometí un error al enviarle ese mensaje; no lo pensé, pero solo tuve que cerrar los ojos, imaginarla a mi lado, sobre mi cuerpo, debajo de mí, en cuatro con su trasero expuesto, para que me viniera como un adolescente.

Esta mañana decido que le daré un poco más de tiempo para asimilar lo que tenemos; eso no quiere decir que no estaré cerca. Tomo mi celular y le escribo a su amiga loca.

Yo: ¿cómo está Arya?

Espero solo un minuto cuando llega su respuesta.

Loca: Buenos días para ti también.

Pongo los ojos en blanco y tecleo una respuesta.

Yo: Buenos días, serías tan amable de decirme, ¿cómo se encuentra Arya esta mañana?

Loca: ¿Ves? qué diferencia cuando eres educado, solo por eso te voy a dar la respuesta. Arya salió muy temprano, dijo algo de tener que hablar con su papá.

Yo: ¿La dejaste ir sola?

Loca: Oye, lamento mucho lo que pasó, pero es su padre, no es como que le vaya a hacer daño a ella. ¿verdad?

¡Dios! ¿Qué hago perdiendo el tiempo con esta mujer?

Yo: No es solo por eso, Dame la dirección.

Loca: No, no lo haré.

Esto ya es demasiado. Presiono su contacto y hago la llamada. Espero tres largos timbres hasta que contesta y no la dejo decir nada, soy yo el que habla primero.

—¿Por qué la dejaste sola? ¿no se supone que eres su amiga? —le grito por el teléfono.

—Primero que nada, bájale tres rayitas a tu tono, me ofrecí a acompañarla, pero ella no quiso, es una adulta, no la iba a obligar. Además, como ya te lo dije, no creo que le haga daño, es su hija. — No se me escapa el tono de duda al final de esa frase. Supongo que ya sabe toda la verdad.

—Aun así, ese hombre no es él mismo en estos momentos. — Intento ya sin paciencia. Parece que la única capaz de lograr algo en ese o cualquier otro aspecto de mi persona, es Arya. Mi dulce Arya.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y qué quieres decir con que no es él mismo? —Me llevo la mano a la cabeza y tiro de mi cabello.

—No tengo tiempo para esto. Dame la maldita dirección — grito. La escucho maldecir del otro lado de la línea.

—Maldita sea, hombre. No me hagas que me arrepienta de esto. —Escucho la dirección, ya estoy tomando las llaves de mi auto nuevo, cuando sin decir nada más, termino la llamada. Ya cumplí con mi ración de educación del día.

Me toma casi treinta minutos llegar al vecindario donde Arya pasó su infancia. A cinco calles de la privada hay una estación de taxis. Supongo que es aquí donde la encontraré cuando termine con su padre. No tengo el valor suficiente de acercarme más. Con todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas, no sé si tenga el control de mí mismo que necesito.

Me estaciono en un callejón, esperando. No soy un acosador, solo quiero asegurarme de que esté bien, si la primera vez que habló con su padre terminó encerrada en su cuarto sin comida ni agua sumida en una depresión, no voy a permitir que algo como eso se repita.

Maldito, no se conformó con matar a mis padres, ahora también está haciendo miserable la vida de su hija. Si fuera lo suficientemente valiente, acabaría con él con mis propias manos.

«Sabes que eso no es lo que realmente quieres».

Mierda, no sé qué es lo que realmente quiero, solo sé que necesito que pague.

«¿A costa de la mujer que amas?».

No.

Cierro los ojos. Recargo mi cabeza en el asiento cómodo de mi nuevo mercedes. Siento que no sé por dónde continuar. Hemos llegado a un punto en el que cada decisión, cada palabra, cada movimiento, puede marcar el destino, para bien o para mal. Puede destruir o puede unir.

No sé cuánto tiempo me pierdo en mis pensamientos cuando mi teléfono empieza a vibrar. Es fin de semana, así que de la oficina no puede ser. Mi corazón se salta un latido cuando miro el nombre de Arya parpadeando en la pantalla. Solo dejo pasar un timbre antes de responder.

—¿Arya, estás bien? —pregunto, pero no hay respuesta. Enciendo mi auto y salgo del callejón. Miro para ambos lados buscando. No la encuentro por ningún lado.

—Adónde, con tanta prisa, Aryboo. —Una voz masculina se escucha por el otro lado. ¿Está con un hombre? ¿Me llamó estando con otro hombre?

«Solo espera...».

—Arya ¿estás ahí? —le grito al teléfono, no hay respuesta.

—Carter, qué es lo que quieres. —Esa es la voz de mi Arya. Y Carter es el nombre del imbécil a quien Arya le puso una orden de restricción. ¿Qué mierda está haciendo con ella?

—¿Qué no es obvio? Quiero hablar. Esa tonta orden de restricción que me pusiste... ¿Qué pasó? Creí que nos habíamos divertido en la noche de la graduación. —La está molestando. Mis nudillos se aprietan alrededor del teléfono. Mi respiración cambia y malditamente empiezo a ver rojo.

Necesito encontrarla. Empiezo a conducir hacia la dirección del padre de Arya, se me revuelve el estómago nada más de pensar en estar cerca de ese hombre, pero algo no está bien. Arya me necesita.

—El único que se divirtió esa noche, fuiste tú, imbécil, jugaste conmigo, me engañaste, apostaste que te acostarías conmigo y ganaste. Ahora dime, ¿qué mierdas quieres? —Así que eso fue lo que hizo ese imbécil, lo voy a matar, no tendré tanta consideración esta vez.

Mis manos se aferran alrededor del volante. Acelero. Por fin la encuentro, está sobre la banqueta a solo dos calles a la izquierda. Ver a Arya con ese idiota, y ver la ropa que seguro su amiga le prestó… No son una buena combinación.

No veo su teléfono por ningún lado, así que lo único que pienso es que ese idiota se lo quito antes de que pudiera pedirme ayuda. Mierda, porque eso es lo que estaba haciendo ¿verdad? Acudiendo a mí.

—Ah sí, lo recuerdo bien. Estabas tan apretada que hiciste que me viniera demasiado rápido. —¡Imbécil! ¿Cómo se atreve a hablarle así a mi mujer? Le voy a cortar el palo y se lo daré de tragar—. *Qué tal si lo repetimos. Te prometo que esta vez te gustará más.*

—¡Sobre mi cadáver, idiota! —le grito al teléfono, aunque sé que no pueden oírme.

—¿Qué te pasa, perra? No me digas que te doy asco. ¿Qué no te has visto en un espejo? Deberías darme las gracias de que aun tenga ganas de cogerte. —No se atrevió a decirlo, ¿o sí?

Una niebla roja es lo que cubre mis ojos, rojo sangre, rojo muerte. Será lo último que diga ese imbécil, me encargaré de eso. Nunca más, nunca... nadie, le hablará de esa manera a mi mujer.

—¿Sabes de qué es de lo que estoy agradecida? —La voz de mi Arya suena firme, controlada, tan fuerte, que es justo eso lo que me da miedo—. *Agradezco que tuvieras el pene tan pequeño. Agradezco que no me hicieras sentir nada esa noche. Porque así el próximo hombre que me tomó, fue lo que yo guardé como mi primera y la mejor noche de sexo de mi vida.*

Sonrío para mis adentros, ya después compensaré a mi chica por defenderse así de ese imbécil.

Me estaciono detrás de ellos y sin apagar el auto, me bajo dejando el celular encendido, no lo necesito para lo que estoy a punto de hacer. Veo claramente cómo la cara de Carter se pone roja, sus ojos se entrecierran. Levanta la comisura de sus labios. Entonces entiendo lo que está a punto de hacer, lo que no sabe es con qué clase de mujer se acaba de meter. La que es mía.

—Maldita perra, te voy a enseñar... —Levanta la mano para golpear la cara de Arya, como en cámara lenta veo cómo Arya cierra los ojos y se cubre el vientre. Si tenía alguna duda de que Arya no quería a nuestro bebé, hoy se han despejado todas. También lo quiere y así como intenta cuidarlo ahora, yo me encargaré de cuidar de los dos por el resto de mi miserable vida.

Voy a compensar cada lágrima que ha derramado por mi culpa. Me encargaré de ella. La cuidaré, la protegeré y la amaré...

Porque sí, mierda, amo a esta mujer.

El golpe no llega al cuerpo de Arya porque mi puño se estrella primero en la cara de ese imbécil, ninguno de los dos me vio llegar y lo tomé como ventaja. No digo nada, simplemente lo tiro al suelo y lo empiezo a golpear una y otra vez. Recuerdo sus palabras ofensivas, recuerdo lo que le hizo a la Arya adolescente, lo que intentó volver a hacerle ahora que es mía y es todo lo que necesito.

Carter queda inconsciente después de tres golpes. Su cuerpo está flácido, tendido en la banqueta, no me importa porque no he terminado con él.

Escucho el jadeo de Arya detrás de mí. Y por más que quiero girarme, tomarla en mis brazos, besarla, abrazarla, y no soltarla jamás, mi cuerpo no puede dejar de golpear a este bastardo.

—Liam, está inconsciente, por favor, es suficiente. Suéltalo. —Niego con la cabeza, sigo golpeando su cara en el pavimento, no es suficiente, nunca será suficiente.

Siento el cuerpo de Arya demasiado cerca, su perfume dulce y embriagante me llena los pulmones.

—Liam, por favor, tengo miedo. —El quiebre de su voz, por fin me hace detenerme, mis manos están ensangrentadas. La busco por encima del hombro, sé que no soy yo en este momento. Y no quiero que me mire así.

—Vete, dulzura, yo me encargaré —le pido con voz ronca.

—No, Liam. No me iré sin ti. Llévanos a casa, por favor.

«¿Acaba de decir lo que acaba de decir?» Sí lo dijo, dijo: llévanos a casa, y eso es justo lo que voy a hacer.

Me incorporo, no sin antes, darle el último golpe en la cara al idiota que se creyó lo suficiente como para meterse con lo que es mío. No tiene idea, pero la mujer a la que lastimó hace tanto tiempo, es la misma que lo está salvando ahora.

Me limpio la sangre en la tela de mis pantalones, no desaparece por completo, pero al menos he quitado la mayoría. Me acerco a Arya con tanta adrenalina en mi cuerpo, que tengo miedo de que intente escapar de mí. No lo hace.

—Vendrás a casa conmigo. —No es una petición, es una orden ronca y cargada.

Arya asiente con lágrimas en los ojos. Es ella la que termina de cerrar la distancia entre nosotros. Entonces la envuelvo entre mis brazos con fuerza. Mi corazón acelerado siente el suyo igual de acelerado y la aprieto más fuerte contra mi pecho. Arya se quiebra con su cara enterrada en mi cuello, empieza a sollozar y mi corazón se duele por ella.

—Shh. Tranquila, bebé, todo va a estar bien. Estoy aquí. —Después de unas cuantas respiraciones por fin levanta la cabeza y encuentra mis ojos. *Dios, ¿qué me hizo esta mujer?*

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo me encontraste? —me pregunta entre lágrimas. Sonrío.

—Siempre voy a encontrarte, Arya. Puedes huir de mí, puedes odiarme, puedes incluso tomar espacio de mí, pero siempre te voy a encontrar y siempre voy a cuidar de ti. —Baja una mano a su vientre, sonrío más grande—. Y a nuestro hijo también. No estás sola y no volverás a estarlo jamás.

El brillo de sus ojos me dice que me cree, que quiere esto tanto como yo; por primera vez siento una esperanza real. Me voy a aferrar a ella y voy a luchar por esto con uñas y dientes.

—¿Estás lista? —le pregunto sin importar que los vecinos empiezan a acercarse. Arya asiente limpiándose las lágrimas de los ojos, me sonríe, sé lo que quiere antes de que haga el primer movimiento, me adelanto, le rodeo la nuca y estrello mis labios con los de ella. Esto es… amor.

No dura mucho, pero lo suficiente para soportar hasta salir de aquí. Recupero su celular del suelo, se lo entrego y la llevo de la mano a mi auto.

—¿Y este auto? —me pregunta—. ¿Dónde está tu deportivo?

—Fui a la agencia y lo cambié por este.

—¿Por qué? El otro era muy lindo. —Frunce el ceño. Le sonrío y beso su frente.

—No era adecuado para transportar a mi mujer embarazada. —Mi Arya se sonroja—. Amo cuando te sonrojas, ¿te lo había dicho? —Acaricio su mejilla. No le importa la sangre en mis manos. Mucho menos me importará a mí.

—¿Lo hiciste por mí? —pregunta, y sé que lo que voy a decir a continuación me va a costar muchas decisiones en el futuro, La única verdad es que ya no me importa.

—Voy a hacerlo todo por ti. —Veo los engranajes de su cabeza trabajar, y no es difícil adivinar en qué. No mentí. Si ella me lo pide, lo haré.

Se sube en el asiento del pasajero y abrocha su cinturón. Cuando doy la vuelta y subo en mi asiento, miro que su vista se desvía hacia el cuerpo inconsciente de Carter. Traga saliva antes de preguntar

—¿Está muerto? —Niego con la cabeza.

—No lo está, pero será suficiente para que entienda que no debe meterse con mi mujer. —Arya me mira con la pregunta en los ojos. No lo hemos hecho formal, ni siquiera hemos hablado del futuro, ni de qué somos ni de qué seremos, pero para mí ya es un hecho. Solo tengo que esperar a que ella lo acepte.

Arranco mi Mercedes y conduzco hasta mi departamento. Durante todo el trayecto, medito en la mejor manera de decirlo, no encuentro otra. No puedo pedirle ser mi novia porque eso no sería suficiente para lo que somos.

Estaciono el auto, ninguno de los dos intentamos salir. Tomo la mano de Arya y ella me mira, con ojos expectantes, sus labios acolchados, entreabiertos, haciéndome una invitación. Me inclino hacia ella, ella hace lo mismo. Termino de cerrar la distancia y la

beso. Es caliente, húmedo, es electrizante. No tengo ninguna duda, es ella para siempre.

Mi mano sigue en su nuca, y mi frente pegada a su frente, respiramos el mismo aliento.

—Arya, no sé cuándo, no sé cómo, solo sé que eres tú. Sé que no empezamos de la mejor manera y que hay muchas situaciones complejas entre nosotros, muchas cosas que arreglar y perdonar, pero no tengo dudas. Estoy enamorado de ti. —Una respiración entrecortada sale de sus labios. No puede sorprenderse tanto, tengo días diciéndole que la quiero y sabe que la deseo más que nada en el mundo—. Tal vez tú no me ames, pero sé que ya sientes algo por mí, y eso es suficiente para mí por ahora.

Lleno de aire mis pulmones para hacer la pregunta.

—Arya, no quiero esto a corto plazo. Te quiero desde ahora y para siempre. ¿Considerarías, algún día, convertirte en mi esposa?

41 ARYA

—Arya, no quiero esto a corto plazo. Te quiero desde ahora y para siempre. ¿Considerarías, algún día, convertirte en mi esposa?

El aire se queda atascado en mis pulmones. Mi corazón da un salto tan violento que me marea. Estoy segura de que no acabo de escuchar una propuesta de matrimonio... ¿verdad?

«A mí me pareció una», sentencia mi conciencia.

Santa mierda.

—*¿Qué?* —Intento articular palabra, pero mi boca solo se abre y se cierra sin emitir sonido. Liam se muerde el labio inferior y una gota de sudor le recorre la frente. Está nervioso. El gran Liam Blake está temblando frente a mí. Por mí.

—No tienes que responder ahora. —Se apresura tras mi silencio—. De hecho, no puedo hacerte una propuesta oficial porque no tengo un anillo para darte.

Parece nervioso, me parece increíble lo que está pasando a solo una hora de haber visto a mi padre.

Bajo la mirada a mi mano desnuda. Solo de imaginar una joya allí, las palmas me sudan.

—Soy un idiota, está claro que no lo pensé bien. Por favor perdóname. Lo hare mejor. —Las palabras se atascan en su garganta. Niega con la cabeza e intenta salir del auto.

No lo dejo. Mi mano alcanza la suya, regresa y pone sus ojos en los míos.

—No eres un idiota, Liam. —Logro confesar con voz temblorosa sin apartar la mirada de la suya. Me atrapa con su intensidad y también con lo vulnerable que parece justo ahora—. Es solo que... No esperaba esto.

Asiente.

—No me respondas ahora. Solo quiero que sepas que eso es lo que busco contigo. Nada menos. Lo quiero todo: una boda, hijos... un hogar.

Asiento, incapaz de decir más. Mi corazón ya tiene la respuesta, pero mi mente aún está procesando el peso de sus palabras.

«Te quiere»

Se siente bien. Algo cálido se derrama en mi corazón. Y me doy cuenta de que quiero todo lo que me dijo antes, y lo quiero con él.

Liam rodea el Mercedes para abrirme la puerta; todavía no proceso que vendiera su deportivo solo por mi comodidad. Se siente malditamente bien ser cuidada así.

Entramos al departamento y el silencio es denso, pero no incómodo. También me doy cuenta de que extrañé estar aquí.

—Sube a descansar, haré unas llamadas y prepararé la cena —me dice, dejando un beso protector en mi frente. Me da una última mirada antes de soltar mi mano. Sus ojos se detienen en el top rojo que Susan me prestó para usar hoy. Sé que es demasiado revelador, y siento esa ola de posesión en su mirada.

No dice nada, parece que él también tiene muchas cosas que procesar. Subo las escaleras y me detengo antes de poder girar a la izquierda. He estado aquí por semanas y no sé por qué hoy se siente diferente. Se siente como algo real. Mi mirada se desvía a la derecha a donde está la habitación de Liam.

Un pensamiento inoportuno me hace sentir calor en las mejillas. Lo ignoro porque es imposible que mi mente vaya ahí justo ahora.

«A quien engañas, estás imaginando a Liam en esa habitación tomando la fotografía que te envió, ¿no es así?»

El calor entre mis piernas me da la respuesta. Lo más seguro es que me haya vuelto loca. Porque después de lo que acaba de

pasar en las últimas horas, mi cuerpo me está pidiendo una liberación.

«Tal vez son las hormonas del embarazo»

Sí eso debe ser.

Entro en mi habitación y me doy cuenta de lo familiar que la siento. Me dejo caer en la cama y alcanzo mi celular. No se estropeo después de que lo dejara caer al suelo.

Tengo mensajes de Su.

Su: ¿Estás bien? ¿Cómo te fue con tu papá? ¿Regresarás conmigo?

Yo: Estoy bien. Con mi papá no fue como esperaba, pero ya estoy con Liam en su departamento.

Su: …

Yo: Carter me abordó en la calle, intentó golpearme. Liam llegó justo a tiempo.

Su: Bastardo de mierda. ¿Y la orden?

Yo: No le importó. Pero ya no es un problema; Liam lo dejó inconsciente.

Su: Guau, eso debió ser un espectáculo digno de ver. Liam es amargado y gruñón, pero está más bueno que el pecado. Y es tuyo. Todo tuyo.

Le sonrío a la pantalla. *Mío*. Qué bien suena.

Su: ¿Estás ahí o te fuiste a su cama?

Yo: Cállate. Que tú no me has dicho lo que está pasando entre Aron y tú.

Su: Eso es porque no está pasando nada.
Tengo que irme. Hablamos luego.

«*Sospechoso*»

Agradezco la distracción, un rato después me preparo un baño de tina, es enorme y me ha llamado a hacerlo desde que me quedé aquí por primera vez. Encuentro productos nuevos, que me hacen preguntarme si Liam ha traído a más mujeres a su departamento; no tuvo problemas con dejarme quedar aquí.

El pensamiento despierta a un monstruo verde dentro de mí

«*Celos, se llaman celos, querida*»

Sí, lo admito, es imposible no celar a un hombre como Liam. Pero todos los productos son nuevos. Todos con aromas dulces que parecen comprados pensando en mi piel.

«*Como tú, dulzura*»

Sonrío con un mundo de mariposas volando en mi estómago. Liam de verdad se está esforzando y no sé qué fue lo que hice para ganarlo.

No me retiro hasta que el agua se ha vuelto completamente fría y los dedos de mis pies y manos están arrugados. Me tomo mi tiempo para preparar mi piel. Al salir, elijo de entre las cosas que pude recuperar, un vestido de seda rosa pastel, corto y vaporoso. Decido no usar ropa interior; me siento atrevida, eléctrica. Me gusta la mujer que me devuelve el espejo.

Bajo a la cocina y encuentro a Liam concentrado en el fuego de la estufa. Me detengo a su lado y tomando una tabla empiezo a picar las verduras para lo que parece una ensalada césar.

De pronto, siento la mirada de Liam clavada en mi costado, no me detengo a pesar de que su respiración ha cambiado.

Cuando no lo tolero más y me giro para encontrarlo, lo atrapo mirándome con la boca abierta. Quiero sonreír, pero lo que termino haciendo es soltar una respiración entrecortada con los labios temblorosos.

—¿Liam, estas bien?

—No lo estoy —murmura con voz ronca—. Creo que morí y llegué al cielo. —Voy a sonreír, pero me atrapa contra la encimera en un movimiento posesivo. El hambre de comida desaparece, sustituida por una lujuria que nos consume.

—¿Eso que huelo es tu excitación, dulzura? —susurra contra mi cuello. No puedo negar que lo sea, ya que cada segundo de sentir su mirada sobre mí, fue sentir justo eso. Como mi excitación se convertía en gotas de deseo.

—¿Por qué no lo averiguas?

Me sube a su cintura con esa fuerza que solo él tiene y me lleva a su habitación. Es la primera vez que estoy aquí y quiero apreciarlo todo. Las paredes azul oscuro son elegantes, masculinas, y su aroma está impregnado en cada hilo de las sábanas.

Me deja en la cama y mi vestido se acumula en mi cintura, al notar que no llevo nada debajo, su control se hace pedazos.

—Te necesito, Liam. Esa foto que me enviaste... —Sonríe y se tumba sobre mi cuerpo. Su ropa a medio quitar.

—¿Te gustó? —Jadea—. ¿Te tocaste pensando en mí? —pregunta con sus manos subiendo a mis pezones sensibles—Dime Arya ¿Qué fue lo que hiciste con la foto de mi semen?

—Tuve dos orgasmos pensando en ti —confieso, entregándole todo mi poder. Sus manos llegan al borde de mi vestido y lo pasa por mi cabeza.

Entonces por fin sus labios se estrellan con los míos y me devora. Gimo en sus labios, con el sabor de su lengua y con lo mucho que me gusta la forma en que me posee.

Empieza en mi boca, pero no se conforma con eso. Yo tampoco. Su lengua nunca deja de moverse y cuando sale de mi boca, empieza a bajar por mi cuello. Sus manos toman las mías y las lleva sobre mi cabeza.

Se apodera de mis pechos y con la misma intensidad, me hace gritar de dolor y placer cuando tira de mis pezones con sus dientes. Sigue con aun más fuerza y no tengo el valor para detenerlo. No quiero hacerlo, creo que mi dolor lo excita, creo que no conozco ni la punta de todo lo que es Liam Blake.

Suelta mis manos para seguir bajando. Pasa por mi ombligo y se detiene solo un segundo para besar mi vientre bajo. No tengo tiempo de pensar en lo que me hace sentir eso, porque su boca sigue bajando hasta el inicio de mi sexo.

Lame por todo lo largo recolectando con gusto todo lo que se ha acumulado ahí. Me posee, me hace perder la cordura de placer.

Nunca, ni en mis más locos sueños llegue a imaginar que sería así de bueno.

Liam esta sanando algo que no rompió.

No sé cuánto tiempo estamos aquí, llenándonos y vaciándonos de nuevo. Me hace suya con una urgencia que me hace perder el sentido del tiempo y el espacio.

El orgasmo me golpea tan fuerte que el mundo desaparece por unos instantes. Pero estoy segura de que ninguno de los dos hemos terminado, tomo el mando. Lo obligo a ponerse de espaldas y es mi turno de recorrer su cuerpo con mis labios. No se resiste, al contrario, me deja hacer lo que quiero con él.

Lo muerdo en el cuello, marcándolo como mío, no se queja fuera de esa risita baja que me dice que sabe lo que estoy haciendo. Bajo por su abdomen, también muerdo ahí, pero mi meta es otra parte de su cuerpo.

Y así como él me dio tanto con su boca, quiero hacer lo mismo por él con la mía. Lo tomo entre mis labios, disfrutando de sus gemidos roncos y de cómo sus puños se entierran en las sábanas. Yo le hago esto a Liam Blake. Él hombre que quiere darme el mundo.

—Me voy a venir, Arya... —advierte, con la voz ronca.

Chupo con fuerza, sintiendo cómo su esencia explota en mi boca. Me lo trago todo sin dejar de mirarlo.

—Mierda, bebé, por favor nunca te detengas. —Es una promesa que estoy dispuesta a cumplir.

Liam no es de los hombres que pierden su dureza después de un orgasmo o dos; y como parece que yo tampoco puedo llenarme de él después de un orgasmo con su boca y otro con su miembro llegando al fondo de mi cuerpo, lo monto.

Bajo hasta la empuñadura con un gemido de satisfacción. Nuestros cuerpos hablan mejor que nuestras palabras y por el momento es suficiente.

Duramos juntos hasta el amanecer, explorando cada rincón de nuestros cuerpos. Hasta que el cansancio me vence y me quedo dormida entre sus brazos. En su habitación, en su cama. Escuchando susurros de promesas en el oído.

Yo solo siento la sonrisa en los labios. Y me digo con mi último pensamiento que la quiero permanente.

El sol está en su punto más alto cuando un grito me arranca del sueño. Pero no es la voz de un amante volviendo al juego, es la de un hombre que esta aterrorizado.

—¡Oh, no, maldita mierda!

Abro los ojos de golpe. Liam está sentado a mi lado, mirando las sábanas con horror, tirándose del cabello.

—Mierda, mierda... ¡MIERDA!

Entonces lo veo. Sangre. Mucha sangre fresca, brillante y espesa entre mis piernas, empapando el vestido rosa y las sábanas de seda.

El pánico me golpea el pecho como nada antes.

El bebé.

No, por favor.

Nuestro bebé.

42 LIAM

Por mucho, esta ha sido la mejor noche de mi vida.

Siento una sonrisa grabada en el rostro que me tensa los músculos; me duele la cara de tanta felicidad, un dolor que acepto con gusto. El cuerpo de Arya, cálido y flexible, se amolda al mío con una perfección que me hace cuestionar si alguna vez conocí el placer antes de ella.

Todo en mí, vibra en sintonía: mi resistencia fue puesta a prueba orgasmo tras orgasmo, manteniéndome firme hasta que me vacié por completo en la última ronda. Creí, sinceramente, que no quedaría ni una gota de vida dentro de mí.

La piel de Arya brillaba bajo el sudor de la pasión, y me lo bebí con la sed de un hombre en el desierto; nunca había probado nada tan dulce. Estoy obsesionado, perdido en ella; incluso el rastro de su cansancio me incita a querer más.

No la dejé volver a su cuarto. Si fuera por mí, la encadenaría a mi cama para que nunca pudiera escapar de mi lado. Jamás. Por suerte, no hizo falta; sus ojos me gritaron que anhelaba este refugio tanto como yo.

Ojalá dejara de contenerse. Hay una sombra que todavía la frena, una barrera que le impide dejarse caer por completo en este sentimiento, y conozco bien la razón.

Le rodeé la cintura, pegando su espalda a mi pecho, reclamando su cercanía. En cuanto su mente aceptó la rendición de pasar la noche conmigo, su cuerpo se relajó en un sueño profundo; yo la seguí poco después, con mi mano anclada entre sus piernas en un gesto posesivo. Podría despertar así cada día de mi existencia.

Mierda, lo deseo con una urgencia que me asusta.

Pero la noche es corta, y el despertar es el terror del infierno encarnado. Empiezo a creer que la vida me guarda un rencor

antiguo, que no me ama lo suficiente como para permitirme conservar algo bueno.

Una humedad espesa bañando mi mano y el olor metálico del cobre me arrancan del sueño. Retiro la mano de la entrepierna de Arya y el mundo se tiñe de un solo color: rojo. Un rojo violento y sangriento.

Mi cuerpo se estremece, golpeado por un miedo primitivo. Me incorporo de golpe, jadeando, tratando de arrancar esa imagen de mis pupilas.

Esto no puede ser verdad. No. No. No.

—¡Oh, no... maldita sea, no! —Mi voz suena rota, despojada de cualquier rastro de racionalidad.

Arya se agita y despierta; le toma unos segundos reconocer el entorno. En cualquier otra circunstancia, me perdería en lo hermosa que se ve al despertar, pero ahora el aire se me escapa de los pulmones.

Dios, no te he pedido nada desde que mis padres se fueron, pero si de verdad estás ahí, te ruego que ella no pierda a nuestro bebé.

Un nudo pesado como una roca, se me instala en la garganta.

—Mierda, mierda... ¡MIERDA! —El último grito desgarra el silencio de la habitación.

Arya enfoca sus ojos en mí y luego baja la vista hacia las sábanas empapadas. El pánico que se desata en su mirada me rompe con una crueldad que no sentía desde hace diez años. Abre la boca, pero el sonido se queda atrapado en su garganta; se lleva una mano al pecho, luchando por un oxígeno que parece haber escapado.

Dios, soy yo otra vez... solo una cosa. Concédeme solo esto y puedes borrar mi nombre de tu lista para siempre.

—Te llevaré al hospital —suelto con un dolor agudo, aunque dudo que me escuche. Su mirada está perdida en ese rastro de vida

que se escapa por el colchón.

Salto de la cama y me visto con lo primero que veo: un chándal negro y una camiseta blanca. Lavo mis manos con desesperación, viendo cómo el agua se tiñe de rosa antes de desaparecer por el desagüe. Tomo una bata, envuelvo el cuerpo tembloroso de Arya y la levanto.

No puedo perder esto. No puedo perderla a ella también. Maldita sea, no otra vez.

Llego al auto y siento cómo sus manos aflojan el agarre alrededor de mi cuello. La estoy perdiendo. La maldición me pisa los talones. La acomodo en el asiento trasero del Mercedes, asegurándola con el cinturón con manos torpes y desesperadas.

—¡No me la quites! —le grito al vacío, a cualquier fuerza que tenga el poder de escucharme.

Manejo en piloto automático, devorando kilómetros hasta el primer hospital. No es el mismo de la última vez; doy gracias al cielo, porque no creo que hubiéramos salido vivos de allí de nuevo.

El *déjà vu* me golpea cuando llego a urgencias; hago sonar el claxon como si el ruido pudiera mantenerla despierta. Los paramédicos aparecen con una camilla en segundos.

—Mi novia está embarazada, ayúdenla. Por favor... —Mi voz es un hilo irreconocible. Mis manos tiemblan contra mi rostro y descubro que está empapado. Son lágrimas. Por ella, por Arya y por la vida que late apenas dentro de ella.

Las voces de los enfermeros se vuelven un ruido blanco bajo el bombeo frenético de mi sangre. Arya desaparece tras las puertas. Otra vez. Intento seguirla y me detienen. Otra vez. La impotencia es un ácido que me carcome.

Caigo de rodillas en el suelo del pasillo y empiezo a negociar con el destino:

Si estás ahí, sálvala... sálvala y renunciaré a mi venganza. Me olvidaré de su padre, me olvidaré del odio. Sálvala y seré su esclavo, su sombra, su protector... solo, por favor, sálvala.

No sé cuánto tiempo transcurre. Los minutos se estiran como horas. Mis rodillas han dejado de doler; solo queda el entumecimiento. Pagaría cualquier penitencia por una oportunidad más.

Escucho susurros a mis espaldas:

—¿Cómo se llama la paciente?

—No lo sabemos, doctor, el señor no se ha movido del suelo desde que entró.

Levanto la cabeza y veo al médico con las manos en su bata blanca. Me arrastro hacia él, literal y figuradamente.

—Arya. Se llama Arya. —Mi garganta es un desierto en llamas —. ¿Cómo están? ¿Ella? ¿El bebé?

El doctor tensa la boca y mi mundo empieza a desmoronarse en cámara lenta. Cada latido es una espina; cada aliento, una fractura en mi alma. Estoy a punto de caer al abismo cuando sus palabras me rescatan de la oscuridad.

—La madre está fuera de peligro...

Mi corazón, quebrado y exhausto, encuentra un motivo para latir de nuevo. Pero necesito la certeza absoluta.

—¿Mi mujer está bien, doctor? ¿De verdad?

—Está estable, pero se enfrenta a una amenaza de aborto. Necesitará reposo absoluto por semanas, tal vez meses.

—Espere... ¿me está diciendo que mi hijo sigue vivo? ¿No lo hemos perdido? —No reconozco el tono de mi voz. Es una mezcla de miedo y esperanza que no he tenido nunca.

—Esta vez tuvo suerte. Pero deben detener toda actividad... nada de esfuerzos. —Asiento como un loco, con la cabeza dándome vueltas.

—Quiero verla. Por favor —suplico con todo lo que me queda.

—Primero los datos en recepción. Luego podrá pasar.

Diez minutos después, tengo la mano frágil de Arya entre las mías. ¡Dios! Casi los pierdo.

«*¿En qué pensabas cuando la tomaste con esa furia anoche?*» me recrimina mi conciencia.

No pensaba. Ese es el problema. Pero juro que no volverá a ocurrir. Antes me corto el pene que volver a ponerla en riesgo.

«No hagas promesas que no puedas cumplir», insiste la voz en mi mente.

No son promesas vacías. Voy a cumplirlas todas. Especialmente la de olvidar la venganza.

Ahora es una *Dulce **NO** venganza.*

Se acabó. El odio no vale nada si el precio es la mujer que amo y mi hijo. Junto mis manos en una plegaria silenciosa, apoyando mi frente contra la cama donde descansa la dueña de mi corazón. Me parece un milagro estar aquí, y juro que no desperdiciaré esta segunda oportunidad.

Su mano delicada se enreda en mi cabello. Levanto la vista y me topo con esos ojos verdes que, no sé cómo, son más hermosos cada día a pesar del cansancio. Beso su palma con adoración.

—¡Hola, bebé! ¿Cómo te sientes? —susurro, cansado y aliviado al mismo tiempo.

—Como si un camión me hubiera pasado por encima —murmura con voz arenosa.

—Lo siento tanto —sollozo, dejando que la culpa fluya—. Todo es mi culpa.

—Shh... no lo es, Liam. No es culpa de nadie. —Traga saliva con dificultad—. ¿Cómo está...? ¿Aún hay un bebé?

Se esfuerza por mantener la compostura, pero una lágrima la traiciona. La recojo con mi pulgar antes de que caiga.

—Sí, dulzura. Nuestro hijo sigue aquí. Tendremos un cuidado extremo, no saldrás de esa cama, pero sí... sigue con nosotros.

—Gracias...

Ella no lo entiende, pero el agradecido soy yo. Esta mujer puso mi universo en orden desde que me miró por primera vez. Me dio una razón para existir que no tiene nada que ver con el pasado.

Dos días después, llegamos al departamento. Arya intenta caminar, pero que me condenen si permito que sus pies toquen el suelo. La subo en brazos por las escaleras y, al llegar al rellano, giro en la dirección opuesta a su cuarto.

—Liam, ¿qué haces? Mi habitación está al otro lado.

—Tu lugar está conmigo ahora, en mi habitación. No voy a dejarte sola ni un segundo —sentencio.

—Liam, no exageres, por favor. Me siento mejor, no he vuelto a sangrar y tienes problemas en BLAKE de los que ocuparte. Puedo llamar a Susan...

—Dulzura. —Mi voz suena firme, cargada de una determinación que no admite réplica—. Déjame hacer esto. Déjame cuidarte a ti y a nuestro hijo. Déjame alimentarte, bañarte, protegerte y que duermas sobre mi pecho. Por favor, Arya... solo déjame amarte.

43 ARYA

¿Podía negarme? Podría intentarlo, supongo.

¿Quería negarme? Dios, no.

Fueron dos días agonizantes, una prueba de resistencia para mi cuerpo, pero también para el alma de Liam. Verlo así —este hombre fuerte, el poderoso y rico empresario— reducido a una súplica constante de amor, me desarma por completo.

Es increíble, ¿no?

¿Se lo impediré? He terminado con esa resistencia; las murallas que levanté para protegerme se han desmoronado bajo el peso de su devoción.

Uso las manos que todavía tengo enredadas alrededor de su cuello para acortar la distancia. Su frente cae sobre la mía, pesada y cálida. Nos miramos más allá de lo superficial, conectando en ese espacio donde las palabras sobran, y entonces decido cerrar la brecha para besarlo.

Beso al hombre que ha conquistado cada rincón de mi corazón, que me ha rescatado de la oscuridad más veces de las que puedo contar, y en ese roce entiendo que mi tiempo de huir ha expirado.

Yo... lo amo. Con una intensidad que me asusta y me libera al mismo tiempo.

—Ya no quiero huir, Liam —susurro contra sus labios, dejando que mi aliento se mezcle con el suyo.

—Ya no lo hagas. Quédate conmigo —responde. Suena como una orden, pero percibo la vibración de la vulnerabilidad escondida en su garganta.

—No sé cómo será nuestro futuro —empiezo a decir, sosteniendo su mirada azul con firmeza—, pero hay una cosa que sí

sé con absoluta certeza: me enamoré de ti desde el primer día en que te vi. Malditamente te amo.

Los pasos de Liam vacilan al cruzar el umbral de su habitación. *Nuestra habitación.*

—Repite eso, por favor —me suplica, con sus ojos bailando entre los míos en una mezcla de asombro y ruego.

—Ya no quiero huir.

—No, esa parte no. La última —me ruega con un desespero que nunca le había oído. Le tomo el rostro con las manos, acariciando la aspereza de su barba de tres días con mis pulgares antes de volver a reclamar sus labios.

—Te amo, Liam Blake.

—Mierda... Así que así es como se siente tocar el cielo.

Me río contra su boca; imaginé muchas facetas de este hombre, pero esta vulnerabilidad luminosa es algo que nunca esperé ver.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —me pregunta con el ceño fruncido, aunque esa sonrisa de lado delata que es plenamente consciente del efecto que tiene sobre mí.

—No es nada, solo pienso en que se siente bien soltarse —admito, mientras mis dientes se aferran a mi labio inferior en un gesto nervioso.

Es la verdad: me siento ligera, pero también terriblemente expuesta. Mi corazón está abierto de par en par, y solo él tiene la llave.

—También me da un poco de miedo. Por favor, Liam, no me traiciones. No juegues conmigo; no creo que pueda soportar una ruptura ahora.

Llegamos a la cama y él levanta las mantas con una delicadeza casi sagrada antes de acostarme y cubrirme. Nadie me había cuidado así jamás; nadie me había adorado con esa intensidad casi

religiosa. Su mirada se siente como un incendio, uno que arrasa con todas mis emociones.

Me toma el rostro con ambas manos, inmovilizándome suavemente para que mi universo se reduzca solo a él.

—Nunca más, Arya. He terminado con todo esto. No vale la pena seguir adelante si corro el riesgo de perderte en el camino. He terminado.

Las lágrimas pican detrás de mis ojos ante el peso de sus palabras. Aun así, necesito escucharlo con claridad.

—No estoy entendiendo, Liam. ¿Con qué has terminado? —La pregunta sale estrangulada. Necesito la certeza.

Él me sonríe y, aunque es la sonrisa que tanto amo, noto una sombra de melancolía en sus rasgos. Mi corazón se comprime antes de que pronuncie la respuesta.

—He terminado con mi venganza. No hay nada en este mundo que me importe más que tú y nuestro hijo. Te quiero para toda mi vida, y si eso significa perdonar al hombre que me quitó a mis padres, lo haré. Por ti lo haré. Por un futuro a tu lado.

Todo el aire abandona mis pulmones de golpe.

La honestidad en sus palabras me llena el pecho de una alegría dolorosa. Me impulso con las fuerzas que me quedan y lo rodeo en un abrazo desesperado, arrastrándolo conmigo al colchón hasta que termina cernido sobre mí.

—Gracias, Liam. No tienes idea de lo que esto significa para mí. No tenías que hacerlo y, aun así, estás demostrando tener un corazón más noble que el de cualquiera. —Siento una punzada de tristeza por él, por el sacrificio que está haciendo y por todo lo que perdió hace años. En este instante, me hago la promesa de que mi meta de vida será compensarlo.

Verlo otorgar su perdón, después de tanto odio acumulado, es el regalo más grande que podría darme.

—Te amo —susurro desde lo más profundo de mi alma.

—Y yo te amo a ti, mi dulce Arya.

***

Han pasado cinco días desde que regresamos del hospital. Finalmente, Liam accedió a que Su se quedara conmigo mientras él intenta retomar las riendas en BLAKE.

Tuve que insistirle toda la noche que fuera a trabajar, que revisara sus contratos e inversiones; no podía permitir que descuidara su imperio por mi culpa. Además, el reposo absoluto se está volviendo una jaula bastante aburrida.

—Su, necesito pedirte un favor. —Miro a mi amiga con ojos inocentes, pero no la engaño. Ella me mira con los ojos entrecerrados, desconfiada.

—Si estás pensando en huir, te voy a rogar que te lo pienses mejor. Liam me va a despellejar viva si se entera de que te dejé salirte con la tuya otra vez —dice con ese tono decidido que solo tiene ella.

No es lo que pretendo, pero me llevo las manos a la cadera y finjo una molestia indignada.

—¿Y en qué momento pasaste de ser mi mejor amiga a ser la presidenta del club de fans de Liam? —le reclamo con un puchero.

—Ja. ¿Quizás desde el momento en que me juró que te ama y que movería cielo y tierra para matarme si algo te llega a pasar? —chilla Su, exagerando el drama.

—Liam no haría eso, no es un psicópata —digo rodando los ojos.

—Tal vez no, pero es un hombre enamorado, y eso es mucho más peligroso. Por lo que veo, tú también estás perdida por él. —Golpea su hombro con el mío—. Menos mal, porque criar a un niño sin querer ver al padre iba a ser una situación bastante incómoda.

—¡Susan! —La reprendo—. Nos estamos desviando. Además... quiero estar aquí, con él.

—Es un alivio, porque me dejó un par de esposas por si acaso.

Me río, rodando los ojos de nuevo. Conociendo a Liam, no estoy del todo segura de que mienta, pero decido ignorarlo. Me incorporo lentamente, apoyando la espalda en la cabecera. A Liam le da un ataque si me muevo sin supervisión, pero me siento fuerte y lo hago con extremo cuidado.

—Esto es importante, Su —le digo, recuperando la seriedad—. Se trata de Liam y mi padre. Liam le ha concedido el perdón por lo que hizo. Dice que solo quiere un mundo en paz conmigo.

Mi amiga aprieta mi mano con cariño.

—Eso es bueno, ¿verdad? Podrán cerrar ese capítulo oscuro al fin. —Su tono, aunque aliviado, me deja ver un poco de duda detrás.

—Eso deseo más que nada, pero no se siente correcto. Necesito hablar con mi padre. Necesito que se entregue a las autoridades. Aunque Liam lo perdone, yo necesito saber que hubo justicia. —Suelto el aire de mis pulmones en un suspiro pesado—.Es mi padre, pero las razones de su crimen son horrendas. Liam no se merecía ese dolor. Nadie se lo merecía.

Susan me observa en silencio durante un largo rato.

—Eres increíblemente valiente, Arya. La justicia es un concepto subjetivo hoy en día, pero veo esa chispa de determinación en tus ojos. ¿Qué necesitas de mí?

—Necesito hablar con Aron. Quiero saber qué opciones legales existen, pero Liam no puede saberlo. Tú serás mi voz. Pídele asesoría; no sé si debo ser yo quien lo entregue o si es mejor presionarlo para que lo haga solo.

—¿Serías capaz de entregarlo tú misma? —pregunta Su con un jadeo de sorpresa. Mi cuerpo reacciona después de expresar mis pensamientos de la última semana en voz alta. Siento un escalofrío que me recorre la espalda y no siento que sea uno de los buenos.

—No lo sé. Solo sé que quiero hacer lo correcto. Preferiría que él tomara la iniciativa e insistiré hasta que lo haga. —Los brazos de

mi amiga me rodean con una suavidad protectora; está siendo casi tan exagerada como Liam.

—Cuenta conmigo. Hablaré con Aron hoy mismo y te daré noticias mañana. —Respiro aliviada. Pero no se me escapa el pequeño rubor que llega a sus mejillas por mencionar el nombre de Aron.

—Gracias, de verdad. —Me aclaro la garganta para cambiar de tema—. Ahora, tenemos toda la tarde... ¿por qué no me confiesas qué está pasando realmente entre Aron y tú?

Parece que toco una fibra sensible. Las mejillas de Su cambian de rosadas a rojas en un segundo.

—Sabes que puedes confiar en mí —insisto—. Si Aron se ha propasado o algo...

—No, Arya. Aron no ha hecho nada. —Suspira dolorosamente —, y empiezo a creer que ese es el problema. —Se deja caer en la cama a mi lado y empieza a soltarlo todo—. Creo que le gusto, pero cada vez que estamos cerca, parece que pone una barrera y se aleja. —Baja la mirada y sacude la cabeza. —Es un caballero perfecto: mensajes de buenos días, cenas increíbles... pero no pasa de ahí. No lo entiendo.

—Esa información definitivamente no es la que esperaba —digo, genuinamente sorprendida—. Creí que tal vez… bueno no sé, Aron me parece del tipo que hace las cosas enserio.

—No encuentro otra explicación. —Me mira y puedo ver lo mucho que le duele.

—¿Has intentado hablarlo con él directamente?

—No. Tengo terror de que sea solo mi imaginación y él solo esté siendo un buen amigo. No podría con la vergüenza.

—Lo siento, Su. Conmigo siempre fue alguien divertido y muy seguro de sí mismo. Me cuesta imaginar que no caiga rendido ante tu encanto. Eres una mujer hermosa. —Pone los ojos en blanco.

—Exageras. —No le gusta que lo diga, pero es la verdad.

—Para nada. Y si Aron no es capaz de verlo, alguien más lo hará y te valorará por todo el oro que tienes dentro.

—Gracias... se supone que yo soy la que viene a cuidarte y terminas siendo tú la que me consuela. —Se ríe, pero es una risita melancólica que me dice que de verdad está mal por Aron. Solo puedo sonreír.

—Para eso estamos las amigas. Siempre estaré para ti.

—Tal vez tú sí, pero dudo que el guardián de Liam me deje acercarme mucho. Si ahora actúa como un maníaco protector, no quiero ni imaginarlo cuando tenga a tu bebé en brazos.

Niego con la cabeza, riendo, aunque en mi interior sospecho que Susan tiene toda la razón del mundo.

44 LIAM

Arya está actuando demasiado extraño. Han pasado cuatro largas semanas desde el incidente en el hospital; dos más desde que sabemos del embarazo. Ya sumamos diez semanas de gestación.

Hace unos días que el doctor le autorizó retomar sus actividades cotidianas —caminar, bañarse sola, cocinar—, pero estoy siendo tan malditamente controlador que no le quito los ojos de encima. Siento su mirada de reojo, esa mezcla de ternura y fatiga; creo que, legítimamente, se está hartando de mí.

Lo que más me duele es el silencio. Hace semanas que no me dice que me ama. Me quiero castigar por ser así, por asfixiarla con mi protección, pero es un instinto que no puedo silenciar; la idea de que algo le pase me paraliza el corazón.

—¿Estás enojada conmigo, dulzura? ¿Hice algo que te molestara? —le pregunto mientras le sirvo el desayuno, buscando cualquier grieta en su armadura.

Arya tiene la mirada perdida en algún punto de la cocina. Ni siquiera creo que me haya escuchado. El pánico me oprime el pecho al imaginar que se arrepienta de haberme aceptado, que mi posesividad termine por apagar lo que siente por mí. Sacudo la mano frente a su cara, pero no reacciona. Sin poder aguantar más el vacío, rodeo la barra y hago girar su silla para enfrentarla.

—Arya, ¿qué pasa? No estás aquí —le digo, tomando su barbilla con firmeza para obligarla a clavar sus ojos en mí, donde los quiero siempre.

Ella parpadea, sacudiéndose la bruma de sus pensamientos.

—Lo siento, Liam. Me perdí en mi mente. —Sonríe y se inclina para besarme. Ese contacto breve me otorga un segundo de paz, pero la inquietud sigue vibrando bajo mi piel.

—¿Pasa algo? ¿Hay algo que quieras compartir conmigo? —insisto. Sus ojos se desvían rápidamente hacia la ventana. No soy

tonto; entiendo perfectamente que me está ocultando algo.

—Estoy cansada de la inactividad, Liam. Necesito salir; es sofocante estar todo el día encerrada. —Su mano sube a mi mandíbula, acariciándome con una ternura que me dobla las rodillas —. Eres maravilloso conmigo y me atiendes como a una reina, pero este encierro voluntario me está matando.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, necesitando descifrar su código.

—Necesito ocupar mi mente. Pensar demasiado, sin distracciones, no le hace bien a mi estado mental.

—Quieres volver a la oficina, ¿verdad? —Lo sé. Arya es una mujer trabajadora e independiente; me enamoré de esa fuerza y no esperaría que se conformara con menos.

—Sí. Quiero trabajar. No sé cómo están las cosas en BLAKE con... el problema. Ha pasado un mes, Liam. Estoy segura de que necesitas ayuda y quiero estar a tu lado, como antes.

No puedo evitar sonreír ante su lealtad. Es perfecta, malditamente perfecta, y me siento el hombre más afortunado de la tierra por poder llamarla mía.

La tomo de la barbilla y la beso con todo el deseo contenido que despierta en mí. Cuando me separo, su respiración es un jadeo acelerado y sus ojos brillan con la misma hambre que los míos.

Lo noté también anoche, cuando sus caricias empezaron a recorrer mi piel con una intención clara.

Esta mujer me va a matar de frustración, pero me he jurado no tocarla hasta que nuestro hijo esté a salvo en mis brazos.

«¿Esperarás poco más de seis meses, más dos de recuperación? Es demasiado, ¿no crees?», se burla mi conciencia.

¿Tanto?

«Mierda, sí. ¿Cuánto pensabas que tardaba en formarse un bebé?»

Trago saliva con dificultad. Es probable que muera de abstinencia antes de llegar a la meta. Y realmente, mantener la cordura se vuelve un reto imposible con cada mirada cargada que ella me lanza.

—¿Liam? —jadea ella contra mis labios.

Necesito salir de su espacio personal antes de que mi autocontrol vuele por los aires. Rodeo la isla de nuevo y empiezo a desayunar con una rapidez absurda para intentar distraerme.

—Si vas a huir de mí cada vez que mi cercanía te afecte, al menos dime: ¿Cuándo podré volver a la oficina? —pregunta, cruzándose de brazos. Esa posición empuja sus pechos bajo la tela, haciéndolos ver más redondos y tentadores. Me fulmina con la mirada, exigiendo una respuesta.

—Dame una semana. Tengo que preparar un espacio en mi despacho que sea apto para que descanses, que puedas tomar siestas si lo deseas y, lo más importante, que me permita tenerte bajo mi vigilancia constante.

—Liam, eso es una exageración —me reclama con un suspiro.

—Nada es exagerado cuando se trata de tu bienestar, dulzura. Ahora desayuna.

Arya sacude la cabeza, pero el rubor que sube por su cuello y tiñe sus mejillas me confirma que, aunque proteste, le gusta saberse protegida.

Por la tarde, aprovechando que Su ha llegado para hacerle compañía, y salgo a hacer las compras, también me cito con Aron en su restaurante. Él ha cargado con el peso de mis negocios mientras yo me refugio en casa; es una deuda que algún día tendré que pagar.

—Esa cara de pocos amigos... ¿es por el caos en BLAKE o hay algo más? —le pregunto al sentarme frente a él.

—No, el trabajo es pan comido para mí. —Se burla con esa arrogancia suya—. De hecho, creo que ya sobras en la oficina.

—¿Eso quisieras? —Me paso la mano por el cabello, agotado—. Arya quiere volver. Ya no sé cómo retenerla. El doctor dice que está bien, y tiene razón: la estoy asfixiando.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Confesarle la verdad sobre el *problema* inventado?

—Lo haré, pero no ahora. Le daré lo que quiere, la dejaré trabajar, pero me aseguraré de estar muy, muy cerca.

—¿No crees que te estás pasando de la raya? Si el médico ya le dio el alta... —Aron se inclina sobre la mesa, dejando de lado las bromas. Su tono serio me obliga a escucharlo.

—No lo entenderías, Aron, porque tú no sentiste cómo el mundo se detenía cuando estuviste a punto de perder a la mujer que amas. —Me defiendo con la única verdad que me sostiene. Es puro instinto de supervivencia.

Aron pone los ojos en blanco, pero desvía la mirada. Es el momento perfecto para retomar nuestra charla pendiente. No necesito ser un genio para notar que algo lo atormenta, y estoy casi seguro de que tiene que ver con la mejor amiga de mi mujer.

—¿Por qué no me lo habías contado? —le pregunto, recargándome en el respaldo con un aire superior.

—¿Contarte qué? —Evita mi contacto visual.

—No te hagas el tonto. Que esté centrado en Arya no significa que no note lo que te pasa. Tienes una cara de mierda, Aron. —Me cruzo de brazos, dejando claro que no me moveré de aquí sin una respuesta.

—Es... complicado. —Se encoge de hombros.

—Es por Susan, la rubia escandalosa, ¿verdad?

—Esa *rubia escandalosa* es la mejor amiga de tu mujer, bastardo, así que mide tus palabras. —Salta él. Esa reacción defensiva lo confirma todo.

—Vaya, sí que es por ella. ¿Qué pasa? ¿No sabe cómo...? —no puedo evitar empezar a molestarlo.

—No voy a hablar de eso porque ni siquiera hemos llegado a ese punto —gruñe él, visiblemente frustrado.

Escupo mi bebida por la pura sorpresa. Susan siempre me dio la impresión de ser una mujer que vive su sexualidad sin frenos. Me guardo el comentario.

—Lo siento, de verdad. —Me disculpo mientras me limpio con una servilleta—. Pero han pasado meses, ¿no?

—El tiempo no es el problema. —Se queja en un susurro.

—¿Entonces? Oh... ya entiendo. Tu amiguito ha decidido jubilarse antes de tiempo. —Me río.

—Deja de decir estupideces. Funciona tan bien que creo que voy a morir de la presión acumulada.

—Vaya. No creí que Susan fuera del tipo que dice *no.*

—No hables así de ella, imbécil. Tú tienes a la tuya. Además, ¿cómo van tus propias ganas? Porque tú tampoco estás tocando nada, ¿o me equivoco?

—Punto para ti. No hablemos de sexo. —Le doy un sorbo a mi vaso, sintiendo la punzada de la abstinencia—. Pero en serio, si necesitas soltarlo, aquí estoy.

Un mensaje ilumina mi celular un rato después y me levanto antes de terminar de leerlo.

—Me voy, mi mujer me reclama.

—¿Se siente mal? —pregunta Aron, alarmado.

—No. Tiene un antojo. —Es lo último que digo antes de salir disparado del restaurante.

Quince minutos después, entro al departamento cargado con una bolsa de palomitas acarameladas y un litro de helado de limón. Una combinación que me revuelve el estómago, pero solo sigo órdenes.

Camino hacia la habitación y, al cruzar la puerta, me quedo petrificado. Arya está en la cama, completamente desnuda, con las

piernas separadas en una invitación silenciosa mientras se acaricia con una lentitud que me incendia la sangre.

—Mierda... —El aire abandona mis pulmones en un jadeo.

—Hola —dice ella con la voz cargada de deseo—. Sabía que no te resistirías a uno de mis antojos. Espero que este no sea la excepción.

—Arya, por el amor de Dios... no puedes hacer esfuerzos. Cúbrete ahora mismo y come tus palomitas. —Intento sonar autoritario, pero mi voz me traiciona.

Ella no se detiene; al contrario, separa más las piernas, exponiéndose por completo y arrastrándome al pecado que he intentado evitar con todas mis fuerzas.

No voy a caer. No voy a caer.

—Te necesito, Liam. No me hagas esperar un segundo más. —La súplica saliendo de sus labios hace que mi entrepierna presione contra mis pantalones con una fuerza dolorosa; siento que podría estallar con solo mirarla.

—Bebé, hubo una amenaza de aborto. No voy a ponerte en riesgo. No voy a tocarte. —Es la verdad más difícil que he pronunciado jamás, dictada por un miedo que me devora.

—Le escribí al doctor. Dijo que ya no hay riesgo, que podemos tener relaciones.

—No lo hiciste. —Entrecierro los ojos, buscando una mentira.

—Sí, lo hice. Revisa mi teléfono si no me crees.

Las palomitas y el helado terminan en el suelo en un segundo. Ya estoy sobre la cama, sobre ella, sintiendo su calor.

—Soy una mujer con necesidades, Liam. No te va a gustar si sugiero que puedo complacerme yo sola. Sin ti.

Eso es todo lo que mi voluntad es capaz de soportar. En el siguiente parpadeo, estoy instalado entre sus piernas, sintiendo el roce de su piel contra la mía. Rodeo su nuca con una mano,

sintiendo su pulso martilleando con fuerza; ejerzo una presión firme, posesiva.

—Nunca vuelvas a decir que puedes hacer nada sin mí. —Arya arquea la espalda, rozando mis pechos con los suyos. Sus pezones están tan rígidos que parecen querer perforar mi camisa. Uso hasta el último gramo de mi autocontrol.

—No voy a tener sexo contigo, Arya —sentencio. Ella sonríe con una malicia que me desarma y me derrota con una sola frase:

—No quiero sexo, Liam. Quiero que me hagas el amor.

¡OH, MI MALDITO DIOS!

45 ARYA

—No quiero sexo, Liam —susurro contra sus labios, sosteniendo con firmeza su mirada azul, empañada por un deseo que ya no puede ocultar—. Quiero que me hagas el amor.

Liam había estado huyendo de nuestro contacto. Cada vez que mis manos buscaban su piel en la oscuridad de la noche, él se tensaba, se daba la vuelta y terminaba perdiéndose en el baño por horas; no regresaba hasta que mi respiración era pesada y profunda. Pero esta vez no iba a permitir que se escapara.

Con el rostro encendido de vergüenza, le pregunté al doctor si la intimidad era segura; su *sí, pero con calma* fue todo lo que necesité para trazar mi plan. Sabía que Liam no cedería por las buenas, así que inventé ese antojo ridículo de palomitas con helado de limón para obligarlo a volver a casa a mitad del día.

Me encuentra desnuda, esperándolo con el cuerpo vibrando solo de imaginarlo sobre mí. Se resiste con cada gramo de su fuerza de voluntad, pero mi amenaza de buscar satisfacción sin él, es el golpe de gracia que lo hace perder el control.

Ya lo tengo sobre mí, con su mano rodeando mi cuello y presionando mi pulso con una urgencia que me excita hasta el delirio.

Solo faltaba derribar la última barrera de su mente, porque su cuerpo ya gritaba por responderme. En cuanto le pido que me haga el amor, su resistencia se desmorona por completo.

Se arranca la ropa con una necesidad salvaje y me devora con una adoración que me deja sin aliento. Baja hasta la fuente de mi deseo, lamiendo mi excitación con una lentitud tortuosa mientras me penetra con un dedo. Su otra mano se toma el tiempo de recorrer mis pechos; pellizca mis pezones, los retuerce con suavidad y vuelve a empezar hasta que siento que perderé el juicio.

Su dedo me lleva al paraíso, rozando mi punto G con una caricia perfecta, mientras sus dientes muerden mi clítoris con una precisión que me hace estallar. Veo estrellas detrás de mis párpados y, por un momento, el sentido de la gravedad simplemente desaparece.

Cuando levanta la mirada, con la boca húmeda por mi rastro, veo la duda y la pregunta en sus ojos. Asiento sin dudar. Necesito llegar hasta el final; quiero sentirme suya por completo.

—Por favor, Liam... te necesito. —Siento su hombría, palpitante y firme, presionando en mi entrada.

—Si sientes el más mínimo dolor o incomodidad, lo dices —advierte, negándose a moverse sin mi promesa.

—Lo prometo. Ahora, por favor... tómame.

—Me voy a arrepentir de esto —gruñe contra mi oído—, pero ya no puedo frenarme. —Con una mano en mi cuello y la otra posicionando su virilidad, se hunde en mí de un solo movimiento. El choque de sus bolas contra mi carne es el impacto más glorioso que he sentido jamás.

—¡Oh, Dios! —gimo, arqueando la espalda.

—Soy yo el que te está tomando, Arya, así que dirás mi nombre y solo mi nombre —susurra con una voz cargada de fuego que me quema la piel.

—¡Oh, sí... Liam! Así... por favor, más.

Casi alcanzo mi segundo orgasmo cuando se detiene de golpe. Apoya los codos en la cama, envuelve su puño en mi cabello y levanta mi cabeza para devorar mi boca con un beso violento y profundo. Sus embestidas se vuelven lentas, deliberadamente tortuosas, llevándome a un punto de delirio donde solo existe su ritmo. Me está poseyendo la boca con su lengua mientras su cuerpo me reclama con una ternura salvaje.

No puedo más. El orgasmo me sacude de nuevo, estoy sumergida en una ola de placer tan pura que me deja sin aliento.

Liam es todo lo que está bien en mi mundo, y me eligió a mí. Yo lo elijo a él por sobre todas las cosas.

***

Ha pasado una semana y Liam cumple su palabra de dejarme volver a la oficina. Me preparo para el trabajo cuando descubro que mis pantalones favoritos ya no me cierran. Es un cambio casi imperceptible, pero un pequeño bulto empieza a redondear mi abdomen. Las mariposas inundan mi estómago al entender que nuestro hijo crece sano y fuerte. Una lágrima solitaria rueda por mi mejilla.

—¿Qué pasa, bebé? ¿Por qué lloras? —Liam aparece a mi espalda, buscándome en el espejo con preocupación.

—Mis pantalones... ya no me quedan. —Me pongo de perfil, acariciándome el vientre de casi tres meses—. Nuestro hijo ya empieza a notarse, Liam.

—¿Y eso te pone triste? Te compraré todo el guardarropa que necesites, dulzura.

—No es tristeza —le sonrío, emocionada—. Es felicidad. Bueno, un poco de ambas, pero sobre todo la alegría de saber que está bien. —Liam besa mi frente y me envuelve en un abrazo tan tierno que siento que podría derretirme aquí mismo.

—Todo saldrá bien. Lo haremos bien, te lo prometo. —Le creo cada palabra.

De camino al trabajo, tomo su mano en silencio. Aunque parezco tranquila, mi mente está concentrada en mi plan.

Le he dicho que almorzaré con Susan; no es una mentira, pero el objetivo real es ver a mi padre. Tiene que escucharme. No descansaré hasta que acepte afrontar las consecuencias de sus actos, por su propio bien y por el futuro de todos nosotros.

—¿Segura de que tienes energía para trabajar y almorzar con tu amiga? —pregunta Liam con ese tono protector que ya es parte de él.

—Estoy segura, amor.

—No me digas *amor* solo para que me tranquilice. —Sonríe, besando los nudillos de mi mano—. Me encanta que lo digas, pero no dejes que el chantaje se te haga costumbre.

—No es chantaje. —Finjo inocencia—. Volveré pronto y estaré pendiente del teléfono, lo juro.

—Está bien. Sabes que me preocupo porque ya no concibo una vida sin ti. Si algo malo te pasara... —Lo interrumpo.

—Lo sé, Liam. Yo siento lo mismo por ti. —Me duele la casi mentira, pero espero que nunca se entere.

A las dos de la tarde, Susan ya me espera fuera de la oficina. Me despido de Liam con un beso largo, intentando ocultar mis nervios, y subo al auto de mi cómplice.

—Tengo un mal presentimiento —confiesa Su mientras maneja hacia mi antiguo barrio—. Si tu padre ha estado recluido más de un mes y perdió su empresa, no creo que reciba bien tu *oferta* de ir a prisión. —Tiene razón, pero también es verdad que no seré completamente libre de amar a Liam hasta que haga algo al respecto.

—Es la única manera de que pueda seguir en mi vida de forma honesta —suelto completamente decidida.

—¿Y si lo condenan de por vida?

—Tengo esperanza en que el perdón de Liam y su cooperación ayuden a reducir la pena. —Suspiro. Su condena es algo en lo que no me he detenido a pensar para ser honesta.

—Aron no está nada de acuerdo con ocultarle esto a Liam —añade mi amiga con un suspiro—. Si algo sale mal, seremos carne de cementerio. —Trago saliva. Esperando precisamente que nada salga mal esta vez.

Llegamos a mi antiguo vecindario y el corazón se me encoge. El césped está seco y amarillento, y la basura se acumula en las esquinas. El descuido de la propiedad me da un golpe doloroso.

Tocamos la puerta con insistencia, pero nadie responde. Pasa un rato antes de que la señora Luisa, la vecina de toda la vida, se asome por su ventana.

—Niña Arya, hace mucho que no se te veía por aquí. —Ignoro el tono mordaz.

—Hola, señora Luisa. ¿Sabe si mi papá está en casa? —pregunto con miles de pensamientos llegando a mi mente. La mayoría de ellos, negativos. Destructivos. Tanto como el exterior de la casa en la que crecí.

—Lo dudo. A estas horas siempre se refugia en el bar de la esquina —responde con su habitual tono de sabelotodo. Trago saliva amargamente. Susan toma mi mano y me lleva de regreso al auto cuando nota que mis pies se quedan clavados en el suelo.

—Si está ebrio, no vas a poder razonar con él —me advierte.

—Necesito asegurarme de que esté bien. Vamos a ese bar, solo quiero verlo. —Susan no se mueve, hasta que la encuentro con la mirada. Le estoy suplicando.

Suelta un suspiro pesado y al final cede, aunque su expresión es de puro nerviosismo.

El bar está a pocas calles, peligrosamente cerca de la casa de los padres de Carter. Todo este plan empieza a oler a desastre, pero ya no puedo dar marcha atrás.

46 LIAM

Arya tiene una hora y quince minutos fuera de la oficina; sí, le estoy tomando el tiempo. Algo en su actitud de esta mañana me dejo claro que me ocultaba algo. No soy idiota, que la ame no me hace ignorar las señales de una mentira o de una verdad a medias.

Y aunque intento convencerme de que es solo una paranoia mía, producto de mi posesividad, confirmo que no lo es en cuanto Aron entra a mi oficina. Esa mirada que me da y no llega a mis ojos me dice que él sabe algo que yo no. No me caracterizo por ser un hombre violento, pero en este momento quiero partirle la cara.

—Empieza a hablar antes de que te saque la información a golpes. —Mis puños golpean la madera del escritorio; mis nudillos están blancos por la presión.

No puede abrir la boca antes de que su teléfono suene dentro de su bolsillo. Al ver quién lo llama, sus ojos se abren y me mira con un destello de pánico. Lo sé. Algo malo está pasando.

—Pon el puto altavoz —le exijo. Vacila un segundo eterno, pero termina cediendo.

—Hola —responde Aron, fingiendo una calma inexistente.

—Aron, necesitamos ayuda. —Es la voz de Susan—. Encontramos al padre de Arya inconsciente en un bar. La ambulancia se lo está llevando... pero hay otro problema: Carter también está aquí.

—¿Le puso una mano encima a mi mujer? —Rujo tan fuerte que las ventanas del piso al techo vibran.

—¿Liam? —Susan suelta un ruido estrangulado del otro lado—. Yo... lo siento. Ella insistió, yo tenía que apoyarla.

—¿Le puso una mano encima? —Pregunto de nuevo, rozando el límite de mi cordura.

—No, no lo hizo. Estaba ahogado de borracho y llamamos a la policía.

—¿Dónde está Arya? —gruño. Cuando hable con ella... me va a escuchar.

—Se fue en la ambulancia con su papá. Por favor, Liam, escúchala...

—¿A qué hospital? —La interrumpe Aron.

Memorizo la dirección y ya estoy tomando las llaves del Mercedes. *Mi mentirosa mujer.* Le di todo: cada antojo, cada petición en contra de mi juicio; la dejé volver a BLAKE para no asfixiarla, y me mintió. Vino hoy solo para engañarme, para buscar a escondidas a su maldito y alcohólico padre.

«A quien ya perdonaste».

Y justo por eso me duele. No tenía que ocultármelo, si me lo hubiera pedido la hubiera llevado a verlo yo mismo. Bueno, la hubiera esperado cerca, pero mierda... Mis manos tiemblan tanto que casi rompo el volante mientras manejo hacia el hospital.

Esto ya se está volviendo una maldita costumbre entre nosotros. Llego en cuestión de minutos. No veo a Arya, pero sí a su *cómplice.* Susan agacha la cabeza en cuanto me ve.

—¿Dónde está? —gruño.

—Liam, cálmate, Arya está bien. No me separé de ella. —Empieza a soltar justificaciones con las manos al nivel de mi pecho, como si eso fuera suficiente para detenerme.

—¿Y cómo se supone que eso me consuele? —Si no fuera una maldita mujer... Si no fuera el interés de mi mejor amigo.

—Oye, ella es mi mejor amiga y confió en mí. No es mi problema que no te lo haya querido decir. —Eso sí que duele.

Tiene razón. Arya no confía en mí. Después de todo, después de malditamente todo lo que dejé y empecé a hacer solo por ella... No soy malditamente suficiente.

Levanto la vista y veo a la madre de mi hijo caminar hacia nosotros, abrazándose a sí misma con la cabeza gacha. Levanta la mirada y sus ojos se encuentran con los míos. De la misma manera en que la amo... me duele cada parte de mi alma por su engaño.

Hay arrepentimiento en su rostro, pero ¿qué más esperaba de mí? Le entregué mi vida, mi alma, para que hiciera lo que quisiera, y decidió pisotearla.

—Liam —susurra, extendiendo una mano para tocarme.

Doy un paso atrás antes del contacto. Su mano acaricia el vacío. Se me rompe el corazón al ver su expresión, pero quizá solo sea buena actuando; lo ha hecho todo el día.

Nada me ha dolido como me duele esto. Ni la muerte misma se compara con lo que ella me hace. Me aclaro la garganta. Mis manos bajan a cada uno de mis bolsillos. Necesito alejar estas ganas de tocarla, de echarla sobre mi hombro y llevarla a un lugar donde no pueda escapar de mí. No lo hare.

—Ahora sé que estás bien. No tengo otra razón para seguir en un lugar donde no he sido requerido. —Me las arreglo para que mi voz salga dura y no rota.

—Liam... —suplica. No es suficiente.

Ya no soy su *amor.* Si no salgo de aquí, diré algo de lo que no habrá retorno. Niego con la cabeza, le doy una última mirada a Susan y me doy media vuelta. Escucho un jadeo entrecortado a mi espalda, pero no puedo afrontarlo.

En el estacionamiento encuentro al otro traidor.

—Lleva a Arya a casa cuando termine con su padre —le pido a Aron sin mirarlo—. Y encierra a ese maldito ex novio. Es la segunda vez que ignora la orden.

—Ya estoy en eso, no te preocupes... ¿A dónde vas? —Sonrío amargamente.

—Solo haz lo que te digo. Me lo debes.

Desaparezco. Acelero por las calles de Los Ángeles, pero sin el rugido de mi deportivo no puedo olvidar. El sol se oculta y la luna ilumina la ciudad mientras doy vueltas sin rumbo.

¿A dónde va uno para curar un dolor del corazón?

No me doy cuenta de a dónde me llevan mis pies hasta que estoy frente a la puerta de la casa de mis padres. Solo para darme cuenta de que incluso ahora, este lugar me recuerda a ella.

ARYA

—¿Por qué lo llamaste? —Le reclamo a Susan con el alma sangrando. Ver cómo Liam se marcha sin dedicarme más que una mirada helada, fue peor que encontrar a mi padre en ese estado. Nunca había visto tanto dolor en unos ojos como en los suyos; ni siquiera me dejó tocarlo. Era la mirada de la traición, la mía.

—No lo hice. Llamé a Aron, pero Liam contestó. Tuve que decirle la verdad. —Sus palabras salen aceleradas y llenas de miedo.

—¿Toda la verdad? —Me llevo una mano al estómago. Siento náuseas de pronto.

—Sabe que encontraste a tu papá en una cantina y que llamaste a la ambulancia. —Me explica con palabras torpes.

Mierda. Liam piensa que todo fue una mentira calculada. Quiero correr tras él, pero no puedo dejar a mi padre así. Mi corazón está dividido.

Aron entra a la sala poco después, me da un abrazo que no me consuela en absoluto. Maldita sea, no sé qué hacer.

—Arya, no puedes quedarte aquí. Tienes que volver al departamento y descansar —me dice con amabilidad. No menciona a Liam en lo absoluto y no me atrevo a preguntar por él—. Es tu primera salida y ya estás en un grave problema.

—Dios, mi cabeza... —Me quejo.

—Yo me encargo desde aquí, Arya. —Promete Susan—. Te avisaré en cuanto me den el informe médico. Ve a casa, por favor.

Solo puedo asentir, la verdad es que las ganas de volver con Liam, están superando la necesidad de saber si mi padre estará bien.

El camino al departamento es un silencio pesado. ¿Cómo puedo explicarle a Liam que lo hice por él? Que quería que su perdón tuviera un cierre real. Ese es mi único pensamiento hasta que Aron apaga el motor en el estacionamiento.

—Tal vez necesites esto. —Me extiende una tarjeta de acceso.

Esa es la primera señal, pero estaba demasiado agotada para verla. Subo por el elevador y cuando uso la tarjeta de antes para poder entrar, todo está envuelto en oscuridad.

Han pasado horas; ingenuamente creí que Liam estaría esperándome. Me ducho y preparo algo para cenar, esperando escuchar el sonido de la puerta en cualquier momento. Nunca llega. No me atrevo a llamarlo; no sabría qué decirle.

A las nueve de la noche me meto en la cama. Mi padre ya no ocupa mis pensamientos; solo me pregunto dónde estará Liam. Me duermo esperando que, al despertar, sus manos rodeen mi cintura como cada noche.

No pasa. La luz del nuevo día me despierta para confirmarme que Liam no llegó a dormir... Se siente peor que morir.

47 ARYA

Creí que la primera noche sin Liam en el departamento sería la peor de todas. Qué equivocada estaba. Despertar y no sentir sus brazos rodeando mi cintura, ni ese calor constante que me daba la seguridad a la que ya me había acostumbrado, es un vacío que no sé cómo llenar. La cama se siente inmensa, fría y extraña, como si el mueble mismo supiera que falta su dueño.

La segunda noche es aún más desgarradora. No saber a dónde ha ido, si está comiendo, si está bien o si, simplemente, se ha rendido con nosotros, me mantiene con los ojos clavados en el techo.

Y ni hablar de la tercera. Fui débil, el orgullo se me escapó entre los dedos y lo llamé, solo para encontrarme con la fría voz de una operadora diciendo que su celular está desconectado. El rechazo me duele de una manera que no puedo explicar.

Susan me acompaña a visitar a mi padre en el hospital. Él no despertó en los dos primeros días; parece que su reciente alcoholismo lo llevó a otro límite físico y mental. Mi corazón está dividido en una guerra sin tregua: por más que ame a Liam y quiera un futuro con él, no puedo olvidarme del hombre que me dio la vida.

Ahora él me necesita. Hoy lo intento de nuevo, caminando por los pasillos esterilizados con el alma adolorida y las ojeras más grandes de mi vida.

—Arya, ¿estás segura de esto? Tu papá... no está bien. —La mano de mi amiga nunca abandona mi espalda.

Es un buen apoyo, pero no es el tacto que yo quiero. No es la mano grande y posesiva de Liam.

—Tengo que hablar con él, Su. Ahora más que nunca sé que tiene que entregarse o... —Suspiro, sintiendo un dolor agudo en el pecho—, o terminará muerto en cualquier callejón.

Freno mi paso a unos metros de la puerta de la habitación donde descansa mi padre. Me detengo, buscando fuerzas que no tengo.

—¿Aron ha dicho algo? —pregunto con la vista fija en el suelo, esperando un milagro. El suspiro de Susan es pesado y me da la respuesta antes de que hable.

—Lo siento, ni una palabra. —Su mano hace círculos lentos en mi espalda—. Pero volverá pronto, estoy segura.

—¿Cómo puedes estarlo? —pregunto encogiéndome de hombros, sintiéndome pequeña.

—Porque vi en primera fila el amor que ese hombre te tiene, Arya. Está herido, y siendo honesta, tiene algo de razón: la mujer que ama le mintió, puso en riesgo su salud y la de su hijo, y obligó a su mejor amigo a traicionarlo guardando un secreto —dice Susan, casi quedándose sin aire al recitar la lista de mis errores.

—Gracias, veo perfectamente dónde está tu lealtad ahora —hago un puchero, aunque por dentro sé que sus palabras son verdades que me queman.

—Mi lealtad está contigo y con tu felicidad. Y juro que nunca he visto a un hombre mirar a alguien como Liam te mira a ti. Créeme, ese hombre sabe amar de verdad. Volverá.

Yo también sé dónde está mi lealtad, y es precisamente por eso que tengo que enfrentar a mi padre de una vez por todas.

***

Entro a la habitación y miro su pecho subir y bajar lentamente. El bip rítmico de la máquina me provoca ansiedad, mis manos se ponen inquietas y temblorosas, pero me recuerda que aún tengo un padre con vida; uno con muchos asuntos que saldar si es que quiere formar parte de mi futuro.

—Papá, soy yo. Ary —le digo en un susurro, tomando su mano, que se siente áspera y descuidada. Él hace un ligero

movimiento, gimiendo un poco, y gira la cabeza hacia mí. Sus ojos tardan en enfocar.

—¡Hija... eres tú! —Su sonrisa de labios partidos se ensancha —. Temía que este día nunca llegara, que me hubieras abandonado.

Hasta cierto punto creo que lo hice, pero necesitaba ese tiempo para mí, para encontrarme a mí y para reconocer lo que mi alma quiere.

—¿Qué pasó, papá? ¿Por qué te encontré en ese bar de mala muerte? ¿Acaso ya no valoras tu vida? La última vez que te vi, estabas encerrado por miedo a que Liam te encontrara.

Mencionar ese nombre causa dos reacciones distintas en el aire: yo siento una necesidad física de él, que me hace vibrar, pero mi padre reacciona como si le hubieran clavado una espina.

—He pensado mucho en lo que me dijiste esa vez. Al principio no podía creer que mi propia hija me quisiera tras las rejas —hipea, con la voz quebrada por el arrepentimiento—. Pero esas noches de borrachera me gritaron lo lejos que estaba de ti. Fue como estar encerrado de todas formas. Quería acabar con mi vida, hija... sentía que ya no te tenía.

Se me rompe el corazón al verlo tan pequeño, tan derrotado.

—Papi... —Sollozo, apretando su mano. No puedo soportar mucho más de esto.

—Pero ahora estás aquí y entiendo que tengo una oportunidad para hacer bien las cosas. Tienes razón. —Sonríe dando unas palmadas débiles en mi mano—. Lo que le hice a esa familia no tiene perdón. Tengo que pagar por mis pecados si quiero volver a dormir en paz.

Esto es todo lo que necesitaba.

Me abalanzo sobre él, rodeando su cuello mientras las lágrimas mojan mi blusa. El alivio me inunda los sentidos.

—¡Oh, papá, lo siento tanto!

—Shhht, es lo correcto, pequeña. —Me separo de él un poco y lo beso en la mejilla, tratando de limpiar el rastro de su dolor.

—Ahora hay otro motivo para hacer bien las cosas. Quiero que estés sano, quiero que formes parte de la vida de tu nieto...

Mi padre se sienta de golpe en la cama, interrumpiéndome con una fuerza que no creía que tuviera hace un momento.

—¿Has dicho nieto? ¿Acaso tú...? —Me señala el vientre con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Sé que no es el mejor momento para decirle que Liam es el padre, pero no quiero más secretos. Los secretos casi destruyen mi vida. Si vamos a reconstruir esto, lo haremos sobre la verdad.

—Lo amo, papá. Él me hace feliz —digo con una pequeña sonrisa en los labios, esperando que esa sea una respuesta suficiente.

—Apostaría mi vida a que la respuesta va a ser más de lo que puedo soportar —dice él, llevándose la mano al puente de la nariz con una expresión de preocupación de muerte—. ¿Quién es el padre de tu hijo, Arya?

***

Regresar al departamento nunca se había sentido tan mal. Las paredes parecen cerrarse sobre mí. Quizá Liam está esperando a que me vaya para poder volver; después de todo, este lugar es suyo y yo siempre fui solo una invitada.

Hoy me recordé, de la peor forma, que no se puede tener todo.

Mi padre necesitó asistencia médica y sedantes cuando supo que Liam es el padre de su nieto.

Quienquiera que esté escribiendo el libro de mi vida, le ruego un poco de paz. Solo un poco.

Me acaricio el vientre, sintiendo esa pequeña curva que empieza a formarse, y digo en voz alta:

—Tal vez estemos solos por un tiempo, pequeño... nada en mi vida ha sido normal, así que esto no tiene por qué ser diferente. Sé que tu papi te ama más que a nada, pero mami hizo algo que se malinterpretó y él decidió tomarse un descanso de nosotros. Solo espero que el descanso termine antes de que llegues al mundo.

Ha pasado otra maldita semana. Siete días de silencio absoluto. No conozco bien las etapas del duelo, pero acabo de entrar de lleno en la de la furia.

Lo mataría si lo viera entrar por esa puerta ahora mismo. Tuve sesión con la terapeuta, pero sin poder contar la historia completa —las mentiras, los asesinatos, la primera intención de Liam—, no sirvió de mucho. Mi padre fue dado de alta y volvió a su encierro voluntario en su casa, bajo la promesa de entregarse pronto.

Estoy pensando seriamente en pedir un préstamo. No puedo seguir viviendo de la caridad de un hombre que me evita. Liam no volverá hasta que yo me vaya, estoy segura. Mierda, cómo duele aceptar eso.

Aron sigue sin darme razón de él.

«Ya le he fallado demasiado a mi mejor amigo», me dijo la última vez con un tono cortante.

Quise ir a buscarlo a las oficinas de BLAKE, pero me detuve en el último segundo. ¿Qué le voy a decir? Mi humor ahora mismo es el de un perro rabioso y no quiero mendigar amor.

Ya ni siquiera quiero estar aquí. Susan aceptó recibirme en su casa; no quiero ser una inútil y sé que puedo trabajar para sacar adelante a mi hijo yo sola.

Hago una maleta pequeña con lo indispensable, doy un último vistazo melancólico al departamento y dejo la llave que me dio Aron sobre la encimera de la cocina.

—Se acabó.

Camino a la puerta y la abro con coraje, con toda la rabia y la frustración que llevo dentro. Voy a salir para no volver, pero mi cara

se estampa de lleno contra un pecho duro y musculoso que bloquea el paso.

Ese aroma a colonia cara... ¡Dios!

Una mano me sostiene con firmeza por el codo para que no pierda el equilibrio. Miro hacia arriba, ignorando el escalofrío eléctrico que me recorre la columna.

Y ahí está él. Con la barba crecida de varios días, ojeras profundas debajo de sus ojos y el rostro marcado por el cansancio. Pero lo que me detiene el corazón es su mirada: en sus ojos azules solo veo dolor.

48 LIAM

¿Soy un imbécil? Sí, mierda, lo soy.

Pero, ¿qué querían que hiciera? No supe cómo reaccionar a su mentira. El golpe me dejó sin aire. Se puso en riesgo para ver a su padre cuando yo ya lo había perdonado; cuando ya había aceptado, a regañadientes, que ese hombre respirara el mismo aire que nosotros.

Todo ese sacrificio, toda esa renuncia a mi propia naturaleza, lo hice por ella. Para tenerla, para quedármela, para amarla sin sombras. Y saber que me ocultó algo así... me rompió.

No he dormido en tres noches. El silencio en la casa de mis padres es ensordecedor. Apenas como; mi dieta se basa en el ardor del alcohol que quema mi garganta, pero no logra anestesiar mi mente. Estoy ahogado en botellas vacías y no sé cómo encontrar el camino de vuelta.

La amo, tanto que el sentimiento se ha vuelto físico, un dolor punzante en el centro de mi pecho. Y lo peor es que no sé qué palabras usar para que entienda que lo único que puede destruirme de verdad es que no confíe en mí.

Sé por Aron que está bien. Sé que sigue en mi departamento, y ese pensamiento es lo único que me permite respirar. Ahí es donde pertenece, rodeada de mis cosas, impregnando mis sábanas con su aroma. Ahí es donde yo debería estar, protegiéndola, pero, maldita sea, el orgullo es una cadena muy pesada y no sé cómo cruzar esa puerta sin derrumbarme.

Aron también me soltó, entre insultos por mi actitud, que ella visitó a su padre, que no ha faltado a su terapia... Saber eso me llena de un orgullo amargo.

Mi dulce Arya es una guerrera. Sé que no lo ha tenido fácil, y menos desde que este monstruo que soy, llegó a su vida, pero sabe

seguir adelante solo con su propia fuerza. Y eso es lo que más me aterra: darme cuenta de que no me necesita.

No quiero que me necesite, no quiero que me ame por obligación... quiero que me elija porque eso es lo que quiere.

Me tomó un día entero intentar desintoxicarme. Duchas de agua helada y café negro. Debo estar cuerdo, limpio y con la guardia lo suficientemente baja para escuchar sus verdades sin romperme en el intento. Espero al día de la cita con el obstetra; ha pasado apenas una semana, pero para mí han sido siglos.

En mis planes originales, llegaría a este día feliz, tomándola de la mano y besando su vientre frente al doctor. En cambio, estoy usando la cita como una excusa patética para acercarme, porque el miedo a perderla definitivamente ya es mucho más grande que mi estúpido orgullo.

Me paro frente a la puerta del departamento con las manos hundidas en los bolsillos, tratando de controlar el temblor de mis dedos. Sé que no debí dejarla sola ni un segundo. Ahora que voy a verla, el impulso de caer de rodillas y suplicar perdón me golpea con la fuerza de un camión. ¿En qué momento me convertí en este hombre tan frágil?

«En el momento en que entregaste tu corazón sabiendo que corrías el riesgo de romperlo», me susurra esa voz interna que odio porque tiene razón.

Estoy a punto de marcar el código de seguridad cuando la puerta se abre de golpe desde adentro. El aire se me escapa de los pulmones. Ahí está ella. Perfecta, hermosa, pero con una maleta en una mano y un bolso de viaje en la otra.

El mundo se detiene.

¿Qué está haciendo? ¿Piensa dejarme? La daga que tengo clavada en el pecho gira con una crueldad, haciéndome sangrar de nuevo.

Arya no me mira. Su cara se estampa directamente contra mi pecho por la inercia de su salida y, en un instante, su aroma dulce

me invade. Mis pulmones se llenan de ese oxígeno verdadero del que me privé desde la última vez que la vi.

La sostengo por el codo con firmeza, impidiendo que pierda el equilibrio, pero también porque necesito tocarla.

Ella levanta la mirada lentamente. Siento que mi corazón se salta varios latidos cuando sus ojos verdes se clavan en los míos. Ahí lo veo todo: la decepción, el agotamiento y la decisión final*. Me está dejando*. Me odia. Y a la mierda si voy a permitir que cruce ese puente.

—¿A dónde vas? —pregunto. Mi voz suena más dura y ronca de lo que pretendía, pero el pánico me está dictando las palabras.

Arya se suelta de mi agarre con un movimiento brusco y da un paso atrás, creando una distancia que se siente como un abismo.

—¿No es obvio, Liam? Me voy —gruñe. Aunque con esa voz tan dulce, el tono de rabia le sale forzado, y eso me duele más.

—Este es tu hogar —sentencio, tratando de recuperar mi autoridad. Arya suelta una sonrisa irónica que me golpea con más fuerza que cualquier insulto.

—No, Liam. Este no es mi hogar. Es solo un departamento lujoso, frío y vacío. Esto no puede llamarse hogar si ni siquiera lo comparto con la persona que decía amarme y a la cual yo también amaba.

Doy un paso atrás, casi como si me hubiera dado una bofetada física. Acaba de decir *amaba.* En pasado. Como si el sentimiento fuera una reliquia. El aire se vuelve denso y las rodillas amenazan con fallarme.

—¿Así son las cosas ahora? —Camino hacia ella con una intensidad peligrosa, apretando la mandíbula hasta que me duelen los dientes—. Hablaste en pasado. ¿Ya no lo sientes? ¿Tan rápido me borraste?

Arya retrocede instintivamente hasta que su espalda choca contra la madera de la puerta. Yo no me detengo. Apoyo ambas manos a cada lado de su cabeza, acorralándola, invadiendo su

espacio personal hasta que no puede ignorar mi presencia ni mi perfume.

—Mírame a los ojos y dime que ya no me amas, Arya. Dime que nunca fui digno de tu confianza, que todo lo que hice por cuidarte, que renunciar a mi venganza fue en vano porque tú nunca me quisiste de verdad.

Sus ojos se llenan de lágrimas que se niegan a caer; los míos deben estar inyectados en sangre por la falta de sueño. No la voy a soltar hasta que me destruya con la verdad.

Mis manos no resisten más; recorro su mejilla con el dorso de mis dedos, bajando por la línea de su cuello hasta la clavícula. Siento el escalofrío que recorre su piel ante mi contacto, esa chispa que aún nos une. Ella inspira profundo, dejando escapar un gemido ahogado.

—Dime que no me amas. Dime que fui un juego y te dejaré ir ahora mismo. —Mi voz se quiebra, perdiendo toda la dureza—. Nunca volverás a saber de mí. Me haré cargo de mi hijo, pero no tendrás que volver a verme la cara jamás. Por favor... termina de romperme el corazón. Dime que no provoco nada dentro de ti.

Pego mi frente a la suya, respirando su mismo aliento.

—Te fuiste. Nos dejaste solos. —Jadea, temblando entre la furia y el deseo.

—Me rompiste el alma y te pusiste en riesgo —le susurro, con mis labios rozando los suyos. La extraño tanto que el dolor es una náusea constante.

—No es lo que parece... —murmura, casi sin fuerzas.

—¿Y qué fue entonces? —le exijo, buscando la verdad en el fondo de sus pupilas.

En ese momento de máxima tensión, mi teléfono empieza a sonar en el bolsillo. Un ruido molesto que rompe la burbuja. Respondo sin apartar la vista de ella, sin darle espacio para huir.

—Diga. Sí... entiendo. Ahí estaremos. —Corto la llamada. La duda brilla en su cara—. Nos esperan para la cita con el obstetra. Ahora.

Arya abre los ojos de par en par; en medio de su dolor, lo había olvidado por completo. Mira sus maletas en el suelo y luego a mí.

—Dámelas. Las meteré al departamento y hablaremos cuando volvamos. No te vas a ir así. —Tomo su equipaje, aprovechando para rozar sus manos. Ella se resiste un segundo, pero finalmente cede. Sé que esto no es una victoria, es solo una tregua, pero la voy a aprovechar.

El viaje en el Mercedes transcurre en un silencio absoluto y cargado. Mentiría si dijera que incluso su silencio no me da paz; porque solo ella tiene ese poder sobre mi sistema.

***

—¿Están listos para conocer el sexo de su bebé? —pregunta el médico con una sonrisa profesional mientras prepara el equipo.

Ninguno de los dos responde de inmediato. La tensión entre nosotros es tan densa que se podría cortar.

—Bien... ¿quieren que sea una sorpresa? —insiste el doctor ante el silencio incómodo.

—Yo sí quiero saberlo —intervengo, rompiendo el hielo. Arya me lanza una mirada indescifrable, una mezcla de reproche y anhelo.

—Sí, yo también quiero saber —dice ella, girando la cabeza hacia la pantalla.

Se recuesta en la camilla y el doctor aplica el gel azul. Podrán decir que el embarazo es temprano, pero yo lo noto; veo cómo su cuerpo ha cambiado, cómo se ha vuelto más suave, más maternal. Esas imágenes de ella con el vientre crecido, sonriéndome en mis sueños, me confirman que no puedo dejarla ir.

La quiero. Quiero ese futuro, aunque tenga que arrastrarme para conseguirlo.

«¿Y qué hay de tu corazón roto?», pregunta mi orgullo. Que haga con él lo que quiera; siempre ha sido suyo. No voy a perderme la vida de mi hijo por un error que podemos arreglar.

El transductor recorre su piel y, de repente, el mundo exterior desaparece. Un latido fuerte, rápido y poderoso llena la habitación, retumbando en las paredes. Es el sonido más hermoso que he escuchado.

—Eso que escuchan es el corazón de... sí, aquí está. Es una niña.

¿Una niña? ¡Dios! Me pierdo en la pantalla, tratando de descifrar las formas grises. Va a ser tan hermosa como su madre. Suspiro y cierro los ojos cuando la humedad me impide ver con claridad. Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda detenerlas.

No hice nada en mi perra vida para merecer esto, pero juro que la cuidaré con mi sangre.

Siento una mano pequeña y cálida buscar la mía. Es Arya. Sus dedos se entrelazan con los míos con una fuerza que me devuelve la vida.

—¿Sabes? Tenía un presentimiento —dice ella con la voz quebrada—. Algo me decía que era una niña y...

—Es perfecto. —Termino por ella, apretando su mano contra mi pecho. Ella asiente, sin soltarme, con los ojos fijos en la pantalla donde nuestra hija late con fuerza.

De regreso en el auto, el silencio vuelve, pero esta vez es distinto. Menos agresivo. Noto que Arya se remueve inquieta en el asiento. Estiro mi mano y la apoyo en su pierna; se paraliza por un instante, pero no me rechaza. Se deja tocar.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunto en un susurro.

—¿Liam?

—¿Dime?

—Yo... —Titubea, parece dudar de sus propias palabras, pero luego endereza la postura y me mira de frente. Tiene esa chispa de determinación que tanto me gusta—. No voy a regresar a ese departamento para estar sola de nuevo. O lo hacemos juntos, o no lo hacemos en lo absoluto. Tú decides si entras conmigo o si me dejas marchar para siempre.

49 ARYA

No sé qué estoy haciendo; solo sé que en alguien tiene que caber la cordura. Entrar de nuevo en su departamento a su lado se siente diferente. No es la armonía de los meses pasados, pero tampoco es el vacío de cuando me dejó sola.

—Arya...

—Liam...

Nos llamamos al mismo tiempo. Sus ojos me estudian, esperando algo que no sé si puedo darle. Me quedo callada.

—Yo... —empieza él—. ¿Necesitas algo?

Sí. Necesito que me hables. Que me digas qué va a pasar con nosotros.

Pero no lo digo. Niego con la cabeza.

—Voy a descansar en mi habitación. Hablaremos en la cena.

Liam da un paso atrás, dejándome el camino libre. Noto el conflicto en su cuerpo tenso mientras paso a su lado. Mi brazo casi roza el suyo y siento una urgencia casi insoportable de rodearlo con mis brazos, de enterrar mi cara en su cuello y de que me asegure que todo está bien.

No lo hago.

Él tampoco.

Pongo el pie en el primer escalón y su mano, fuerte y posesiva, rodea mi muñeca. El escalofrío es instantáneo. Mi respiración se acelera y, al girarme, me encuentro con sus ojos azules dilatados. Tiene la mandíbula apretada y la mano libre cerrada en un puño, ejerciendo una fuerza brutal. Su pecho sube y baja con el mismo desespero que el mío. La sangre me bombea en los oídos, anulando cualquier otro sonido, hasta que Liam me rodea la nuca y me atrae hacia él.

Apoya su frente contra la mía. Me lleno de su aroma —fuerte, masculino, embriagador—, ese que busqué desesperadamente en sus camisetas durante su ausencia.

—¿Qué haces? —susurro con los ojos cerrados, atraída hacia sus labios como un imán.

—No lo sé —responde igual de agitado—. ¿Quieres que me aleje?

Sus labios rozan los míos y pierdo el suelo, la razón y la cordura. Soy yo quien estrella mi boca contra la suya. Muerdo su labio inferior, introduzco mi lengua y lo rodeo con fuerza para pegarlo a mi cuerpo. Lo beso como si fuera mi última comida en la tierra.

Liam me levanta del suelo. Rodeo su cintura con las piernas mientras sube las escaleras de dos escalones a la vez. La puerta de su habitación golpea la pared con violencia. El coraje que ambos sentimos se transforma en una excitación líquida que me quema por dentro. Me besa como nunca antes: con rabia, con frustración, marcándome.

—Esto no va a ser suave, Arya. —Advierte cuando me suelta un segundo para tomar aire. Casi tengo un orgasmo con la pura advertencia.

—Eso espero. —Lo desafío con una sonrisa burlona. —El gruñido que escapa de su garganta me humedece al instante.

—No estoy jugando. Voy a tomarte tan fuerte que no podrás moverte en semanas.

—Promesas, promesas... —Me burlo. Mañana tendré tiempo de pensar en las consecuencias; ahora solo quiero que cumpla su palabra.

Mi espalda golpea el colchón. Liam no pierde el tiempo: rasga mi blusa y mi falda con una violencia que me deja sin aliento, tirando la tela ahora inútil al suelo como si fuera basura. Me mira en ropa interior con un hambre animal.

—¡Espera! —grito, pero mi sostén y mi tanga también son arrancados de mi cuerpo. Quedo desnuda bajo su mirada.

Él sigue completamente vestido, disfrutando de mi vulnerabilidad. Se ríe, negando con la cabeza, y comienza a desvestirse con una lentitud tortuosa. Se quita los zapatos despacio, burlándose de mi desesperación.

Me quejo y decido tomar el control: me llevo una mano a los pechos, pellizcando un pezón, mientras la otra baja hasta mis pliegues. Si él no va a empezar, lo haré yo.

El sonido de los botones de su camisa cayendo al suelo me detiene. La rasga y se la quita de un tirón. Sus pantalones y el resto desaparecen en un parpadeo. La vista es impresionante; Liam me ha tenido envuelta desde el primer día y verlo así, erecto y furioso, me nubla el juicio.

—Date la vuelta —exige con esa voz de mando que me calienta la sangre. Obedezco sin dudar, exponiéndome para él.

—Te voy a castigar por ser una chica mala y no esperar —dice al llegar al borde de la cama. Mi trasero se mueve hacia él, rogando por el contacto—. Te voy a azotar con mi mano y vas a contar en voz alta. Cuando llegues a cinco, te daré tu recompensa.

No tengo tiempo de procesar sus palabras cuando el primer azote cae, haciéndome estremecer.

—¡Oh, mierda! —grito mientras siento las gotas de mi propia excitación resbalar por mi muslo.

—No te escucho contar. ¿Quieres que empiece de nuevo? —su voz está tan cargada de deseo que dudo de quién disfruta más de esto.

Un recuerdo de nuestra noche en el club, me llena la mente. El cómo dijo algo de no usar ninguna de las cosas que había en esa habitación para ese tipo de placer… *En esa ocasión.*

Oh maldita mierda caliente.

—¡UNO! —grito tras el segundo impacto.

—Buena chica. —Liam jadea. Mierda. Lo entiendo todo. Debería querer salir corriendo. Debería, pero no quiero.

Siento el ardor en mi piel, pero el placer es superior.

—¡DOS! —titubeo con el segundo golpe en mi piel. Al final muerdo mi labio inferior y no puedo evitar soltar un gemido.

—Te gusta —sentencia él con una risa vibrante—. Dime ¿cómo es que esto es un castigo cuando estás empapando la cama, dulzura? —Su voz llena de deseo me hace sentir mucho más.

Se agacha, respirando el aroma de mi sexo. El orgasmo empieza a formarse sin que me haya tocado todavía.

—Liam, por favor... necesito... —Necesito que haga cualquier cosa. Lo que sea. Puedo explotar si no lo hace.

—No tienes permiso de tocarte. —Me regaña con el tercer azote—. No escucho el número. —gruñe excitado.

—¡TRES! —mi cuerpo es puro nervio.

Cae el cuarto golpe y mi cuerpo se arquea hacia adelante.

—¡CUATRO! —grito antes de que lo repita. Y no es que no me guste, porque la verdad es que tener este vistazo de esa parte oculta de Liam… Mierda. De verdad me hará tener un orgasmo con el dolor que me está dando.

Me sujeta de la cadera, devolviéndome a la posición, y siento su miembro duro encajarse contra mi trasero. El roce me lleva al límite. Liam me empuja hacia abajo hasta que mis pechos se pegan al colchón y mi trasero queda totalmente expuesto.

—¿Lista? —asiento, mirándolo por encima del hombro mientras él acaricia su hombría. Lo quiero todo. Absolutamente todo. —Cuenta.

—¡CINCO! —grito con todas mis fuerzas.

El último azote no cae en mi trasero, sino directamente sobre mis pliegues, directo en mi entrada empapada. El sonido del impacto y mi grito se funden en uno solo mientras me penetra de un golpe

brutal. Entonces por fin me dejo ir y mi orgasmo estalla como una avalancha.

—¡Oh, santa... maldita... mierda! —gime Liam al sentir cómo lo aprieto por dentro.

Es el orgasmo más violento que he tenido. Siento que mi corazón se detiene mientras él me destroza con embestidas salvajes.

—Qué bien te sientes, bebé... viniéndote sobre mi pene.

Cuando las estrellas desaparecen de mi visión, escucho sus gemidos de triunfo. Me jala del cabello hasta que mi espalda choca con su pecho. Con una mano busca mi clítoris pulsante; con la otra pellizca mis pezones mientras su lengua recorre mi cuello sudado.

—¿De quién es esto? —pregunta con furia, abarcando mi sexo con su mano—. ¡Dime!

—Es tuyo... toda yo soy tuya, Liam.

—Eso es. Eres mía —gruñe—. Puede que ya no me ames, pero no me importa. Me queda suficiente amor en mi corazón roto para los dos.

Me duele el pecho al escucharlo. ¡Liam cree que no lo amo!

Quiero gritarle la verdad, decirle que mi padre se entregará, que él es mi mundo... pero me muerde el pulso con tanta fuerza que me hace gritar de placer mientras llega mi segundo orgasmo.

Lo arrastro conmigo, sintiendo cómo se derrama dentro de mí hasta la última gota.

Me obliga a mirarlo, saca sus dedos de mi interior y me hace lamer mi propia esencia. Sabe a gloria. Sabe a nosotros.

—Mierda —gime antes de devorar mis labios con sabor a hierro y pasión.

Lo último que recuerdo antes de que el sueño me venza es que sus brazos me rodean la cintura, igual que antes. Por primera vez en muchos días, vuelvo a estar en casa.

50 LIAM

«¿Sexo loco y caliente?»

Hecho.

«¿Aclarar las cosas con la madre de tu hija?»

Aún no.

«Claro, hay prioridades», se burla esa voz en mi cabeza.

Pongo los ojos en blanco ante la cínica conversación interna con mi conciencia. No necesito que nadie, ni siquiera mi propio subconsciente, me diga que estoy haciendo las cosas mal; soy plenamente consciente de que este silencio es una bomba de tiempo.

Arya se quedó dormida en mis brazos hace apenas unos minutos, agotada tras esa sesión que fluctuó entre el castigo y la entrega más absoluta.

La extrañé tanto que, incluso ahora, mientras la veo descansar, siento un dolor residual en el pecho que me impide respirar con normalidad. Sé que ella también me extrañó; su cuerpo me lo gritó en cada roce, en cada gemido.

Sin embargo, intento ignorar la punzada que persiste en mi corazón: la sombra de su mentira sigue ahí, recordándome que la confianza que tanto nos costó construir aún tiene grietas profundas.

Me separo de ella con una lentitud milimétrica. Necesito el agua fría para asearme y despejar la bruma de mi mente.

Al moverme, Arya deja escapar un gemido suave entre sueños y mi cuerpo, traidor y hambriento como siempre, responde de inmediato a su sonido. Aprieto la mandíbula, obligándome a ignorar la erección que vuelve a reclamar su presencia, y me fuerzo a entrar al vestidor.

El vibrar insistente de mi celular me detiene antes de cruzar la puerta. El sonido proviene de mis pantalones, que terminaron

hechos un nudo en el suelo en medio de nuestra urgencia.

Es Aron. Rechazo la llamada de inmediato; no estoy dispuesto a romper la paz de Arya, ni me siento listo para enfrentarme a la realidad del mundo exterior. Pero el idiota insiste. Tres veces más.

Resoplo, entro al vestidor y cierro la puerta con cuidado antes de responder con un gruñido cargado de fastidio.

—Ahora no es un buen momento, Aron. Más te vale que se esté quemando la ciudad.

—Para esto nunca habrá un buen momento, Liam. —Su tono, despojado de su habitual sarcasmo, me hiela la sangre.

—¿Qué pasa? Habla ya. No tengo paciencia hoy.

—Hay un hombre intentando entrar a BLAKE. Ahora mismo no hay nadie en las oficinas, pero lo extraño es que parece tener códigos de acceso a las instalaciones. No está forzando nada, está entrando como si fuera el dueño.

Frunzo el ceño, sintiendo una punzada de irritación.

—¿Qué hombre? ¿No puedes resolverlo tú con seguridad? Para eso te pago una fortuna, Aron.

Mi amigo guarda un silencio sospechoso, uno de esos que preceden a las peores noticias. Me presiono el puente de la nariz, sintiendo cómo la calma que Arya me dio se me evapora por los poros.

—Dilo ya —exijo, con la voz volviéndose peligrosamente baja.

—Franco Foster. Ese es el hombre que aparece en las cámaras de seguridad

El mundo se detiene. El aire en el vestidor se vuelve denso, pesado, imposible de tragar. Solo he visto a ese hombre una vez en mi vida: en el juicio donde, con una sonrisa cínica, lo declararon inocente de haber destruido a mi familia.

Durante diez largos años, cada golpe que di, cada empresa que reduje a cenizas y cada vida que arruiné, lo hice visualizando su

ruina. Lo quería bajo tierra, pero tenerlo aquí, ahora... intentando entrar en mi propio imperio, no estaba en mis planes.

Mis puños empiezan a temblar por la descarga de adrenalina. De repente, el aroma de Arya desaparece de mi nariz y es reemplazado por el olor a la muerte de mis padres. Las imágenes queman mi memoria con una claridad insoportable.

—Liam, ¿sigues ahí? ¿Liam? —La voz de Aron suena lejana.

—Aquí estoy —respondo. Mi voz ha cambiado; es fría, metálica, una que no reconozco pero que me pertenece desde que me dejaron sin ellos—. No lo detengas. Deja que entre. Que se sienta cómodo.

—¿Qué vas a hacer?

—Me encargaré de él personalmente. Asegúrate de que las cámaras estén apagadas. —Hago una pausa, y mis ojos se vuelven oscuros, fijos en la nada—. Después... pasa a recoger la basura.

ARYA

Despierto con ese dolor gratificante y sordo entre los muslos que solo Liam sabe provocar. Es una marca física de su posesividad y de la intensidad con la que nos entregamos hace apenas unas horas.

La habitación está sumergida en un silencio absoluto, solo interrumpido por el zumbido lejano de la ciudad. Estiro la mano con los ojos aún cerrados, buscando el calor de su cuerpo, pero mis dedos solo encuentran sábanas lisas. Su lado de la cama ya está frío.

Se ha ido. Otra vez.

«No pienses mal, Arya. No dejes que la paranoia te gane. Seguro salió por la cena o necesitaba aire», me susurro a mí misma,

tratando de calmar los latidos de mi corazón.

Me acaricio el vientre, un poco redondeado y transformado ante mis ojos, recordando su reacción en el consultorio. La forma en que sus ojos azules se llenaron de lágrimas al saber que tendremos una niña...

No tengo ninguna duda: Liam será el mejor padre del mundo. Esa certeza es lo único que me mantiene a flote.

Me ducho con calma, dejando que el agua caliente relaje mis músculos, y elijo un vestido de seda rojo que resbala por mi piel como una caricia. Al bajar a la planta principal, el departamento está a oscuras, solo iluminado por las luces de los rascacielos que se filtran por los ventanales.

La soledad se siente pesada. Me preparo un sándwich de atún y una taza de chocolate caliente, mi droga favorita después de Liam, pero el silencio empieza a oprimirme los oídos. Necesito escucharlo. Necesito confirmar que no huyó de nuevo porque el peso de mi pasado fue demasiado para él.

Marco su número con los dedos temblorosos. Uno, dos, tres tonos... cada uno se siente como una eternidad.

—¿Dulzura? ¿Despertaste? Lo siento, llegaré pronto. —Siento un alivio de poder escucharlo, pero su voz suena extraña a través del auricular. Está tensa, vibrando en una frecuencia que nunca le había escuchado.

Distinta.

Peligrosa.

—¿Dónde estás, Liam? ¿Está todo bien? —Empiezo a caminar en círculos por la cocina, apretando el teléfono contra mi oreja. El presentimiento de que algo se ha roto no me abandona.

—No te preocupes. Lo estará —responde él.

Esa frase me dispara todas las alarmas. Conozco a Liam; cuando intenta sonar calmado es cuando más tormentas lleva por

dentro. Tengo que hacerlo volver. Ahora. No puedo dejar que cometa una locura.

—Liam... tu hija tiene antojo de helado de fresa y pistachos. ¿Puedes llegar pronto? —Uso nuestra nueva conexión, nuestra niña, como un ancla para traerlo de vuelta a casa.

Se hace un silencio sepulcral al otro lado de la línea.

—¿Liam? ¿Me escuchaste?

—Fuerte y claro, bebé. Llegaré en diez minutos. —Su voz se suaviza un poco, pero la oscuridad sigue ahí—. *Dile a mi hija que su papá está en camino y que siempre, sin importar qué, cumplirá sus antojos.*

—Gracias, Liam... estoy segura de que ella ya te ama.

—Y yo la amo más que a mi propia vida. Por eso renunciaré a todo si es necesario para protegerla. —Sus palabras me revuelven el estómago.

No suenan a una promesa romántica, sino a una despedida o a un sacrificio. Siento una oleada de náuseas real, un nudo de ansiedad que me corta la respiración.

—Liam, date prisa... de verdad no me siento bien. —No tengo que fingir; las arcadas son reales y el sudor frío empieza a perlar mi frente.

—¡Arya! ¡Responde! ¡Voy para allá ahora mismo! —Lo escucho gritar, pero de fondo, antes de que la llamada se corte, se filtra una voz que conozco demasiado bien.

Una voz que debería estar en un hospital o en su casa, no cerca de Liam.

—No te mereces a mi hija, bastardo —dice la voz de mi padre.

El pánico me golpea el pecho como un mazo físico. El aire se acaba, las paredes de la cocina empiezan a girar y el mundo se vuelve negro mientras me desvanezco, sintiendo el frío del suelo antes de perder por completo la conciencia.

LIAM

Cuando el Mercedes frena frente al edificio de BLAKE, la luz del último piso brilla en la oscuridad de la noche como un faro de advertencia, o quizás como una invitación al infierno.

Saber que Franco Foster está ahí arriba, pisando el legado de mis padres con sus pies manchados de traición, hace que la bilis me suba a la garganta. *¿Cómo es posible que un hombre tan despreciable sea el padre de mi dulce Arya?*

Es una ironía que el destino me lanza a la cara, una broma pesada que no tiene maldita gracia.

Subo por el elevador con los puños tan apretados que los nudillos me arden bajo la piel blanca. Siento la vibración del metal, el ascenso hacia el momento que he imaginado durante una década. Las puertas se abren con un siseo y lo veo. Pero no está solo, y la sorpresa me golpea como un latigazo que me castiga por otro de mis errores.

—Me preguntaba cómo habías entrado, pero ya veo que te has aliado con esta... —No termino la frase. Las palabras se me atascan ante la visión de Bonnie a su lado. La mierda siempre termina juntándose en el mismo desagüe.

—Hola, Liam. ¿Sorprendido? —pregunta ella con ese tono de arpía que usaba para seducirme y que ahora solo me provoca un profundo asco. Es tan estúpida que no tiene idea de la magnitud de lo que ha hecho al traer a este hombre aquí.

—La verdad es que no, Bonnie. Tu falta de inteligencia siempre ha sido tu rasgo más predecible.

Ella intenta abofetearme, un gesto desesperado por recuperar un control que nunca tuvo, pero le sujeto la muñeca con una fuerza que la hace palidecer. No le queda más remedio que soltar un grito de frustración.

Franco, que parece estar ahogado en vapores de alcohol y resentimiento, se aclara la garganta con un sonido igual.

—No sé qué demonios vio mi hija en ti, pero mandarla a convencerme de que me entregue a la policía no te servirá de nada —suelta él.

A pesar de que su voz me provoca náuseas físicas, no puedo permitirme perder ni una sola palabra de lo que está diciendo.

Me quedo helado, con el corazón martilleando contra mis costillas. *¿Eso era lo que hacía Arya? ¿Esos silencios, esas escapadas, eran para tratar de que él se entregara por mí?* Para limpiar mi camino de sangre y darme la paz que ella creía que necesitaba.

«Por ti, Liam. Siempre fue por ti», me grita mi conciencia, derrumbando los últimos muros de mi desconfianza.

—Mi hija no entiende que todo lo que hice fue por ella —balbucea Franco, tambaleándose—. No te amará tanto cuando sepa que eres igual o peor que yo. Que tu apellido está tan manchado como el mío.

En lugar de estallar en furia, me río. Es una risa seca, casi histérica, que retumba en las paredes de cristal de mi oficina. Me río porque soy el idiota más grande del mundo, el rey de los ciegos, pero también el hombre más feliz sobre la tierra.

Ella le dijo que me ama. Ella me eligió a pesar de todo. En este momento, el imperio que construí no vale nada; solo quiero irme a casa, cocinarle algo caliente, casarme con ella y no soltarla nunca más.

—¿De qué te ríes, idiota? —Franco escupe las palabras, su rostro se deforma por el odio—. Haré que se arrepienta de haberte abierto las piernas. Haré que te odie.

Eso es todo. El límite se rompe. Mi puño conecta con su mandíbula con una precisión maestra y Franco cae al suelo como un saco de papas, pesado y sin gracia.

Bonnie retrocede hacia los ventanales, aterrada, soltando un sollozo ahogado. Lo levanto del suelo por la solapa de su chaqueta y lo

estrello contra la pared con una fuerza que hace vibrar los marcos. Aprieto su cuello, sintiendo el pulso acelerado de su miedo, hasta que su rostro empieza a teñirse de un morado oscuro.

Podría hacerlo... podría terminar con esto aquí mismo, cerrar el ciclo de diez años con un solo apretón.

Claro que podría. Pero mi teléfono suena en mi bolsillo y, de alguna manera mística, simplemente lo sé. Es ella.

Es mi salvación.

—¿Dulzura? ¿Despertaste? —le digo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlar mi respiración errática mientras Franco lucha por un poco de aire bajo mi mano.

Ella empieza a hablar de helados, de antojos de medianoche, de nuestra hija. Escucho su voz suave, su tono ligeramente soñoliento, y el odio negro que siento por el hombre que tengo contra la pared empieza a disiparse, reemplazado por una urgencia desesperada y vital de estar con ella. Con mi mujer. Con el amor de mi vida.

Franco Foster ya no es mi enemigo; pero sí es un estorbo para mi felicidad.

—Llegaré en diez minutos, bebé. Espérame.

—Liam, date prisa... de verdad no me siento bien.

El sonido de sus arcadas al otro lado de la línea, me rompen el alma. El pánico por su bienestar borra cualquier rastro de venganza de mi sistema.

—¡Arya! ¡Responde! ¡Mierda, voy para allá!

Suelto a Franco como si fuera basura infectada y lo dejo caer al suelo de mi oficina. Él intenta recuperar el aliento de forma ruidosa y, con un último rastro de veneno, me lanza un dardo final:

—No te mereces a mi hija, bastardo.

Me detengo en la puerta, con la mano en el seguro que presionaré una vez que salga de aquí para que de ninguna manera puedan escapar. Me giro para mirarlo por última vez, pero ya no veo al monstruo que arruinó mi vida, ni al culpable de mis pesadillas. Solo

veo a un hombre patético, solo y derrotado que no tiene la menor idea de lo que significa dejarlo todo por amor.

—Te perdono —le digo con una calma que me purifica, una sensación de ligereza que nunca antes había experimentado—. Te perdono porque ella me ama y yo la amo a ella más que a mi propio odio. Y tú... tú ya no tienes lugar en nuestro mundo. Quédate con tu miseria.

Salgo de allí a toda prisa, corriendo por el pasillo. Ya no huyo de nada; ahora corro hacia el único objetivo que importa: llegar a mi mujer y proteger lo único real que me queda en la vida.

51 ARYA

Despierto, envuelta en los brazos que son mi único refugio seguro en este mundo. El frío del piso de la cocina ha sido reemplazado por un calor intenso, casi febril.

Tardo un segundo en enfocar la mirada a través de la bruma del desmayo; Liam está ahí, de rodillas en el suelo, sosteniéndome como si fuera un tesoro, su tesoro. Sus dedos recorren mi rostro con una devoción tan pura que me corta el aliento.

—¿Volviste? —susurro, y mi propia voz me suena ajena, quebrada por un nudo de angustia que empieza a disolverse.

—Siempre volveré a ti, dulzura. Siempre. —Es una promesa sellada en su mirada azul, ahora inyectada en sangre por el cansancio y la furia contenida. Veo el rastro brillante de las lágrimas en sus mejillas, algo que nunca pensé presenciar en un hombre como él.

—¿Qué pasa, Liam? ¿Por qué lloras? —Le seco la humedad con la yema de los dedos. Él no se aparta; al contrario, presiona su rostro contra mi mano, cerrando los ojos como si mi tacto fuera su única medicina.

—Es de felicidad, bebé. —Su sonrisa, aunque cansada, me devuelve la vida—. Te amo tanto.

Es ahora o nunca. El miedo a perderlo me da el valor que me faltaba para luchar por lo que hemos construido entre cenizas.

—Liam, yo... —Lo miro directo al alma, sin secretos—. Yo te amo. Mucho. Lo que pasó ese día con mi padre...

—Shhht, no digas nada. Ahora lo sé todo. —Me calla con un beso suave, lento, que sabe a perdón—. Fui un idiota. El mayor de todos. Solo puedo rogarte que me perdones por haber dudado de ti. No te merezco, ni a ti ni a nuestra hija, pero te juro que haré que cada segundo de mi existencia valga la pena. Déjame cuidarte. Déjame vivir para cumplir tus antojos y los de ella.

Asiento, sintiendo una bandada de mariposas revolotear en mi vientre, como si nuestra hija también celebrara su regreso. No es un sueño; el peso de su cuerpo y la firmeza de su voz me confirman que el infierno ha terminado.

***

Esa noche duermo profundamente, pero una sombra persistente me persigue en sueños. A la mañana siguiente, la luz del sol entra con demasiada fuerza por el ventanal del departamento. Una llamada de Aron rompe la calma del desayuno. Veo a Liam acercarse después de colgar y su expresión, tensa y sombría, me pone en guardia de inmediato.

—Bebé, necesito que te sientes —dice, extendiendo sus manos hacia mí.

—¿Qué está pasando, Liam? No me pidas que me calme, porque con esa cara no lo vas a lograr. Habla ya. —Él me rodea con fuerza, suspirando contra mi pelo, aspirando mi aroma como si buscara fuerzas para lo que tiene que decir.

—No sé por qué intento pedirle calma a una fuerza de la naturaleza como tú. Pero supongo que por eso me enamoré perdidamente de ti.

Me carga al estilo nupcial, una costumbre que se ha vuelto su forma favorita de moverme por la casa, y me acomoda en su regazo en el sofá. Pongo una mano en su pecho, sintiendo su corazón golpear contra mi palma.

—Anoche, Aron me llamó porque un hombre entró a BLAKE sin permiso. Cuando llegué... —Hace una pausa, buscando aire, como si el recuerdo todavía lo asfixiara—, no solo estaba tu padre en mi oficina. Bonnie estaba con él. Ella le dio los códigos, ella lo ayudó a entrar.

—¿Qué? ¿Mi padre? ¿Por qué haría algo así?

—Estaba borracho, Arya. Quería que yo perdiera el control. Quería que lo matara ahí mismo, frente a ti, para demostrarte que

soy el mismo monstruo que él. Quería que dejaras de amarme al ver mis manos manchadas con su sangre.

—Liam, por Dios... —Entierro la cara en su cuello, temblando al imaginar lo cerca que estuvimos del desastre—. Yo solo quería justicia para ti, no esto.

—Lo sé. Me dijo cosas que me hicieron explotar, pero entonces... me llamaste. Tu voz me salvó. Tú y nuestra hija me trajeron de vuelta del abismo justo a tiempo.

Lo abrazo con todas mis fuerzas, aferrándome a su cuerpo sólido. Me explica que Aron llamó a la policía; ahora ambos están detenidos por allanamiento y robo de propiedad intelectual.

—¿Qué va a pasar con él? —le pregunto, temiendo la respuesta.

—Lo que tú quieras, bebé. La decisión es tuya.

—Mi padre no está bien, Liam. Quizás la cárcel sea el único lugar donde se vea obligado a rehabilitarse. Necesita pagar por lo que hizo hace diez años. No puedo seguir protegiéndolo de las consecuencias.

—Voy a declarar —Asiente él con firmeza—. Presentaré su confesión y las pruebas que he recolectado desde el accidente. A pesar de mi perdón personal, él necesita enfrentar la ley de los hombres. —Asiento con un dolor en el pecho. Es lo correcto.

—¿Me perdonas por intentar ayudarlo a escondidas?

Liam se ríe con esa suavidad que solo reserva para mí, besando mi frente.

—No tengo nada que perdonarte, Arya. Al contrario, te agradezco por perdonar la forma tan oscura en la que empezamos y por darme una vida real a tu lado.

***

Dos meses después

La audiencia final ha terminado. El ambiente en el juzgado es pesado, cargado de un olor a papel viejo y solemnidad. Mi padre, visiblemente más delgado y sobrio por primera vez en meses, se declaró culpable de todos los cargos. Recibió una condena de 25 años. Eso significa que, a su edad y con su salud, tal vez nunca vuelva a cruzar esa puerta como un hombre libre.

Me duele el pecho, una punzada de nostalgia por el hombre que solía ser, pero todo en mi interior me dice que esto es lo correcto. Sé que su encierro no devuelve las vidas que quitó aquel día, pero es justicia.

—Papá —susurro frente a él antes de que los oficiales se lo lleven. Él baja la mirada hacia mi vientre de cinco meses, que ya es una curva prominente bajo mi abrigo.

—Lo siento, Ary. Por todo.

—Yo también, papá. —Lo abrazo por última vez, sintiendo el metal de las esposas entre nosotros—. Recupérate ahí dentro. Hazlo por ti. Tu nieta necesitará conocer a su abuelo algún día, y quiero que conozca al hombre bueno que alguna vez fuiste.

—Sé que estás en buenas manos —me dice con una sonrisa triste—. Ese día en su oficina, a pesar de mi borrachera, vi cómo le brillaban los ojos al hablar de ti. Me perdonó no por debilidad, sino porque lo que tiene contigo es mucho más grande que su odio.

Esa es toda la verdad.

Liam me espera afuera, apoyado contra su auto; sé lo difícil que ha sido para él remover estas cenizas, pero al verlo, no puedo evitar darle gracias a la vida por ponerlo en mi camino.

Venganza o no, ahora lo tengo todo.

***

Tres meses más tarde

—¿Qué quiere comer la pequeña princesa hoy? —pregunta Liam, rodeando mi cintura desde atrás. O lo que queda de ella.

Estamos en una de nuestras noches de cita. El tiempo ha volado y faltan solo cuatro semanas para que Emma llegue al mundo. A veces siento que mi cuerpo ya no me pertenece; camino con dificultad y me canso por el simple hecho de existir.

—No me lo vas a creer. —Tomo su mano y la guío hacia el lugar donde Emma acaba de dar una patada—, pero tiene un antojo criminal de pizza con piña.

Pongo ojos tiernos y noto cómo su mirada baja a mi escote, a mis pechos hinchados y sensibles bajo el vestido de seda.

—Es la cuarta vez este mes, bebé. Me vas a convertir en un hawaiano. —Bromea, aunque ya está tomando las llaves del auto.

—La bebé quiere, Liam.

—Y lo que la bebé quiere... la bebé lo consigue. Siempre.

Llegamos a nuestro lugar favorito, ese al que Liam me trajo en lo que creo fue nuestra primera cita oficial. Pedimos la pizza con piña, jalapeños y tocino. Liam no deja de observarme durante toda la cena, con esa mezcla de protección y posesividad que ahora me hace sentir amada en lugar de asfixiada.

—¿Cuándo dejarás de ir a la oficina, Arya? Me preocupa que te muevas tanto en este estado.

Pongo los ojos en blanco, divertida.

—Liam, amor, eres un hipócrita de primera clase. Si tanto te preocupa mi esfuerzo físico, ¿por qué todas las noches me haces el amor como si el mundo se fuera a acabar mañana?

Liam se pone de un rojo intenso, una mezcla de sorpresa por mi franqueza y deseo puro que enciende sus ojos.

—Te has ganado unos azotes por hablarme así en público, dulzura. Y por hacer esos ruidos al comer... parece que me estuvieras devorando a mí en lugar de a la comida.

—Promesas, promesas... —Lo provoco, lamiendo un poco de salsa de mi labio inferior.

Él suelta un jadeo corto, saca un puño de billetes y los arroja sobre la mesa sin siquiera contar el cambio. Me carga de nuevo, ignorando las miradas de los otros comensales, y me lleva al auto. Pero esta vez no me deja en el asiento del copiloto. Abre la puerta trasera y se mete conmigo, dejando el mundo afuera.

—¿Liam? ¿Qué haces? El restaurante está ahí mismo...

—No voy a aguantar el trayecto a casa. Necesito que te vengas sobre mi pene ahora mismo, Arya.

Sin esperar respuesta, me levanta el vestido, rompe mi ropa interior con una urgencia que me humedece al instante y libera su hombría palpitante. Me posiciona a horcajadas sobre él, cuidando mi vientre. Tomo el control, marcando el ritmo, rebotando sobre él mientras sus manos grandes aprietan mis caderas con fuerza.

Me vuelvo loca bajo su mirada oscura, devoradora. Me vengo con un grito sofocado contra su cuello y él me sigue segundos después, llenándome de su calor y cada gota de su esencia.

Esto es solo el principio. Aún nos queda el resto de la noche, la llegada inminente de nuestra pequeña y el resto de nuestras vidas.

Pero por ahora, en este asiento trasero, el mundo es, por fin, perfecto.

52 LIAM

He cargado este anillo en mi bolsillo durante meses, sintiendo su peso como un recordatorio constante de la promesa que quería hacerle.

He esperado el momento indicado, buscando una perfección que parecía inalcanzable, hasta ahora. No existe nada más perfecto que este silencio compartido, roto solo por los suaves quejidos de la vida que acabamos de traer al mundo.

Las ocho horas de parto fueron las más largas y angustiantes de mi existencia. Ver a Arya luchar, sudar y gritar de dolor me hizo sentir una impotencia que casi me quiebra. Pero cada rasguño que dejó en mi piel mientras se aferraba a mí para traer a nuestra hija al mundo fue gloria pura; de hecho, mientras limpio la sangre seca de mis brazos, ya estoy planeando tatuarme esas marcas para que su lucha sea parte de mi piel para siempre.

Finalmente, sostengo a Emma. Es una visión que me deja sin aliento. Es perfecta: tiene la melena oscura y tupida, la piel de porcelana y esas mejillas regordetas que me recuerdan tanto a su madre. Sonrío para mis adentros, sintiendo una calidez desconocida en el pecho.

Me pregunto si acaso yo no participé en su genética, porque lo único que veo es a la mujer que amo replicada en miniatura. Sé que, junto con Arya, esta pequeña me tendrá envuelto en su dedo meñique por el resto de mis días.

Arya está radiante, envuelta en un aura de maternidad que la hace parecer una diosa. Después de que las enfermeras la bañan y la cambian, soy yo, quien, con manos temblorosas, pone a nuestra hija en su pecho.

La habitación está inundada del aroma a flores frescas, pero el momento exige una entrega total. Me arrodillo ante la cama, ignorando el protocolo médico, y el tiempo se detiene cuando sus ojos verdes conectan con la caja de terciopelo que sostengo con firmeza.

—¡Liam! ¿Qué estás haciendo? —jadea, llevándose la mano libre a la boca, con los ojos brillando de emoción.

—Desde el primer día que te vi, supe que caería en picada por ti, Arya. —Empiezo—.Cometí errores atroces; fui posesivo, oscuro y te hice llorar más de lo que merecías. Pero te juro que, si me aceptas, dedicaré cada respiro a compensarlo. Viviré para complacerte, para amarte y para hacerte brillar como la reina que eres. No puedo imaginar un solo día más sin llamarte esposa. Por favor, acepta casarte conmigo.

—¡Sí, Liam! ¡Mil veces sí! —chilla, entre lágrimas de felicidad pura—. Lo quiero todo contigo. Solo contigo.

Mi respiración se estabiliza cuando deslizo el anillo corte princesa en su dedo, y el diamante brilla bajo las luces blancas del hospital. Arya lo mira como si fuera el tesoro más grande del universo, sollozando sobre la cabecita de Emma.

—Creí que nunca me lo pedirías —susurra contra mi oído cuando me acerco a besarla. Me río un poco por su reclamo.

Podré olvidar muchas cosas en mi vida. Y dejar atrás muchas otras. Pero esto… a ella… a nosotros… Jamás.

—Dulzura, cada momento contigo ha sido un verdadero regalo, pero este... este es el inicio oficial de nuestra verdadera historia juntos.

ARYA

Todo lo que siguió fue un torbellino de amor y decisiones rápidas. Apenas recibimos el alta del hospital, nos mudamos a la imponente casa familiar de los Blake. Liam fue claro desde el principio: quería que Emma creciera con espacio, en un lugar que dejara de ser un museo de recuerdos tristes para convertirse en un hogar lleno de risas y nuevas memorias.

—Arya, por favor, comparte este hogar conmigo. Escribamos nuestra propia historia aquí y devolvámosle la alegría a estas paredes que tanto han sufrido —me pide con una vulnerabilidad que me desarma al cruzar la puerta de este lugar por segunda vez en mi vida.

Para mí, habitar en su pasado para construir nuestro presente es el honor más grande. Aquí es donde nos haremos viejos. Y lo recibo con una sonrisa.

Las semanas vuelan entre pañales y besos robados. Liam, con esa impaciencia posesiva que lo caracteriza, organiza cada detalle para que la boda sea lo antes posible.

Y aquí estoy, caminando por un sendero cubierto de pétalos rojos en el jardín de nuestro hogar, luciendo un vestido blanco de hombros descubiertos que me hace sentir como la protagonista de un cuento de hadas en el que finalmente se quedó con su villano reformado.

Liam me espera al final del camino, imponente y peligrosamente guapo en su traje oscuro, sosteniendo a Emma en sus brazos. Nuestra pequeña lleva un minivestido a juego con el mío, pareciendo una muñeca de porcelana.

Al llegar a su lado, él besa la frente de la bebé con una ternura que me debilita las piernas antes de entregársela a Aron y Susan, nuestros padrinos y cómplices de vida.

—Eres tan hermosa... no me canso de verte —me susurra con esa voz ronca que siempre logra estremecerme.

El juez de paz comienza su discurso, pero nuestras miradas están perdidas la una en la otra, diciendo mucho más de lo que

cualquier palabra legal podría expresar.

—Acepto —dice él, con una urgencia que me quema y me marca.

—Acepto —respondo yo, con el corazón latiendo con fuerza en mi garganta.

No esperamos a que nos declaren marido y mujer de forma oficial. Liam me toma de la nuca con esa posesividad que tanto amo y me reclama con un beso ardiente, sellando un pacto que va mucho más allá de los papeles o los anillos.

Un felices para siempre se queda corto para describir lo que sentimos.

***

Tres días después, nos encontramos en un jet privado rumbo a nuestra luna de miel. Aron consiguió el vuelo —preferimos no preguntar los métodos— y finalmente estamos a solas, lejos de las responsabilidades y del mundo.

—¿Cómo es posible que seas más dulce de lo que recuerdo, bebé? —gruñe Liam, entregado al placer entre mis piernas.

No puedo responder con palabras; el placer es demasiado intenso, una ola que amenaza con ahogarme. Me vengo gritando su nombre mientras él se cierne sobre mí, devorando mis labios con un hambre insaciable.

Me hace montarlo, disfrutando de mi peso y de mi entrega total. He perdido toda la vergüenza ante él; sus ojos de adoración absoluta me han hecho sentir la mujer más poderosa y deseada del mundo.

Mientras cabalgo sobre su cuerpo, noto de nuevo unas marcas rojas, casi como cicatrices recientes, en su pecho. Ya las había visto, pero sin prestar la atención suficiente, pero ahora hay unas marcas nuevas alrededor de su brazo. Paso mis uñas por ellas y noto que encajan perfectamente con mi rastro.

—¿Tú... hiciste esto? ¿Te tatuaste mis rasguños? —pregunto jadeando, con el corazón en un puño.

—Son los rasguños de la primera vez que te hice mía, y de la noche en que nació Emma —admite con una risa oscura que vibra en mi interior—. Las quería permanentes, Arya. Quería llevar tu marca en mi piel para siempre, para que el mundo sepa a quién pertenezco.

No puedo procesar lo que acaba de decir sin sentir que me va a explotar el corazón, porque sentir la clase de amor que Liam me tiene no se compara con nada.

Me hundo en él, sintiendo cómo llega a lo más profundo de mi ser. Me viene otro orgasmo con una fuerza que me hace ver estrellas, y él me sigue inmediatamente, llenándome con su calor y su promesa silenciosa de lealtad eterna.

—Estás loco, esposo mío —susurro contra su cuello cuando el mundo finalmente vuelve a la calma y nuestras respiraciones se estabilizan.

—Loco por ti, Arya. Lo supe desde el primer día, desde que puse mis ojos en ti y fuiste una sorpresa para la que no estaba preparado.

—Te amo, Liam.

—Te amo. En esta vida y en todas las que sigan.

Haremos que así sea.

EPÍLOGO

ARYA

6 años después…

Liam no mintió cuando prometió que llenaría nuestra casa de risas y pasos apresurados. Lo que antes era un eco de silencios y recuerdos amargos, hoy es un santuario de vida.

Nuestra casa familiar se ha transformado en un caos bendito donde el aroma a cera de muebles se mezcla con el de talco y galletas recién horneadas.

Emma está por cumplir seis años y es el vivo retrato de lo que alguna vez fui, pero con una chispa de fuego en la mirada que solo pudo heredar de su padre.

Luego están los gemelos, Dilan y Milan, que en un par de meses cumplirán cuatro años; son dos torbellinos de energía que ya muestran esa mandíbula cuadrada y decidida de los Blake.

Y finalmente la pequeña Lucía —llamada así en honor al padre de Liam—, que, con apenas un año y sus rizos oscuros, ya nos tiene a todos orbitando a su alrededor.

Emma es físicamente idéntica a mí, pero por dentro es tan arrebatada e impulsiva como Liam. Lo tiene envuelto en su dedo meñique con una sola mirada de sus ojos verdes.

Hoy, como tantas otras veces, se la llevó a la oficina porque la *princesa* decidió que el jardín de niños no era digno de su tiempo. Y como siempre ocurre en este reino: lo que la princesa pide, Liam se encarga de que se manifieste.

Yo estoy en mi gloria personal. Los gemelos son mis príncipes, siempre compitiendo por un beso o una caricia, y crecen tan rápido que ya me da escalofríos pensar en el día que empiecen a romper corazones.

BLAKE se ha consolidado como un imperio global bajo la mano firme de mi esposo, y aunque la modestia es una virtud, sé que Liam tuvo mucha suerte de encontrarme... casi tanta como la que tuve yo al dejar que él me encontrara a mí.

Esta noche el aire se siente diferente, cargado de una anticipación eléctrica. Se acerca nuestro aniversario y hoy descubrí el motivo perfecto para brindar. Me observo en el espejo, asombrada de la fertilidad que compartimos; parece que solo basta una mirada intensa de Liam para dejarme embarazada.

Sí, viene otro en camino. Una familia grande era el sueño que no sabía que tenía hasta que lo vi reflejado en los ojos de mis hijos.

He preparado pizza casera —con abundante piña, nuestro código privado— y, en cuanto los niños caigan rendidos, pienso recordarle a mi hombre por qué sigue siendo el único dueño de mis suspiros.

Todo será, como siempre a su lado, perfecto.

LIAM

Emma es la luz de mis ojos, el recordatorio diario de que la redención es posible. Todos mis hijos son mi sangre, pero ella, al ser la viva imagen de Arya, tiene un altar privado en mi pecho.

Aún puedo sentir el peso de su cuerpo pequeño cuando era recién nacida y dormía sobre mi pecho desnudo mientras Arya recuperaba fuerzas.

Fui yo quien aprendió el arte de los biberones y los cambios de pañales a medianoche. Durante el embarazo de los gemelos, cuando Arya no podía ni ver la comida, Emma decidió que yo era su héroe absoluto. Fue la época más agotadora y, sin duda, la mejor de mi vida.

Hoy cumplí otro de sus caprichos: ser mi *socia* en la oficina.

¿Helado de pistacho a media mañana? Concedido.

¿Mimos en medio de una junta de accionistas? Concedido.

¿Despedir a un par de analistas ineptos que la hicieron esperar? Lo estoy meditando seriamente.

Al llegar a casa, se hace la dormida en el asiento trasero. Conozco sus trucos mejor que los míos; solo quiere que su padre la cargue hasta su cama. La subo en brazos, disfrutando de su aroma a infancia y caramelos, y al besarle la mejilla, suelta una risita por el roce de mi barba.

—Te amo, papi —susurra con esa vocecita que desarma al hombre más duro.

—Yo a ti, mi princesa.

—Nunca me casaré, siempre estaré contigo. —Me asegura con seriedad. Solo puedo reírme.

—Te lo recordaré cuando cumplas dieciséis, Emma —le respondo con una sonrisa agridulce, sabiendo que el tiempo es el único enemigo que no puedo vencer con dinero o poder.

Entramos a la casa y el aroma a masa y a piña inunda el recibidor. Emma corre a buscar a sus hermanos y yo me despojo del peso del día: saco fuera, corbata suelta, mangas remangadas. Entro al comedor y ahí está ella.

Dios, seis años después y todavía se me corta el aliento al llamarla *mi esposa*. Está radiante, el vestido de seda rosa se desliza sobre sus curvas como una caricia, marcando esa figura que me vuelve loco.

—¿Olvidé alguna fecha especial, dulzura? —pregunto, sintiendo un cosquilleo de nerviosismo.

—No, solo quise una cena especial. Los niños ya cenaron con la niñera, así que estamos solos.

La miro intensamente y el deseo me golpea con la fuerza de un tren de carga. Me muerdo el labio inferior, devorándola con la mirada.

—Ya lo decidí. Voy a empezar directamente por el postre. —La levanto por la cadera con un movimiento fluido y la siento sobre la mesa del comedor, posicionándome entre sus muslos tibios. —Hueles delicioso, bebé. A casa. A mi mujer.

—Liam... —ella jadea, y sus ojos brillan con esa intensidad esmeralda que solo yo conozco—. Lo haremos de nuevo.

Mi corazón da un salto, una sacudida de alegría pura que me expande el pecho.

—¡Oh, Dios! ¿Estás embarazada otra vez? —exclamo con una sonrisa que no me cabe en el rostro.

—Eso creo. —Se encoge con una risita.

—Eso merece una recompensa a la altura. Te voy a dar todos los orgasmos que seas capaz de soportar por hacerme, una vez más, el hombre más afortunado del mundo.

—Promesas, promesas... —Se burla, frotándose contra mi hombría con ese atrevimiento que me encanta en ella.

La cargo y subo las escaleras casi corriendo. Cierro la puerta del dormitorio con doble llave —esos gemelos tienen una habilidad ninja para aparecer en los momentos menos oportunos— y caemos sobre la cama que ha sido testigo de tantas batallas y reconciliaciones.

Nos conocemos cada rincón del cuerpo, cada punto de quiebre, cada espacio de piel sensible.

—Te amo —La beso con hambre, con una necesidad que, lejos de saciarse con el tiempo, parece aumentar con cada año que pasa.

—Yo te amo a ti, pero necesito a mi hombre malo ahora mismo. No me hagas esperar. —Echa su cabeza para atrás. Exponiendo toda su necesidad de mí.

Sé que cuando está embarazada sus instintos se vuelven más salvajes, y yo vivo únicamente para complacerla.

—Date la vuelta y agárrate de la cabecera, señora Blake. Te voy a castigar por esa boquita provocadora.

—¡Sí, por favor! —grita ella, entregándose a mi fuego.

Libero mi hombría y, tras una breve pausa para saborear el momento, la penetro desde atrás, hasta el fondo, amasando sus curvas y sabiendo que para la segunda ronda usaré uno de los juguetes que tenemos en la caja fuerte de la habitación. Esos que juegan con el dolor y nos traen tanto placer a los dos.

Reclamo cada fibra de su ser como ella me reclama a mí.

Este es mi cielo.

Esta es mi familia.

Este es mi verdadero hogar.

Y esta es mi **Dulce**… **No Venganza**.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, por creer en mí con esta historia. A mi esposo que reconoce lo que hago como un trabajo de verdad y me motiva todos los días, aunque a veces no sepa ni lo que estoy haciendo.

Y para mi lectora más fiel mi wera, que aceptó ser mi lectora beta en esta novela, mi @werabooks2 gracias por siempre tener una opinión y por creer en mis locuras. Love you

ACERCA DEL AUTOR



DANIELLA REY

Originaria del noroeste de México.

Empecé a escribir en mis treinta. No planeo detenerme. Equilibro mi vida entre aprender a ser mamá, leer romance y escribir a nuevos adultos, a chicas con curvas y a mafiosos que quemarían el mundo por sus esposas. Entre muchas ideas más que viven gratis en mi mente.

Paso mis días interactuando con mis lectoras en la plataforma que me vio escribir por primera vez (W) y en mis redes sociales donde intento ser una buena lectora y booktoker. Gracias por darte la oportunidad de leerme. Te espero en mis redes sociales.

TIKTOK: @daniellarey.author

INSTAGRAM: @daniellarey.author

WATTPAD: @DANIELLA_REY